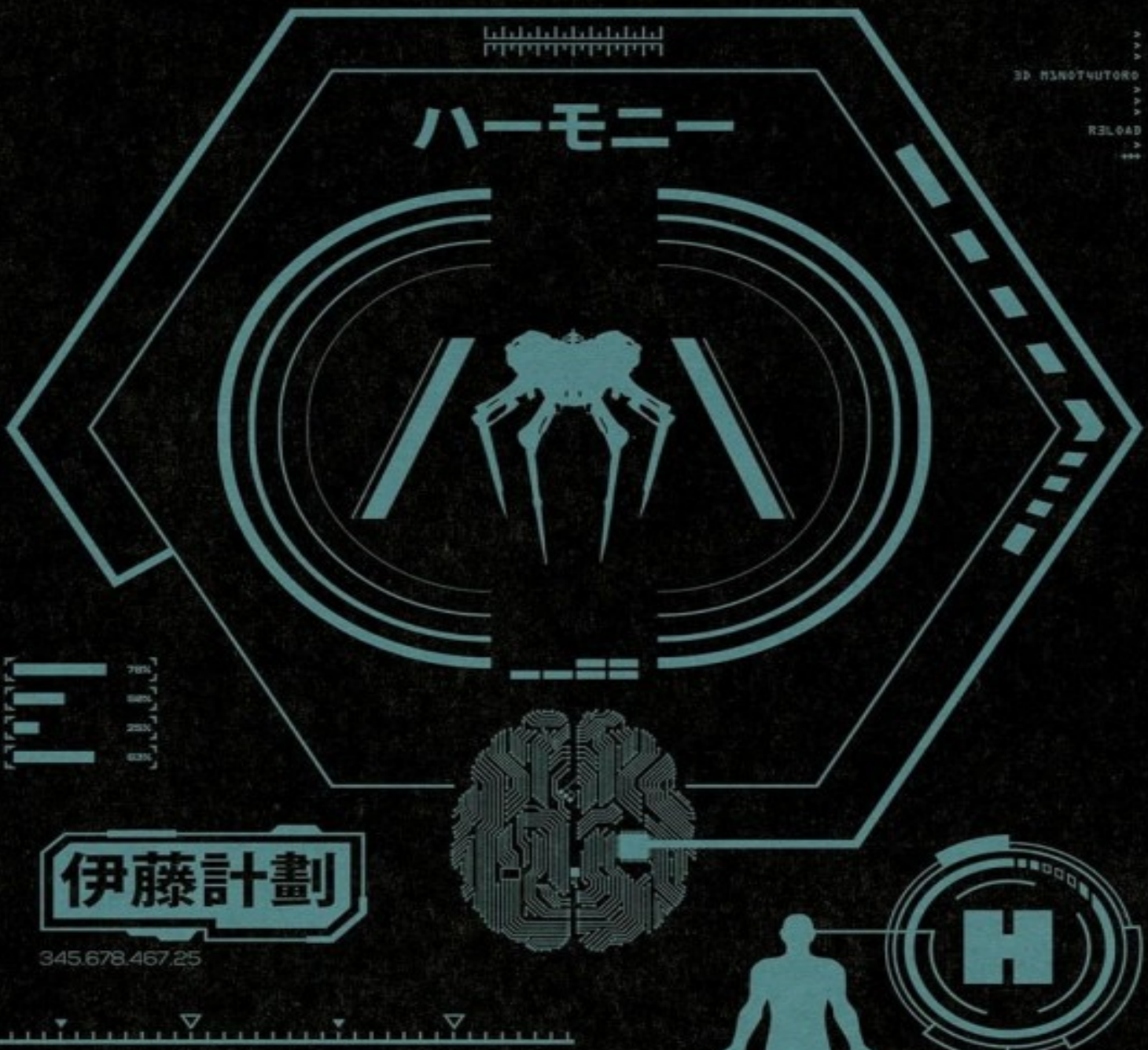
PROJECT ITOH

HARMONY



minotauro

Índice

Portada
Portadilla
<parte:número= 01: título= Miss.Autodestrucción/>
01
02
03
04
05
06
<parte:número= 02: título= Un lugar cálido/>
01
02
03
<parte:número= 03: título= Yo, no soy/>
01
02
03
04
05
06
<parte:número= 04: título= El día en que el mundo se marchó/>
01
02
03
04
<parte:número= epílogo: título=En este atardecer/>
Dedicatoria
Notas
Créditos

PROJECT ITOH

HARMONY

minotauro

<parte:número=

01:

título=

Miss.Autodestrucción/>

<?Emoción-en-texto lenguaje de marcado:
versión=1.2:codificación=
EMO-590378?>

<!DOCTYPE etml PÚBLICO:-//WENC//DTD
ETML 1.2 transicional//EN>

<etml:leng=ja>
<cuerpo>

01

Lo que voy a contar a partir de ahora.

<declaración: cálculo>
<pls: la historia de una derrotada>
<pls: la historia de una fugada>
<eql: en suma, mi historia>
</declaración>

02

<teorema: número>
<i: cuando los niños se vuelven adultos, se convierten en palabras>
<i: cuando los adultos se vuelven cadáveres, se convierten en espuma>
</teorema>

No, eso no es exacto. Dicho más correctamente, sería:

<regla: número>
<i: el cuerpo de los niños no debe hacerse palabras hasta que no se convierta en el de un adulto>
<i: cuando mueren los adultos, no deben descomponerse hasta convertirse en espuma>
</regla>

La historia debe contarse ateniéndose a dichas prohibiciones.

El motivo es que el cuerpo de los niños es impaciente y de pies ligeros. Porque no se quedan quietos ni un segundo en el mismo sitio. Y en cuanto al cuerpo de los adultos, avanza con paso firme e incesante hacia la muerte, pero, en comparación con el de los niños, su velocidad es mucho más lenta. Por otra parte, en los cuerpos impacientes no entra el WatchMe. El WatchMe no entra en los cuerpos de pies ligeros. El motivo es que el WatchMe vigila la constancia de las propiedades de un organismo y, en el crecimiento diario del cuerpo de un niño, no puede concebirse la constancia.

Por eso:

<listado: ítem>
<i: mientras las tetas todavía siguen creciendo>
<i: mientras el culo todavía sigue creciendo>
<i: WatchMe no entra en mi cuerpo>
<i: si WatchMe entra en el cuerpo, es prueba de haber llegado a adulto>
</listado>

Y yo, que soy alumna de bachillerato, ni de broma pienso hacerme adulta.

—Dejémoslo claro todas juntas.

Quien así hablaba era Myaha. Myaha Mihie. Mientras todos se hallaban recogiendo las cosas para marcharse, ella, que se sentaba en el pupitre de detrás del mío, se inclinó hacia delante para quedar a mi altura.

—Vamos a anunciar juntas que nosotras no nos convertiremos en adultas.

<listado: ítem>
<i: este cuerpo>
<i: estas tetas>
<i: este conejito>
<i: estos ovarios>
</listado>

—Vamos a gritarle con serenidad al mundo entero que todo eso es únicamente nuestro.

En pocas palabras, Myaha y yo éramos dos niñas raras.

Hallándome en este *mundo* de consciencia colectiva, tan repleto de atenciones, si dijera que estaba por completo aislada, estaría mintiendo, pero aun así todos los días me embargaba el mismo sentimiento.

<declaración>
<i: ni de broma voy a convertirme en uno de ellos>
</declaración>

Este *mundo* tan inmensamente amable, tan atento hacia todos y que se preocupaba incluso de mí, metiéndome prisa con toda cordialidad... Ni de broma quería que me hiciesen participar en ese tiempo y ese espacio.

—He descubierto una cosa, Twan… —comenzó Myaha con ojos centelleantes.

Myaha era una sabelotodo. Era la que mejores notas sacaba de clase y la que más problemas causaba. Myaha, aparte de Kyan Reikado y de mí, no hablaba con nadie más que lo estrictamente necesario.

Todavía hoy no sé qué fue lo que le gustó a Myaha de Kyan y de mí. Mis resultados escolares, por ejemplo, no eran especialmente buenos y mi aspecto físico, pues, vaya, malo no es que sea, pero tampoco es que destaque en ese sentido. Y en cuanto a Kyan, puede decirse más o menos lo mismo. Pero nunca le he preguntado a Myaha por qué decidió ser amiga mía.

—¿Sabes? Hace mucho tiempo, al parecer, había adultos que pagaban por nuestro cuerpo. Adultos que buscaban sexo dando una cierta cantidad de dinero a niñas como nosotras. Y, a pesar de que no se trataba de niñas pobres, por lo visto había un montón de chicas que, sin sentir la menor culpa por eso, eran ellas mismas quienes estaban dispuestas a convertir sus cuerpos en un instrumento sexual a cambio de dinero. Tanto quienes compraban como quienes vendían alcanzaban un buen número y así iban degenerando mutuamente y lo cierto es que esas transacciones de dinero se llevaban a cabo en hoteles de toda la ciudad.

—¿Es que quieres vender tu cuerpo? —pregunté con una risita.

Porque, por el tono con que hablaba Myaha, parecía que estaba diciendo que, si de verdad eso era posible, se iba a ir volando a cualquier barrio de diversiones para probar. Si es que todavía hoy

existieran semejantes lugares, claro. Un lugar donde una chica pudiera degenerarse cuanto quisiera, donde fuera posible echar a perder toda su vida, donde pudiera deshacer su cuerpo poco a poco mediante el sexo sin amor, las enfermedades, el alcohol, el tabaco y las sustancias estimulantes.

Las enfermedades, el alcohol y el tabaco eran elementos especialmente importantes.

Mantener sano el propio cuerpo. Este país llamado Japón se hallaba obsesionado con dicho concepto, y en él o, mejor dicho, en toda la esfera de Biogobiernos del mundo, no podían encontrarse esos tres elementos, por más que se buscaran. Una serie de artículos que antes habían recibido escasa atención se hallaban ahora bajo control de los Biogobiernos y, por obra de la poderosa mano de la medicina, se había elaborado una lista de sustancias delictivas donde iban siendo incluidas una tras otra para apartarlas de la sociedad.

—Si todavía existe esa clase de adultos, nos debe de quedar alguna esperanza a nosotras. Podríamos llegar a pensar que no importa llegar a adultas. ¿O no?

Tal y como decía Myaha, si afluyeran por las calles de la ciudad esa clase de adultos degenerados, gente del más bajo nivel, nosotras podríamos dejar de odiar este colegio o este *mundo*. Seguramente. Sin embargo, el mundo se iba volviendo más, más y más honesto, saludable, pacífico y hermoso, con una bondad que ya parecía imparable, inacabable.

Por más que una dijera «Modérate un poco», ni el *mundo* ni el *ambiente* se iban a dar por enterados.

<declaración: ira>
<”Nosotras no conocemos los bajos fondos.
Para que podamos vivir sin conocer los bajos fondos, nos lo dan todo servido”>
</declaración>

Esa era la muletilla de Myaha.
Myaha lo sabía todo. Por ejemplo:

<listado: ítem>
<i: el modo de fabricar un arma química capaz de matar a 50000 habitantes de una ciudad manipulando algo tan normal como el sistema Medicare de refinación de medicamentos particulares cambiando las moléculas medicinales *medimol* creadas por dicho sistema>
<i: igualmente, la manera de engañar al Medicare para que fabricase una pequeña cantidad de endorfinas que proporcionasen un sentimiento placentero>
</listado>

—Los adultos poseen todos una caja mágica.
Así dijo Myaha en cierta ocasión.
—Solo con tener medio tanque de *medimol* del que usa el Medicare se puede conseguir casi cualquier cosa. Por ejemplo, hacer gas venenoso en el baño de tu casa es un juego de niños.

A Myaha le encantaba explicarnos qué instrumento tan peligroso era el Medicare. El Medicare para uso doméstico era la panacea, capaz de cualquier cosa. Siguiendo las directrices de los diversos programas informáticos con que trabajaba dicho sistema, se podían refinar las diferentes *medimol* para terminar con cualquier clase de patógeno que hubiera en el cuerpo. Era una mano mágica que aplastaba todas las enfermedades. Dicho del modo contrario, según ella, era también una mano mágica que permitía causar cualquier enfermedad. Decía que, si no se podía usar así, era porque el sistema del Medicare había sido programado para no hacerlo, pero que, si se conseguía engañar al sistema, se podía hacer que el mundo entero volcara. Y que lo que impedía su uso era únicamente la codificación instalada en Medicare. Se introducían en el WatchMe los códigos para uso del Medicare que distribuían los Biogobiernos y de esa manera se descargaban en el Medicare de cada casa, donde

se preparaban las sustancias necesarias para hacer frente a cada enfermedad.

Si nos lo proponíamos, podíamos hacer que cientos de millones de personas en todo el mundo[1] que usaban el Medicare y que pasaban el día vigilando sus cuerpos sin cesar mediante el WatchMe cayeran víctimas de alguna enfermedad incurable.

«En otras palabras, es cuestión de proponérselo», repetía con frecuencia Myaha.

Exceptuando los momentos en que estaba hablando con nosotras, Myaha pasaba el tiempo leyendo tranquilamente, sentada en el banco de un parque donde jugaban los niños. Leer un texto en esa clase de medio de comunicación obsoleto hecho de papel era la única afición suya que conocíamos. Una vez le preguntamos por qué insistía en algo tan molesto como leer libros, pudiendo recurrir a la realidad aumentada que ofrecía la red, que le permitía leer sin tener que ir cargando con el libro. Nos contestó:

—Cuando una quiere experimentar la soledad, lo mejor es recurrir a un medio obsoleto, ya muerto. Así, estamos solo los dos, el medio en cuestión y yo.

Después, continuó hablando con esa característica voz suya, fría y suave, que invitaba a caer en el sueño.

—También valdría el cine o la pintura. Pero desde el punto de vista de la durabilidad, los libros son la opción más resistente.

—¿Qué quieres decir con eso de la durabilidad?

—El tiempo que dura la sensación de soledad.

Myaha se descargaba de la Biblioteca Completa Borges en la red los datos de aquellos textos que deseaba leer y después se iba a propósito a una encuadernadora para que le hiciera un libro con ellos. Todavía se mantenía algún negocio de esa clase, dirigido a la gente de gustos excéntricos. La mayor parte de la asignación monetaria que recibía Myaha de sus padres desaparecía con esas «encuadernaciones». Creo que muchos de los conocimientos que poseía Myaha los adquiría de esos «libros».

Al parecer, mientras nadaba en aquellos mares de letras, Myaha aprendía a diario cómo pulir su pretensión de convertirse en una mortífera arma social.

«Creo que ya estoy bastante afilada…».

Esta era otra de las muletillas de Myaha.

No hacía falta ni preguntarle en qué sentido se consideraba «bastante afilada». En su calidad de enemigo público. De perro rabioso que soñaba con el día en que le gastaría una jugarreta a ese mundo que con tanta delicadeza y amabilidad nos asfixiaba apretándonos el cuello con una banda de algodón.

—Por eso, creo que, si unas cuantas personas nos proponemos hacerlo, se podría incluso acabar en un instante con todos los habitantes de Japón. Es solo cuestión de proponérselo.

—Pero no se debe hacer eso —dijo Kyan.

Sin embargo, aquellas palabras me sonaron un tanto impostadas. Mejor dicho, recordándolo ahora, quizá el mismo sentimiento de odio que expresaba Myaha fuera compartido también por mí. En realidad, yo misma nunca había pensado a fondo si eso era algo que no debía hacerse ni tampoco por qué no debía hacerse.

<listado: ítem>
<i: porque tengo un padre>
<i: porque tengo una madre>
<i: porque tengo amigas>
</listado>

¿Sería por eso? Sin embargo, lo cierto era que, dejando aparte a mi familia, yo no tenía nadie más a quien pudiera llamar amiga que esa Myaha que nos incitaba a fabricar gas venenoso con el Medicare casero y esa Kyan que nunca se paraba a pensar en nada.

—En cualquier caso, parece que te tomas muy en serio eso de «proponérselo», ¿no? —le dije con una sonrisa.

Myaha también sonrió con aire alegre.

—Sí, muy en serio. Pero, para cuando nosotras lleguemos a la edad adulta, seguro que pensar cosas así será un crimen.

—Pero, solo por pensarlo, nadie vendría a detenernos, ¿no?

—No se trata de la policía. Hablo de mi corazón, del alma.

Tras decir eso, Myaha agarró de pronto uno de esos pechos míos que estaban creciendo.

El seno izquierdo. El más cercano al corazón.

Abrí al máximo los ojos por la sorpresa, pero Myaha, mientras se ponía a magrear esa teta con la mano, comenzó a hablar con expresión muy seria. Kyan, que estaba con nosotras, contenía el aliento ante lo repentinamente que había sucedido todo.

—Para cuando se detenga el crecimiento de esta teta, todas nosotras deberemos tener en nuestro cuerpo el WatchMe.

Se diría que los dedos de Myaha se movían con la intención de estrujar mi seno, como si quisiera grabarme el dolor en él, agarrándolo con mucha fuerza.

—Un conglomerado de *medimoles* que vigilan el cuerpo. Unas moléculas insignificantes que convierten el cuerpo humano en palabras. De esa manera, cualquier situación corporal nuestra que pueda imaginarse es transformada en vocabulario de medicina y es entregada a unos parlamentarios evaluadores rebosantes de la ternura de nuestro Biogobierno.

—Su… suéltame ya, Myaha.

Pero Myaha, ignorando mi disgusto, continuó hablando sin dejar de manosearme.

—¿Tú serías capaz de aguantar eso, Twan?

—Lo que no puedo aguantar es lo que está haciendo tu mano.

Pero, a pesar de lo que dije, la mano de Myaha no cejó en su acoso y, con la sonrisa de costumbre, ignoró mi protesta y continuó hablando.

—¿Quieres decir que podrías soportar algo como que esa gentuza cambiara tu propio cuerpo por palabras? Yo, ni de broma.

Myaha me encontró en el parque. Cerca de unos padres vestidos con un chándal rosa, a cuál más arrugado, que miraban cómo jugaba su hijo pequeño, había una chica de mi misma edad sentada en un banco leyendo un libro. Era Myaha Mihie. La conocía de vista porque iba a mi clase. Mejor dicho, no había nadie que no la conociera.

La espeluznante.

Eso era lo que pensaba todo el mundo de Myaha. Tanto chicos como chicas, varios grupos de alumnos habían intentado atraer hacia sí a aquella chica que era quien sacaba mejores notas en la clase, pero Myaha no se pegaba a ningún grupo y continuaba manteniendo en el aula un bello aislamiento.

Alguno de los grupos interpretaba aquello de manera equivocada, sintiendo lástima por ella. Y es que lo natural era pensar que se trataba de una persona desdichada. Las chicas que así lo creían a veces la invitaban a comer juntas el almuerzo traído de casa o se ofrecían a intercambiar mensajes con ella, intentando atraer la atención de Myaha de diversas maneras. Vivimos tiempos en que todos se preocupan mutuamente unos de otros. A nuestra generación, que se ha criado impregnándose de la buena voluntad que le han impuesto, le resulta muy difícil asimilar algo tan inconcebible como la existencia en su entorno de alguien que rechace de manera entusiasta esa amabilidad. Se trata de algo que no tiene remedio.

Porque nuestra generación se ha criado bajo la enseñanza de que ser adulto consiste en mostrar afecto unos hacia otros, apoyarse e interpretar entre todos una armonía.

<listado: ítem>
<i: ama a tu prójimo>
<i: si te golpean la mejilla derecha, pon la izquierda>
</listado>

A nosotras también nos han enseñado que convertirse en una persona así es lo que significa llegar a adulta. Porque, después de

haber experimentado aquella catástrofe denominada Maelstrom, la especie humana, sin distinción de latitudes, se vio abocada a transformarse en ese sentido.

<listado: ítem>
<i: libertad>
<i: fraternidad>
<i: igualdad>
</listado>

Myaha odiaba esa clase de sociedad.

Quizá los padres no puedan elegir a sus hijos, pero no es menos cierto que los pequeños no pueden elegir absolutamente nada; así que Myaha, como otra de sus muletillas, solía decir que por lo menos estaría bien que el *mundo* pudiera ser a gusto de una. Por eso, cuando se le acercaba con todo su afecto un chico o una chica, al principio los rechazaba cortésmente y, si insistían demasiado, terminaba por decirles con displicencia:

—No tengo interés en una simple persona.

Parecía que les estuviera diciendo que, si no se trataba de un extraterrestre o de alguien con poderes paranormales, no había nada que hablar. Era igual que la princesa Kaguya[2], que ponía condiciones absurdas a sus pretendientes. Lógicamente, cuando las respuestas llegaban a este punto, no había nadie tan ingenuo como para interpretar positivamente un rechazo tan descarado pensando que en realidad le gustaba mucho, mucho, muchísimo y contestaba lo contrario por coquetería o que se trataba de una mera cuestión de carácter frío. Por tanto, ¿significaría que Kyan y yo no éramos para ella unas simples personas? Puede que, en cierto sentido, eso fuera un motivo para enfadarse.

Así es que yo tampoco me sentía a gusto en ese colegio y, en la medida de lo posible, intentaba pasar la mayor parte del tiempo metida en casa, pero, en principio, digamos que entré en uno de los grupos de amigos existentes. Creo que aquello era el único resto

que quedaba en mí de sociabilidad. Intentando borrar mi presencia con un perfil bajo, todos los días rezaba por no tener que intervenir en el tema de conversación que saliera esa mañana en el grupo. Me encontraba extenuada por la amabilidad que me demostraban aquellas amistades.

<declaración>
<la amabilidad exige una amabilidad de carácter compensatorio>
</declaración>

La consideración que me mostraban los profesores, los padres o toda la gente de alrededor me asfixiaba en silencio.

Hace muchísimo tiempo, por lo visto existía algo que llamaban «acoso».

No sabía exactamente en qué consistiría aquello y, con quince años recién cumplidos, nadie me lo había enseñado, pero al parecer se trataba de una especie de ataque colectivo de un modo especial hacia unos niños determinados. En cualquier caso, era algo que había desaparecido de la sociedad de forma natural. Después del Maelstrom, los ataques hacia un recurso humano tan preciado como los niños, aun cuando se tratara de un asunto entre los propios pequeños, era algo que no podía permitirse.

Consciencia de ser un recurso.

La gente llamaba «recurso humano» a su percepción social, al deber. Al cuerpo como bien público. Los educadores decían a la población: «Tienes que ser consciente continuamente de que eres un recurso imprescindible para este mundo». Circulaban lemas entre la especie humana como «Cuidemos de nuestra vida» o «La vida humana vale más que la Tierra».

Si yo hubiera nacido hace un siglo, ¿habría sufrido acoso?

Seguro que sí, me gustaría que así fuera. De ningún modo estaría en el lado de los que acosan.

Un día en que regresaba del colegio pensando en ello, vi a Myaha sentada en un banco del parque con algo en la mano, cerca

de una jungla de barras para gimnasia infantil. Tardé un poco en comprender que lo que tenía en la mano era un medio de comunicación extinto, un libro. En otras palabras, yo era una alumna de bachillerato y, al igual que el resto de las compañeras, una ignorante en cuanto al pasado. Una parte del pasado, en particular lo tocante a las imágenes, se hallaba censurado y alcanzaba a imaginar que en dicha parte vetada existirían crueles escenas de cadáveres, pero hacía falta una titulación especial para poder acceder a ellas. El motivo por el que resultaba difícil ver en la Biblioteca Completa Borges la mayor parte de las producciones de un medio de masas llamado cine que existía en el pasado era porque contenían escenas de violencia. Para ver cine, para acceder a información visual que incluyera violencia, era necesaria una titulación estipulada por la ley. Y la mayoría de esas producciones del pasado llamadas películas estaban excesivamente repletas de una violencia cuya autorización resultaba inconcebible en esa sociedad tan pacífica y refinada de nuestros Biogobiernos.

Título de tratamiento de información visual psicológicamente dañina.

Esa es la titulación que ahora sí tengo, porque me fue necesario obtenerla por cuestiones de trabajo, pero de la que, obviamente, carecía de niña. Además, de entrada, siendo una chica de bachillerato preocupada solo por su crecimiento, me gustaría saber de qué parte de su cabeza, pecho o vientre iba a surgir una motivación para algo como el conocimiento histórico. Por eso, no conocía absolutamente nada de ese medio de comunicación extinto hacía tiempo que eran los libros, ni tampoco había oído nunca que se tratara de un artículo que se comercializara a elevados precios entre un puñado de gente excéntrica.

No es que Myaha me llamara la atención por nada especial. Simplemente pensé: «Anda, si está ahí». Nada más.

Sin embargo, ella me descubrió.

Myaha embutió el libro en su cartera y se acercó a mí con pasos desgarbados. Me sorprendió ver su rostro tan inexpresivo. Seguí

avanzando hacia ella, mirándola a la cara, pero con intención de pasar de largo. Sin embargo, Myaha, que me había reconocido, se aproximó con unas cuantas zancadas y señaló la jungla de barras.

—¿Sabes por qué esas barras están retorcidas como un guiñapo? Para que se sincronicen con el movimiento de los niños.

Me quedé estupefacta al ver que de pronto soltaba aquello sin ningún prolegómeno. No supe qué decir. Myaha se dio cuenta de mi desconcierto y continuó hablando sin esperar más.

—Para que los niños no se maten. Antiguamente, algunos niños murieron en esas junglas de barras. ¿Lo sabías?

Negué con la cabeza. Sin decir nada. Como si fuera tonta. Nunca había oído hablar no ya de esas muertes accidentales, sino ni siquiera de niños que se hubieran herido con esas junglas de barras. La voz de Myaha tenía un tono tan suave como el de una flauta, pero a la vez acumulaba una frialdad que borraba de un plumazo cualquier emoción y mantenía mis oídos como atados por un hechizo.

—Las junglas de barras tipo gimnasio estaban hechas de metal hasta principios del siglo XXI. Eran tubos entrelazados como barrotes en formas geométricas tridimensionales.

—¿Y si entonces alguien se caía desde arriba?

—No pasaba como con las junglas de barras actuales, que se mueven enseguida para recoger al que cae. Porque a las barras metálicas de entonces no les habían conferido inteligencia ni mutabilidad; de hecho, ni siquiera flexibilidad. Hubo niños que murieron por fractura de huesos al golpearse la cabeza o el cuello contra aquellas barras tan duras. Y los areneros eran un foco de virus y bacterias, así que los parques infantiles eran, por decirlo claramente, lugares muy muy peligrosos.

¿Se puede saber por qué demonios la chica más rara de la clase se pone a hablarme precisamente a mí de la arqueología de las junglas de barras? No entendía a qué venía su actitud, pero le seguí la corriente.

—Entonces, los parques de antes eran muy diferentes de lo que hoy día llamamos «parque», ¿no?

—No tanto. El aspecto general apenas ha cambiado en este último siglo. Sigue habiendo árboles y aparatos para que jueguen los niños. También había críos que, como nosotros, se sentaban en los bancos a leer libros. La diferencia consiste en que ni los areneros ni las junglas de barras ni las escaleras en forma de arco poseían una inteligencia destinada a pensar en la seguridad de los niños.

—¿Eso que estabas mirando antes era un libro? —le pregunté sorprendida.

Porque lo cierto es que aquella era la primera vez en mi vida que había visto ese objeto llamado «libro».

—En efecto, Twan Kirie. Eso que tenía en la mano era un libro. Siempre lo llevo conmigo y los ratos libres que tenemos entre las clases, por lo general, los paso leyéndolo.

Al terminar de hablar, Myaha sacó el libro de su bolso escolar y me lo enseñó. En la portada ponía: *El hombre sin atributos*.

—No sé, pero por el título parece bastante aburrido.

Cuando oyó eso, Myaha pareció alegrarse.

—Ajá. Cuando estoy en el aula, me comporto como si en mi lugar solo hubiera aire, pero, aunque a pesar de ello debo de llamar la atención, y más por no juntarme con el resto, tú ni te fijabas en que paso el tiempo mirando un objeto tan estrafalario como los libros. Tal y como imaginaba, eres una chica de la que sí cabe esperar algo. Quizá sea un poco inmodesto decirlo, pero, dentro de los alumnos de esa clase, soy una chica con un montón de particularidades[3].

Me hallaba estupefacta. Ciertamente, siendo una chica que en clase no se juntaba con ningún grupo y que se limitaba a estar quieta mirando algo, algo además tan raro como un libro, llamaba la atención aunque quisiera evitarlo. Pero, a pesar de ello, nunca había dado a ese hecho el peso que ahora ella me atribuía. Sin embargo, en el caso de los demás no era así. Por lo menos al principio, cuando todos se esforzaban por hacer buenas migas con ella o ayudarla en

lo que necesitara. De hecho, yo era la única que no había hecho caso a Myaha.

—Si hay alguien que no quiere mezclarse con los demás, le dejas a su aire. Tampoco te dedicas a darle consejos. Esa es la clase de persona que realmente deseas ser. Perteneces a un grupo de amigas y en los días libres haces también actividades de voluntariado, pero, en definitiva, de lo que más te preocupas es de ti misma. A ti no te importa todo eso de la armonía. Por eso tampoco te habías fijado en ese estrafalario acto mío de leer libros.

Había dado en el clavo.

Había dado en el clavo, pero se trataba de algo que hasta entonces nadie había sabido descubrir. Me turbó un poco y, mientras me apresuraba a buscar la manera de reaccionar, me salió una pregunta estúpida que se apartaba de la cuestión principal que ella planteaba.

—Pero los libros pesan y ocupan. Son incómodos de llevar, ¿no?

—Sí, pesan y ocupan, pero por eso mismo los llevo, Kirie-san. *Pesar* y *ocupar* son actos que van contra la sociedad de hoy en día.

La voz con que hablaba Myaha era como la que usaban los hombres con garganta idónea para sopranos. Tras estas palabras, la chica echó a andar llevando la cartera a su espalda con una mano. Aun cuando recuerde ahora la escena, no sé exactamente qué fue lo que me llevó a seguir tras aquellas espaldas. De lo único que me acuerdo es de que sentí que cada una de las palabras de Myaha incidía de un modo placentero en el núcleo de una serie de cosas que hasta entonces no había sido capaz de expresar correctamente. O quizá se pueda decir que ella pulió nuevamente la mortífera arma herrumbrosa que desde un primer momento yacía en el agua salada de mi mar interior. Por cierto, que, cuando un día posterior pregunté a Kyan por ello, me dijo que ella también había conocido a Myaha en el parque.

—Pues bien, ahora llega la Q[4]: ¿crees que una persona que nunca se ha caído en su vida puede llegar a morir sin ser consciente de que se ha caído?

Myaha lanzó su pregunta mientras seguía caminando, sin volverse hacia mí. Lo único que yo veía de ella era la parte trasera de su cabeza, pero me daba la impresión de que, sin duda, debía de estar sonriendo alegremente.

—¿Te refieres a lo de las junglas de barras?

—No solamente, pero, bueno, da igual. Digamos que sí.

—Supongo que sentir miedo cuando nos caemos es una reacción instintiva del ser humano… —contesté.

Aun cuando la hipótesis de «no haberse caído nunca en la vida» supusiera una experiencia con escasas probabilidades de existir, no me parecía que por algo tan simple pudiera borrarse del cerebro humano el miedo hacia una caída. Myaha contestó con un impreciso «Hmm», que lo mismo podía interpretarse como acuerdo que como desacuerdo. Acto seguido, añadió:

—Así que esa es tu A… Porque se trata de un instinto, en definitiva, porque la naturaleza ha hecho así al ser humano. ¿No es eso?

—Sí.

—Kirie-san, ¿tú te has caído alguna vez en algún sitio?

Recordé un episodio de la niñez. Había ido a un campamento y, al resbalarme en unas rocas, me caí a un arroyo. Sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Había oído decir que cuando sufrimos un accidente, ese instante nos parece anormalmente largo, pero, en mi caso, casi al mismo tiempo de comprender que había resbalado, ya me encontraba en el agua.

Al parecer, me golpeé una pierna al resbalar en las rocas y, cuando abrí los ojos en el arroyo, vi que el agua en torno a mi pantorrilla derecha presentaba una nubecilla ondulante de suave color rojo, conectada a un hilillo bermellón parecido a la seda que salía de mi herida trazando una línea curva. Una trucha nadaba en torno a aquel hilillo como si quisiera enredarse en él. Mi padre acudió enseguida en mi ayuda y me curó con el botiquín portátil que llevaba. Pero todavía hoy puedo recordar el aspecto sensual que ofrecía ese hilillo rojo ondulando en la corriente. La herida en sí se

cerró mediante una pasta medicinal a base de una de esas sustancias que, según Myaha, podría matar a cincuenta mil personas y, aparte, un líquido generado por un tanque de moléculas de uso también medicinal fabricó unos anticuerpos que evitaban infecciones y patógenos. Mi padre unió aquel líquido al puerto de medicación existente bajo mis omóplatos.

—¿Qué sensación tuviste en el instante de caer, Kirie-san? —preguntó Myaha parándose en seco y girándose hacia mí.

Le contesté con toda sinceridad que sucedió tan rápido que no sentí nada; que, cuando me quise dar cuenta, ya estaba en el agua.

—Ah, vaya…

Myaha pareció perder el interés y, volviendo a mirar hacia delante, reemprendió la marcha. Yo, siguiendo tras sus pasos, le pregunté:

—Mihie-san, ¿quieres decir que una persona que no se ha caído nunca no siente miedo a caerse?

—No exactamente. Pero puede olvidarse de ello. Al igual que ahora, en nuestros días, todo el mundo vive sin acordarse de las enfermedades, ¿no?

—¿Las enfermedades? ¿Quieres decir envejecer rápidamente o eso de que los músculos se vayan volviendo más rígidos cada vez?

Myaha se rio como si el comentario la divirtiese y explicó:

—Bueno, también, pero eso lo sufren unos pocos afortunados escogidos, porque portan determinados genes que producen dichos fenómenos y, a partir de cierto momento, resultan inevitables. No me refería a eso, sino a cosas como el resfriado o el dolor de cabeza. ¿No has oído hablar de ello?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Pues antiguamente el cuerpo humano presentaba miles de esas pequeñas enfermedades. Todo el mundo se ponía enfermo. Pero desde que llegó el Maelstrom tirando cabezas nucleares por el planeta, todo el mundo comenzó a contraer cáncer a causa de la radiactividad, y la humanidad emprendió la tarea de erradicar las enfermedades.

—Ah, eso sí lo he estudiado. Eso de que...

<referencia:librodetexto:id=hsj56093-4n7mn-2jp:línea=3496>
<contenido>
Apareció mucha gente con cáncer debido a la radiactividad. Además, quizá por influencia de alguna clase de mutaciones repentinas debidas a la radiactividad en las zonas interiores de China o de África, comenzaron a expandirse una serie de virus desconocidos. Ante la inminente amenaza que suponían dichos virus para la humanidad, se produjo a nivel mundial el paso de una estructura de sociedad de consumo capitalista basada en Gobiernos aislados a otra de cuidados médicos y bienestar donde la unidad base son unos Biogobiernos cuya prioridad es la salud de sus miembros.
</contenido>
</referencia>

»Me pregunto cómo habré podido aprenderme esto de memoria. Increíble, ¿no?

—Pero en el colegio no nos enseñan qué enfermedades padecían los humanos antes de aquello. Por mucho que hayas memorizado eso, ni siquiera tú, Kirie, sabes en qué consistía el resfriado. Y es natural, porque no hay manera de experimentarlo. Esta sociedad ha hecho las cosas muy bien. Porque, gracias al WatchMe y al Medicare, el *mundo* ha acabado prácticamente con todas las enfermedades.

Me pregunté si Myaha sabría que mi padre, Nuaza Kirie, era uno de los primeros científicos que teorizó de forma seria sobre ciertas tecnologías relacionadas con el funcionamiento del WatchMe. Por supuesto que los compañeros del colegio lo desconocían, y aunque alguno lo supiera, a lo más que llegaría sería a decir: «Ah, así que es una persona importante…». En cuanto a mí, no sentía el menor deseo de proclamarlo.

<referencia:tesis:id=stid749-60d-r2yrui6ron1>
<título>
Sobre las posibilidades del monitoreo de salud homeostática del cuerpo humano mediante el uso del grupo de moléculas medicinales *medimol* y las moléculas medicinales maleables (medibase)
</título>
<autor> Investigador: Nuaza Kirie </autor>
<autor> Investigador adjunto: Keita Saeki </autor>
</referencia>

Ese era el título de la tesis que mi padre, Nuaza Kirie, escribió con un amigo hace treinta y cinco años. Me pregunto qué cara pondría Myaha si se lo contara. ¿Me cogería manía? Si le dijera: «La responsabilidad de haber construido un trocito de ese *mundo* que tú odias es de mi padre». El hecho de que yo misma odie este mundo idéntico, ¿puede suponer una bula de indulgencia para mí?

—Vivimos en el futuro.

A primera vista, la frase podría parecer cargada de optimismo, pero, por el contrario, la pronunció con tono lúgubre y, tras un suspiro, añadió:

—El futuro, por decirlo en una palabra, es «aburrimiento»; el futuro no será más que un vasto y conformista suburbio del alma. Eso dijo hace mucho tiempo un hombre llamado Ballard. Un escritor de ciencia ficción. Y así es, eso es justo lo que tenemos aquí. El mundo de estos Biogobiernos que se preocupan tanto de nuestra salud y nuestra vida. Nos han encerrado en el tipo de futuro que imaginó la gente de antaño.

Tras un tiempo caminando, habíamos llegado a un cruce de caminos. Myaha se detuvo allí y me agarró una mano. Una vez más, fue un movimiento tan repentino que me sobresalté y quedé como petrificada en el sitio. Myaha, como si estuviera frente a una reina a la que reverenciaba, alzó con gran delicadeza mi mano hasta la altura de los ojos.

—Gracias a la externalización, los adultos controlan ahora la mayoría de lo que antes la humanidad consideraba cosas producto de la naturaleza y difíciles de comprender. Ponerse enfermo, vivir y quizá incluso pensar. La mayoría de las situaciones que antes eran propias de uno mismo, que solo podían tener sentido como pertenecientes a uno mismo, han entrado en la corriente de la economía para ser dejadas en manos externas. Así las cosas, yo no quiero llegar a adulta. Este cuerpo es mío. Yo quiero vivir mi propia vida. Y no esperar a que me asfixie hasta la muerte ese aire de cariño y comprensión mutua.

Una vez terminado su discurso, Myaha hizo algo todavía más increíble. Me besó el dorso de la mano.

Retiré la mano al instante, pero ya era demasiado tarde. Mi mano conservaba grabada la sensación de los labios de Myaha al besarla.

Un tacto frío.

Eso fue lo primero que pensé. Los labios de Myaha estaban fríos. Pero la sensación no era para nada desagradable, sino que más bien me dejó un placentero regusto, que reverberaba como un eco entre las células de mi piel. Myaha ya se encontraba al otro lado del cruce, yendo en una dirección diferente de la que apuntaba hacia mi casa.

—Tú estás hecha de la misma pasta que yo, Twan Kirie —dijo sonriendo con aire muy contento.

Acto seguido, Myaha salió disparada y siguió corriendo hasta que se perdió de mi vista.

Así fue como Myaha y yo nos conocimos.

Ella se encontraba leyendo un libro y yo cruzaba por el parque. Eso había sido todo.

Y eso fue lo que cambió en gran medida mi vida, el comienzo de una efímera amistad.

03

Antes de hablar de la separación y el reencuentro entre Myaha Mihie y yo, seguramente lo mejor será contar lo relativo a la muerte de Kyan. El camino que llevó al reencuentro con Myaha Mihie comenzó en el Sáhara y fue el suicidio de Kyan Reikado lo que lo propició. Cuando habían pasado trece años desde que las tres nos conociéramos, un día Kyan…

<listado: ítem>
<i: un trozo de tomate muy rojo>
<i: un trozo de *mozzarella* muy blanco>
</listado>

Murió empotrando la cara en un plato de ensalada caprese. Cuarenta y ocho horas antes de eso, yo estaba en el Sáhara contemplando la línea del horizonte donde se tocaban un azul y un amarillo que parecían pintados.

<paisaje>
<i: un cielo azul ilimitado>
<i: una tierra amarilla ilimitada>
</paisaje>

La línea del horizonte donde coincidían un color amarillo y un color azul muy vivos hacía olvidar que antiguamente aquello fue un

desierto.

Hacía olvidarse de la humanidad y de la historia.

Era idéntico a un cuadro abstracto de Mark Rothko. La mitad superior, azul. La mitad inferior, amarilla. Pétalos que se superponen y cuyo suave bamboleo sugiere el rastro de la pintura que corre sobre el lienzo. Contemplé a través de las rendijas de mis entrecerrados párpados aquel paisaje convertido en cuadro abstracto. Estaba sentada sobre un vehículo acorazado de la OMS, acariciando con mis labios la textura del cigarro puro. Escaneaba con mi mucosa el tacto de las duras y un tanto ásperas hojas del habano. Así, disfrutando de esta inmoralidad que la gente ya apenas puede tener ante sus ojos, en el límite donde arranca un mar de girasoles, me hallaba con nuestra caravana. En ese lugar que antes se llamaba desierto del Sáhara. En ese lugar donde hace tiempo cayeron varias RRW.

<diccionario>
<ítem> "RRW" </ítem>
<descripción>
Acrónimo de las cabezas nucleares *Reliable Replacement Warhead*, que fabricó en grandes cantidades un «Gobierno» llamado Estados Unidos de América en torno al año 2010. Entraron en escena como sustitutas de las anticuadas cabezas nucleares del siglo XX, ofrecían una mejor capacidad de almacenamiento y mayor seguridad y facilitaban también su manejo. Se anunciaron como «las cabezas nucleares del siglo XXI». Debido a los grandes disturbios desencadenados en el 2019 en América del Norte y en los países anglófonos en general a causa del Maelstrom, una gran cantidad de estas cabezas acabó ilegalmente en terceros países. Entonces intervino el Ejército de la Unión Europea, liderado por Francia y Alemania, pero a pesar de neutralizar con rapidez diferentes instalaciones nucleares, el número de RRW sustraídas en los EE. UU. alcanzaba las treinta y cinco unidades, de las cuales solo se recuperaron catorce, más otras dos localizadas en el propio territorio de los EE. UU. Las otras diecinueve fueron usadas en diversos conflictos armados del planeta. (Fuente: OIEA).

</descripción>
</diccionario>

Por eso abren aquí sus flores amarillas unos girasoles a modo de compensación.

Se trata de un sistema empleado desde hace mucho tiempo, pero que continúa siendo efectivo. En la belicosa sociedad que existió una vez, se plantaban girasoles por todo el planeta con la misma intención. El mundo entero se volvió de color amarillo, sorprendiendo hasta a los denominados *flower children*. Un modo a la antigua usanza de restablecer el medio ambiente mediante las plantas. Esta clase de girasoles modificados hundían sus raíces muy profundamente en la tierra y, junto con el sustento, absorbían también meritoriamente elementos como el estroncio o el uranio. Así, cuando terminaba su vida, habían dejado el terreno limpio.

También la Comunidad de Estados Norteafricanos, que en pleno apogeo del Maelstrom compró cabezas nucleares a unos maleantes estadounidenses y las dejó caer aquí a su gusto, ahora, al igual que la mayoría de las naciones, consideraba el asunto únicamente como un episodio de la historia del que había que aprender.

—Queen, ahí llega esa gente —me avisó Étienne, vestido con el uniforme militar rosa que distinguía al Ejército Médico, apoyándose en el vehículo en cuyo techo me sentaba.

La gente esa traía mecheros de gas y puros habanos. Un grupo de cabezas azules destacó entre el mar de girasoles plantado por la sociedad del Biogobierno. El amarillo que les circundaba era tan intenso que parecía relucir, por lo que el color azul de sus cabezas se resaltaba todavía más. Los turbantes y las togas de los *kel tamasheq* eran azules desde antaño y posiblemente así seguirían siendo en el futuro. Como camuflaje resulta el peor imaginable, y es admirable que esa gente siga vistiéndolos y quiera continuar luchando a lomos de un camello.

En la rompiente del mar de girasoles, cuatro guerreros *tamasheq* asoman su figura. Envueltos en ropajes azules, brotan de

un campo dorado. Llevan al hombro fusiles de asalto AK, como en los viejos tiempos. Me bajé del techo del vehículo acorazado y eché a caminar hacia el guerrero que actuaba como representante del grupo.

—Cuánto tiempo sin vernos, pueblo de la Medicina.

—Igualmente, guerrero tuareg.

Entonces, el guerrero de azul hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Acaso sabes lo que significa la palabra *tuareg* en lengua árabe?

—Lamentablemente, no.

—Pues significa, jovencita, «los apartados de la mano de Dios». Un nombre que nos puso gente ajena a nosotros.

—Bien, pues entonces, ¿qué significa *kel tamasheq*?

—«Los que hablan el idioma *tamasheq*».

Se mire como se mire, lo de «apartados de la mano de Dios» parecía mucho mejor que lo nuestro. Y es que, en nuestro caso, Esculapio, dios de la Medicina, o Hipócrates, el protector de los médicos, se preocupaban continuamente por el pueblo de la Medicina, construyendo un santuario a la medicina clínica y, como resultado de ello, la humanidad había cortado de raíz casi todas las enfermedades que experimentó en el pasado. Y continuaba cortándolas de manera incesante. El pueblo de la Medicina de ninguna manera se veía abandonado. No es ya que no hubiera cosas que escaparan a los ojos divinos, es que llevábamos en nuestros cuerpos el WatchMe.

—Pues yo creo que es estupendo eso de ser olvidados por Dios.

—Por lo visto, no te gusta vuestro dios.

—Y tú aceptas gustoso los productos de dicho dios, ¿no?

Lo dije con cierto tono mordaz, pero el tuareg de tez morena contestó con una sonrisa.

—Así es. La diferencia entre nosotros y tú estriba en que aceptamos vuestro dios solo en la medida en que nos resulta

necesario. Sin duda, nuestro profundamente compasivo dios lo perdonará.

Exhalé un suspiro ante la picardía de la gente del desierto, bueno, de lo que fue un desierto. Saqué una célula de memoria del bolsillo y dije:

—Así que la diferencia con los tuaregs es que nosotros nos arrodillamos por completo ante nuestro dios, ¿no?

—Eso es. Vosotros no sabéis deteneros en un punto intermedio. Vuestro excesivo impulso os lleva a querer imponernos esa fe. Por eso mismo nos vemos obligados a luchar.

—Nosotros no somos el Gobierno de Níger. No somos de uno de esos «Gobiernos» que existían antes, sino un organismo nacido de un convenio de Ginebra, la Comunidad de Consenso Médico, lo que se llama Biogobiernos. No estamos ni del lado de Níger ni del de los tuaregs. No somos más que un puñado de gente de un simple Grupo de Observadores de la Tregua.

—Para los *kel tamasheq* es lo mismo, da igual que se trate del pueblo de Níger o del pueblo de los médicos. La diferencia no está más que en las caras.

—Los Biogobiernos son una figura política. No son un credo religioso.

—Son iguales, tanto un credo religioso como el imperialismo. Porque Níger, con el propósito de conectarnos a un servidor, pone como excusa el *vidalismo*[5], pero eso no es más que una modalidad del imperialismo. Antiguamente, luchamos contra el colonialismo de Inglaterra o Francia. Gadafise fijó en nuestra valentía y se comprometió a dejar que mantuviésemos nuestro estilo de vida guerrero, pero cuando el país decayó lo echaron enseguida. Combatimos también contra los dictadores de Malí, Níger o Argelia. Todos eran lo mismo, un *hardware* a base de imperialismo. Lo que vosotros llamáis *vidalismo* no es más que un *software* diferente para el mismo *hardware*.

Volví a suspirar. Inspector de espirales de la OMS. A pesar de haber conseguido obtener un puesto político de esa categoría, cuyo

trabajo consistía en la negociación política, cuando comenzaban las conversaciones de corte político, me aburría insoportablemente. Agitando de manera ostensible la célula de memoria que tenía en la mano derecha, contesté:

—Este *patch* médico que tengo aquí es también un *software* del imperialismo…

—Ya lo he dicho antes, ¿no? Que nosotros sabemos usar las cosas en el punto justo.

El guerrero chasqueó los dedos y los supuestos subordinados que tenía a su espalda se metieron entre los girasoles para volver a salir trayendo entre todos varias cajas grandes de madera. El contenido de aquellas cajas era algo que todavía se degustaba allí donde no alcanzaba el mundo de la atención médica, mercancías que nuestra sociedad había prohibido. En pocas palabras, artículos como el puro habano que tenía entre los labios, alcohol y otros productos de lujo «nocivos para la salud».

—A nosotros también nos gusta un punto intermedio, a decir verdad. Ese que está ahí, Étienne, también piensa lo mismo, y en el campamento de Níger del Grupo de Observadores de la Tregua, donde se halla estacionado el Ejército Médico, hay unos cuantos compañeros esperando nuestro regreso que opinan que lo mejor es «un punto intermedio».

—Sois una tribu bastante extraña. Si hay tanta gente que gusta de ese «punto intermedio», ¿por qué sois vosotros mismos quienes os atáis con una serie de prohibiciones tan extremas en ese sentido?

—Por desgracia, esa gente somos una minoría. Los seres humanos somos unas criaturas que vivimos con el miedo continuo de que, si no establecemos unas prohibiciones extremas y nos esforzamos por respetarlas en todo momento, perderemos lo ganado y nos sumiremos en un terrible caos. En principio, somos así. La gente temerosa siente que lo del «punto intermedio» no es suficiente. Y la mayoría de las personas de nuestro mundo pertenece al grupo de los temerosos. A pesar de que, si uno sabe utilizar con habilidad el monedero, no debería ser necesaria la hucha.

—¿Qué es eso que llamas hucha? El monedero sí lo conozco, pero…

—Yo tampoco lo entiendo del todo. Ni tampoco lo del monedero. Son expresiones antiguas, de los tiempos en que el dinero tenía existencia física, pero todavía se conservan.

Expresiones antiguas. Pero si me preguntan quién me las enseñó, pues no fue otra que Myaha Mihie.

—Es decir, que si todos vosotros poseyerais la capacidad de degustar el «punto intermedio», no tendríais la necesidad de enzarzaros en una lucha contra nosotros.

—Efectivamente, así es.

Mientras yo hablaba con el guerrero, a mi lado Étienne y sus compañeros recogían las cajas de madera que traían los tuaregs y comprobaban su contenido. Étienne era francés. Su aspecto se correspondía con el de un corpulento «macho», pero en lo que yo confiaba era en el sentido estético que corría por todo su cuerpo. En cuanto a su faceta protestona, probablemente no exista otra nacionalidad que supere a los franceses en ese campo. Entre el serrín que llenaba las cajas había un buen número de artículos ante cuya vista se desmayarían los probos ciudadanos de los Biogobiernos. A pesar de lo cual, resultaban imprescindibles para todos aquellos que compartían dichos gustos. Cuando nos lleváramos aquello a nuestro campamento, quedaría distribuido todo en menos de una hora. Porque hasta ahora así había sucedido todas las veces. Ni que decir tiene que la distribución tendría lugar después de que el compañero A, que me había extraído la célula de memoria del servidor, Étienne y los suyos, así como yo misma retirásemos nuestra parte del anhelado producto.

Efectivamente. Una vez convertida en adulta, escogí esta manera de huir, aunque fuera un poco, de la sociedad. De esa sociedad que mataba a la gente poco a poco por asfixia con su cariño y comprensión. Con una forma disimulada, artera, de lo más despreciable.

Lo que hacía falta para apartarse de ella eran dos cosas:

<listado: ítem>
<i: aparentar que uno aceptaba convertirse en adulto>
<i: engañar en todo momento al sistema simulando ser adulto>
</listado>

Había oído que hace mucho mucho tiempo, cuando los alumnos problemáticos querían fumar tabaco, se escondían en los retretes o tras la fachada posterior del gimnasio para hacerlo. Este es otro de los conocimientos adquiridos gracias a Myaha. Lo que Myaha no sabía era que ahora, para poder fumar a escondidas, ya no bastaban los retretes del colegio, sino que había que ir al campo de batalla. Quedaba al libre albedrío de cada cual considerarlo como algo patético o como una soberana estupidez en la que se jugaba uno la vida por satisfacer un placer insignificante.

Con todo, hay algo que me gustaría decir, y es que antes de llegar a este lugar ya había probado otras muchas cosas y perdido algo muy importante.

Esas muchas cosas son la hiperfagia y la anorexia.

La pérdida importante fue la vida de Myaha Mihie.

La vida.

El conjunto de moléculas medicinales que contribuyeron a crear mi padre y su amigo había borrado de este mundo la mayoría de las enfermedades. El sistema llamado WatchMe, de monitoreo corporal permanente, llevaba a cabo a nivel molecular una vigilancia incesante de los errores de transcripción del ARN en la sangre o de la uniformidad inmunológica y, si encontraba algún elemento que se apartaba de lo debido, lo eliminaba sin tardanza. La fábrica familiar de medicamentos Medicare que poseía cada hogar preparaba al instante la sustancia necesaria para destruir la materia nociva

existente en las albúminas de la sangre, y era enviada de manera localizada al área que tuviera por objetivo.

—Oye, Twan, ¿te apetecería morir conmigo?

Cuando Myaha me dijo eso, habló con la misma decisión de costumbre. A pesar de que soltara cosas que, si las oía un tercero, no iba a limitarse a fruncir el ceño, lo hacía de forma abierta, y en esa ocasión estábamos en el aula en un momento en que todavía quedaban varias compañeras dentro. Puso el codo en mi pupitre, como hacía siempre. Y es que, no sé por qué, pero tenía la sensación de que seguro que en algún momento me haría esa clase de invitación. Por eso, apenas me sorprendí cuando me habló en público de esa propuesta de suicidio conjunto. Ni tampoco cuando me dijo que lo pusiéramos en práctica ya, enseguida. Era la única forma de que pudiéramos escapar de este lugar. Así era como pensaba. Al lado de Myaha estaba de pie Kyan, aguardando mi contestación con rostro muy serio.

Así y todo, a la hora de morir resulta necesario establecer un orden para los preparativos. En especial cuando se vive en un entorno de escasez de niños y decrecimiento de población donde no paran de machacar con la postura de «corrección pública» que sostiene que el cuerpo que tenemos es «público» y un «preciado recurso de la sociedad».

—Hace muchísimo tiempo, los expertos en lo tocante a la prohibición del suicidio eran los católicos —dijo Myaha con la serena voz de costumbre cuando nos transmitía sus conocimientos—. Decían que la vida nos había sido concedida por Dios. Dios nos había adjudicado dicha vida, nos gustase o no. Por eso las personas, que no éramos más que simples corderos, no debíamos arrebatarnos la vida por nuestra cuenta. De ahí que los suicidas fueran aborrecidos de manera especial. Debían vagar hasta el día del Apocalipsis por el limbo, un lugar que no era el cielo ni la tierra, y se los enterraba en mitad de los cruces de caminos. Como castigo por haber traicionado a Dios.

—No parece que a nosotras nos vayan a enterrar en medio de un cruce de caminos, ¿verdad? —dijo Kyan sonriendo inocentemente.

Cuando vi aquella sonrisa, no pude evitar sentir cierto hartazgo. Myaha ignoró el comentario de Kyan y continuó hablando.

—Y quien ha heredado aquel dogma católico es, curiosamente, nuestra sociedad sanitaria, rebosante de cariño. La doctrina de la vida como algo otorgado por Dios se ha convertido en la de «el cuerpo como bien público» dentro del vidalismo de la sociedad sanitaria. Nuestra vida ha pasado de pertenecer a Dios a pertenecer a todo el mundo. Hoy en día existen demasiados significados posibles en torno a la expresión «proteger la propia vida».

Cierto. Myaha tenía razón en lo que decía.

Precisamente por eso sentía que debíamos morir.

Porque nuestra vida se hallaba protegida en exceso.

Porque todo el mundo se preocupaba en exceso por los demás.

Pero, aun así, morir sin más no servía. Tenía que hacerse de alguna forma que se burlara de nuestra salud en sí misma. En aquel entonces nos encontrábamos obsesionadas con dicha idea.

—Antiguamente existían los reyes —siguió Myaha—. La gente echaba al rey para intentar cambiar el *mundo*, aunque fuera un poco. Eran los ciudadanos los que echaban al rey. Es decir, todos. Pero, aunque fuera así, en aquella época el flujo de información era demasiado deficiente como para que pudieran decidir entre todos la política, así que nacieron los Gobiernos. Entonces, cuando la gente acabase otra vez harta, tendría que terminar con los Gobiernos.

La voz de Myaha mientras decía eso, más nítida y cortante que antes, estaba provista de una belleza que hacía estremecer la espina dorsal. Era igual que un acerado filo. Un cortante filo de hielo.

—Pero ahora es diferente. Cuando se acabaron los Gobiernos, lo que vino fue la sociedad de los Biogobiernos, y ya no existen personas que los derriben. Porque todo el mundo es feliz, todos gobiernan y la unidad sobre la que gobiernan tras la parcelación es muy pequeña.

Myaha miró por la ventana a las compañeras que caminaban distraídamente hacia la verja del colegio por el camino de tierra para regresar a casa. Su mirada parecía querer abarcar todo el panorama a sus pies desde la altura del tercer piso del edificio escolar donde estábamos.

—Biogobiernos. De nombre oficial, Comunidad de Consenso Médico. Una agrupación de personas que han llegado a un cierto acuerdo en cuanto al sistema médico que se suministra. Las personas armonizadas. Claro que los Biogobiernos cuentan con consejeros, pero constituyen una figura por completo diferente a la de los parlamentarios de los antiguos Gobiernos. Los tipos que hoy actúan como consejeros o los comisionados no reúnen en sí el poder que ostentaban los reyes o los Gobiernos pasados. El motivo es que, como resultado de haber repartido el poder entre todos en porciones tan pequeñas, ya no se puede hacer nada. Si nos planteáramos atacar al Biogobierno, no encontraríamos ningún Parlamento al que pudiéramos lanzar nuestros cócteles molotov, como hacían los estudiantes de otras épocas.

Kyan debió de inquietarse al oír eso, porque frunció un poco el entrecejo y dijo:

—¿Por eso dices que nos suicidemos? O sea, ¿que elijamos nuestra muerte como una forma de ataque?

Myaha, con toda naturalidad, asintió a las palabras de Kyan.

—Como nuestras vidas son valiosas para esos tipos, también lo son nuestras posibilidades de futuro. Somos una parte de su infraestructura. Por eso les arrebataremos estos cuerpos que se han convertido en parte de sus bienes. Para proclamar al *mundo* que estos cuerpos son exclusivamente nuestros. Nuestra intención es dañar las infraestructuras de esa gente y, por un casual, han resultado ser nuestros cuerpos. En eso se resume todo.

Myaha contestó con estas palabras a la inquietud de Kyan.

Por supuesto que si no reconociéramos que buena parte de lo que sentíamos Kyan y yo se debía a cómo nos dejábamos llevar por el carisma de Myaha Mihie, estaríamos faltando a la verdad.

Para Kyan y para mí, Myaha era una persona con un gran carisma.

Era alguien que sabía un montón de cosas acerca de un montón de temas, una ideóloga que odiaba demasiado un montón de cosas.

Huelga decir que, a estas alturas, hoy me resulta imposible pensar que aquella decisión naciera de la libre voluntad. Pero Myaha era demasiado astuta, preparaba las cosas demasiado bien y en todo momento era demasiado consciente de cómo elegir la forma más eficiente de hacer las cosas. Por eso en aquel entonces pensé que, sin duda, una vez más, habría preparado un método seguro para actuar. Myaha sacó un puño del bolsillo y abrió lentamente los dedos frente a nosotras, exhibiendo lo que aparecía como la única manera esplendorosa de que lleváramos a cabo la acción.

—Estas son las pastillas. Solo hay que tomar una al día. Con eso, hace desaparecer del aparato digestivo todos los nutrientes contenidos en los alimentos que te hayas metido en la boca, desde el estómago hasta los intestinos.

—¿Cómo las has conseguido?

No tenía objeción a tomar aquellas pastillas, pero por mera curiosidad me interesaba conocer la ruta de su obtención. No podía creer que, por ejemplo, sobreviviese todavía una especie en extinción tan atrasada como un adulto de «moral decadente» al que Myaha hubiera vendido su cuerpo, teniendo además la suerte de que se tratara de un agente de medicamentos.

—Las he fabricado, con el Medicare —contestó Myaha como si fuera lo más normal del mundo.

Y de ningún modo me pareció que estuviera mintiendo o tirándose un farol. Kyan, poniendo las manos sobre los hombros de Myaha, dijo también algo que reforzó todavía más mi impresión.

—Claro, es que Myaha puede incluso usar el Medicare para matar a toda la población de la ciudad sin dejar ni uno. Así que para ella preparar un fármaco como este es de lo más sencillo.

Myaha, sin volverse hacia esa Kyan que tenía a su espalda, se limitó a poner los dedos suavemente sobre la mano izquierda que

ella tenía apoyada en su hombro.

Kyan era como un acólito de Myaha. Al igual que nosotras dos, coincidía en pensar que había algo anormal en este mundo en el que no existía lugar para ella, pero, aun así, era la menos valiente y, si alguien le gritaba, enseguida acataba dócilmente lo que fuera. Era una miedica.

—Yo estoy dispuesta a «marcharme». Twan y Kyan, ¿qué vais a hacer?

Me quedé unos instantes mirando las pastillas que Myaha hacía rodar en la palma de su mano.

Esas bolitas insignificantes iban a eliminar todas las sustancias nutritivas de cualquier alimento que yo ingiriese. De manera que, a ojos de los demás, yo estaría desayunando o almorzando normalmente, pero en realidad avanzaría un paso tras otro hacia la muerte por inanición. Si llegáramos a adultas, el WatchMe del interior de nuestro cuerpo detectaría la desnutrición e informaría al servidor del consultor de salud, que prorrumpiría en gritos y gemidos, haciendo que el Biogobierno enviase una ambulancia al instante.

Solo podíamos hacerlo antes de llegar a adultas, ahora.

Cierto, este era el único momento posible. Ahora que habíamos conocido a alguien con un talento tan extraordinario como Myaha Mihie. Si dejaba escapar esta ocasión, yo no sería capaz de hacerlo por mí misma en la vida.

—Yo también lo haré —contesté antes de darme cuenta, sin saber cuánto tiempo me había quedado contemplando aquellas pastillas.

Kyan, aunque parecía un tanto temerosa, terminó por asentir también. Ya no quedaba nadie en el aula. Cada una de las tres escogió sus pastillas, nos las echamos a la boca y las englutimos de un trago.

Por supuesto que yo no me morí.

Y trece años después de aquello, me encontraba en el Sáhara expulsando un humo violáceo entre mis labios fruncidos mientras aguardaba a que Étienne y los demás compañeros terminaran de meter las cajas de madera en el compartimento trasero del vehículo acorazado. El tuareg, ese guerrero *kel tamasheq*, fumaba un puro igual que el mío mientras miraba cómo, en un lugar un poco apartado, uno de sus subordinados abría un plato parabólico portátil de pequeño tamaño.

—Hace tiempo que me llaman la atención. ¿Qué son esos platos?

Cada vez que asistía a una transacción de esta clase, veía el mismo panorama. Era como un transmisor sacado de algún anticuario y que para permitir el intercambio de voz necesita del apoyo mecánico de unos auriculares. Para alguien como yo, acostumbrada a reproducir temas musicales de una lista a partir de los auriculares implantados en mi cuerpo, resultaba una imagen de lo más extravagante.

—¿Hmm? Ah, ¿eso? Es para las ondas ultracortas.

—¿Y para qué se usa? ¿Quién escucha hoy en día algo semejante a una radio de ondas ultracortas?

—Es para comunicarnos con un camarada que está en la Estación Espacial Internacional.

Menuda sorpresa. Y yo que creía que desde que aquel marco denominado Estados Unidos de América se hizo pedazos con el Maelstrom, todos sus proyectos de actividad espacial se habían ido directos a la papelera…

—No sabía que ahí viviera todavía alguien.

—Varios Biogobiernos compraron la estación de forma conjunta y la utilizan para la formación del espíritu astronáutico. Llevan a cabo actividades espaciales como parte de la educación de una serie de estudiantes selectos. Uno de nuestros jóvenes consiguió seleccionarse en unos exámenes que solo aprueba una persona de cada diez mil.

Al llegar ahí, el guerrero *tamasheq* se remangó con un gesto teatral el brazo izquierdo para mostrar un reloj de pulsera que bien podía calificarse de «antigüedad».

—Justo ahora debe de estar pasando por encima de nosotros.

—Qué suerte tuvo de que no le eliminaran por su historial, al ser combatiente de un conflicto armado.

—Él se crio en Malí. Su nacionalidad es también la de República de Malí. Hay que tener en cuenta que, oficialmente, con quien combatimos nosotros ahora es con el Gobierno de Níger. Tenemos camaradas por todas partes con diversas nacionalidades. Es un punto fuerte característico del pueblo de las caravanas.

—¿Y qué aporta él desde el espacio? ¿Decir cosas como «la Tierra se ve azulada»? Como vuestros turbantes…

En el mismo instante en que lancé mi ironía, el joven junto al «plato», concentrado en los toscos y anticuados auriculares, empalideció hasta que su rostro cobró un tono azulado cercano al de su vestimenta. El jefe de los guerreros lo notó también y, girándose hacia el joven, le dijo:

—Tranquilízate. ¿Qué sucede?

—Una comunicación desde arriba. Parece que un aparato de reconocimiento, probablemente un WarBird, vuela hacia aquí. Debe de ser del Ejército de Níger. Es un aparato de reconocimiento, pero su silueta es anormal. Dicen de arriba que puede ser un bombardero camuflado.

Un relámpago de tensión pareció recorrer el rostro de Étienne y de sus compañeros. Una transacción ilegal entre los *kel tamasheq* y el Grupo de Observadores de la Tregua, aunque su contenido fuera el intercambio sin dinero de por medio de alcohol, tabaco y otros cuantos desmañados artículos de lujo por unos *patch* antipatógenos de tratamiento médico patentado, no podía traer nada bueno en caso de que quedara registrada en imágenes.

—Ahora entiendo por qué siempre escogéis el lugar y la hora de las transacciones de un modo tan riguroso —comenté con un suspiro.

En pocas palabras, ajustaban el lugar y la hora de la transacción al momento en que pasara por encima la órbita de aquella estación espacial similar a un museo a donde habían enviado a su joven espía. Es decir, que nosotros también éramos vigilados por el pueblo tuareg en esos momentos. Vaya, vaya.

—Efectivamente. Sin el apoyo que nos presta el joven que se halla en el espacio, nosotros también nos sentimos inseguros con esta clase de transacciones. Y es que, se mire como se mire, estamos en el campo de batalla. Él es nuestro sustituto de un satélite de reconocimiento.

Una vez dicho esto, el guerrero *kel tamasheq* alargó una mano, así que deposité en ella la célula de memoria. En las personas que tienen instalado el WatchMe, su cuerpo actúa como un dispositivo de memoria y basta con que lo roce unos segundos con el dedo para que pueda interactuar con los datos almacenados, pero los *kel tamasheq* insistían en su postura de que solo los datos almacenados en aquellas delgadas membranas cristalinas de forma cuadrada poseían el valor suficiente como para proceder al intercambio con los artículos que ellos traían. Decían que, si no era así, no aceptaban el trueque. En estos lugares, todavía se conservaba la percepción de confiar en aquello que se veía con los propios ojos, lo que en cierto modo se podría considerar una especie de fetichismo. En suma, que si no se recibía algo físico, no se quedaba uno tranquilo. Por más que lo recibido pudiera ser algo carente de significado.

—Tal y como deseabais, se trata de algo enfocado a la nueva enfermedad contagiosa que ha aparecido últimamente por estos alrededores. Si instaláis esto en vuestros servidores, el WatchMe os bloqueará el puerto de acceso del prion patógeno.

Así es. Me sabe mal haberme guardado la revelación hasta aquí, pero también los miembros del pueblo de los *kel tamasheq* llevaban implantado el WatchMe. En caso de que alguno de ustedes abrazase la romántica idea de un pueblo viviendo al margen de la medicación, realmente lo lamento mucho. Lo cierto es que el pueblo de los *tamasheq* no era ni como los mormones ni como los *amish*. Si se

quiere ver del lado positivo, prueban las cosas en el «punto intermedio». Ahí residía su sabiduría. Puesto que bastaba con una simple inyección, no existía ninguna razón para no instalarse el WatchMe en el cuerpo.

Pues bien,

<pregunta>
<P.: Tú perteneces a la tribu de los tuaregs, te has inyectado el WatchMe y creado en tu cuerpo una red de monitoreo de la situación de tu salud corporal. Dado que existe una continua vigilancia de tu salud, te detecta una enfermedad. Tú, como tuareg, ¿qué deberías hacer?>
<R.: No hay nada que hacer. El dinero necesario para obtener los programas antienfermedades objeto de licencia médica no existe en las cajas fuertes de una tribu minoritaria que continúa en pie de guerra. El servidor médico de los *kel tamasheq* no está conectado a la red de ningún Biogobierno. No es una red de área localizada, sino una red de alcance étnico>
</pregunta>

También nosotros les hemos ayudado varias veces a conservar dicho servidor. Por eso ahora podemos entregar secretamente a los tuaregs un *patch* con programas antienfermedades objeto de licencia médica que hemos copiado del servidor de nuestro cuartel de operaciones.

Es decir, que esta transacción ilegal es una encomiable labor humanitaria.

Gracias al programa birlado a vuestro Biogobierno,

<listado: ítem>
<i: mucha gente se salva>
<i: nosotros conseguimos habanos>
</listado>

—Transacción finalizada.

—Por otra parte, ya no nos queda tiempo…

Tras decir esto, me eché mi larga cabellera hacia atrás y, mientras me hacía una cola de caballo, añadí:

—Antes de que nos encuentre Níger, nos volvemos a toda prisa a nuestro «templo».

Me encogí de hombros tras mi ironía y entonces el guerrero *kel tamasheq* estalló en una estentórea carcajada.

—Si tanto te disgusta vuestro dios, ¿por qué no te pasas a los nuestros, mujer del pueblo de la Medicina? Nosotros tratamos muy bien a las mujeres. En especial ahora, que continúa la lucha armada, las mujeres son una presencia muy valiosa y les prodigamos muchas atenciones.

—Gracias por la declaración de amor, pero mejor no.

—¿Por qué motivo?

—Porque soy cobarde y por eso estoy aquí.

El guerrero *kel tamasheq* me miró en silencio durante tres o cuatro segundos. Para mostrar la prueba de que comprendía y compadecía a esa mujer que se llamaba cobarde a sí misma.

Así era. A pesar de todo lo que farfullaba, en el fondo no me sentía capaz de apartarme de mi Biogobierno, del sistema de la sociedad en que nací. Por más que pensara que me gustaría huir de ahí. El motivo era el miedo. Por mucho que me sintiera resentida hacia todo aquel entorno, si perdiera todo lo que me contempla, la verdad es que no sabría cómo seguir viviendo.

Como resultado de ese temor,

<listado: artículo>

<i: dejé que Myaha se marchara sola>

<i: Kyan y yo nos quedamos a este lado>

</listado>

Seguramente ese fue el motivo. A diferencia de Myaha, yo no era lo suficientemente fuerte como para irme al otro lado.

Porque soy una cobarde.

El guerrero *kel tamasheq* había comprendido con aquella única frase. Después, aquel hombre con la piel renegrida por los rayos ultravioletas y con profundas arrugas en torno a la comisura de los ojos desplegó una sonrisa paternal cargada de magnanimidad y alargó un brazo hacia mí en muda petición de un apretón de manos.

—Nos veremos en la próxima transacción, mujer del pueblo de la Medicina. Si te entran ganas de venirte con nosotros, estaremos siempre dispuestos.

—Sí, guerrero *kel tamasheq*. Nos veremos en la próxima transacción.

Para mí era más que suficiente con lo que me había dicho de que tendría un lugar a donde poder huir.

La cordialidad que me mostraba el guerrero *kel tamasheq* era de un carácter diferente a cualquiera de las forzadas muestras de cariño o simpatía que yo hubiera experimentado hasta entonces. Era una cordialidad apoyada en la dureza de las condiciones, que solo podía brotar de un pueblo que había sobrevivido durante largos años en guerra con toda clase de imperialismos y dictadores.

Acto seguido, el guerrero y yo giramos sobre nuestros talones y nos dirigimos hacia donde estaban nuestros respectivos compañeros.

Desde el asiento del copiloto llegó la nerviosa voz de Étienne apremiándome:

—Queen, date prisa, por favor.

Agité la mano hacia él como diciendo «Bueno, ya se acabó» y al instante me encontraba sentada en el asiento del conductor, agarrando el volante.

04

<declaración>
<i: mi trabajo es provocar guerras>
<i: o, como mínimo, hacer que los demás lo crean así>
</declaración>

Al principio no era así. Claro que eso fue mucho antes de que yo entrase en el departamento.

Departamento de Inspección de Espirales, una Secretaría de la OMS.

En los tiempos en que comenzó su andadura, lo que hacía era una especie de variante en clave genética del trabajo de la OIEA. Se encargaba de rastrear si no habría alguien realizando manipulaciones genéticas peligrosas para la humanidad, y se supone que su tarea consistía en entrar en los centros de investigación de los Biogobiernos donde estudiaban esa clase de tecnología e inspeccionar los avances en los que estuvieran ocupados. Por eso mismo en el nombre de la organización consta una palabra tan pomposa como «espirales», que expresa de forma simbólica la relación con los genes.

Pero, por lo visto, ese objeto inicial en algún momento pasó a expandir su campo de acción de manera desenfrenada y ahora el propio departamento se dedica a enarbolar la bandera de una cuestión tan amplia como la de «salvaguardar el derecho a la vida». Myaha decía a menudo que nunca se había visto una persona como

es debido entre aquellos que agitan banderas de forma ampulosa. Inspeccionar si tal o cual Gobierno o Biogobierno que administra un determinado territorio está garantizando o no que sus habitantes gocen de una vida suficientemente «saludable y digna» es, se mire como se mire, como una granada de mano cargada de semillas de conflicto armado. ¿Por qué mis predecesores en el trabajo aceptaron alegremente cargar con un producto semejante, que ahora nos caía encima a nosotros los nuevos? No termino de entenderlo.

Sin embargo, ese era precisamente el único refugio que había encontrado donde poder huir.

Los Estados, en suma, los «grandes Gobiernos», habían ido encogiendo sus funciones una vez tras otra, conservando solo una pequeña parte, como el Ejército o la Policía, y ahora era una innumerable cantidad de <notas: apodo de las comunidades de consenso médico> Biogobiernos </notas> lo que administraba el sistema económico del planeta. Los Biogobiernos, a diferencia de los antiguos Gobiernos, eran unidades mucho más diminutas y próximas, desbordantes de atención médica, simpatía y cariño, pero, además, tampoco podían permanecer impasibles ante el sufrimiento vecino. Níger no era un Biogobierno, sino un Gobierno que conservaba el antiguo estilo, pero el motivo por el que se había lanzado a una guerra con los tuaregs era precisamente el de entrometerse en su vida, con el deseo de conectar al pueblo de los *kel tamasheq* a su propio servidor médico. La consigna que entonaba Níger era otorgar al pueblo de las caravanas una vida más saludable.

Y la reacción de los tuaregs, los *kel tamasheq*, no era otra que esta: ni de broma.

Los sociólogos expresan de la siguiente manera esa consigna que también nosotros, los inspectores de espirales, tendemos a incorporar a nuestra formación.

<diccionario>

<ítem> “vidalismo” </ítem>

<descripción>
Supremacismo de la vida (inglés: *Lifism*). Postura política o tendencia que considera que salvaguardar la salud de sus miembros debe ser la mayor obligación de los organismos administrativos. Su modelo de base es la sociedad de bienestar que apareció en el siglo XX. En cuanto a sus aspectos más concretos, se trata de una concepción que considera que las condiciones mínimas para mantener la dignidad como persona precisan de un estilo de vida basado en un conjunto de tres puntos fundamentales: la incorporación de un sistema de monitoreo permanente de la salud articulado mediante una red que satisfaga las necesidades de los adultos; un sistema de «consumo de grandes cantidades de atención médica» con medicamentos y tratamientos a bajo precio; y un apoyo a través de consejos acerca de toma de nutrientes y práctica de costumbres rutinarias que prevengan las enfermedades esperables en el futuro derivadas de los malos hábitos de vida.
</descripción>
</diccionario>

Los inspectores de espirales somos los soldados de vanguardia del vidalismo. Con bastante frecuencia nos señalan acusadoramente de tal manera. Y lo cierto es que, dependiendo del contenido de los informes que escribo cuando los inspectores nos desplazamos a algún lugar por la demanda de un Biogobierno, se puede desencadenar un conflicto armado.

En este Sáhara donde nos encontramos ahora, todavía no está decidido a quién se adscribe la inspección de espirales. Tal y como he dicho antes, los tuaregs mismos tienen el WatchMe instalado en sus cuerpos. Basándose en este hecho, la etnia minoritaria sostiene que, en contra de lo que les achaca Níger, ellos no son un pueblo antividalista.

Así es que los inspectores de espirales, que por obligación del trabajo nos adjudicamos arrogantemente el papel de jueces de la vida humana, nos ganamos el rencor de la mayoría de la gente.

<listado: ítem>
<i: fusilamiento>
<i: apuñalamiento>
<i: estrangulamiento>
<i: envenenamiento>
<i: explosión>
</listado>

En los últimos veinte años, doce inspectores de espirales han muerto en acto de servicio y, si alineamos las recetas con que los mataron, obtenemos, como puede verse, una rica selección de variedades. A pesar de ser una chica de apenas veintiocho años, ya se me consideraba una inspectora veterana dentro de aquellos cuyo trabajo consistía en dirigirse a alguna zona en conflicto y ganarse innecesariamente el rencor de la gente como miembro de ese cuerpo de inspectores de espirales encuadrado en la OMS. Y, puesto que se trataba de una profesión harto peligrosa, huelga decir que conocía en general el manejo de las armas y lo practicaba con mucha frecuencia.

De manera que resultaba una decisión por completo acertada que Étienne, un *machote* con la desventaja de que a pesar de pertenecer al Ejército Médico carecía de experiencia en el combate, se dirigiera a mí con objeto de buscar ayuda desde su asiento frente a la ametralladora del vehículo acorazado.

<grito>
—¡Queen, pinta mal! Si seguimos así, nos alcanzarán.
</grito>

El tono de Étienne resultaba tan lastimero como patético.

—¡Creo que ya habrán captado nuestra imagen! —grité a mi vez para imponerme al chirrido de la suspensión y el motor del vehículo acorazado.

—¿Será un aparato de vuelo autónomo?

—Seguramente. Dado que Níger conoce que los tuaregs cuentan con un sistema de contramedidas electrónicas ECM, hay muchas probabilidades de que el WarBird que viene pisándonos el culo sea un aparato de reconocimiento autocontrolado con bloqueo de ondas radiofónicas.

—Como un águila americana de cabeza blanca que hubieran drogado y amaestrado…

—Una parte de sus sesos, sí. En cuanto al armazón, consta de un moderno material compuesto muy flexible y un buen número de puntos de suspensión armados.

—Eso de usar un avión de reconocimiento como bombardero también resulta bastante inquietante.

—Bueno, ten en cuenta que, en principio, se considera que esta es una zona despoblada. Níger asume que, si alguien anda deambulando por aquí, se trata de tuaregs, por lo que la necesidad de dudar ante el uso de armas es cero.

—Me basta con que el bicho ese que funciona de forma autónoma no haya enviado al cuartel general nuestras imágenes.

Le pedí a un subordinado de Étienne que se turnara conmigo al volante. Acto seguido, me desplacé hasta el compartimento trasero y saqué un anticuado y engorroso cachivache colocado junto a las cajas de madera repletas de tabaco y alcohol. Me lo había entregado generosamente el guerrero *kel tamasheq* como propina de una transacción.

—Étienne, bájate de la torreta de la ametralladora. Voy a encargarme yo.

—¿Encargarte de qué?

En el momento en que bajó la mirada hacia el interior del vehículo para mirarme, Étienne echó a temblar toda su musculatura y se cayó del susto hacia dentro desde la torreta. No era para menos. Lo que tenía entre las manos era un arma de hace más de un siglo, un lanzacohetes de mano RPG.

—Tú, el chico que está al volante, sigue avanzando recto, en la misma dirección que llevamos. No gires en ningún momento.

Oí una voz que respondía «Entendido». Cargando con el indecente armatoste, subí hasta la torreta y saqué medio cuerpo por la escotilla. Étienne, todavía sentado en el suelo, me dijo:

—Hermana Kirie, ¿te encuentras bien?

—Mejor que tú, sí.

Apenas terminé de hablar, disparé el RPG.

Los llamados WarBird no son capaces de hacer piruetas, ni de volar en zigzag. Vuelan educadamente en línea recta, con la vista puesta en el culo de los vehículos acorazados. Por eso, bastaba con que el regalo del *kel tamasheq* volase también en línea recta hacia atrás desde el tejado del vehículo acorazado. Gracias a eso, al final entre ambos interpretaron un destructivo encuentro.

<listado: ítem>
<i: unas alas con muchos puntos de suspensión duros>
<i: un cuerpo que controla las alas con brío>
<i: unos sesos vivos fusionados con una red neural>
<i: una serie de armas variadas>
</listado>

Todos esos componentes del WarBird quedaron hechos añicos, saltando por los aires. El brillo anaranjado de aquel plasma ardiente añadió un detalle más de coloración a los marcados colores azul y amarillo con los que se vestía el paisaje hasta entonces.

—Déjame los anteojos de combate —dije alargando una mano bruscamente hacia abajo sin apartar la vista de la zona a espaldas del vehículo.

Recogiendo el aparato que me pasaba Étienne, lo hice coincidir con mis ojos e hice un rápido barrido del cielo en torno a nosotros, pero no encontré ningún indicio de que nos pudiera estar siguiendo algún otro WarBird.

—Parece que se ha desperdigado en un nivel a baja altura. Por si acaso, mantente alerta, por favor.

Una vez que tranquilicé a Étienne con estas palabras, regresé al interior del vehículo. El lanzacohetes que hasta hacía un momento alojaba una ojiva lista para disparar, rodó un poco por el suelo cuando lo solté a un lado y, disipada de golpe la tensión, me senté derrengada como si me derrumbara. Exhalé un suspiro de alivio y desaté el cordón que ataba mi cola de caballo. Al verse liberados del yugo, los largos cabellos se desparramaron, acariciándome suavemente la frente y las mejillas.

Vivíamos unos tiempos en que hasta fumarse un puro suponía algo tremendo y, desde luego, tampoco obtenerlo era nada cómodo. Mi consciencia, al verse arrebatada inesperadamente de la tensión, no quería ver ni oír nada durante un tiempo, y sollozaba quedamente dentro del cráneo. Pensé que ya podía permitírmelo. Porque ya solo quedaba que Étienne se encargara de que llegásemos a la base. Me quedaría ahí sentada sin mover un músculo hasta que cruzásemos la entrada.

Después, cerré los párpados y abandoné mi cuerpo a una dulce somnolencia.

Las suaves olas rizadas del sueño acariciaron mi frente.

Entonces, cuando abrí los ojos, al momento me di cuenta de que había fracasado.

La luz procedente del techo tenía un pálido tono rosado que le confería cierta suavidad.

Me encontraba acostada. Rodeada de un conjunto de aparatos. Cobré consciencia de que por debajo de mis clavículas penetraban en mi cuerpo varios tubos, no solo a través de los puertos de medicación, sino también mediante aquel antiguo procedimiento de los ganchos. Estaba en un hospital de urgencias. O quizá en un

Centro de Emergencias Éticas de algún lugar. Pasado un tiempo, deduje en qué clase de instalación me hallaba.

Así que estaba viva. Y el hecho de que estuviera viva significaba que me había equivocado en algo.

Y no había sido solo una vez, sino dos.

No era la primera vez que intentaba dañar mi cuerpo mediante la ingestión de alimentos. Antes de conocer a Myaha Mihie, me trajeron a este mismo centro por el daño que me produjo una hiperfagia. En aquel entonces no existía en mí una intención clara de morir, pero no cabe duda de que por el interior de mi cráneo rueda un fuerte deseo de morir de características difusas.

<decepción>
En definitiva, ni pude morir por comer demasiado ni he podido morir por no comer casi nada.
</decepción>

—Así que otra vez fracasé, ¿no? —balbucí en un acto reflejo a pesar de que mi madre estaba junto a la cama.

«Esta vez seguro que funcionará». Eso es lo que creía. Desde luego, cómo se puede ser tan sumamente confiada… Contando con Myaha, bastaría con seguir sus indicaciones, con usar las armas que proporcionaba. Esta vez demostraré a todos que puede hacerse. No en vano, Myaha era una chica que, a partir del Medicare, que era algo que estaba en todas partes, podía fabricar un arma de destrucción masiva. Si después de conseguir una ayuda semejante no alcanzaba mi propósito, estaba convencida de que, por más que siguiera prolongando mi vida, seguro que nunca llegaría a realizar nada con éxito.

Hasta ese punto buscaba apoyo en la fuerza ajena…

Al oír mi voz, mi madre se echó a llorar mientras decía: «Por fin has recobrado la consciencia…». Por lo visto, para ella no suponía mayor problema que yo hubiese murmurado algo como «Otra vez fracasé». ¿O quizá sería que mi garganta se encontraba demasiado

reseca y no había podido vocalizar bien? ¿Y qué más daba? La única persona que tenía que apretar los dientes ante un fracaso era la persona que había fracasado.

—¿Y Myaha?

Esta vez creo que sí vocalicé lo suficientemente claro. Y es que mi madre frunció el entrecejo y adoptó la expresión de quien no sabe muy bien qué contestar. Mi madre había escuchado lo que dije. Por fuerza tenía que haber oído con claridad lo dicho. Por eso lo repetí una vez más. Pregunté: «¿Qué ha pasado con Myaha?».

Sobre mi cabeza, un biomonitor para niños emitía un suave zumbido electrónico.

Si se tratara de un adulto, no habría necesidad de un aparato semejante. En ese caso no hacía falta un aparato externo que monitorease el interior del cuerpo. Nada más lógico, puesto que tiene instalado el WatchMe. Porque el rebaño de moléculas medicinales que lleva instalado informa al instante de lo que sucede en cada rincón de su cuerpo.

—Myaha-chan… no ha podido superarlo —contestó mi madre mordiéndose un labio.

Por su expresión, cualquiera diría que había sido culpa suya.

Aaah… Sentí unas violentas ganas de vomitar.

<rabia>
No reacciones así, mamá.
</rabia>

Grité aquello mentalmente desde lo más profundo de mi adelgazado e inmóvil cuerpo. Lo que hacía ella estaba por completo equivocado. ¿Acaso no existía la menor relación entre Myaha y mi madre? Mi resentimiento iba dirigido contra el ambiente con que este *mundo* te llevaba a sentirte como mi madre. Ese ambiente donde se daba por sentado que todos éramos recursos públicos y que por eso teníamos que preocuparnos los unos de los otros. Ese odioso «espíritu público» que llevaba a pensar cosas tan absurdas

como que, incluso ante la muerte de personas que apenas guardaban relación con nosotros, la gente se torturara pensando que podía haber hecho algo por evitarlo y que cómo es que no había logrado hacerlo.

Pero no me quedaba fuerza corporal ni energía anímica para gritar eso, por lo que me limité a murmurar:

—Así que ha muerto…

Mi madre asintió. Mientras se enjugaba los ojos con un pañuelo.

—Kyan-chan está a salvo. Se encuentra en un centro diferente, recibiendo el tratamiento adecuado.

—Ya veo…

Poco después, el suministro de fármacos y la orientación psicológica me devolvieron a la sociedad, al mundo.

<listado: ítem>
<i: desde el mundo de la hipopotasemia>
<i: desde el mundo del hipotiroidismo>
<i: desde el mundo de la osteoporosis>
</listado>

Me arrastraron de vuelta al mundo de la salud.

Mientras continuaba con las visitas día tras día, con la ingestión de fármacos día tras día, iba excavando en mi derrota, cada vez más profundo, como si me fuera vaciando, pero todavía contaba con el mínimo de la sabiduría necesaria para no mencionar nada de ello, ni por asomo, en las sesiones con el psicólogo.

Fue en el taxi de vuelta a casa desde el centro de tratamiento cuando me sobrevino la iluminación.

Mientras, sentada al lado de mi madre, contemplaba por la ventanilla del vehículo el panorama del río Sumida al anochecer. Mi corazón se estremeció ante la plácida coloración de los edificios que saturaban ambas orillas del río. Una maraña de edificaciones con suaves colores rosas, azules o verdes, tan claros que casi parecían blancos.

A pesar de que ninguna ley había dictaminado que «no deberán existir edificios de colores vistosos», todos aquellos que se desplegaban ante mis ojos poseían una coloración pálida y una completa falta de personalidad, conformando así un paisaje urbano incapaz de emocionar el corazón. Y se prolongaban hasta el infinito, alineados con las riberas, pegados unos a otros.

<desesperanza>
Esto no tiene solución.
</desesperanza>

Al llegar a ese punto, finalmente aprendí la resignación. Asumí la muerte de Myaha, acepté la realidad contra la que ni siquiera Myaha pudo hacer nada, terminé por perder toda esperanza en el mundo y aprendí la técnica de vivir con aquella falta de esperanza a cuestas.

Lo que se reflejaba en mis pupilas era un atardecer del 12 de junio de 2060 y, si se me permite decirlo así, un gigantesco pabellón de hospital que se extendía hasta perderse en el horizonte, sin diferencia entre una orilla u otra. La humanidad se encuentra ahora encerrada en el interior de un hospital de alcance ilimitado.

<arrepentimiento>
Perdóname, Myaha.
</arrepentimiento>

No conseguí hacerlo.

Para aprender una cosa tan simple, ha sido necesario ofrendar mi vida al dios del tratamiento médico. En el interior del taxi, comencé a llorar silenciosamente, pero mi madre no parecía advertirlo y continuaba con la vista clavada en la dirección en que avanzaba el vehículo. Pasado un tiempo, me cansé de llorar y, recostándome en el respaldo del sofá del taxi, me dormí.

Una vez más, abrí los ojos.

Era una inspectora superior de espirales con veintiocho años.

Étienne me había despertado con unos golpecitos en el hombro cuando dormía junto a unas cajas de madera repletas de puros y vino.

—Queen, hemos llegado a la base.

05

Un ejército oculto bajo las mejillas de una chica.

Hay quien llamaba así al Ejército Médico. Por supuesto que a modo de elogio.

¿Estás pensando que los ejércitos médicos de todos los Biogobiernos van de rosa? Pues estás en lo cierto. Ya se trate de Francia, Rusia o México, sus ejércitos médicos, desde el uniforme hasta el casco, así como sus vehículos acorazados, son de color rosa claro. Al igual que el color de la Infantería es el verde y la Marina va de azul y blanco.

Por eso la base de Níger, consistente en un campo de tiendas de campaña que tiene el Grupo de Observadores de la Tregua, es una superficie de color rosa.

Dentro de ese mar color rosa claro, el abrigo carmesí que vestimos los inspectores de espirales resalta bastante. Bueno, por no decir que resalta en cualquier lugar. Decidimos descargar «el material» obtenido en nuestra transacción a espaldas del conjunto de tiendas.

El «patio trasero» del Grupo de Observación de la Tregua de Níger.

Después de sacar la parte que me correspondía, junto con la del compañero A, opto por dejar el resto del trabajo en manos de Étienne. Quiero volver sin perder tiempo a mi oficina y echar un buen trago de alcohol. Como de costumbre.

No tengo el menor interés por saber de qué manera Étienne y los suyos trataban con el material obtenido en la transacción de los

kel tamasheq. Ni cómo lo distribuían, ni cuánto ganaban, ni qué parte sustraían ellos. Dado que siempre me entregaban después algunos créditos, no parecía que robasen todo. Bueno, todo eso ahora no importa. Lo que necesito es un puro y alcohol, nada más.

<listado: ítem>
<i: algo que dañe mis pulmones>
<i: algo que dañe mi hígado>
</listado>

Gracias a haber venido hasta los campos de batalla, por primera vez he podido encontrar en este mundo una forma de hacerme por lo menos un poco de daño. Una forma astuta, aunque cicatera. Mucho, mucho más cicatera que aquella con la que fantaseaba en mis tiempos de bachillerato de antes de perder a Myaha.

—Mira, he traído lo que prometí —anuncio sosteniendo frente a mí la botella de alcohol mientras aparto la lona rosa de la entrada de la tienda donde se refresca el compañero A.

Pero entonces me fijo en que allí no se encuentra solo A, rodeado de pantallas con campos de batalla, sino también mi jefa, con el gesto fruncido. En cuanto veo la expresión de A, temeroso y encogido, me doy cuenta de que la situación ha girado en una dirección incómoda.

—Inspectora superior Twan Kirie, la estaba esperando —dijo la mujer, que vestía un abrigo carmesí como el mío.

—¿Deseaba algo, Oskar?

—Siento interés por eso que acaba de esconder a su espalda.

Me encogí de hombros y lancé hacia Oskar la botella de vino añejo. Tengo buena reputación como persona que sabe darse por vencida. Era una botella de antiguo vino Pétrus. Una botella de cristal con un líquido color rubí que se movía como empujado por las olas.

<diccionario>
<ítem> “Château Pétrus” </ítem>
<descripción>
Marca de una sustancia líquida que contenía alcohol, destinada al consumo humano, perteneciente a las llamadas «vinos de Burdeos» y que se producía en la población francesa de Pomerol. También se aplica el nombre a los productos comerciales de dicha marca. Su etiqueta se caracterizaba por un dibujo de Pedro, uno de los doce apóstoles. En el año 1889, en una feria de muestras de la Exposición Universal de París, el vino de este *château*, que entonces era un completo desconocido, se alzó con una medalla de oro, a partir de lo cual se volvió famoso. En un tiempo perteneció al grupo de los vinos particularmente caros, pero, con el vidalismo que se fue asentando después del Maelstrom, siguió el mismo destino que las demás bebidas alcohólicas.
</descripción>
</diccionario>

Ha transcurrido un largo tiempo desde que la población de los países avanzados ha dejado de beber alcohol, con lo que esa clase de placer lleva más de cuarenta años abandonada. Oskar agarró despreocupadamente con la mano izquierda aquella botella de vino rebosante de dicho placer.

—Vaya, vaya… Qué artículo tan vergonzoso.

—Se llama *vino*. ¿Lo conoce usted?

Solté mi contestación acompañada de una burlona risa nasal, pero mi jefa contestó sin mirar siquiera la etiqueta de la botella.

—De Burdeos, ¿verdad? Con alta proporción de uva *merlot* y parece que, según el año, incluso había barriles con cien por cien de uva *merlot*. Por eso resultaban muy suaves al paladar.

—No sabía…

—Aquí donde me ve, de niña lo bebí. Pertenezco a la última generación que realmente pudo experimentar el placer de beber alcohol. En casa también teníamos y recuerdo una botella de Pétrus como esta.

—He oído que eran muy caras…

Me interrumpí sintiendo que me había metido por mí misma en la trampa. Avancé por el interior de la tienda para acercarme al asustado A y a mi jefa.

—Mi familia era relativamente adinerada, antes del Maelstrom.

—Ah, vaya —contesté con voz hueca mientras me plantaba delante de mi jefa. <notas: En la sede central de Ginebra la llaman solo «presidenta», el «querubín» de los inspectores de espirales> Oskar Staufenberg, número uno de los inspectores </notas>. Soltera y de setenta y dos años, gracias a un WatchMe de la más alta capacidad de resolución, a su perfecta moderación, a sus frecuentes medidas antioxidantes, a su eliminación de errores acumulados de replicación de ARN, conseguía mantener su belleza de los treinta y tantos años y era la viva encarnación de la salud.

—Qué situación tan incómoda, ¿verdad? —dijo mi jefa alzando la botella de vino—. Sin duda sabrá lo indecente que resulta el asunto, ¿verdad?

—La capacidad de juicio no la he olvidado, señora presidenta —contesté con una leve sonrisa, intentando presentar resistencia a mi jefa.

El pobre A, sudando a chorros, seguía encogido en su silla frente a la consola y se diría que ya no veía ni a mi jefa ni a mí.

—Está muy bien que sea consciente de que ha hecho algo malo. Pero, así y todo, parece que todavía no ha terminado de entender en qué clase de lugar estamos.

Adopté una sonrisa irónica. Twan Kirie, veintiocho años, inspectora superior de espirales. Precisamente porque contaba con la sabiduría necesaria para saber qué clase de sitio era el Sáhara, había solicitado venir a ocupar este puesto. Viendo que yo guardaba silencio, mi jefa continuó hablando.

—En estos momentos, el Grupo de Observación de la Tregua de Níger se encuentra en una situación extremadamente delicada. Según cómo sea nuestro informe en calidad de inspectores de

espirales, se determinará si la causa justa corresponde a Níger o a los tuaregs.

Me encogí de hombros. Me daba la impresión de que si salía a la luz que estábamos disfrutando en secreto de tabaco y alcohol, como mínimo los tuaregs se pondrían de nuestra parte. Dirían algo así como «Hmm, vaya, así que también entre ellos hay gente que sabe apreciar las cosas en la medida justa». Pero, sin tener en cuenta dicha idea, mi jefa comenzó a dar vueltas en torno a mí mientras continuaba su ataque verbal.

—La comprobación del derecho a la vida por parte de los inspectores de espirales puede llegar a convertirse en la mecha de nuevas guerras. Si se descubre que en un lugar así nosotros, que enarbolamos la bandera de ese vidalismo según el cual la prioridad del respeto debe ser la salud y la longevidad individuales, nos dedicamos a meternos en el cuerpo sustancias nocivas como alcohol y tabaco, se producirá una situación terrible.

¿Para quién sería una situación terrible? Al menos, para mí no supondría ningún problema. Tampoco había cerca ningún fumador pasivo a quien perjudicar. Por más que infligiera daños al cuerpo, se trataba de mi propio cuerpo, que solo me incumbe a mí. Pero, por más que piense así, a izquierda y derecha solo tengo gente imbuida por la corrección pública y, en estos tiempos de concienciación de uno mismo como recurso público, el mero hecho de pensar como yo se consideraba una desvergüenza, una indecencia.

—Para empezar, ¿cómo ha conseguido mantener callado el WatchMe que lleva en el cuerpo? Si se toma una cierta cantidad de bebida alcohólica, el conjunto de moléculas medicinales del torrente sanguíneo lo detecta y enseguida envía el preceptivo informe al servidor de control de salud…

—De por sí, dada la clase de territorio en que nos encontramos, a menudo el sistema se halla fuera de cobertura… —Comencé a explicarle con el tono de quien se dirige a un profano.

Tras aclararle en qué clase de territorio trabajaba nuestra primera línea de observadores de la tregua, añadí algo:

—Pero, más que todo eso, las chicas poseemos artes mágicas. Por lo visto, usted, señora presidenta, ya se ha olvidado de que también es una chica…

—No tiene la menor gracia eso que acaba de decir. No sé qué sucio truco estará usando, pero ¿qué diablos cree que pasará con esta observación de la tregua gracias a lo que han hecho ustedes?

—Bueno, el asunto no tiene solución.

Le di unas palmaditas en el hombro a mi jefa aparentando la mayor despreocupación posible. Oskar Staufenberg, envuelta en el abrigo oficial color carmesí de los inspectores de espirales, se echó a temblar de furia. Entonces, acaricié suavemente el emblema de la OMS que llevaba yo cosido en el abrigo, en el que se veían dos serpientes enroscadas en espiral en torno al bastón del conocimiento, y dije:

—No sucederá nada que vaya a ensuciar este emblema. Porque usted no va a dar parte del asunto.

Oskar Staufenberg chasqueó la lengua. Para esta mujer empapada de la placidez y el refinamiento de la sociedad de los Biogobiernos, aquello debía de suponer la máxima expresión de desprecio de que era capaz.

<rabia>

—Por supuesto que no se puede hacer público algo tan vergonzoso como esto.

</rabia>

Mientras contestaba, me miró con una evidente expresión de furia.

—Si se hunde el prestigio de los inspectores de espirales, se echará a perder todo el esfuerzo realizado hasta ahora por conseguir un mundo más pacífico, más saludable, más lleno de cariño. Incluso visto a corto plazo, solo con hacer público su breve tiempo de disfrute y pedir disculpas al mundo entero, el Grupo de Observación de la Tregua de Níger perdería su fuerza centrípeta en un abrir y cerrar de ojos y se desmoronaría.

<ridículo>
—Eso sería muy lamentable, señora presidenta.
</ridículo>

Llegados aquí, por fin también el joven A pareció empezar a comprender que el asunto no terminaría hundiéndole hasta el peor de los supuestos. Con objeto de tranquilizarlo, le di unos golpecitos en el hombro y le dije:

—Nosotras rezaremos por que no suceda algo así.

<grito>
—Ahora bien…
</grito>

De pronto, Oskar levantaba la voz. Una vez más, el rostro de A pareció petrificarse.

—Tendrá que asumir una buena conducta, inspectora superior Twan Kirie. Me encargaré de que regrese a su país. Hasta que se haya calmado el asunto.

—¿Mi país? ¿A Japón?

Ni de broma.

Para huir con todas mis fuerzas de aquella mazmorra, había pasado por cosas como comer en exceso o en defecto, perder una amiga y, finalmente, convertirme en inspectora de espirales para saltar de una región en guerra a la otra.

Ni de broma.

—Eso es. A Japón. No permitiré que use el campo de batalla como un cuarto de fumadores. Nos ha traicionado. Ha conseguido ocultar que pertenece a esa gente que se asfixia con la buena voluntad circundante. Después de tanto tiempo fuera, vaya usted a empaparse de ese ambiente de amor recíproco al prójimo, estimada Twan. En eso consiste la corrección pública.

Mi jefa dejó la botella junto al monitor de A y, dando la espalda a su turbada y petrificada subordinada, salió de la tienda. Intenté imaginar los deprimentes días que, inesperadamente, iban a caer sobre mí de aquí en adelante. Vivir en Japón. Ese Japón que tanto aborrecí en mi adolescencia y que Myaha Mihie odió con todas sus fuerzas.

—Has estado tan formidable como siempre, Twan —dijo A con alivio, sin comprender en absoluto cómo me sentía—. Impresionante. Todavía me parece increíble que el asunto se haya saldado con una sanción tan ligera. Desde luego que la buena fama que tienes está justificada. Entiendo a la perfección que Étienne te llame Queen.

Me asaltó un fuerte impulso de abofetear el rostro de aquel joven que de repente se ponía a parlotear tan alegremente, pero en lugar de entregarme a un arrebato de violencia, abrí la botella de vino y eché un largo trago del Château Pétrus. El líquido color rubí se desbordó por las comisuras de mis labios y, tras correr por mi mandíbula, alcanzó el abrigo carmesí de inspectora de las espirales. Fue una manera de beber tan tan devastadora que hasta pareció hacer saltar por los aires el alivio que había sentido A.

Por lo menos quería permitirme hacer eso. Por lo menos quería beber esa botella. Y es que, seguramente, sería el último alcohol que podría tomar durante un buen tiempo.

Al pensar en ello, el alma se me hundió de golpe.

Adiós, Sáhara.

Hasta la vista, *kel tamasheq*.

06

Así fue como caí en aquel desierto llamado «rutina».

Un desierto tan amplio como un océano, compuesto de la consciencia de nuestra condición pública y de recurso. Con unas arenas movedizas llamadas «armonía».

Dicho ambiente se extendía por los alrededores del aeropuerto como una mancha de aceite. Unido a una *Gestalt*[6] vomitiva. A mis pies se desplegaba un paisaje urbano de colores pálidos, donde se apiñaban cual rebaño una serie de formas tridimensionales. Era idéntico a la imagen pixelada de una forma de vida artificial que fuera incrementándose en la pantalla de un monitor. Las alas del PassengerBird se nivelaron y el aparato comenzó a sobrevolar el aeropuerto en círculos. Junto a mis oídos, sonó el susurro de una voz pidiendo que nos preparásemos para el aterrizaje.

Ahora, un cohete lanzado por un RPG oculto en alguna parte vuela hacia nosotros y acierta en un costado del PassengerBird. El gigantesco pájaro se hace añicos y los cientos de pasajeros que alberga en su vientre llueven sobre la plana superficie de los cuerpos tridimensionales de la zona residencial. El aspecto del enorme pájaro al estallar es idéntico al del WarBird que abatí en el Sáhara. Los caballeros expulsados por el pájaro tienen la cabeza envuelta en llamaradas y caen ordenadamente, exactamente igual que en el cuadro de René Magritte <notas> "Golconda", de 1953 </notas>. Mientras, la gente que está abajo en la zona residencial echa a un

lado su habitual humanitarismo y se afana en devolver hacia el cielo a golpes de bate a las personas que llueven.

Mi mente se hallaba divagando todavía con esa clase de fantasías sin sentido cuando el pájaro se posó sobre territorio japonés y el resto de los pasajeros se levantaron para bajarse. Reuní mi equipaje, salí del pájaro y, tras pasar el control de equipajes personales, me adentré en la sala de llegadas del aeropuerto, pintada de rojo violáceo.

Nada más bajarme del PassengerBird, la realidad aumentada de mis lentes de contacto comenzó a desplegarse toda de golpe. Cada vez que cambiaba el punto de mi campo de visión donde se centraba la mirada, aparecía y desaparecía la metainformación de la realidad aumentada. Si miraba hacia la entrada de la cafetería, aparecía el menú del establecimiento y la proporción de asientos ocupados en él, así como la valoración de los usuarios mediante estrellas que parpadeaban.

Todo en nuestro mundo llevaba asociada una valoración con estrellas de los usuarios.

También las personas teníamos asignada una valoración mediante estrellas asociada a nuestra valoración social.

El Café de París que había en la sala del aeropuerto tenía cuatro estrellas.

Twan Kirie tenía cuatro estrellas y Kyan Reikado tenía tres.

<grito>
—Twan, Twan, Twan, Twan.
</grito>

Una voz como la de una niña estaba gritando.

Puesto que no tenía ninguna niña entre mis amistades, se trataba casi con toda seguridad del gemido de una Kyan Reikado que había tenido conocimiento de mi regreso. Yo, que iba ya vestida con mi ropa de civil, acababa de recoger en el mostrador de equipajes mi aparatoso abrigo de inspectora de espirales y me dirigí

hacia donde estaba Kyan, que me llamaba como un perrito que ladrase *guau*, *guau*. También el cuerpo de Kyan tenía asociada una información del dominio público donde constaba el Biogobierno del que dependía y datos como la <notas: abreviatura de "evaluación social"> SA </notas> que le otorgaba el comité ético local de dicho Biogobierno.

—No sé cómo has podido distinguirme entre todos esos pasajeros…

—Porque tú, Twan, eres una chica que destaca un montón. Ni te das cuenta de ello…

—No, la verdad.

—Ya que de por sí haces un trabajo que destaca, creo que deberías preocuparte un poco más de no destacar tanto. Y tienes la piel reseca…

—Cosas del oficio. Trabajo en desiertos, alta montaña o zonas húmedas, todos malos para la piel, pero es que la guerra no escoge los lugares.

Lo cierto es que también sería el resultado acumulado de la pobre dieta del campo de batalla. Si el WatchMe no detectaba al instante esa pobre dieta para enviar una comunicación urgente al médico contratado por el Biogobierno al que pertenezco, era porque tenía instalado en el cuerpo un DummyMe que continuamente enviaba información falsa sobre el estado físico.

Pero, aun así, teniendo la piel en estas condiciones, resultaba difícil huir del estigma de persona sin remedio.

<listado: ítem>
<i: por las mañanas, una de las pastillas que escupe el Medicare>
<i: seguir el cuadro resumen de vida sana ideal enviado por el planificador de vida>
<i: tomar alimentos sanos que no conlleven una carga adicional para el cuerpo>
<i: consejos específicos del consultor de salud>
<i: alimentos específicos para la salud>

<i: conjunto de medimoles que eliminan las erupciones cutáneas cuando se presentan los síntomas de próxima aparición>
</listado>

En otras palabras, que presentar una piel reseca era la prueba de que, como mínimo, se estaba incumpliendo una de estas normas que constituían el menú básico indispensable que había que degustar en la sociedad vidalista. La prueba de que se estaba perturbando la armonía. La sociedad vidalista implicaba un estilo de vida que no consentía una pobre dieta, sin distinción de sexos. Una dieta pobre dejaba necesariamente su huella en el cuerpo.

Una piel rasposa significaba una pérdida de autocontrol.

Tener ojeras suponía una falta de consciencia de ser un recurso de la sociedad.

Todo eso se reflejaba fielmente en la SA. La mayoría de los Biogobiernos establecían para los adultos la obligación de hacer pública la información de su historial, incluyendo los registros médicos. Con objeto de mostrar hasta cierto punto los fundamentos de la puntuación de la valoración social de cada uno. Sin duda, en el pasado, donde abundaban los políticos gordos, hubiera resultado inconcebible ofrecer a la luz pública una información particular de este calibre.

Resultaba sorprendente ver ahora en los archivos a los grandes personajes del pasado.

¿Así que este era el hermoso aspecto al natural del cuerpo de esa gente que grabó su nombre en la historia?

Pensándolo bien, desde la perspectiva actual resultaría imposible considerar a Churchill como un héroe. Con ese cuerpo gordinflón, ¿quién iba a confiar en él? Y los cuadros de mujeres desnudas del siglo xviii hacia atrás quedarían todos fuera de lugar.

Mole, mole, mole de cien arrobas. Antiguamente había una canción que se llamaba así.

<question>

<P.: indique cuál es el significado de la palabra "mole" que se repite aquí>
<R.: una palabra despectiva que se aplicaba a las personas gordas y grasientas>
</question>

Con todo, dado que esa palabra resultaba demasiado hiriente para la dignidad ajena, con el tiempo dejó de usarse. Al igual que el alcohol, el tabaco, los hombres moralmente degenerados que compraban a las chicas o las palabras de moda que desaparecen de manera natural de nuestras vidas, el término sobrepasó sus años de aguante y desapareció. Como si marcharan en pos de dicha desaparición, las verdaderas moles, así como los delgaduchos, fueron borrados también casi por completo de la faz de la tierra. La observación constante de la salud por parte del WatchMe y los consejos de los especialistas en salud hicieron que engordar demasiado o adelgazar demasiado fueran cosas eliminadas casi a la perfección de la vida cotidiana.

Kyan Reikado. La amiga que hace unos años intentó morir rechazando alimentarse.

Ahora también ella lucía un cuerpo de dimensiones que entraban dentro del promedio de lo saludable. Un cuerpo sin gracia de adulta, con dimensiones sin gracia.

Cruzamos a buen paso la sala del aeropuerto, que había sido desprovista con minucioso cuidado de cualquier color intenso o de cualquier espacio de reminiscencias autoritarias. El conjunto de mesas amarillas rodeadas de paredes color rojo violáceo destacaba de un modo que atraía la mirada. Me eché el equipaje al hombro y me dirigí hacia el metro, con Kyan pegada a mis talones.

Con todo lo alto que era el techo y todo lo amplio que era el espacio, no emanaba el menor olor a poderío. La falta de «color» era el estilo de los Biogobiernos. El espacio existente en las grandes construcciones arquitectónicas, de una forma u otra, guste o no guste, lleva impregnado un cierto olor a fascismo, una altivez del poder asociada a lo monumental. Las construcciones gigantescas

hacen que el ser humano se sienta pequeño. Aun cuando se trate de un lugar público como un aeropuerto, es lo mismo.

Por eso, para eliminar por completo dicho olor, sin duda había sido movilizado un gran número de gente relacionada con el mundo de la cordialidad de un modo casi escalofriante. Y ese esfuerzo que habían hecho entre todos para borrar el olor a poderío a mí me producía un temor bastante intenso. Era como si la política corriera al cargo de las monjas, como si todo estuviera impregnado de un excesivo color de educación cristiana, pero, en cualquier caso, en líneas generales, el mundo donde vivimos ahora está dirigido por esa clase de gente. Fascismo a cargo de una madre bondadosa.

El mundo se había vuelto cordial hasta el fondo. Incluso las artes.

La denominada «Hoja de perfil», que era una parte de la aplicación de mantenimiento de la salud que se iba acumulando a lo largo de la vida, consistía, por así decir, en un «otro yo».

Se alojaba en el servidor del Biogobierno y vigilaba a diario con todo denuedo mi vida cotidiana, detectando lo que me gustaba y lo que no, así como mis tendencias éticas, y cuidando de que no hubiera literatura o pintura que pudiera hacerme daño. Si me disponía a leer alguna novela o ensayo, comparaba su contenido con el historial de mis terapias y, si existía algún pasaje que pudiera relacionarse con uno de mis traumas pasados, o bien le aplicaba un filtro por su cuenta o bien me enviaba un aviso previo. Tal que así: «Esta producción artística puede herir su sensibilidad» o «Esta novela puede infringir el Apartado 40896A de la Inspección moral (Acuerdo de la Asamblea de 4 de febrero de 2049 sobre salud y claridad de los Biogobiernos)».

Lo que aparece cuando eliminas una obsesión es una obsesión diferente y más oscura todavía.

<recuerdos>

Recuerdo que una vez Myaha dijo: «¿Sabías una cosa? Es una historia de hace mucho mucho tiempo. Cierto artista, usando la estela de

condensación de un avión, escribió sobre el cielo de Hiroshima la onomatopeya *flash* de un centelleo. ¿Qué te parece?».

—¿*Flash*? Se refiere a la bomba atómica, ¿no? Me parece de muy mal gusto.

—Sí, ¿verdad? Muy mal gusto. Pero, después, Myaha se rio alegremente y añadió:

—Aquel artista recibió unas críticas feroces y se vio obligado a pedir disculpas. Como el artista había provocado una sensación desagradable a otros, su arte también dañó la moral de los demás. Estoy totalmente segura de que en nuestros días no queda nadie que piense en hacer una cosa semejante. El Biogobierno le enviaría un aviso preventivo. Bueno, mejor dicho, es evidente que a nadie le pasaría por la cabeza una idea así. Ahora, como gracias a los filtros nos advierten previamente de no ver dicha clase de imágenes, de por sí nadie las vería, y el ambiente creado hace que al propio artista no se le ocurra una idea de tan mal gusto. La fuerza imaginativa de la gente de antaño, la literatura o la pintura antiguas son cosas que me dan una envidia tremenda, Twan.

—¿Por qué?

—Porque siempre esconden la posibilidad de herir a alguien. De hacer que alguien se entristezca o de estimular su odio.

</recuerdos>

Saltaba a la vista que el anciano que se encontraba realizando tareas de limpieza en el aeropuerto no cuidaba lo suficiente su salud. El valor del SA que aparecía en la realidad aumentada era, como cabía esperar, bajo. Es cierto que son pocos los trabajos a los que pueden aspirar las personas con SA bajos, pero la mayoría de los Biogobiernos, tan repletos de amor, no dejan sin trabajo a esa gente. También ese anciano, gracias a los alimentos repartidos por voluntarios y al Centro de Ayuda Vital que le ofrecía dónde dormir, se supone que podía llevar una existencia suficientemente digna. Quizá incluso tuviera familia.

Caminando ahora al lado de Kyan, me fijé en que era un poco más baja que yo y que, para ajustarse a mi paso, tenía que ir abriendo las piernas un poco exageradamente. Pero yo, ajena a todo, seguía avanzando con decisión.

Desde que perdí a Myaha, decidí que caminaría siempre de esa manera.

Aun así, mientras las dos caminábamos hombro con hombro, me asaltó de pronto el sentimiento de pérdida, que ya intuía a medias que llegaría. ¿Dónde estaba aquella espalda que siempre veíamos delante de nosotras? Esa chica con la cartera escolar echada al hombro que, sin volverse, desbordaba su elocuencia con una serie de planteamientos teóricos sobre cómo hacer daño al mundo.

Me sentía igual que si nos hallásemos en un templo donde nos hubieran robado la imagen sagrada de Myaha. Yendo junto a Kyan, iba envuelta en la sensación de que delante de nosotras se había abierto un boquete.

El hecho de ir juntas las dos provocaba que, por contra, destacara más la ausencia de Myaha. Nuestra figura carismática a la que hace trece años dejamos marchar sola. Notaba la ausencia de aquella bella chica que cargaba con tantísimo conocimiento en su pequeño cuerpo, con tantísimo rencor hacia tantas cosas.

<recuerdos>

Me gustaría bailar sobre las tumbas de esos adultos tan amables y tan sanos. Sí, por ejemplo, un vals.

</recuerdos>

Caminando delante, girando hacia nosotras un brazo, esa Myaha Mihie que ya no existía dijo una vez eso.

Myaha Mihie. Myaha Mihie. Myaha Mihie.

Crucé por delante de un grupo de refugiados políticos que se reunían en un punto de la sala del aeropuerto para recibir la sopa de proteína artificial que repartían unos voluntarios y bajé en el

ascensor hasta el piso donde se tomaba el metro. A medio camino, me di la vuelta con la extraña sensación de que Myaha estaba a mi espalda, pero, como cabía esperar, la única que estaba allí era Kyan.

—¿Vas a volver hoy a casa de tus padres? —preguntó Kyan mientras esperábamos en el andén de metro de la estación del aeropuerto, pintado de un vivo color azul ultramar.

Negué con la cabeza.

—Buscaré un hotel o una *hitch-home*. No tiene sentido volver a casa.

—¿Cómo que no tiene sentido? Todos tienen muchas ganas de oír acerca de ti.

—¿Quiénes son todos? —respondí con una amarga sonrisa—. Ah, bueno, sí, los de la casa de al lado me han propuesto hacer una fiesta de bienvenida. A la que invitarían a todos los de los bloques contiguos. En cuanto que el PassengerBird tocó tierra, me llegó la comunicación. Increíble. Ni de broma. Y todavía me fastidia más el hecho de que mi madre esté encantada con la idea.

—¿Por qué?

—Porque no tengo nada que contar.

—Pero ¡qué dices! Podrías hablar del Sáhara o de Colombia, donde estuviste antes. ¡Pero si tienes un montón de experiencias, Twan!

No creo que pretendiese hacerme hablar de esos niños soldado a los que atiborran de droga para que practiquen el tiro usando a padres y hermanos como blanco en lugar de espantapájaros. ¿O acaso querían que les hablase de las montañas de brazos y piernas ensangrentadas usadas en las hogueras como si fueran leña? La mayoría de los miembros que vivían de común acuerdo bajo la protección de los Biogobiernos desconocían la realidad de los campos de batalla.

Todos sus esfuerzos se consumían en repartir cariño entre quienes los rodeaban. Y Kyan, a pesar de encontrarse en aquella sociedad, no parecía enterarse de ello y seguía igual de inocente. En ese aspecto, no había cambiado en absoluto.

—La gente del vecindario tiene muchas ganas de que les cuentes esas experiencias tuyas, Twan.

Pero yo no quiero saber nada acerca de ellos. Y me deprime la idea de contarles nada.

Suspiré con objeto de hacer comprender claramente a Kyan lo mucho que me fastidiaba la cuestión.

—Oye, Kyan, ¿estás haciendo labores de voluntariado?

—Sí, en sitios como residencias de ancianos o repartiendo comida. Tres veces por semana.

—¿Y «sesiones de ética», «conferencias sanitarias» y esa clase de cosas?

—Bueno, son en línea, pero sí, participo. Deben de ser unas quince horas mensuales en total.

¿Pero qué es esto? La chica que antiguamente odiaba sin remedio este mundo y que, por eso, convertida en compañera nuestra en el intento de morir de hambre para, al menos, hacerle un arañazo a dicho mundo, ahora había encajado a la perfección en él, acogiéndose a su estilo de vida pública de una manera modélica…

En otras palabras, que la niña se había hecho adulta. Seguramente en eso se resumía todo.

<definición>
<i: en qué consiste hacerse adulto>
<d: instalarse el WatchMe en el cuerpo>
<d: convertirse por consenso en miembro de algún Biogobierno>
<d: conectar el propio cuerpo al servidor del Biogobierno>
<d: recibir un índice de vida por parte de algún consultor especializado de salud>
<d: hacer acto de presencia en las sesiones comunitarias, tanto en línea como presenciales>
</definición>

En pocas palabras, de eso se trata.

Este cuerpo, estas tetas, este culo y estos ovarios son míos.

¿Acaso no?

El espectro de Myaha Mihie, con una límpida sonrisa, me habla así.

En cambio Kyan, después de aquel fracaso, a fin de cuentas, terminó por meterse de cabeza y hasta el fondo en aquel *mundo*. Eso era todo. Yo era la única que seguía arrastrando el pasado. Y no sé muy bien si eso es lamentable o se trata de algo muy valioso.

Me encuentro entre el espectro de Myaha Mihie y la ingenuidad de Kyan Reikado. Como colgando del cielo.

—Mira, Kyan, yo, por cuestiones de trabajo, he estado viviendo prácticamente todo el tiempo en el extranjero. Por eso, apenas conozco a la gente que vive en el vecindario de casa, ni a los voluntarios ni a los encargados de salud. En cierto modo, es inevitable que mi relación con la comunidad sea muy débil.

Le explico a Kyan las particularidades de mi trabajo como inspectora de espirales que me lleva a ir saltando de un país a otro.

<listado: ítem>
<i: dada la clase de trabajo, es fácil verse en situaciones peligrosas>
<i: por eso, resulta difícil una vida social adherida a la zona de que se trate>
<i: es difícil construir una relación íntima con el vecindario o con la comunidad de atención médica>
<i: en compensación, se nos adjudican muchos puntos en el apartado de valoración social>
</listado>

A cambio de no conseguir el aprecio de la comunidad, mi grado de credibilidad está garantizado por el SA que evalúa el Biogobierno.

—Así es como funciona…

—Pues sí, así es.

Al explicar las cosas a Kyan de esta manera, me sentía como si yo misma me hubiera convertido en Myaha Mihie. Esa Myaha capaz de alterar ilegalmente el Medicare para fabricar un arma química con la que matar a cincuenta mil personas. Esa Myaha capaz de fabricar unas pastillas para eliminar por completo los nutrientes de cada alimento de todos los rincones del aparato digestivo, desde el estómago hasta el duodeno, del intestino delgado al grueso.

Esa Myaha capaz de sonreír límpidamente soñando con ver cómo el mundo ardía hasta consumirse.

Me sentí con ganas de ofrecer a los demás esos conocimientos que ignoraban, al igual que había hecho Myaha, con ímpetu arrollador, con plena confianza, sin la menor sombra de temor, con la solemnidad de quien anuncia algo de gran importancia.

«¿Sabes una cosa, Kyan? Si instalas en tu cuerpo el DummyMe, se pueden enviar al servidor datos corporales que indiquen que te encuentras bien de salud y llevas una vida sana. ¿Entiendes, Kyan? Así, si utilizas el DummyMe, es posible vivir ocultando en todo momento la verdadera condición del cuerpo. Oye, Kyan, ¿has oído hablar de esto? Pues mira, Kyan… Verás, Kyan…».

En lugar de actuar de esta manera, interpretando a un *doppelgänger* de Myaha, esbocé una sonrisa irónica y añadí:

—Si no fuera por eso, ahora mismo me tratarían como a una sociópata.

Kyan, sin abandonar su expresión de disconformidad, dijo:

—Total, que no vas a volver a casa de tus padres, ¿no?

—Bueno, en resumen, eso es.

Entonces Kyan se adelantó y, haciendo una curva, se plantó de cara a mí.

—Oye, entonces, ¿por qué no nos vamos a comer? Hace poco han levantado cerca de mi casa un edificio enorme. Desde fuera se ve totalmente blanco y con una superficie rugosa, igual que si lo hubieran enyesado. Pero desde dentro se puede ver perfectamente el exterior. Está hecho de un cristal de espuma polarizador. Es un material superinteligente.

—Vaya, se habrán gastado un buen montón de dinero, ¿eh? No me apetece demasiado…

—Comemos por ahí y luego te vienes a casa. Todavía son las once. No pasa nada porque almorcemos juntas, ¿no?

Me sentía indecisa y asaltada por el inexplicable impulso de pedir permiso a esa Myaha ya ausente. Algo así como «Oye, ¿puedo irme a comer con Kyan?».

Le contesté que, si era solo almorzar, sí. Eché a caminar detrás de Kyan y nos subimos al vagón amarillo claro en forma de alubia que acababa de deslizarse junto al andén. El WatchMe iba asociado a una línea de crédito y acababa de descontar de mi cuenta, sita en algún lugar perdido del mar de la electrónica, el importe mínimo de subida. Mientras pensaba en el largo tiempo que había transcurrido desde la última vez que subí al metro en Japón, paseé la vista por el interior del vagón para mirar al resto de los pasajeros. Sentí un repentino terror.

<pánico>

Son iguales. Este, ese y aquel.

En el campo de batalla se podía disfrazar esa impresión. Al tratarse del trabajo de un organismo internacional, los grupos de observación de treguas eran un batiburrillo étnico con gran variedad. Había personas que, como yo, llevaban a escondidas una vida desordenada y, por lo menos, se suponía que existía mucha diversidad humana.

Pero ¿y aquí?

Me encuentro paladeando el anormal panorama de homogeneidad creado en el pueblo japonés por obra de la medicina. La única diferencia que veo en los hombres y mujeres que hay sentados en el vagón es la existente entre el maniquí A y el maniquí B. Un rebaño de japoneses con el mismo patrón corporal, donde nadie es ni demasiado grueso ni demasiado delgado. Un rebaño de cuerpos saludables que no salen de los márgenes fijados por el modelo promedio. Como si me hubiera perdido en un país de espejos.

¿Por qué, cómo demonios se había llegado a esta situación?

A pesar de que, como es lógico, todos poseen genes diferentes, ¿por qué todos tendían a adoptar la misma complexión?

<máxima>
Cuanto más exacerbado sea el objetivo fijado y menos flexibilidad permita, más fácil resultará cumplirlo a las personas débiles.
</máxima>

Así me dice la sombra de Myaha. Con el mismo tono que usaba siempre cuando nos impartía su sabiduría. Sí, ahora recuerdo.
Una vez nos dijiste que la voluntad del ser humano, a pesar de ser tan débil frente a las tentaciones, a veces podía volverse muy terca.
Que las personas éramos como un medidor que solo podía girar la aguja hacia uno de los dos extremos, o el de la voluntad o el deseo. Que no éramos capaces de parar en un punto intermedio.
Que hasta las palomas tenían voluntad. Y que, puesto que la voluntad no era más que un rasgo genético fácil de implementar para los animales vertebrados, ese era el único motivo por el que todavía continuaba alojada en nuestros sesos.
</pánico>

—¿Qué le sucede? ¿Se encuentra mal? Puede sentarse en mi sitio.

Una amable señora se preocupaba por mí al ver las ligeras muestras de pánico social que acusaba. Según la realidad aumentada, se trataba de una figura política de cierto Biogobierno, que trabajaba como coordinadora o quizá como comisionada, pero su rostro apenas se diferenciaba del de los demás. Encajaba a la perfección dentro de los márgenes establecidos. Era un rostro saludable según el promedio. Probablemente, el caso de los políticos, tanto más cuanto más importantes, era sin duda aquel en el que sus particularidades, mejor dicho, su ausencia de

particularidades resultaba más evidente. Sucedía lo mismo con toda la gente que estaba en la sede central de Ginebra.

Rechacé la oferta de la mujer diciéndole que me encontraba bien y me alejé de donde se sentaba. Kyan me siguió con expresión intranquila.

—Apartarse de ella de esa manera es muy maleducado. Se trata de un miembro muy importante de la Asamblea de un vicegobierno.

—Lo sé, ya lo he visto en los metadatos de la realidad aumentada. Perdona.

—No cabe duda de que llevas mucho cansancio acumulado del trabajo, Twan. Es un trabajo muy duro que hace un gran servicio a la sociedad.

Estoy haciendo un gran servicio a la sociedad yendo a fumar a los campos de batalla.

Soy consciente de que, si estuviera viviendo entre vosotros, sería con toda certeza una sociópata que se cortaría las venas o mataría a alguien, por lo que el mejor servicio que puedo aportar a la sociedad es mantenerme apartada de ella.

Por eso, sin sentir ningún complejo de culpabilidad, contesté a Kyan:

—Así es, estoy haciendo un gran servicio a la sociedad.

Tras la muerte de Myaha, el camino de Kyan y el mío discurrieron por rutas muy separadas. En el caso de Kyan, fue como si ese desagrado que sentía hacia la sociedad, hacia la familia, hacia el vecindario o hacia el colegio fuera igual que un rito por el que todo el mundo tenía que pasar y ahora hubiera regresado escrupulosamente al camino correcto. En cuanto a mí, en la apariencia superficial era como si, al igual que Kyan, me hubiese adaptado hasta cierto punto, mientras que en realidad me dedicaba a acumular todo el conocimiento que sin duda habría adquirido Myaha en caso de estar viva. Con el tiempo, los resultados de mis estudios habían ido mejorando y, en lo que respecta a las «calificaciones», ya debía de ser una digna sucesora de Myaha

Mihie. En cierto sentido, me había convertido en una *doppelgänger* de Myaha Mihie. A todo ritmo, me iba convirtiendo en ella.

En cuanto a Kyan, que no se había convertido en Myaha Mihie, ingresó en el grupo extremadamente apretado del noventa por cien de los japoneses, con similares valores de proporción de grasa en el cuerpo, estabilidad del sistema inmunitario, porcentaje de error de replicación de ARN y estado de salud.

Mientras que yo iba rebotando de uno a otro de esos fumaderos que llamaban «campo de batalla».

De aeropuerto en aeropuerto.

De puro en puro.

De botella de vino en botella de vino.

Sin embargo, ahora iba a cambiar del Château Pétrus a la ensalada caprese.

En tierra japonesa, donde no había el menor viso de conseguir puros o alcohol, me despedí del mareante paisaje humano del metro y me fui con mi antigua amiga a degustar la saludable comida de un restaurante italiano.

Lonchas de queso desgrasado de buey sobre unas rodajas de tomate rociadas con aceite de oliva. En el piso 62 de Lilac Hills. De cara a la galería, se comiera aquí lo que se comiera, existía aunque solo fuera una brizna de riesgo.

Cuando uno encargaba el menú en un sitio de estos, como medida de cortesía puramente formal, el restaurante en cuestión informaba del número total de calorías de los platos solicitados y advertía del porcentaje de probabilidad de que la ingestión de dichos alimentos causara algún perjuicio en los genes. El aviso se hacía pidiera uno el menú que pidiera. Entonces, todo el mundo se quedaba satisfecho con que le hubieran ofrecido la información sobre los riesgos y, después de que le hubiese entrado por una oreja y salido por otra, encargaba el menú deseado dentro de los márgenes de lo recomendado por el consultor de salud que tuviera bajo contrato el Biogobierno donde se estuviera encuadrado.

En el local había clientela, pero tampoco demasiada. Al igual que los pasajeros que vi en el metro, todos los clientes sentados frente a las mesas con forma de margarita encajaban dentro de los márgenes de lo que se consideraba un cuerpo saludable para los japoneses.

<sentimiento>
—Hacía tiempo que no comíamos juntas como ahora, ¿verdad? —dijo Kyan mientras miraba cómo el camarero colocaba los platos con la ensalada caprese.
Ahora que lo decía, desde el día que fracasamos las dos en suicidarnos, Kyan y yo no almorzamos juntas en el colegio.
—Sí, cierto.
—Da una sensación rara, eso de comer solo nosotras dos.
—Así es, cuando almorzábamos juntas siempre estaba también Myaha.
Al terminar de hablar, dirigí la vista hacia la ventana.
El panorama desde el piso 62.
El panorama que quiso dañar Myaha.
El panorama con el que Kyan se había familiarizado sin remedio.
El panorama del que yo había huido.
</sentimiento>

—Ahora que lo dices… Quizá sea la primera vez que comemos juntas solo nosotras dos.

—Aunque en el caso de Myaha, yo sí comí alguna vez solo con ella —contesté—. Fue antes de que ella nos presentara.

—Sí, lógico. Myaha y tú ya erais amigas antes de que nosotras nos conociéramos.

—Bueno, amigas… Myaha me atrapó unilateralmente.

—¿Ah, sí?

—Yo iba caminando cuando de pronto me cazó y se puso a hablarme de las junglas de barras. Te lo conté, ¿no?

—Oh, pues… no recuerdo bien.

—Anda ya, pero si en tu caso fue algo parecido, ¿no, Kyan? A mí me empezó a preguntar si sabía por qué las junglas de barras se doblaban y retorcían de esa manera.

—Quizá hacía esas cosas como quien tiende una red.

—¿Qué?

—Ya sabes, eso de ponerse en el parque con un… ¿libro, se llamaba? Y, mientras lo leía, esperaba a que pasara alguien con aire de poder juntarse con ella. Se me ocurrió que pudiera ser así. Buscaba chicas como tú o como yo.

Myaha buscando otras chicas con las que juntarse. No terminaba de encajar en la imagen que me había formado de ella. Myaha odiaba la sociedad sana. Odiaba ese mundo donde todos se esforzaban por leer entre líneas en el ambiente y ayudarse unos a otros, imponiendo su cariño. Después de sentirse al margen de dicho mundo, algo como ponerse a buscar amigas no cuadraba con su carácter. Así que, como me dio esa impresión, rechacé la idea de Kyan.

—No lo creo.

—¿Cómo?

—Creo que seguramente no fue así. No estaba buscando amigas. Estoy segura de que lo que buscaba eran camaradas.

—¿Y no es lo mismo?

—Nada de eso. Una cosa son los amigos y otra, los camaradas. Desde luego que en ambos casos se trata de compañeros, pero… Los camaradas son… ¿Cómo explicarlo? Son personas unidas por un lazo como el de los soldados.

Mientras hablaba, comencé a manejar el cuchillo y el tenedor para cortar parte de la caprese y echármela a la boca. Kyan ponía cara de no entender muy bien, con la cabeza ladeada y la mirada puesta en mí.

Continué hablando.

—Mira, lo que le pasaba a Myaha no es que quisiera amigas, sino que buscaba a personas que lucharan con ella. Porque una guerra no se puede librar estando sola.

—Quieres decir que cuanta más gente, mejor…

—Pues claro que sí. Y da mucho menos trabajo si escoges desde un principio a personas que ya tengan de base el carácter adecuado. Myaha, sin duda, buscaba personas con inquietudes similares a las suyas y, a la salida del colegio, esperaba en aquel parque a que pasara alguien así.

—Pero entonces, a lo mejor nosotras no fuimos soldados en la medida que hubiera deseado Myaha. Por lo menos, en mi caso.

Creo que, efectivamente, así fue. Tuve la impresión de que Myaha se lanzó al ataque sola contra lo que ella consideraba que eran las fuerzas enemigas. Sin duda debió de vernos como dos desertoras.

Si, al igual que nosotras dos, Myaha Mihie hubiera sobrevivido, ¿habría venido hoy aquí para almorzar con nosotras? ¿Recibiría con una magnánima sonrisa a esos soldados que antiguamente abandonaron la línea del frente? Pensándolo ahora, no estaba segura.

En ese momento, me di cuenta de que Kyan, con rostro inexpresivo, tenía la mirada clavada en el plato de caprese. La visión producía una impresión anormal. Sus ojos estaban inmóviles, con la mirada tan fija que se diría que en el fondo del plato había algo nadando. Antes de que le pudiese preguntar qué pasaba, Kyan comenzó a hablar. Todavía con la vista clavada en el plato de caprese.

—Sí, perdóname, Myaha —susurró Kyan.

Entonces, de repente, agarró el cuchillo de mesa. De una manera que solo se puede expresar con el verbo agarrar o quizá empuñar. Antes de que yo pudiera entender qué estaba sucediendo, Kyan se clavó la punta de aquel cuchillo en la garganta.

—Uugghh…

Nunca había oído salir un sonido semejante de la boca de Kyan.

<silencio>

<sorpresa>

Haciendo entrar en juego una fuerza de voluntad sorprendente, Kyan impulsó en sentido horizontal el cuchillo de cocina que se había clavado en la garganta, seccionando la carótida de golpe, que quedó asomando hacia fuera. Cualquiera hubiera pensado que, tratándose de un cuchillo de mesa, no estaría lo suficientemente afilado como para cortar así. Era igual que si el cuello de Kyan fuera un leño al que alguien hubiese dado un hachazo hasta la mitad.

Un chorro de sangre brotó de su cuello.

Las salpicaduras que alcanzaban un amplio espacio en torno a ella tiñeron de un rojo pringoso el diseño interior de aquel restaurante italiano del piso 62 de Lilac Hills. La ducha de sangre que brotaba del cuello de aquella Kyan, que, con rostro inexpresivo, acometió de súbito aquel acto contra sí misma, impactó de lleno en el rostro del camarero que se acercaba a nuestra mesa para rellenar los vasos de agua y que cayó desmayado.

Todo sucedió en apenas un instante. Durante ese tiempo fui incapaz de hacer otra cosa que quedarme mirando como hipnotizada. Las gotas de sangre cayeron sobre el aceite de oliva de la ensalada caprese y se fueron extendiendo dentro de ella sin mezclarse.

</sorpresa>

</silencio>

Los otros clientes comenzaron a gritar.

En el mismo instante, un coro de gritos se alzó en todos los rincones del mundo.

El motivo es que, en ese mismo instante, aun cuando sucedió de formas muy diferentes, por todos los rincones del mundo un total de 6582 personas llevaron a cabo intentos de suicidio.

</cuerpo>

</etml>

<parte:número=

02:

título=

Un lugar cálido/>

<?Emoción-en-texto lenguaje de marcado:
versión=1.2:codificación=
EMO-590378?>

<!DOCTYPE etml PÚBLICO:-//WENC//DTD ETML
1.2 transicional//EN>

<etml:leng=ja>
<cuerpo>

01

<*flashback*: repetición>
<re: sí, perdóname, Myaha>
<re: sí, perdóname, Myaha>
<re: sí, perdóname, Myaha>
<re: sí, perdóname, Myaha>
<re: sí, perdóname, Myaha>
En mis recuerdos, Kyan está murmurando.
Una y otra vez, una y otra vez, murmura aquellas palabras que fueron su testamento.
<re: sí, perdóname, Myaha>
</*flashback*>

Actualmente, el número de muertes comprobadas es de 2796 personas, según explicaba el consejero de comunicaciones de Interpol. Añadió que, en el mismo día a la misma hora, 6582 personas intentaron suicidarse al mismo tiempo, sin que se conozca si se pusieron de acuerdo y, de ellas, 2796 lo consiguieron.

Hice el cálculo mental de aquellas personas que fracasaron al intentar suicidarse en aquel momento fatal según las cifras más recientes de que se disponía. Había que restar 2796 del total. De ahí se obtenía el número de las que no lo consiguieron. 6582 menos 2796 eran 3786.

En aquel momento decisivo, en todo el mundo había una cantidad tan grande de gente que fracasó en su intento de morir.

El fantasmagórico consejero de comunicaciones generado por la realidad aumentada continuó hablando. «Sin embargo, desde las ocho horas transcurridas desde que se desencadenó el incidente, quedan todavía afectados que se debaten entre la vida y la muerte, por lo que es posible que la cifra de fallecidos aumente».

Afectados.

Puesto que parece que cada uno de ellos decidió quitarse la vida, me da la sensación de que lo normal sería aplicarles el calificativo de «suicidas», mucho más adecuado, pero tanto Interpol como la cúpula de los observadores de espirales que se reunían en esta sesión informativa celebrada mediante realidad aumentada no conseguían, por más que pensaban, decidir de qué manera llamar a las personas envueltas en este suicidio colectivo a nivel mundial. Considerando que casi al mismo tiempo un número tan grande de personas había emprendido súbitamente la acción de herirse a sí mismas, resultaba lógico intuir que, si las cosas habían llegado a ese punto, era porque dichas personas sufrieron alguna clase de influencia o perjuicio. Pero, aun así, la montaña de cadáveres fruto de aquel acto era consecuencia de la elección que ellos tomaron por su propia cuenta.

<sentido común>
<i: el suicidio es un acto vergonzoso, dicen todos>
<i: es un ataque a ese recurso de la sociedad que es el cuerpo, dicen todos>
<i: es una vergonzosa falta de comprensión del carácter público del cuerpo, dicen en el mundo entero>
<ex: en cuanto a mí, creo que cada uno es libre de hacer lo que quiera con su cuerpo>
</sentido común>

Si nos dicen que es porque nuestros amigos y conocidos se entristecerán, puedo entenderlo. Yo misma, si muere algún amigo,

me entristecería. Pero, cuando se trata de la elección de un perfecto desconocido que no nos causa ningún perjuicio, me gustaría que dejaran de poner esas excusas de que si el «carácter público», que si la «consciencia de recurso», lanzando con arrogancia sus frías miradas.

Myaha también pensaba así. O, mejor dicho, Myaha pensaba así.

Pero la sociedad, la atmósfera del mundo en general no iba en ese sentido.

El motivo por el que no se castigaba a los suicidas era, simplemente, porque ya estaban muertos. Muertos sin remedio.

Si encontraran una forma de castigar a los muertos, seguro que todo el mundo los juzgaría con mucho gusto. A quienes fracasaron en suicidarse, les esperaba una buena ración de tratamiento psicológico y de fármacos. Con objeto de que ese fracaso resultara útil una vez más como recurso social que insertar en el tejido del *mundo*. Con objeto de poder ejercer la función social de convertirse en una unidad que alimente la economía mundial del tratamiento médico como un miembro más del entramado global. Tanto Kyan como yo fuimos rescatadas de esa manera del abismo de la muerte y vueltas a ser incrustadas en el mundo, por eso lo conozco bien.

Pero Myaha no volvió a ser atrapada.

El suicidio era un delito que merecía el desprecio.

Aun cuando legalmente no fuera punible. Recordé que Myaha dijo una vez que los católicos enterraban a los suicidas en el centro de los cruces de caminos. Como castigo por haber traicionado a Dios.

Ahora, la sociedad de los Biogobiernos, la sociedad del vidalismo se veía incapaz de decidir cómo tratar a los suicidas. Los enterradores preguntaban si había que considerarlos como víctimas o como seres despreciables. La cuestión era algo así como «Oiga, caballero, ¿no será mejor cavar una fosa en la encrucijada y esperar?».

La gente dudaba. Podía entenderse. Últimamente, ni siquiera en el campo de batalla morían un número así de personas. Mucho más todavía porque en la sociedad del vidalismo apenas moría nadie, salvo por envejecimiento, accidente o algún raro caso de asesinato. El cáncer o el resto de las enfermedades eran eliminados en tiempo real por el WatchMe, que monitoreaba el cuerpo para hacer frente al instante a los elementos patógenos que surgieran. Ah, sí, sí, ya se me olvidaba: y también, sobre todo, por la consciencia de ser un recurso, lo que llevaba a observar un correcto mantenimiento de sí mismo. Una vida que odiaba durante dos minutos la aparición de un mínimo de grasa. La gente que había intentado matarse hacía ocho horas, en cierto sentido, podía verse como que habían quedado colgando en tierra de nadie. En una grieta que se abría entre la condición de culpable y la de víctima.

Me encontraba participando en este cónclave a distancia desde la habitación del hotel en que me alojaba. El Departamento de Inspección de Espirales había decidido que este era un caso en que debía intervenir, que se trataba de alguna clase de delito que atentaba contra el respeto a la vida, que era el valor más preciado de todos, y por eso había notificado a todos los inspectores de alto rango acerca de este cónclave urgente mediante realidad aumentada.

En este momento no se tenía la menor idea sobre de qué delito en concreto podría tratarse, pero existía la esperanza de que en algún momento pudiera demostrarse que se había cometido algún espantoso crimen.

El encargado de Interpol siguió hablando de «los afectados». Decía que los afectados se hallaban repartidos entre veinticinco países, y que todos eran miembros consensuados de la comunidad de tratamiento médico Sukunabikona, que, en adelante, llamaremos Biogobiernos Sukunabikona. Los métodos a los que recurrieron los afectados habían sido muy variados.

<listado: ítem>

<i: tijeras>
<i: palillos>
<i: salto al vacío>
<i: ahorcamiento>
<i: corte de venas>
<i: sierra mecánica>
<i: cuchillo de mesa>
</listado>

Y otra serie de variantes que conformaban un muestrario realmente copioso de recetas.

La referencia a la sierra mecánica correspondía al caso de un trabajador de la industria forestal que, en mitad de su faena, de pronto cortó con la sierra su propia cabeza. En el caso de los palillos, se trataba de una persona que estaba comiendo y que de repente se los clavó en un ojo y, al parecer, luego se dedicó a remover con ellos su cerebro. Solo con los casos de los que se tenía conocimiento, la cifra alcanzaba los 6582, y en todos ellos los afectados habían convertido en armas mortales los artículos que tenían más a mano, por lo que, en cierto sentido, resultaba lógico que las armas más representativas de los incidentes fueran los utensilios de cocina.

<listado: diálogo>
<d: anda, si este lapicero parece ideal para clavárselo en la carótida>
<d: bah, esta sierra mecánica sí que viene que ni pintada para cortarse la cabeza, ¿no crees?>
<d: oh, creo que si me clavo estos palillos en el ojo, a lo mejor llego hasta el cerebro>
<d: hmm…, pero si esta soga es perfecta para ahorcarse…>
</listado>

En cuanto a Kyan, que optó por un cuchillo de mesa, por lo que respecta al método, rechazó desde un primer momento el esfuerzo de elegir alguna clase de patrón.

—Esto ha sido un ataque terrorista fulminante por parte de terceros, dirigido a la sociedad vidalista —dijo el inspector de espirales situado a mi lado.

Se trataba de un inspector de alto rango que estuvo como observador del proceso electoral que se celebró en cierta región en guerra civil. Pero, aunque diga «a mi lado», eso no significa más que la posición que ocupa en la imagen de realidad aumentada que utilizábamos. Lo cierto es que yo estaba sola, sentada en una cama del hotel que reservé y moviendo los labios para hablar con alguien a quien realmente no veía. Visto por alguien de fuera, debía de ofrecer el aspecto de una estúpida.

<aburrimiento>
Ataque terrorista fulminante por parte de terceros. Qué gran definición.
Una frase imponente que no servía para nada.
No suponía más que una pérdida de tiempo, pero nosotros, que vivíamos en esa sociedad vidalista cuya prioridad era la ">armonía, como mínimo teníamos que valorarla como una frase constructiva mientras asentíamos para mostrar conformidad, sin dejar que se nos escapara una sonrisa.
Porque en eso consiste lo que llaman saber leer el ambiente como un adulto.
</aburrimiento>

Con todo, una antigua amiga mía se había transformado ante mis propios ojos en uno de esos «afectados». No me sobraba disposición de ánimo como para preocuparme del ambiente o fingir hipocresías. Así que, mientras calculaba el momento justo para no resultar maleducada, pregunté acerca del estado actual de los «afectados». El encargado de Interpol se giró hacia mí y contestó:

—Todos los afectados, tras su repentino acto de agresión hacia sí mismos, o bien han muerto, o bien, en el caso de los que fracasaron en suicidarse, se encuentran en un profundo coma. Ahora mismo no existe confirmación de la existencia de ningún superviviente a quien se haya podido preguntar para que explique los motivos de su acto.

—¿Y el WatchMe? —preguntó el inspector de espirales que formuló antes aquella frase inútil.

El encargado de Interpol sonrió educadamente, conteniéndose ante la ignorancia que demostraba el otro.

—No es un hecho muy conocido, pero el WatchMe no monitorea el estado del cerebro.

El inspector en cuestión se volvió hacia mí, cualquiera sabe por qué, y me preguntó:

—¿Es así?

—Efectivamente —asentí mientras me disponía a añadir algo más de información a la respuesta de Interpol—. No puede atravesar la barrera hematoencefálica. Quizá lo conozca ya, pero, por si acaso, le informo de que la barrera hematoencefálica es una estructura con la que el cuerpo limita la circulación de sustancias entre líquidos corporales como la sangre y el cerebro. Es un mecanismo que existe para proteger el cerebro y la médula espinal de las sustancias dañinas y, por el momento, no existe ningún investigador que haya conseguido desarrollar con éxito una *medimol* capaz de atravesar la barrera hematoencefálica. Por tanto, no podemos conocer la situación del cerebro de los afectados mediante el uso del WatchMe.

—La barrera hematoencefálica es como un filtro, ¿no? ¿No bastaría entonces con producir una molécula medicinal más pequeña que los agujeritos de esa red?

—No. La barrera hematoencefálica no es como una red. Ciertamente, hasta el siglo pasado así se creía y la teoría más aceptada decía que el límite del peso molecular que podría atravesarla estaría en torno a quinientos Dalton, pero en la actualidad eso ha sido refutado por completo. Todo apunta a que la

barrera hematoencefálica, por muy pequeña que sea la molécula en cuestión, si no debe pasar, no pasa y, por muy grande que sea, si resulta necesaria para el cerebro, pasa. En otras palabras, no tiene nada que ver si las moléculas son grandes o pequeñas. La barrera hematoencefálica no es un filtro con estructura de red, sino un mecanismo de selección que posee un complejo carácter direccional a la hora de decidir qué sustancias deja pasar y cuáles no.

—Ya veo.

—Actualmente, con independencia de que tengan instalado o no el WatchMe, las personas que fallecen de un tumor cerebral o una hemorragia cerebral son una minoría en el mundo de los Biogobiernos. Por lo general, si el caso se detecta pronto, todavía se puede solucionar, pero por desgracia hay veces en que se encuentra demasiado tarde. El WatchMe no puede vigilar el cerebro; en cierto modo, es el único lugar sagrado que conserva el cuerpo. Para ser más exactos, lo referente a la mayor parte del cerebro. Hay que tener en cuenta que en la glándula pituitaria o en la glándula pineal no existe ninguna barrera, debido a que necesitan interaccionar, por ejemplo, con las hormonas.

El encargado de Interpol explicó:

—Por supuesto que, con respecto a los supervivientes afectados que se encuentran en coma, se está llevando a cabo una observación externa, empezando por un escaneado mediante positrones. Sin embargo, es imposible emitir un juicio a escala nanoscópica a partir del análisis de las imágenes. En cualquier caso, solo han pasado ocho horas desde el incidente. No hemos recibido ninguna información de que se hayan encontrado anomalías en el cerebro.

Entonces se puso en pie Oskar Staufenberg, la inspectora presidente que debía de estar en una tienda de campaña del Sáhara. Me pareció que durante un instante me dirigía una mirada de furia, pero como tengo bastante caradura, me resbaló.

Si esa mujer no me hubiera echado del Sáhara, quizá Kyan no estaría ahora entre los suicidas. Si no me hubieran devuelto a Japón

para una especie de arresto domiciliario y no me hubiera reunido después de largo tiempo con mi antigua amiga, quizá Kyan no se hubiera clavado aquel cuchillo de mesa en la garganta.

O, por el contrario, ¿se hubiera cortado el cuello igual, como quien no quiere la cosa, con el cuchillo destinado a cortar un tomate?

<recuerdo>
Hacer gas venenoso en el baño de tu casa es un juego de niños.
</recuerdo>

Sí, una vez Myaha dijo eso.

<máxima>
Los seres humanos, cada individuo, guardan oculta la capacidad de arrebatar la vida a otro si les entran ganas de hacerlo.
</máxima>

Todos tenemos esa capacidad.

Tenemos la capacidad de matar a alguien.

Y, en especial, la de matarnos a nosotros mismos.

Los seres humanos guardamos oculta la capacidad de destruir algo que nos parece muy valioso.

¿Habría querido Kyan experimentar por sí misma aquellas cosas que decía Myaha ofreciendo la demostración con trece años de retraso? ¿Otra vez me habían dejado sola en este lado?

—Voy a solicitar que dentro de dos horas se celebre una asamblea urgente de la OMS en la sede central de Ginebra, donde se emitirá una declaración dirigida a todos los Biogobiernos en el sentido de que todos estos disturbios se deben a un ataque general de alguien contra el derecho a la vida.

A continuación, la presidenta de inspectores de espirales Staufenberg comenzó a explicar las medidas que debería tomar

nuestro departamento al respecto.

—Dentro de dicha asamblea, probablemente se tratará también la cuestión de cómo todos nosotros, los inspectores de alto rango, colaboraremos en las investigaciones que lleve a cabo la policía de cada lugar. En virtud de los tratados firmados entre cada Biogobierno y la OMS, se permite la participación de todos los inspectores de espirales en las labores de investigación que se desarrollen en los territorios a su cargo. Ustedes tienen que desplegar la suficiente iniciativa como para dar a conocer al mundo que nosotros, los inspectores de espirales, nos enfrentaremos de un modo total y enérgico a esta maligna blasfemia contra la vida.

Todos los inspectores asentimos a una. El cónclave finalizó ahí, devolviéndome a la realidad de aquella habitación de hotel donde ni siquiera había terminado de desempaquetar mis cosas.

A diferencia del resto de los inspectores, a mí apenas me habían dejado tiempo.

Bien, mejor acometer la tarea cuanto antes.

<recuerdo>

Dos horas antes tuve con Su Excelencia otra sesión a base de realidad aumentada protegida, su excelencia Oskar Staufenberg, directora de los inspectores de espirales, las dos a solas.

<desprecio>

Aunque no sea de manera oficial, se encuentra usted bajo arresto domiciliario, pero además ha sido testigo directo del suicidio de una de los afectados por el caso, Kyan Reikado.

Teniendo en consideración ambos puntos, no puede permitirse que participe en las investigaciones sobre este incidente.

Además, lo más importante es que, dado que una amiga se ha suicidado delante de usted, ha sufrido un trauma psicológico.

Debe de haber experimentado un gran daño mental, abrumada por la herida que ha supuesto la muerte de su amiga. Según las normas acordadas por la mayoría de Biogobiernos, hay una regla por la que los miembros consensuados que han sufrido experiencias de ese tipo deben recibir inmediatamente y durante ciento veinte horas una terapia consistente en apoyo psicológico y toma de medicamentos. Por tanto, no es necesario que participe en el cónclave urgente para inspectores de espirales de alto rango que va a tener lugar dentro de dos horas.
</desprecio>

Sonreí. Nada de eso. Para una parte de mí resultaba muy necesario participar en dicha sesión: la parte abrumada por la herida. Puestos a hablar de las heridas que he sufrido, empezaron hace quince años cuando fracasé en suicidarme, o, mejor dicho, ya desde antes de conocer a Myaha, cuando empecé a intentar destrozarme el cuerpo comiendo como una bestia, y desde entonces hasta ahora no he parado de sufrirlas. Así que, a estas alturas, no es nada del otro mundo.

<risa>
En lugar de decirle eso, le contesté con desparpajo. *Yes, sir*, su excelencia directora de inspectores de espirales Staufenberg.
Se me ha ocurrido que usaré ese tiempo libre que me conceden para preparar un comunicado de prensa donde revele a los medios de comunicación de qué manera conspiré
con un buen número de gente para descuidar mi salud con una serie de vergonzosos actos inmorales durante mi permanencia en el Grupo de Observadores de la Tregua de Níger.
</risa>

¿Está usted en sus cabales?
Dado que la directora de inspectores de espirales Staufenberg me lo preguntaba, contesté con toda mi mala intención y sin ningún atisbo de duda que me hallaba perfectamente cuerda.

<definición>
<i: Primer delito>
<d: Durante algo más de medio año, he hecho copias sin obtener permiso de nadie del *patch* antipatógeno de tratamiento médico patentado y se las he estado entregando a los tuaregs, que son una de las partes contendientes del conflicto armado>
<i: Segundo delito>
<d: A cambio de dichas entregas, he estado recibiendo por cajas sustancias que se consideran de consumo vergonzoso por dañar la salud, tales como alcohol y tabaco, y a veces incluso cierto producto químico de efectos alucinógenos>
<i: Tercer delito>
<d: He instalado en mi cuerpo el DummyMe, un tratamiento molecular que circula en el mercado negro y que funciona al contrario que el sincero WatchMe, generando y enviando datos falsos al servidor sobre la condición corporal, de manera que sustituye los datos reales y remite al consultor sanitario un falso cuadro de salud donde uno se encuentra en perfectas condiciones>
</definición>

Pienso que me gustaría que todos los ciudadanos de los Biogobiernos del mundo entero conocieran por completo lo relativo a estos vergonzosos actos míos, aun cuando eso suponga hacer saltar en pedazos la delicada tregua que mantienen ahora Níger y los *kel tamasheq*, con la pérdida de ">muchas vidas, y desaparezca como trocitos de papel arrastrados por el viento de la calle cualquier autoridad que posea el Departamento de Inspección de Espirales que coordina la tregua.

Y después añadí otra cosa.

Además, si no recuerdo mal, cuando se tienen responsabilidades laborales como las de los inspectores de espirales, que en muchas ocasiones hemos de desempeñar nuestro trabajo en condiciones tan especiales como las zonas en conflicto, aun ">cuando se sufra algún fuerte daño psicológico, se supone que la urgencia de la situación exige dar prioridad al

cumplimiento de la misión y se puede establecer un periodo de espera de hasta cinco días para dar comienzo a la terapia. ¿No es cierto, *sir*?
">Excelencia, su excelencia la directora de inspectores de espirales Staufenberg sentía miedo ante esa subordinada suya que hasta entonces había disimulado tan hábilmente su verdadera condición.
Se extrañaba preguntándose cómo demonios alguien de carácter tan abandonado había conseguido infiltrarse en el Departamento de Inspección de Espirales, que se suponía que era un organismo de élite dentro de la OMS. En otras palabras, tenía miedo de la sombra de Myaha Mihie, cuyo nombre ni siquiera conocía, pero que se hallaba adherida a mi espalda. En esos ">momentos, sentí por completo que había conseguido reproducir de modo perfecto la manera en que hubiera hablado Myaha Mihie en caso de estar viva.
Entonces, tras treinta segundos de duda en los que se mezclaban la furia y el arrepentimiento, por fin la directora de inspectores consiguió contestar.
—Entendido. Autorizo su participación en este asunto.
Asentí satisfecha.
—Sin embargo —añadió Staufenberg—, el periodo de gracia hasta el comienzo de la terapia ni siquiera yo puedo alargarlo. Dentro de cinco días, quedará usted bajo la terapia que le suministren en el Centro Ético de Urgencias.
Esa resultó la mayor resistencia que fue capaz de mostrar su ">excelencia la directora de espirales Staufenberg, pero al mismo tiempo constituía la pura verdad, así que lo cierto era que no podía escaparme de dicha regulación. Cuando pasaran cinco días, me encerrarían en el Centro Ético de Urgencias alegando que había presenciado la muerte de una amiga, me echarían encima una buena ración de cariño y amabilidad y, con toda probabilidad, aunque yo dijera que ya estaba satisfecha, no ">me dejarían salir de esa habitación impregnada de misericordia donde me confinarían. Toda vez que, como un ciudadano ">ordinario más, yo era miembro consensuado de un Biogobierno, tenía que pasar por ello sin remedio.
En suma, que el tiempo que me habían concedido era solo cinco días.

No sabía si ese tiempo sería suficiente o no para esclarecer la muerte de Kyan.

</recuerdo>

02

<película:archivo:ident=6aehko908724h3008k>

Aquel día, Ichiro Tokume sacó del trastero la soga adecuada que había encontrado.

Puesto que se trataba de unas imágenes con punto de vista subjetivo, no aparecía en ellas el actuante, Ichiro Tokume. El rostro u otra información relativa a él se exhibían en la zona correspondiente al ángulo inferior derecho.

38 años. Diseñador de patrones de vida.

Se trataba de una categoría dentro de los consultores de salud, una profesión consistente en diseñar modos de vida para terceros.

Utilizando como material de partida el balance hormonal, los valores de azúcar en la sangre, de CRP, de GTP[7] y a saber qué más datos sobre el cuerpo aportados por el WatchMe con gran precisión, el trabajo consistía en proponer al cliente el modo de vida más adecuado tanto para su salud como para su valoración social.

Un trabajo donde el consultor sanitario social preparaba «consejos» para el cliente sobre qué desayunar, qué almorzar, qué cenar, de qué hora a qué hora practicar tal o cual deporte para mantener el cuerpo en la mejor condición o en qué zonas resultaba más eficaz realizar tareas de voluntariado durante el tiempo sobrante.

Un trabajo donde se diseñaba la rutina de otros.

Un trabajo donde se diseñaba la vida de otros.

Y, a su vez, probablemente este hombre también llevaba una vida que seguía con fidelidad las sugerencias de algún otro consultor de salud que

le decía cuál era la forma más correcta de vivir para un diseñador de vidas. Puesto que esa era la forma de existencia más comedida que podía llevarse en el mundo posterior a la sociedad de consumo.
En el campo de visión que tenía frente a mí, el hombre que a diario se dedicaba a construir las vidas ajenas se encontraba ahora moviendo las manos con habilidad para atar uno de los extremos de la soga de manera que formase un lazo. Por lo visto, a la hora de tomar esa decisión, no tenían nada que ver ni el balance hormonal ni las GTP.
Lo siguiente que ocupó el campo de visión fue la cocina donde se adentró el hombre, quien encontró allí un pequeño escabel, que probablemente usaba su esposa siempre que tenía que alargar la mano para llegar al último estante del anaquel, cercano al techo. La imagen subjetiva dejó ver cómo Ichiro Tokume agarraba el escabel y volvía a la sala de estar donde acababa de preparar la soga.
Después, subiendo con decisión al taburete bajo, comenzó a atar el otro cabo de la cuerda al cable de la lámpara que pendía del techo.
Entonces, pareció que se le había ocurrido alguna idea. La imagen se apartó momentáneamente del escabel y se movió por el interior de la casa hasta llegar al lavabo. El hombre giró el grifo, comenzó a salir el agua y su visión quedó obstruida por el cierre de los párpados. Se estaba lavando la cara. Cuando volvió a abrir los ojos, Ichiro Tokume se restregó la cara con una toalla y durante un instante se reflejó su expresión en el espejo.
Dicho rostro no albergaba emoción alguna.
Unos ojos vacíos y una boca vacía. Dos aberturas hacia el vacío. La visión subjetiva regresó al cuarto de estar. La soga terminada en un lazo que había preparado sobre el escabel oscilaba casi imperceptiblemente colgando del techo. El hombre metió la cabeza por el lazo. Después, durante unos instantes, la imagen de la pantalla se sacudió violentamente. La visión subjetiva se movió de forma pendular, paseándose por el interior de la sala de estar. Un sofá de suave color rosado, una pantalla incrustada en la pared, otra pared recubierta de alguna clase de material inteligente que imitaba el yeso. Tomando como eje la soga de donde pendía el ahorcado, el campo de visión se balanceaba recorriendo lentamente todos

los rincones de la sala. Se diría que este hombre quería enseñar a los demás el espacio donde vivía con su esposa, intentando que todo quedara registrado en la pantalla.

Mirad, esta es nuestra casa.

Mirad, esta es la sala de estar donde me he ahorcado.

Por supuesto que este campo de visión había sido creado y registrado por unas lentes de contacto de realidad aumentada, y su propietario, ese Ichiro Tokume de treinta y ocho años, murió en el instante en que, como se vio antes, la imagen se sacudió de manera salvaje cuando descargó todo el peso de su cuerpo sobre los huesos del cuello. Si no se intervenía, las lentes dejarían de registrar la realidad aumentada como consecuencia de un proceso natural cuando se extinguiera la carga eléctrica del cuerpo, que era lo que las hacía funcionar.

</película>

En suma, que esta era la filmación subjetiva de un suicida.

De las 6582 personas implicadas, 2049 habían cometido su acción con las lentes de contacto de realidad aumentada conectadas. Las imágenes subjetivas de su campo de visión que captaron aquellos dispositivos se conservaban en los servidores y, como había sucedido ahora, nosotros podíamos asistir a los momentos de su muerte con un realismo maravilloso, como si hubiéramos estado presentes allí.

Se veían los puntos de atención visual que revelan las lentes de contacto de realidad aumentada, que efectúan un monitoreo permanente. ¿Qué es lo que miraba Ichiro Tokume dentro de su campo de visión? Moviendo el cursor de un lado para otro sin descanso, iba seleccionando los puntos a donde él dirigió su mirada. A partir de la lista así obtenida y de los movimientos en sí que hizo, el modelo de análisis de evolución psicológica comenzó a darle vueltas a una fórmula tras otra para interpretar el estado mental del señor Tokume en los diez minutos anteriores a su suicidio, pero la respuesta que apareció en la pantalla con todo descaro entraba

dentro de lo previsible, sin que pudiera sorprender absolutamente a nadie: «profunda inclinación depresiva», «tendencias suicidas».

Visioné a velocidad triple las filmaciones correspondientes a cien personas.

Considerando que cada una duraba unos doce minutos, si dividimos eso por tres y multiplicamos por cien, el total nos da cuatrocientos minutos.

Utilizando sin piedad el botón de la marcha rápida para comprimir los últimos minutos de existencia de aquellos muertos, iba a pasar casi siete horas asistiendo al momento final de cien personas elegidas al azar de entre los 2049 registros de realidad aumentada.

Una base de datos de las imágenes subjetivas de los suicidas.

Si no fuera porque se trataba de un incidente tan disparatado, ¿a quién se le iba a ocurrir crear una base de datos de tan mal gusto?

Dicha base de datos reunía las imágenes subjetivas en torno a los diez minutos previos al intento de suicidio de cada persona, pero el motivo por el que se consideraba que ese periodo de tiempo era suficiente estaba en que, por lo visto, el aspecto que presentaban unos y otros indicaba que, una vez que tomaron la decisión de suicidarse, comenzaron a actuar de manera tan brusca como rápida. El desarrollo de los hechos presentaba una celeridad tal que parecía por completo que estuvieran aplicándose aquella máxima educativa tan propia de los padres de «no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy» o esa otra frase hecha de «el día que se me ocurrió, estaba de suerte». El hombre aquel que trabajaba en mantenimiento forestal se hallaba en un bosque de Canadá talando árboles cuando, de pronto, sacó la sierra mecánica del pino que ya tenía cortado a medias y se taló al momento su propio cuello, con lo que las imágenes de su visión rodaban por un terreno cubierto de hojas semipodridas.

Pasé a la filmación de la siguiente víctima.

<película:archivo:ident=8dhkie470267k9948s>

Entonces, mi rostro apareció en el centro de la imagen de la realidad aumentada y se me cortó la respiración.
Un espejo, era un espejo.
Estaba contemplando de frente mi propio rostro, que se hallaba en un lugar y un tiempo diferentes.
Entre las víctimas que había elegido de manera aleatoria, se encontraba esta.
Una muerta me estaba mirando.
Durante unos minutos iba a contemplarme a mí misma, Twan Kirie, a través de la mirada de mi amiga, hasta que se suicidase clavándose el cuchillo de mesa en el cuello y tiñera con su propia sangre el interior del local.

<silencio>
<miedo>
Mi rostro. Mi piel, un poco requemada por los rayos ultravioleta del Sáhara.
Qué espejo tan grotesco.
El piso 62 de Lilac Hills. Un restaurante italiano.
La mirada se apartó de mi rostro y se dirigió hacia el plato colocado sobre la mesa, con su combinación de colores vívido rojo y fresco blanco. La ensalada caprese que habíamos pedido. Inconscientemente, había devuelto la velocidad de reproducción a tiempo real. La imagen subjetiva de Kyan estaba clavada en una roja rodaja de tomate, sobre la cual descansaba la blanca loncha de *mozzarella*.

<horror>
—Sí, perdóname, Myaha.
</horror>

Este era el momento en que Kyan iba a decir eso.
Aquella frase que escuché y que sonaba como un conjuro.

Acto seguido, la atención de Kyan se desplazó al cuchillo de mesa y la imagen recogió su mano y aquel antebrazo suyo tan saludable, que no era ni demasiado grueso ni demasiado delgado. La mano agarró el cuchillo de mesa que estaba a la derecha de la caprese y lo empuñó con la punta hacia abajo y el filo hacia el cuerpo mientras que yo miraba boquiabierta. Por casualidad, justo en ese momento el camarero se acercó para rellenar mi vaso de agua…

<límite: paciencia>
Detuve la realidad aumentada.
</límite>
</miedo>
</silencio>
</película>

Me había olvidado de respirar y ahora gemía pidiendo aire, pidiendo oxígeno.

En la sala de conferencias de la oficina japonesa de la OMS que estaba utilizando para ver las escenas de la realidad aumentada, solo se oía mi agitada respiración.

Por suerte, me encontraba a solas en la estancia. Dado que cuando sucedió el incidente el único inspector de espirales que se hallaba en Japón era yo, no sé si puede decirse que, por fortuna, no tenía necesidad de trabajar junto con otros inspectores.

Ciertamente, quizá tuvieran razón al decir que tenía que someterme a una terapia enseguida. Debería dejar que en el Centro Ético de Urgencias me metieran en una celda acolchada con algodón para poder huir de aquellas últimas palabras, aquel conjuro que murmuró Kyan, la mujer que, de las cien personas escogidas al azar, era la única que dijo algo en el instante antes de morir.

Tranquilízate. Recupera tu respiración normal.

¿Acaso no fui yo misma quien decidió esclarecer por su cuenta el motivo de la muerte de Kyan? ¿Acaso no había luchado por

conseguir mi derecho a investigar, llegando incluso a amenazar a mi jefa, convencida de que averiguaría el sentido de las últimas palabras de mi amiga? ¿Cómo iba a hacerlo si solo porque me habían mostrado mi propio rostro visto por mi amiga cuando estaba a punto de morir ya me ponía a jadear?

Perdóname, Myaha.

Al recordar esas palabras, de pronto se me ocurrió algo.

Kyan era la única persona de las cien escogidas al azar que había dicho algo en el instante antes de morir. ¿Por qué solo Kyan dejó unas palabras a modo de testamento? Mejor dicho, de entrada, ¿realmente lo hizo con intención de que fueran sus últimas palabras? La selección de casos fue fruto del azar. El hecho de que la visión de Kyan se encontrara en el listado había sido una casualidad, pero parecía bastante difícil de creer que también fuera casualidad que las otras 99 personas extraídas de un total de 2049 se mataran sin dejar ninguna frase escrita o hablada.

—Del total de estas 2049, extrae el listado de las filmaciones que incluyan la voz del observador —ordené a la base de datos.

Entonces, aunque encontró varias, cuando procedí a su visionado, lo único que se escuchaba eran diálogos intrascendentes y cotidianos con familiares o amigos, o comentarios del tipo de «bien» o «vamos», que en todos los casos conectaban de modo natural con el instante siguiente en que cada uno acometía la forma de suicidio que le había parecido mejor.

Perdóname, Myaha.

Kyan Reikado. La única de los suicidas que dejó unas últimas palabras.

Y lo que dijo ahí fue el nombre de la mujer que se fue sola al otro mundo mirando hacia atrás de reojo a las dos compañeras cobardes que huimos del mismo destino.

En el caso, claro, de que aquellas palabras fueran dichas con intención de ser un testamento.

Después de aquello, regresé. Al lugar que Myaha llamaba «suburbio del alma».

Hacia el aburrido futuro donde se sucedían interminablemente las formas tridimensionales con paredes de colores suaves fabricadas con un nanomaterial que imitaba el yeso.

Al salir del hotel, opté por usar un coche magnético automático. Pensando en la escalofriante experiencia con Kyan en el metro cuando regresé del extranjero, ni de broma quería repetir en el uso de trenes. Por supuesto que tampoco sentía el menor deseo de volver a casa de mis padres. El motivo por el que acudía a este lugar era visitar a los padres de Myaha Mihie.

Perdóname, Myaha.

Por más que intentara explicar a la policía japonesa o a cualquier inspector de espirales o menos aún a la directora Oskar Staufenberg que las palabras que para nosotras tres, Kyan, Myaha y yo, encerraban un profundo significado eran la pista para resolver este caso de intento de suicidio simultáneo a escala mundial de 6582 personas, no solo no me creerían, sino que quizá incluso me dirían: «Desde luego, está claro que necesita terapia».

De entrada, ¿era capaz de explicármelo yo misma? ¿Se podía considerar una explicación que, puesto que ese «perdóname, Myaha» eran las únicas dos palabras legadas por 6582 suicidas, había sentido la necesidad de venir hasta aquí?

Lo que me hacía ir a visitar la casa de los padres de Myaha Mihie era una emoción que no terminaba de entender, donde se mezclaban una pista que ni siquiera se podía llamar pista, una ocurrencia demasiado débil como para considerarla intuición y el miedo hacia el fantasma de esa Myaha Mihie a la que hicimos cruzar sola al mundo de la otra orilla. En este mundo de ahora, donde todo estaba a la vista del público, la motivación de este caso resultaba en exceso privada, en exceso obscena.

Y es que, si uno miraba el mundo a través de la realidad aumentada, todos llevábamos un letrero a la espalda con...

<listado: ítem>
<i: nuestro propio nombre>
<i: nuestra edad y profesión>
<i: nuestra puntuación de valoración social>
<i: nuestro estado de mantenimiento de salud>
</listado>

Si uno caminaba por la ciudad y se fijaba en una persona determinada a voleo, aparecían indicados todos estos datos suyos en un recuadro estructurado como un índice. En la sociedad vidalista se consideraba una muestra de probidad moral exponer al público toda una serie de informaciones particulares que, centrándose en el estado de salud, influían en la credibilidad que merecía cada uno, y la palabra «privado» ya estaba cambiando su sentido por completo para desplazarse a un terreno con olor a «secreto».

Por eso yo, utilizando al ciento veinte por cien las potestades que en calidad de inspectora de espirales me otorgaba el Tratado de Ginebra al respecto, estaba llevando a cabo mi investigación en solitario. Los padres de Myaha Mihie se habían mudado hacía trece años, a los pocos meses de fallecer su hija, y ahora me disponía a visitar aquella casa yo sola.

En la zona se agrupaban las viviendas de los miembros consensuados del respectivo Biogobierno, y los que cruzábamos por allí éramos seguidos por todos los rincones mediante una SecCam. El lugar estaba zonificado. En la entrada del área zonificada había un garaje comunitario para vehículos magnéticos. Me bajé del asiento móvil y caminé hasta la puerta. Tocando con el índice la placa de la puerta destinada a los dedos, les mostré a los residentes del lugar mis datos personales.

<recuerdo>
—Oye, ¿sabías una cosa, Twan? Antiguamente, para llamar a las puertas, hacía falta golpear con los nudillos. Toc, toc, toc.

Recordé con nostalgia las palabras de Myaha.
—¿Sabes? Antiguamente, apenas había manera de conocer quién era el que estaba fuera, al otro lado de la puerta. Como mucho, había quien tenía una pequeña lente en la puerta a modo de ventanita. No existía el método, como ahora, de usar esas placas para poner el dedo y mostrar a los residentes la información personal. Para empezar, hace cincuenta años, no existía ni siquiera la costumbre de mostrar en todo momento la información personal. Ahora, cuando un visitante toca la placa de la puerta, los habitantes de la casa, ya sea mediante la realidad aumentada o haciendo aparecer los datos en la pared, ya saben al momento quién es y de dónde viene esa persona, pero antiguamente no existía ni el sistema ni la costumbre que llevara a hacer eso.
»Por eso llamaban a la puerta. Toc, toc, toc.
Así contaba Myaha.
—Pues sí, había que dar a conocer a los habitantes de la casa que quien venía eras tú. ¿Conoces la palabra *knock*[8]? Significa dar unos golpecitos, toc, toc, toc, en la puerta. Entonces, cuando la gente que estaba en la casa oía ese toc, toc, toc, preguntaban a voz en grito a la persona de fuera «¿quién es?», y la otra persona, a su vez, tenía que contestar también a grito pelado quién era y de dónde venía. Dado que todo dependía de que el visitante se identificara, podemos verlo de un modo extremo como que siempre encerraba una especie de riesgo creer que el otro estuviera diciendo la verdad.
—Oh…, no lo sabíamos… —contestábamos Kyan y yo.
Como siempre, las dos chicas escuchábamos los conocimientos de Myaha con el corazón latiendo de emoción.
—Pero ¿sabéis una cosa? Seguro que todos están cansados de esto. De esta sociedad donde siempre tiene que ir uno de un lado a otro dando a conocer su propia condición. De una sociedad donde no se puede vivir sin estar bien de salud y teniendo que preocuparse por la salud de los demás. Como mínimo, nosotras tres somos conscientes de que estamos hartas de ello. Hartas de tener que andar siempre con un cartel a cuestas donde vienen escritas todas nuestras circunstancias y tener que estar probando a

cada minuto y a cada segundo quiénes somos. ¿Sabías, Twan, que la palabra «privado» antes no tenía un significado tan «picante» como ahora?

—No —contesté y, en un acto reflejo, miré preocupada en torno mío.

El corazón me latió un poco más deprisa. Porque Myaha había pronunciado una palabra tan procaz como «privado» a plena luz del día en medio de la clase, con todo el mundo allí, pero como si nada.

Y, además, Myaha continuó hablando sin que pareciera darle importancia a aquello.

—El motivo es que la mayoría de la información concerniente a uno mismo solo la conocía el propio interesado y unas pocas personas de su entorno. En suma, porque todo era privado. ¿Por qué entonces ahora la palabra tiene esa connotación tan procaz? Porque todo el resto de la información de cada uno ya no tiene nada de privado y lo único que queda como cuestión privada es el sexo o todo lo relativo a temas «picantes». Kyan, ¿te imaginas por qué la cosa ha terminado así?

—No… no tengo ni idea.

Pero yo sentí una especie de inspiración repentina que me decía por qué había sido así.

Nos estábamos mostrando a todos de cara al mundo como si fuéramos rehenes.

Cuando contesté eso, Myaha sonrió.

—Efectivamente, Twan, así es.

Me pareció que había conseguido responder a las expectativas de Myaha y mi corazón sintió una cierta satisfacción.

—Pues así es. Tal y como dice Twan. Somos nosotros mismos quienes nos mostramos unos a otros nuestras circunstancias con todo detalle y ese proceso es el que nos impide hacer algo que se salga de lo establecido. Mediante ese proceso por el cual uno mismo se ofrece a los demás como si fuera un rehén, esta sociedad mantiene su profunda estabilidad, paz y recato. En los tiempos en que todavía éramos unas niñas, nos preguntábamos por qué Myaha, sentada en un rincón de la clase como apartada de las demás, siempre tenía aspecto de estar de mal humor y

parecía no encontrar su sitio en la sociedad, pero con charlas como la anterior nos iba convenciendo de su postura.

Volviendo a pensar ahora en todo aquello, me doy cuenta de que nunca nos preguntamos cómo serían los padres de Myaha Mihie, nuestro ídolo carismático, nuestra amiga y camarada que veía el mismo panorama que nosotras, y también que no fuimos a su casa ni una sola vez. Es más, ni siquiera mostramos interés por la cuestión. Me parece que Myaha apenas mencionó alguna vez a sus padres.

Pero en cambio yo sí que terminé por hablar de mi padre.

Les conté que mi padre había escrito una tesis que sirvió de base para la creación del WatchMe.

Que mi padre echó una mano para crear este mundo que tanto odiamos.

Cuando oyó eso, Myaha se limitó a murmurar «Hmm… Vaya» y, al contrario de lo que temía, ni me tomó manía ni se enfadó, nada en absoluto.

</recuerdo>

¿Qué clase de personas serían esos padres que habían criado a alguien como Myaha? Esa Myaha que, sonriendo, decía que con el Medicare que había en casa podía matar a cincuenta mil personas… Esperé con serenidad a que llegara la contestación al movimiento de mis dedos, que pulsaban la placa de identificación.

—¿Qué asunto tiene que tratar con nosotros una persona de un organismo internacional? —preguntó alguien de la casa.

La voz me arrancó de mis recuerdos.

—Como puede ver por mi identificación, soy inspectora de espirales. Se trata de un organismo dependiente de la OMS. Con relación a la investigación del incidente sucedido ayer, donde una gran cantidad de miembros consensuados de los Gobiernos Sukunabikona intentaron suicidarse a la vez, me gustaría pedir su colaboración…

La puerta se abrió y una mujer en edad menopáusica dejó ver su figura. Era Reiko Mihie, madre de Myaha Mihie. En sus facciones no había el menor rastro de aquella retorcida inocencia, de aquella negrísima jovialidad (si es que puede expresarse así), de aquella excéntrica vitalidad de Myaha. Más bien, su expresión recordaba a la que lucían los pasajeros del metro donde subí el día en que regresé a Japón; una expresión que reflejaba (y, de nuevo, lo defino de modo un poco raro) lo que se podría describir como una persona sana a quien le hubieran arrebatado la vitalidad o, en otras palabras, se trataba del rostro común y corriente del ciudadano de un Biogobierno. Como mínimo, diría que, después de haber tenido ante mí al pueblo de los *kel tamasheq*, aflorando por todo ese cuerpo en ropajes azules una vitalidad heredada de la historia, los habitantes de este país me parecían más cercanos a los muertos que a los vivos.

La Myaha Mihie que vivía en mi interior me susurraba: «En eso consiste el progreso».

Cuanto más progresan las personas, más se acercan a un muerto. O, mejor dicho, acercarse lo más posible a un muerto es lo que llaman progreso.

—Por supuesto que estaré encantada de colaborar, pero es que no se me ocurre de qué manera podría ser de utilidad…

—Se trata de Myaha-san.

El rostro de Reiko se ensombreció al oír lo que dije. Su cara denotaba confusión. ¿Y no era lógico? Lo normal es que no existiera ninguna lógica en la idea de que su hija, fallecida hacía trece años, pudiese guardar alguna relación con este espeluznante incidente.

—¿Qué tiene que ver Myaha? Esa chica ya murió hace más de una década, así que, por más que desee colaborar, no puedo hacerlo.

—Lo sé —le contesté.

Pero, en cualquier caso, ¿realmente esta mujer no recordaba que hace diez y tantos años yo era amiga de su difunta hija? Que

era una de sus dos compañeras que se comprometió a suicidarse con ella. Que era una de aquellas tres estúpidas.

—Lo que deseaba era hablar de los tiempos en que su hija estaba con vida y por eso me he permitido acudir aquí…

—¿Cuándo vivía mi hija? —murmuró la madre confusa.

Daba la impresión de que excavaba en sus recuerdos buscando algo. Tras bajar la mirada, añadió:

—Me da vergüenza decirlo, pero esa chica, cuando todavía era una niña, de vez en cuando ya hablaba de matarse y alguna vez incluso intentó suicidarse. En particular, haciéndose cortes en las muñecas o en el cuello.

—Lo sé. Porque lo he visto en la ficha suya que se conserva.

Le había mentido con toda desfachatez. Señora, la chica que agarró a su hija de la mano para bajar juntas hasta el fondo del mundo, era yo.

—Sí… También intentó morir por exceso o por defecto de alimentación. Parecía como si, precisamente porque su cuerpo era algo muy valioso, deseara dañarlo…

Aquella frase de la mujer había dado en el blanco. Nosotras intentamos morir porque nos sentíamos en exceso cuidadas, porque nos mentían insistiendo en que nuestros cuerpos no nos pertenecían solo a nosotras, sino que eran públicos y un recurso social.

—Nos esforzamos por darle todo nuestro cariño, deseando que se criara sana y rogando por que se convirtiera en un magnífico recurso para la sociedad. Realmente fue algo lamentable. Era una chica tan lista que incluso nos superaba, de carácter fuerte y, aun así, tenía otro lado muy débil y delicado.

—¿Y entonces?

—Bueno, es mejor que pase, porque es una historia un poco larga —dijo Reiko retirándose un poco para dejarme entrar.

Una vez que entré, me encontré en una sala de estar de lo más corriente y tomé asiento en un sofá para dos personas. Desde la cocina, la mujer me preguntó si me gustaba el olor a lavanda y, como ni me gusta ni me disgusta, le contesté de manera un tanto

ambigua, con un «Psche, bueno…» que debió de enfriarle un poco los ánimos.

—Tenga —me dijo ofreciéndome un vaso de agua.

Cuando lo probé, ciertamente desprendía un tenue aroma a lavanda. Últimamente se ha puesto de moda usar el Medicare para añadir olores al agua de beber. Dicen que actúa como un relajante de la mente y seguramente se usa también en terapias de ajuste emocional.

El ochenta por ciento de la caridad que rebosa la sociedad de los Biogobiernos se basa en el tono rosado de los edificios y el olor a lavanda.

—Y entonces, ¿qué sucedió con Myaha? —le pregunté a Reiko, que se había sentado frente a mí.

Aquella mujer que un tiempo fue la madre de Myaha dirigió la vista hacia un árbol retorcido que crecía al otro lado de la ventana. Era un tipo de palmera asiática.

—Myaha era hija adoptiva. ¿Recuerda usted? El Biogobierno realizó una campaña de adopción de huérfanos de guerra como parte de un plan para hacer frente al descenso de natalidad y al envejecimiento de la población. Aquel lema de «Asegurémonos recursos jóvenes»... Los análisis médicos decían que nuestros cuerpos no podrían engendrar niños, y mi esposo y yo nos llevamos una gran decepción. En adelante, gracias al WatchMe, no enfermaríamos y podríamos vivir pacífica y cómodamente hasta la vejez… Pero aquello resultaría demasiado insípido y uniforme, algo que solo con imaginarlo ya asustaba y entristecía. Por eso, como oímos que en Chechenia y alrededores hubo un conflicto… ¿Lo recuerda usted?

—Todavía continúa hoy —contesté.

—Ah, ¿sí? Bueno, el caso es que esa niña vivía allí, en los alrededores de la zona de los combates. Por lo visto era una niña de una etnia muy particular y muy escasa. Eso nos dijo la persona del Biogobierno que dirigía la adopción. Se trataba de una etnia con facciones similares a las de los japoneses y cuando la hicimos venir

con nosotros era muy pequeña todavía, solo ocho años, por lo que nos dijeron que enseguida se adaptaría a nuestro hogar y a la sociedad de aquí. Al oír eso nos llevamos una gran alegría y aceptamos encantados quedarnos con ella. Según nos contó aquella persona del Biogobierno, por lo visto, la niña había experimentado grandes penalidades en su país. El organizador de la adopción por cuenta del Biogobierno nos dijo también que, de por sí, ellos ya se habían ocupado de que fuese tratada con una fuerte terapia que la ayudase a superar el trauma, por lo que lo único que faltaba, nuestra única obligación, sería proporcionarle la calidez de un hogar.

<sorpresa>
Myaha era una huérfana de guerra. En todo el tiempo que estuvimos con ella, ni una sola vez lo mencionó. No mostraba ningún acento raro al hablar y, aunque tenía ciertos rasgos de belleza exótica para ser japonesa, lo cierto es que sus facciones entraban dentro de los márgenes de lo que cabía esperar.
</sorpresa>

Por mor de mi profesión, veo a menudo a niños soldado. Cuando aparecen en alguna imagen, la inteligencia artificial crea un filtro social que evita que se vean en los medios de comunicación, principalmente por el peligro de que causen efectos traumáticos.

Recuerdo un incidente que viví en cierto país africano. Había unos niños con viejos fusiles de asalto AK y también algunos con M4 procedentes de los Estados Unidos. Justo entonces, aquel país se encontraba realizando un gran esfuerzo para cambiar su gobierno a la antigua usanza por el sistema de Biogobiernos, pero en su territorio quedaban todavía facciones armadas dispersas y la situación difícilmente permitía decir que ya se había apagado el fuego por completo.

Nos sentamos a la mesa de negociaciones con un chico de doce años. Porque ese niño era el líder de una facción armada de unos ciento cuarenta miembros. Los ojos de aquellos niños que vimos,

debido al tabaco y la pólvora que usaban a modo de drogas, parecían perdidos en el vacío, por expresarlo de alguna manera.

Sobre la situación bélica en Chechenia, no sé más que los rumores que se cuentan. Según el inspector de espirales encargado, gracias a que la empresa proveedora de recursos militares contratada por el Ejército del Tratado de Ginebra se ha comportado en el campo de batalla de manera salvaje, el odio hacia los países poderosos no deja de crecer.

Myaha había vivido antes en un lugar tan horrible. En principio, tengo conocimiento del listado de la gran variedad de cosas ilegales y crueles que les hacen a los niños en los lugares en guerra. ¿Y si Myaha hubiera pasado por alguna de esas experiencias o las hubiera presenciado?

Por primera vez me enteraba de que Myaha cargaba con un espeso mundo de tinieblas del que no hablaba a nadie, ni siquiera a nosotras. A pesar de que había conseguido salvar su vida por los pelos al huir de aquel lugar infernal, Myaha Mihie odiaba este mundo paradisíaco de los Biogobiernos, este mundo que parecía la imitación de un paraíso.

—Al principio, todo fue bien. Pero, desde que entró en la Escuela Secundaria, pareció como si esa chica hubiera sido poseída por algún espíritu y comenzó a hacerse daño a sí misma. Como le he contado antes, se cortaba las muñecas. Y, cierto día, no sé muy bien cómo lo hizo, pero consiguió algún fármaco que eliminaba todos los nutrientes que tomase y, junto con un par de amigas, trazó un plan para morir de inanición.

<confesión>

Una de esas amigas era yo.

Yo prometí que moriría junto con Myaha.

Y yo soy esa chica que durante trece años se ha estado torturando por no haberlo conseguido en ese momento.

Para hacer daño al mundo, a ese mundo que nos intentaba asfixiar a base de cuidarnos en exceso, para asestarle un golpe mortal con todo nuestro

orgullo, tomé aquellas fatales pastillas junto con Myaha y Kyan.
</confesión>

Por supuesto que no verbalicé esta confesión, y fui capaz de seguir aparentando calma mientras la animaba a continuar. En silencio, me dedicaba a asentir de vez en cuando y escuchar.

—Como, aparentemente, estaba comiendo, ni yo misma ni los padres de sus amigas nos percatamos de nada. Cuando nos dimos cuenta de su plan, ya había sobrepasado la línea y era demasiado tarde para reaccionar.

Así me contaba la mujer que en tiempos fue madre de Myaha Mihie, o que quizá seguía pensando que lo era, mientras permanecía con la mirada clavada en el vaso de agua con olor a lavanda.

—Imagino que estará sintiendo desprecio hacia mí, ¿no? Por haber criado de esa manera a la niña y, encima, no haberme dado cuenta de los síntomas que indicaban que quería quitarse la vida…

—No, no, nada de eso…

—No importa. Porque es la pura verdad.

Al llegar ahí, Reiko Mihie se mordió suavemente un labio.

<apasionamiento>
—Pero, cuando un hijo tuyo se marcha a un lugar que queda fuera de tu imaginación, ¿qué puedes hacer como padre?

Mientras decía esto, los ojos de la madre de Myaha parecieron humedecerse.

—Puede que suene como una mera excusa, pero nosotros nos esforzamos al máximo por convertirnos en unos buenos padres.

Fuimos también a consultar con el Centro de Ética e incluso pedimos ayuda a la comunidad de nuestro Biogobierno. Las personas de la comunidad fueron muy amables con nosotros y organizaron varias veces una sesión específica sobre el tema. ¿Eso era todo lo que se le ocurría decir? Comencé a sentirme un poco harta. Cuando se encontraban frente

a un niño con un problema, hacían todos piña para ahogarlo en su cariño, impidiendo pararse a pensar en nada. El protocolo de costumbre.

Sin duda, la imaginación de este matrimonio que se veía sobrepasada por la actitud de Myaha era escasa y frágil.

—Pero, cada vez que intentábamos acercarnos a Myaha de una nueva manera, era como si nuestro cariño fuese arena que se escurre entre los resquicios de los dedos, fluyendo limpiamente hasta no quedar nada.

Myaha sufría por algo que escapaba a nuestra imaginación, bueno, a la imaginación de todo el Biogobierno. Se encontraba torturada por motivos que no podíamos imaginar ni sentir y gritaba continuamente en silencio.

</apasionamiento>

<turbación>

Para ser sincera, me sentía aturdida ante la dolorosa confesión que brotaba de forma tan repentina.

No estaba acostumbrada a que la gente se me confesara así. Aun cuando, en mi calidad de inspectora de espirales, estuviera habituada a tratar con los Biogobiernos o con los grandes Gobiernos a la antigua usanza que persistían tozudamente en su existencia o incluso con facciones armadas, ante alguien que expelía en directo sus sentimientos no podía sino turbarme confundida.

Era un panorama de lo más habitual en la comunidad de un Biogobierno, en las terapias conjuntas o en los asesoramientos de los centros éticos. En el mundo donde todos conocen todo de todos. Que afloren allí las propias emociones no es motivo de vergüenza. Todos sonríen, aceptan el hecho y después deliberan entre ellos hasta que dan con una solución.

Un panorama espantoso.

De ahí es de donde resbalé y caí. De ahí es de donde me apartaron.

Ante la confesión de la madre de Myaha, cobré consciencia de que, por lo que respecta a ese territorio llamado Japón o, mejor dicho, a todos los miembros consensuados de los territorios avanzados del mundo entero en donde existían los Biogobiernos, yo era por completo una rezagada.

</turbación>

—Usted perdone. Parece que me he excitado demasiado, ¿verdad?

—No, no se preocupe.

La madre de Myaha meneó la cabeza en gesto negativo.

—El WatchMe me ha advertido de ello. Dice que los valores de la condición psicológica que debe mantenerse frente a un tercero sobrepasaban el umbral.

—Ahora que lo dice, es cierto que, si uno se altera demasiado en un lugar público, el WatchMe lo detecta y advierte al usuario…

—Así es. Es muy de agradecer que exista una mirada que me proteja desde mi interior.

Me pregunto si sería exactamente así. Lo que acababa de hacer el WatchMe era analizar las desviaciones físicas y mentales que habían medido las *medimoles* en apartados como las pulsaciones del corazón o el balance hormonal y se las había mostrado a la usuaria mediante la realidad aumentada bajo la forma de aviso, indicándole que reflejaban un estado de ánimo psicológico inapropiado para tratar con los demás. En otras palabras, el WatchMe había proporcionado a la madre de Myaha una leve directriz sobre buenas maneras, señalándole cómo debía comportarse. Es decir, que la mayoría de los elementos que nos permiten gobernarnos a nosotros mismos ahora se hallan externalizados. Se habían sacado afuera bajo la forma de un aviso sobre el prolapso mental medido bioquímicamente. El descubrimiento de las *medimoles* había colocado en la misma mesa el cuerpo y las normas de comportamiento.

Y esta mujer que tenía delante, sin notar lo deprimente que resultaba el asunto o, quizá, aunque sí lo notase, lo aceptaba de la manera más natural del mundo, como una norma que debía respetar. Basándose en las señales que emitía el cuerpo, el código fuente dirimía sobre la moral. Sentí una aversión instintiva.

Seguramente, la misma aversión que sentía Myaha.

Aversión hacia ese código que determinaba cuáles eran las normas que debía aceptar el ochenta por ciento de la población de

la tierra.

—Antes de venir aquí, quería haber dejado unas flores en la tumba de Myaha, pero no estaba enterrada en la tumba familiar que vi. A la luz de lo que acabo de oír, ¿es que devolvieron su cuerpo a Chechenia?

La madre negó con la cabeza y, una vez que consiguió serenarse, contestó:

—No, esa chica… Dejó firmado por propia voluntad un acuerdo para ceder su cuerpo a la ciencia. Creo que es algo relativamente frecuente desde que sucedió el Maelstrom…

Efectivamente. Cuando el mundo se sumió en el caos, en los tiempos en que, unido a ello, enfermedades como el cáncer o los virus comenzaron a aplastar a la humanidad, se consideró como el más elevado deber ciudadano ofrecer el propio cuerpo para uso de la experimentación médica después de fallecer y, apenas transcurrido un tiempo, ya se había convertido en una práctica generalizada de sentido común. Ni en las leyes de ningún Gobierno ni en los apartados de los acuerdos de los Biogobiernos venía escrita una sola línea donde se forzara a ello ni se recomendara, pero todavía hoy se conserva la costumbre de ofrecer el propio cadáver para contribuir al desarrollo de la medicina.

—Entonces, tampoco enterraron en la tumba un líquido con carne suya disuelta, ¿no?

—No. Entregamos el cuerpo a cierto investigador de una universidad. Como era lo que pidió la chica… Era… No recuerdo bien el nombre del lugar. Esa ciudad donde se produjo una burbuja en el tratamiento médico gracias a que los Biogobiernos del mundo entero se pusieron a abrir allí centros de investigación. ¿No lo recuerda? En Oriente Medio…

—Ah, Bagdad, ¿no?

Había oído que antiguamente, a primeros de siglo, en los tiempos en que un país llamado Estados Unidos tenía mucho poder, la ciudad se vio sumida en un extremo caos por culpa de la guerra. Sin embargo, en la actualidad, aquella ciudad era un lugar donde

competían todas las inversiones de capital para tratamiento médico del mundo. Se había convertido en una metrópoli centrada en el tratamiento médico, flotando solitaria en medio del desierto.

—Sí, sí, eso es. Allí. En Bagdad. Un investigador que trabaja en un laboratorio de Bagdad nos pidió quedarse con el cuerpo de Myaha y aceptamos.

—Y… ¿podría usted darme el nombre de esa persona que pidió quedarse con el cadáver de Myaha-san?

—Claro. El señor Kirie. Nuaza Kirie.

<silencio>
<sorpresa>
¿Por qué en este lugar salía a relucir el nombre de mi padre?
¿Qué relación guardaba mi padre, ese hombre que eligió apartarse de su familia para encerrarse en el cascarón de un laboratorio? Al llegar ahí, me encontraba ya inmersa en una confusión absoluta. Pero huelga decir que, gracias a haber examinado muchas zonas en guerra o países con baja calidad de vida, así como a mi experiencia en negociaciones con militares presuntuosos o cabecillas de facciones armadas, ni mi rostro ni mi voz delataron la confusión y el temor que yacían tan pesadamente como el plomo en el fondo de mis entrañas.
Nuaza Kirie.
Fue precisamente después de que Myaha, Kyan y yo intentásemos morir juntas cuando mi padre se apartó de mi madre y de mí con objeto de profundizar en sus investigaciones.
</sorpresa>
</silencio>

—Es el mismo apellido que el suyo, ¿no? ¿Acaso son parientes?

—Pues no lo sé… ¿Y conoce usted algún medio de contacto con ese hombre?

—Sí. Pero, en realidad, no puedo contactar directamente con el señor Kirie. Por lo visto, es una norma del servicio de seguridad de

ese lugar.

—¿No puede contactar con la persona que se llevó el cuerpo de su propia hija?

Fruncí las cejas de manera un tanto exagerada, fingiendo recriminar a aquella madre. Esta clase de personas tienden a aflojar la lengua cuando se ven sometidas a cierta presión.

—Bueno, es que…

—Hay algo especial, ¿no?

—Sí, pero es que me dijeron que debía evitar hablar de ello…

—Soy inspectora de un organismo internacional. Desde el punto de vista legal, me han sido otorgadas unas facultades que están por encima de las del departamento de seguridad de cualquier consorcio de la industria médica. No debe temer nada.

—Pues, se trata de que el señor Kirie tiene un amigo en Japón. Un caballero llamado Saeki…

Keita Saeki. Sí, conocía ese nombre. Sabía quién era aquel individuo.

<referencia: tesis: id=stid749-60d-r2yrui6ron1>
<título> *Sobre las posibilidades del monitoreo de salud homeostático del cuerpo humano mediante el conjunto de moléculas medicinales (medimoles) y las moléculas maleables de uso farmacéutico* </título>
<autor> Investigador: Nuaza Kirie </autor>
<autor> Investigador adjunto: </autor>
</referencia>

03

<recuerdo>

—Oye, Kyan, ¿cómo es que te dio por hacerte amiga de Myaha?

Mientras esperábamos la ensalada caprese que habíamos pedido, en el restaurante del piso 62 de Lilac Hills, le hice esa pregunta a Kyan. Ella pareció sorprendida de que le preguntase semejante cosa de repente, pero después puso cara de quedar sumida en sus pensamientos y guardó silencio. Permanecí pacientemente en espera de la respuesta de Kyan. Al final, como si hubiera encontrado una respuesta convincente también para ella misma, contestó:

—Verás, sobre aquel fármaco…, esas pastillas que eliminaban los nutrientes de los alimentos…, fui yo quien se lo sopló a mis padres.

No me sobrevino enfado alguno. Aquello fue una barbaridad que cometieron hace trece años tres niñas unidas por su odio hacia el mundo. Yo misma había conseguido relativizar esos hechos. No tenía el menor deseo de recriminar a Kyan nada que hubiera hecho entonces.

—Vaya, no lo sabía…

—Twan, ¿no te enfadas?

—Aquello fue algo sucedido cuando todavía éramos unas niñas. Sería bastante difícil a estas alturas enfadarse o sentir rencor…

Acto seguido, sonreí y, con un gesto de la mano, invité a Kyan a seguir para saber a dónde quería llegar. Kyan asintió dos veces y dijo:

—Gracias. —Desde mi punto de vista actual, eres la persona a quien debo la vida.

—Soy una traidora. Como poco, fui incapaz de salvar la vida de Myaha.

—Esa no es una culpa con la que tengas que cargar. Vamos, cuéntame, quiero saber cómo sigue la historia.
Entonces Kyan volvió a sumirse en el silencio. Debía de llevar a cuestas tantas cosas que necesitaba ordenarlas para poder contarlas. Tras unos momentos, por fin Kyan volvió a hablar.
—Verás, a la mitad dejé de tomar aquellas pastillas. Tuve miedo. Porque sentí que realmente estaba adelgazando, que me estaba debilitando de verdad. De niña, claro, no tenía instalado el WatchMe, pero, como imaginarás, entre mis padres y el consultor de salud me habían hecho un diseño de vida. El Medicare de casa enseguida me proporcionaba medicación preventiva y apenas había niños que experimentaran enfermedades ni dolores de cabeza, ¿no?
—Sí, es verdad. En mi caso también era así.
—Por eso, por primera vez cobré consciencia real de que el cuerpo estaba vivo, que era algo que experimentaba cambios, que no había nada en él que fuera eterno ni inmutable, que vivir era algo doloroso, que conllevaba sufrimiento. Que en eso consistía vivir. Que ese dolor era la prueba de que las personas éramos seres vivos. Al pensar en ello, de pronto sentí miedo. Miedo al sentir que yo era una forma de vida, al sentir que era un ser vivo.
—Creo que te entiendo.
—Por eso me asusté y dejé de tomar esas pastillas. Pero no me sentí con fuerzas para confesarlo ante Myaha o ante ti. Así que, sin poder decírselo a nadie, permanecí todo el tiempo callada y, cuando por fin se lo conté a mis padres, ya era demasiado tarde para salvar a Myaha.
Vi que en los ojos de Kyan comenzaban a agolparse poco a poco las lágrimas. Un periodo de trece años. ¿Hasta dónde llegaría el sufrimiento por haber cargado con ese complejo de culpabilidad por tanto tiempo? Seguro que no serían una vez ni dos las que se vio empujada a pasar por terapias o asesoramiento psicológico.
—Ya te he dicho antes, Kyan, que lo que pasó no fue culpa tuya.
—Sí, lo entiendo. O, mejor dicho, quiero entender que es así. Me gustaría entenderlo de esa manera, pero…

—Al menos, aquí tienes una persona que te está agradecida. Una persona que piensa que es bueno haber sobrevivido.
—Gracias. Eso me alegra, sí…
—Mejor no hablemos más del tema —le dije porque ya me estaba preocupando.
No le había dicho ni una sola mentira. Me sentía muy agradecida hacia Kyan. Estaba con vida. Gracias a que estaba con vida, pude fumar puros o cigarrillos y beber alcohol, dañando mi cuerpo con ello. Claro que a ella no le podía decir esas cosas.
—No importa. Deja que siga hablando de eso.
Kyan se enjugó las lágrimas y aspiró fuerte, como buscando serenarse.
—¿Sabes? Pensándolo ahora, creo que si iba con Myaha era porque estaba convencida de que tenía que estar con ella…
—¿Que tenías que estar?
—Creo que, quizá, me gustaba dármelas de persona que ayudaba a mantener el equilibrio. Es cierto que en aquella época también yo me sentía asfixiada ante el mundo y con una impresión continua de incomodidad. El mundo rebosaba de un exceso de cariño y pensaba que era como si nos estuvieran estrangulando poco a poco con él. Me parecía ridículo eso que nos repetían de que todos éramos importantes recursos de la sociedad.
—Sí, cierto, lo decía Myaha. Que ni de broma eso de concienciarse de ser un recurso. Y quería que le dejasen probar que no poseíamos ningún valor.
—Pero, aun así, yo no pensaba que por eso tuviéramos que morir ni que matar a nadie. No me sentía acorralada hasta ese punto. Aunque, a mi mirada, Myaha se veía diferente. Me parecía que Myaha se sostenía en un punto muy frágil, cercano al borde.
—Y por eso intentabas que se mantuviera un equilibrio…
—Eso es. Estando yo ahí, me parecía que podía ejercer el papel de frenar un poco a Myaha. Yo asentía a todo lo que decía Myaha y me mostraba de acuerdo con ella, pero porque pensaba que así se aliviaría. Es algo

vergonzoso, porque en el fondo lo que pasa es que soy una cobarde y al final Myaha terminó por morir…

Sentí que por primera vez me alcanzaba una porción del sufrimiento que esa mujer había acarreado durante trece años. Al pensar en el enorme peso con que había cargado Kyan, lo que le dije antes de «creo que te entiendo» sonaba como algo tremendamente falso, una mera adulación. El sufrimiento de Kyan era muy severo, muy intenso y además había cargado con él durante más de una década ella sola.

Había sido una completa equivocación verla como un perrito faldero de Myaha. Más que Myaha y, por supuesto, mucho más que yo, la chica que estaba en aquel momento y lugar con nosotras quizá tuviera una gran fuerza y nobleza, y estuviera en una posición mucho más solitaria, en la que no podía esperar apoyo de nadie. Sin compañía alguna.

Sin equivocación posible, Kyan Reikado ya era entonces «adulta».

—Kyan, creo que eres muy fuerte.

Era lo único que fui capaz de decirle. A mi manera, con esas palabras intentaba mostrarle mi admiración y también mi agradecimiento.

—Nada de eso. No es que actuase así por ser fuerte, es que era lo único que podía hacer, por mi cobardía.

Mientras Kyan hablaba, advertí que, recortado contra el paisaje tokiota que se veía desde el piso 62 de Lilac Hills, el camarero se acercaba con unos platos blancos con lonchas de tomate y *mozzarella* encima.

—Ah, ya traen la caprese —dijo Kyan—. Hacía tiempo que no comíamos juntas como ahora, ¿verdad?

</recuerdo>

Bajo la mirada de los participantes, cerraron el blanco féretro de Kyan.

Pensando en los muchos familiares que cargarían con él, le habían dado un suave tono rosado, como una muestra de cariño hacia el cadáver.

Daba la impresión de que entraba dentro del sentido común que la gente viviese eternamente y que, para ocultar lo ilógico de que la

vida hubiese sido arrebatada de improviso, se aplicaba ese color claro y agradable. A su vez, entre los participantes destacaban los trajes de luto color amarillo claro o verde esmeralda.

A continuación, el frío cuerpo de Kyan sería transportado en coche fúnebre al Centro de Descomposición del vecindario. Contemplé desde la distancia cómo la introducían en el vehículo del centro comunitario, rodeada por los familiares. Mis sentimientos no llegaban hasta el punto de querer acompañarlos a «la fábrica». Porque tampoco me sentía capaz de aguardar parada a que mi amiga fuera descompuesta. Además, no tenía tiempo. Antes de verme atrapada por la terapia, tenía que averiguar la causa de aquel incidente que se llevó también la vida de Kyan.

La fábrica, la fundición, el Centro de Descomposición.

Un residuo de los tiempos en que la radiactividad de la guerra nuclear hizo que los virus mutasen y se propagaran por doquier.

Los cadáveres eran descompuestos mediante un disolvente proteolítico y, tras realizar el tratamiento pertinente al líquido resultante para eliminar sus elementos infecciosos, la fábrica transformaba el conjunto en un cadáver inocuo. El recuerdo de una época de caos. Ahora, más de medio siglo después, la costumbre persistía como una nueva forma de rito funerario.

Por eso, no se podría hacer una autopsia del cerebro ni un análisis delicado mediante *medimoles*.

En los tiempos del Maelstrom, en que los patógenos mutaban de repente, circulando como enloquecidos, los cadáveres eran el principal foco de infección, y la tarea prioritaria era su tratamiento. Los cadáveres traían nuevos contagios y no era suficiente con practicar incineraciones superficiales. Entre la costumbre adquirida entonces y la cuestión emocional, el sistema anteriormente adoptado pervivía y en la actualidad lo más habitual era un peritaje forense visual en lugar de una autopsia, para destinar después el cadáver a la descomposición proteolítica.

Por supuesto que era posible también un peritaje visual a través de imágenes, pero detectar mutaciones a escala nanométrica

resultaba inconcebible sin recurrir a una autopsia mediante *medimoles*, que llevaba largo tiempo.

<sentimiento>
—Adiós. Y muchas gracias, Kyan.
Murmuré aquella despedida mientras observaba el coche fúnebre que salía al exterior por el aparcamiento del tanatorio. Como si Kyan me estuviera contestando, una corriente de viento me lavó el rostro. Estaba a punto de derramar unas pocas lágrimas. Me quedé mirando hasta que el vehículo se perdió de vista. Mi amiga, que me salvó la vida, que se preocupaba siempre por nosotras, que se atormentaba por no haber podido salvar a Myaha.
Myaha quizá la considerase como una «camarada».
Pero ahora para mí tenía la condición de amiga.
La chica que, de nosotras tres, había sido la más valiente y la más adulta.
</sentimiento>

Me enjugué las lágrimas con el dorso de la mano y, subiéndome al coche, dejé atrás el tanatorio para dirigirme a la universidad donde trabajaba Keita Saeki. Mientras que por una parte Nuaza Kirie, es decir, mi padre, se había trasladado a Bagdad, Keita Saeki proseguía con sus propias investigaciones en la universidad original.

En otras palabras, la universidad donde mi padre tuvo su laboratorio.

Dejé el automóvil en el aparcamiento de la universidad y acto seguido toqué la superficie del SearchYou que había instalado en la entrada que conectaba con el interior de la universidad. Comuniqué a aquel SearchYou, que, con el toque distinguido que corresponde a una universidad, estaba montado en un pilar mediano de granito, que buscaba a Keita Saeki. Apareció sobre la superficie un

«realizando búsqueda» mientras el aparato comenzaba a buscar las señales que emitiera el WatchMe de Saeki. Pasado un rato, brotó de golpe en la superficie el laboratorio en cuestión y un mapa hasta él. Al tocar dicha imagen, se incorporó a mi sistema de realidad aumentada y, sin hacer caso de la atención que reunía entre los estudiantes mi uniforme escarlata de inspectora de espirales, fui siguiendo las flechas que aparecían frente a mis ojos en dirección al objetivo.

Después de cruzar por un camino flanqueado por árboles de hoja perenne con follaje de color rosa, llegué al edificio universitario que buscaba. Toqué la puerta y, tras identificarme, proseguí hacia el laboratorio.

—Te estaba esperando. Pasa.

La voz que me hablaba desde el otro lado de la puerta me resultaba conocida. Mientras que yo averiguaba con el SearchYou el lugar donde estaba, el individuo en búsqueda, como un derecho que en buena lógica se le otorgaba, recibía la información de que Twan Kirie preguntaba por él. Abrí la puerta sin recato alguno y me introduje en el desordenado laboratorio.

—Desde luego que esto anda bastante revuelto, ¿eh?

En el interior se veían montañas de papeles con páginas sueltas impresas de alguna de sus tesis u otros documentos de referencia. Pero no se trataba solo de eso. Había por doquier cantidad de restos de «medios muertos», a los que el profesor Saeki era muy aficionado. Láminas finas y cuadradas de color negro, que antiguamente se llamaban *disquetes*. Una vez que vine aquí de niña, me los mostró y me dijo que eran como células de memoria. En cuanto al resto de objetos, no solo no conocía su nombre, sino que ni siquiera por su aspecto podía imaginar claramente cuál era su función.

—No sé cómo puedes aguantar sin ordenarlo. Si ni siquiera hay dónde pisar…

Mientras hacía este comentario, me acerqué hacia el profesor Saeki con movimientos intencionadamente exagerados, como si

fuera cruzando un río pisando las piedras que sobresalen, hasta llegar al fondo de la sala.

—No es asunto tuyo —murmuró el profesor—. Me pregunto qué necesidad hay de ordenar las cosas. Para eso, entre la realidad aumentada y la TingList ya me dicen dónde está cada cosa.

Aquel profesor con una espesa barba parecida a la copa de un árbol *saman* argüía con fastidio, pero sin dejarme vencer; negué con la cabeza.

—No se trata de eso, sino de una cuestión de higiene mental.

—Los investigadores nos ocupamos de lo que es necesario. Puesto que la TingList posee atributos localizadores, no tengo necesidad de recordar minucias como dónde está cada cosa, y la realidad aumentada me lo indica con flechas señalizadoras, así que siempre puedo echar mano de lo que sea. Porque las cosas que tengo en mi habitación o que están por ahí llevan adheridos sus metadatos.

—Entonces la TingList echa a perder a la gente.

—Preferiría que dijeras que la memoria se convierte en algo externo. Si dentro de la TingList fabricas una NeedList, te avisa, por ejemplo, de los olvidos cuando vas a salir de la habitación.

—Es que yo, por cuestiones de mi trabajo, a menudo no estoy conectada…

—A ver si está la tesis. Una que había impreso y que publicó un matemático checo hace unos tres años.

Saeki habló dirigiéndose a un lugar indeterminado de la sala. Entonces, un brazo de color rosa que parecía hecho de goma brotó del techo inteligente alargándose hacia abajo y, desplazándose hasta un lugar que quedaba como diez metros más allá, utilizó los dedos para escoger con pericia unas pocas hojas impresas que había ensartadas entre otros montones de papeles y, agarrándolas, las trajo hasta donde estábamos nosotros. Todo lo que había en aquella sala, incluyendo cada hoja de papel, llevaba adjunta la información sobre su posición, por lo que era posible extraerlo al instante. Es decir, que en el servidor de la universidad se hallaba registrada una

réplica perfecta de la situación en tiempo real de la sala del profesor. Siendo así, no tenía nada de extraño que los seres humanos decayeran.

Di unos pasos hasta colocarme al lado del profesor Keita Saeki y entonces, de manera espontánea, brotó del suelo una silla que parecía hecha de gelatina.

—¿Quieres tomar un poco de agua, por ejemplo?

—¿No tienes algo con cafeína?

—La universidad o, mejor dicho, la gente de la autonomía estudiantil es muy quisquillosa. Me asombra que los jóvenes sean capaces de gobernarse a sí mismos.

—Pero es precisamente tu generación la que deseaba algo así, ¿no?

—Calla, calla. No podíamos prever que llegaría a formarse una sociedad tan extremadamente saludable como esta. Eh, tráeme de una vez dos vasos de agua.

Una vez más, surgió del techo aquel brazo, que echó agua en dos vasos y nos los trajo.

—También hay muchos jóvenes que deseaban una sociedad así, aunque luego hayan sido incapaces de aguantar las normas que conlleva.

—Bueno, eso sucede también con los adultos, ¿no? —argüí yo.

—Producción, consumo. Para la sociedad basada en ese ciclo y en la estabilidad que genera, lo más repudiado de todo es la autodestrucción, que ignora la propia condición de valioso recurso social. Antes de llegar a eso, las personas del entorno deben percibir los síntomas y someter al individuo a una intensa terapia. Una sociedad que se preocupa por los demás…

—¿No crees que ya ha llegado al límite? Esa sociedad donde tenemos que mostrar hasta la exageración nuestro afecto de unos hacia otros…

—Gracias a eso, hemos conseguido todos una sociedad sin discusiones. Ciertamente, el aumento del índice de suicidios en la sociedad de los Biogobiernos es un elemento perturbador, pero

muchos piensan que algún día se descubrirá algún fármaco o alguna terapia revolucionaria que se incorporará a la legislación y hará posible su control.

—Pareces bastante bien de salud.

—Ya no queda nadie que esté mal de salud, supongo. Porque han desaparecido las enfermedades en sí. Odio esas frases hechas acerca de la salud, que se dicen solo por costumbre. Frases que, además, ya han perdido todo su sentido.

Resfriado. Migraña. Todas las enfermedades infecciosas.

¿Cuánto dolor se supone que debo sentir para poder sostener que yo soy yo y que existo en calidad de alguien que siente dolor en tal o cual parte? ¿Se obtendría alguna satisfacción con ello?

Cuando comenzó a sufrir, Kyan se asustó.

Se asustó por la consciencia de estar viva, por la irrefutable condición de ser vivo con un sistema nervioso.

Pero si se llegaba a la ancianidad, las circunstancias ya eran un tanto diferentes. Guste o no, la edad terminaba por matarte; así que te veías obligado a percibir tanto la vida como la muerte con mayor intensidad que las generaciones por debajo, y poco a poco aparecían fenómenos disruptivos que ni el WatchMe ni el Medicare podían evitar.

—En el caso de los ancianos, no puede decirse que no existen problemas de salud, ¿no? Como el debilitamiento que acompaña a la vejez.

—No te callas nada, ¿eh? Bien, admitamos que ni el WatchMe ni el Medicare son omnipotentes ante la vejez. Pero, aun así, ¿no crees que esos pequeños ingenios que ideamos nosotros hacen un gran servicio?

Fue esa sociedad carente de enfermedades lo que nos unió a Myaha, a Kyan y a mí. La voz que en nuestro interior decía: déjame sentir dolor. No te preocupes por mí y déjame que pruebe que no valgo nada.

Por supuesto que sí valíamos algo y ni los padres ni el colegio ni la comunidad ni la sociedad dejaron de ocuparse de nosotras.

—Pero, aunque hayan desaparecido las enfermedades, la gente no deja de dar la lata con el tema de la salud, ¿eh?

El profesor se encogió de hombros como diciendo «eso no es culpa mía». Era una reacción un tanto exagerada, pero, en cualquier caso, como tenía solo ochenta y cinco años, contaba todavía con buena salud para rato.

—Si nos descuidamos, en cualquier momento volverán a aplastarnos los virus o el cáncer. Eso es lo que cree todo el mundo. No tiene remedio.

—Pero ya ha pasado medio siglo desde el Maelstrom… —repliqué.

—La gente que entonces sufrió experiencias horribles, como me sucedió a mí, es la que controla ahora los Biogobiernos. Aquel caos y la guerra nuclear que le siguió convirtieron el planeta en un territorio del espacio exterior, en cierto sentido. Y en el espacio exterior, si no llevas un traje de astronauta, mueres al instante. A menos que te quedes todo el tiempo dentro de la estación espacial. De la misma manera, la guerra nuclear y toda la radiactividad que desperdigó volvieron imposible la supervivencia de la humanidad, salvo que se recurriera a una vigilancia constante del interior del cuerpo mediante el WatchMe y un tratamiento médico permanente mediante el Medicare. Para vivir en un mundo de condiciones severas, hace falta una armadura aparatosa.

—Entonces, quieres decir que, aunque la radiactividad desaparezca, se conserva el terror hacia ella, ¿no?

—Bueno, creo que también juega un papel importante el sentido de signo de ligazón social. ¿Sabías que la Alemania nazi fue el primer lugar donde se convirtió en cuestión de Estado la lucha a gran escala contra el cáncer y el tabaquismo?

Me daba la sensación de que en el colegio, muy de pasada, mencionaban ese periodo de Alemania al hablar de la historia de mediados del siglo xx.

Como a finales de curso esperaba la parte acerca del Maelstrom, resultaba inevitable que en las clases de Historia pasaran

muy por encima del destino de los desdichados judíos de entonces. A medida que la historia se iba alargando y alargando, muchos hechos históricos se iban comprimiendo, ya que el límite físico del volumen de materia que se podía tratar en las horas de clase obligaba a ello.

Recordé que una vez Myaha dijo: «Intentad imaginar lo que dirán en las clases de Historia dentro de mil años. Nos podemos dar por satisfechas si dedican un minuto a nuestro tiempo. Es inevitable que se salten este periodo en el que prácticamente no sucede nada. La historia sigue alargándose ilimitadamente; nuestra época se resume, luego se resume todavía más y al final se comprime tanto que desaparece».

El genocidio judío todavía conseguía a duras penas conservar dos minutos de atención en las clases.

—Esa es la gente que masacró a los judíos, ¿no?

—No «la gente»; el Estado. El producto de un sistema democrático formado por el pueblo, el voto y una cámara de representantes. El Gobierno nazi fue alumbrado de esa manera y nadie como ellos creó una estructura que clasificaba al detalle los diversos aspectos de la vida humana con objeto de supervisarlos; era algo que no existía hasta entonces. Los nazis crearon un registro de enfermos de cáncer con objeto de conocer quiénes lo habían contraído, los clasificaron, les hicieron pruebas médicas y fueron los primeros en la historia de la humanidad en intentar de un modo sistemático acabar con el cáncer.

—¿Fascismo, lo llamaban? Esa forma política de gobierno de la Alemania nazi…

—Eso es. En cierto sentido, la política de salud del gobierno nazi fue el antepasado de esta sociedad actual nuestra. ¿Sabías que la palabra «mole» que se usaba antes en Japón para denominar a las personas gruesas ha desaparecido en este medio siglo?

Sonreí con amargura. Mil vítores para Myaha Mihie.

—Durante el gobierno nazi, aquellos que antes eran llamados «tullidos» pasaron a ser denominados «personas con discapacidad

corporal». Los manicomios para el tratamiento de la locura se calificaron de hospitales psiquiátricos. Fueron cambiando una serie de palabras relativas a la condición del cuerpo.

—¿Qué significa la palabra «locura»?

—Basta con que entiendas que se trata de una palabra horrible para designar el estado en que es necesaria una intensa terapia y un asesoramiento psicológico de alto nivel. También fueron los nazis los primeros en decir que el tabaco era malo para la salud y los primeros que intentaron acabar con la costumbre de fumar mediante la acción estatal. En el año 1939, el Gobierno alemán creó un departamento llamado Oficina para la Lucha contra Sustancias Nocivas, que se ocupaba del alcohol y el tabaco. En el año 1941, por iniciativa del propio Hitler, se creó en la Universidad de Jena el Centro Científico para el Estudio de los Peligros del Tabaco.

—Oyendo todo eso, una podría pensar que estás diciendo que los nazis intentaron hacer muchas cosas buenas… —comenté con tono irónico.

Realmente, si se entresacaba solo eso del contexto, la sociedad nazi no parecía muy diferente de nuestra sociedad rebosante de caridad y afecto.

Pero, además, a mí me causaba una molestia adicional. Así que esa gente eran los antepasados del rechazo al tabaco existente hoy…

—En cierto sentido, así es. Verdaderamente, fueron los primeros en hacer toda una serie de cosas desde que empezó el siglo xx, por mucho que también cometieran un genocidio étnico. En suma, que las cosas siempre tienen muchas facetas. Una excesiva obsesión por la limpieza puede llevar a desbarrar sobre la pureza de sangre de la raza. O a decir que el tabaco es el origen de todas las enfermedades, que marchita ese bien estatal que es el pueblo. Eso que ahora se llama consciencia de recurso público.

—En resumen, ¿que la sociedad estatal es la Alemania nazi a escala mundial? —inquirí encogiéndome de hombros.

—En cierto sentido, así es. Pero en otro sentido, no. En la época de los nazis, quienes enarbolaron la bandera de una obsesión exagerada por la higiene fueron el Gobierno y los científicos, sobre todo los médicos. Ahora, en esta sociedad de los Biogobiernos, quienes agitan la bandera de la salud son todos sus miembros, la gente del mundo entero. Ni siquiera la Alemania nazi pudo conseguir por completo que sus soldados en el frente dejaran el tabaco. Es más, muchos soldados consideraban que, de no haber sido por el tabaco, no habría habido forma de aguantar en el campo de batalla. En especial, en lugares tan terribles como el frente del este.

—Eso lo entiendo, sí. Lo entiendo perfectamente.

Sonreí con amargura. No en vano yo, con tal de fumar tabaco, había aceptado viajes de trabajo a toda clase de remotas zonas en guerra. Ahora que me acuerdo, ¿qué estarán haciendo en este momento Étienne y todos aquellos compañeros suyos que disfrutaban con la «carga» obtenida en nuestros canjes? Por unos momentos, mi imaginación corrió hacia el Sáhara, con el amarillo de los girasoles y el azul del cielo, combinados con el añil de los turbantes de los *kel tamasheq*.

—Sin embargo, en la actualidad el tabaco ha desaparecido por completo de la faz del mundo. En una parte de África y ciertos puntos en guerra del Asia Central, al parecer hay quien todavía prueba con discreción esa práctica, pero, sea como sea, casi todos los miembros consensuados de los Biogobiernos piensan que consumir tabaco o alcohol es un disparate. Aun cuando no se les diga que son tan adictivos como una droga. De entrada, ¿sabes el motivo por el que comenzaron a prohibirse las drogas?

—Pues ni idea…

—Fue durante la época de colonización de América. Los esclavos negros llevados al continente o los trabajadores asiáticos, sobre todo chinos, de tanto en tanto masticaban hojas de coca u otras plantas de efectos similares a las drogas y de esa manera conseguían trabajar más allá del límite de sus fuerzas. Pero aquello resultaba un inconveniente para los trabajadores blancos, que no

seguían aquellas prácticas. Al prohibir las drogas como una cuestión moral, en realidad buscaban arrebatar la primacía laboral a las «razas inferiores» en el mercado de trabajo.

—¿Sí? Yo estaba convencida de que era porque las drogas son perniciosas para la salud…

—Eso también es una realidad. Pero solo un aspecto de la realidad.

El profesor se recostó sobre el respaldo de la silla antes de proseguir.

—De por sí, la razón por la que ha sido inevitable que lleguemos a una sociedad como esta, tan exigente con la cuestión de la salud, es la experiencia que ha vivido nuestra generación. Tú misma, Twan, habrás tenido que estudiar en el colegio hasta el hartazgo acerca del Maelstrom, ¿verdad?

Efectivamente. Dentro de la asignatura de Historia, la parte que llegaba a final de curso relativa al Maelstrom era, tanto por volumen como por contenido, una de las que entraban en el grupo de las más pesadas. Sin embargo, pensándolo ahora, me da la sensación de que la asignatura de Historia era aquella que más apasionaba a Myaha. Y parecía que la parte del Maelstrom era la que más le gustaba a ella.

En cambio, a mí apenas me interesaban las clases de Historia. A pesar de que cuando Myaha hablaba de cosas de otros tiempos, la escuchaba ardientemente, con el cuerpo latiendo de emoción.

«Oye, Twan, ¿sabías esto? En aquella época, solo en América del Norte, murieron diez millones de personas».

—Los tipos que hacen los textos de estudio son de la generación que más se queja del Maelstrom —continuó el profesor —. Todos los rincones de los Estados Unidos, que entonces era el país más poderoso del mundo y el que más ganancias obtenía, se cubrieron de grandes disturbios generalizados que nadie había imaginado. Hispanos, coreanos, africanos… Las masacres étnicas se sucedían sin control. Todos y cada uno participaban en estas masacres de modo entusiasta, como si poseyeran de forma innata

un órgano genocida. En aquel país se mataron unas etnias a otras de manera recíproca[9]. Y aquel enorme caos se extendió a la mayoría de los países, llevando a un mundo realmente descabellado, donde se traficaba con las cabezas nucleares, y cada dos por tres se sucedían atentados nucleares terroristas con dichas cabezas. La sociedad actual, rebosante de sentimiento caritativo, es la reacción a aquello. Puede que quien más quien menos, poco a poco, comience a sentirse asfixiado, pero aun así eso es infinitamente preferible a sumirse en un enorme caos como el del Maelstrom. Todo el mundo desea conservar su vida y, comparado con los tiempos en que un puñado de burócratas concentraban el poder en sus manos, la época actual resulta bastante más soportable.

—Hoy en día, la humanidad entera se ha acostumbrado a que todos sean como mascotas de todos. Así es nuestra sociedad, ¿no?

—Bueno, no digas eso. En definitiva, lo que pasa es que, cuando las personas pasamos por una experiencia extrema, resulta difícil saber quedarse luego en el punto justo. El impulso del retroceso nos hace dirigir la aguja en sentido contrario. La sociedad vidalista actual es el resultado de dicho impulso. Cierto que, como se decía antes, si uno sabe utilizar con habilidad el monedero, no debería ser necesaria una hucha. Por cierto, Twan, ¿tú sabes lo que es una hucha?

Al intentar contener la carcajada, finalmente se me escapó una risita. El profesor me miró con aire extrañado.

—¿Qué pasa?

—No, es que… esa frase se la oí hace mucho a una amiga. Y me he acordado.

—¿Qué frase?

—La de que si supieras usar el monedero no te haría falta la hucha.

—Ah, ya…

El profesor puso cara de no entender muy bien y prosiguió.

—Bien, Twan, en cualquier caso, tú no has venido a escuchar proverbios. Quieres saber algo. Tratándose de una información que

desea conocer un cargo de la OMS, tiene que ser un asunto de gran importancia, ¿no?

—Myaha Mihie.

No se me escapó que, por un instante, en los ojos del profesor Saeki flotó una sombra de alarma. Después, se llevó una mano al labio inferior en ademán pensativo y contestó:

—Hmm… Yo recogí su cadáver. Para Nuaza. Actué como representante suyo.

—¿Dónde está mi padre?

—A saber. Tanto él como yo hace tiempo que no hemos hecho ningún intento de comunicarnos…

Decidí arremeter de frente contra la línea de defensa del profesor. Opté por ir directamente al grano.

—Mi padre se llevó a Myaha Mihie, ¿verdad? A Bagdad.

El profesor Saeki sacudió una mano ante el rostro, como con fastidio. El anciano este parecía difícil de vencer.

—¿Dónde está mi padre? ¿No está en Bagdad?

El profesor negó con la cabeza mostrando hartazgo.

—Si no está en Bagdad, no tengo ni idea. ¿Por qué no lo buscas con la versión de alcance mundial de SearchYou?

—Ya lo he hecho. Según eso, mi padre no existe en este planeta.

El profesor ladeó la cabeza y clavó su mirada en mí.

—¿Qué quieres decir?

—La búsqueda no ofrece resultados. Pero tampoco he encontrado registro de defunción en ningún Biogobierno. Puede que tenga desconectado el localizador del WatchMe, pero, por más tiempo que pasa, no llega información sobre él.

¿Se daría por vencido el profesor en algún momento si continuaba derribando una barrera tras otra de esta manera? Ya entendía por qué le habían puesto a la madre de Myaha una ventanilla de contacto tan estricta como esta.

El profesor Saeki se rascó la cabeza con aire contrariado.

—Hmm… ¿Qué habrá pasado? De entrada, ¿por qué quieres saber dónde se halla tu padre?

—No es por mi padre, lo que quiero saber es qué ha pasado con Myaha Mihie. Habrás oído hablar del suicidio masivo del otro día, ¿verdad?

—El suicidio colectivo en el mismo día y a la misma hora de más de seis mil personas en todo el mundo… No creo que haya nadie que lo desconozca.

—Creo que Myaha Mihie, que se supone que murió hace trece años, está implicada de alguna manera en este caso.

Keita Saeki guardó silencio. Por lo visto, por fin había comprendido en qué trabajaba la hija de su antiguo amigo, plantada frente a él, y, con mirada de gran seriedad, contestó:

—Si se trata de eso, creo que lo mejor es que busques a través de una mujer que ayudaba en las investigaciones de tu padre en Bagdad. Su nombre es Gabrielle Eding. Está en el laboratorio de investigaciones de Bagdad de SEC, un consorcio dedicado a la neurología. Nuaza investigaba allí junto con ella.

—¿El qué?

—¿Qué necesidad hay de que preguntes hasta ese punto?

El profesor Saeki parecía desconcertado. Pero decidí insistir.

—Eso lo decido yo. Si es necesario, vendré con una orden de la policía japonesa.

El profesor abrió un poco la boca por la sorpresa y se me quedó mirando estupefacto. Para algo tenía que servirme haber estado en negociaciones de zonas en guerra o con Gobiernos nacionales a la antigua usanza. Por mucho que se tratase de un individuo estrafalario, no estaba dispuesta a dejarme vencer permitiendo que se acogiera a su pose de científico enclaustrado en una torre de marfil.

—Desde luego que, vaya con… Veo que te has vuelto bastante dura, ¿eh? Quién lo iba a decir de aquella hijita de Nuaza…

—Va con mi oficio. Es como una enfermedad, pero presenta otros síntomas más desagradables. ¿Quieres verlos?

—No, es suficiente —murmuró con un suspiro—. Haz el favor de no meterme más miedo.

Acto seguido, se acercó a su escritorio e hizo aparecer un pequeño tablero de mandos. Después, comenzó a descargar una serie de datos de algún lugar. El profesor señaló su escritorio, así que me acerqué y, pasando la mano por encima, recibí los datos.

Mediante la realidad aumentada, fui avanzando a marcha rápida por los densos párrafos de una tesis científica. Aquello excedía mi capacidad de comprensión y, sobre todo, yo carecía de tiempo. No estaba como para ponerme a leer con calma.

—Pero esto, mostrado así sin más, no me ayuda demasiado…

—Ya me imaginaba. Lo he hecho a propósito.

—Oye, si es que…

—Es una broma. Pero solo en parte. Bueno, pues haciendo un resumen, el mamotreto en cuestión es un estudio sobre la voluntad del ser humano. Fue publicado por un investigador ruso y propone un nuevo modelo sobre cómo funciona la voluntad. Y la verdad es que las simulaciones psicológicas basadas en su tesis han conseguido reproducir con extrema fidelidad el mecanismo de la voluntad humana.

El profesor extrajo una imagen tridimensional insertada en la tesis. Ante mis ojos apareció el gráfico de un cerebro que fue girando lentamente sobre su eje y en el que parpadeaban unos puntitos alojados en una zona diminuta. Cuando le pregunté qué era eso, el profesor contestó:

—Pues esto o, mejor dicho, esta zona es una parte del mesencéfalo, que conecta con los núcleos cerebrales o con los ventrículos laterales. Esta es la zona del cerebro que controla el llamado sistema de recompensa. Dicho a grandes rasgos, lo que calificamos aquí de «recompensa» son las motivaciones que justifican nuestras acciones o elecciones, la gratificación que obtenemos. En la mayoría de los casos, se manifiestan como sensaciones placenteras o satisfacción psicológica. Por ejemplo, se trata de un caso extremadamente sencillo, pero el acto sexual nos

hace sentir placer. En resumen, así funciona. Lo cierto es que esta explicación contiene pequeñas incorrecciones, pero podemos dejarlo así. Para decirlo con mayor exactitud, se trataría de la zona del cerebro que otorga la motivación que nos lleva a desear repetir una y otra vez una misma elección. Y lo que las personas llamamos «voluntad» es aquello que dicta la decisión final tras calibrar todas aquellas opciones que compiten por ser elegidas, frutos del módulo de las muchas y variadas apetencias procedentes de las motivaciones que proporciona el sistema de recompensa.

Dado que el profesor me miró como preguntando «¿Entiendes mi explicación?», le animé a seguir con un «Adelante, por favor».

—Bien, pues… Imaginemos que estamos en una reunión. Da igual que sea una sesión con realidad aumentada o una reunión física. Toda una serie de personas comienzan a decir «quiero hacer esto», «quiero hacer aquello», y cada una defiende su postura hasta que se cocinan las propuestas, se aderezan y al final sale la conclusión. Considera que cada uno de los participantes en esa reunión con sus respectivas opiniones es uno de los muchos módulos de apetencias que poseemos las personas. Entonces, eso que llamamos voluntad humana es, en pocas palabras, la reunión misma en su conjunto; es todo el proceso, toda esa apasionada discusión que se produce, y no, como tiende a creerse por el sentido común, una entidad unificada, un conglomerado que toma una decisión, un alma o cualquier otra cosa por el estilo. La voluntad no tiene existencia como un ente monolítico, sino que es un estado en el que vociferan un gran número de apetencias. Las personas somos seres vivos que olvidamos por completo que en realidad somos un conjunto de trozos sueltos y vamos tan felices presumiendo de ser «yo», como si constituyéramos una existencia individual.

—Y entonces, esta tesis ha convertido esa teoría en un modelo, ¿no?

—Efectivamente. Y cuando Nuaza leyó esta tesis, intuyó que sería posible controlar la voluntad humana mediante la manipulación

de diversos elementos del sistema de recompensa asociado a nuestras apetencias.

Control de la voluntad.

Sentí la presencia de algo siniestro en el trasfondo. Al mismo tiempo que comprendía muy bien que poder hablar de manera tan directa y despreocupada de algo tan siniestro también formaba parte de la fascinación que produce la ciencia.

—Las apetencias van fuertemente unidas a la recompensa. Si la recompensa que se obtiene en el cerebro por determinada apetencia disminuye, el agente mismo de dicho deseo se desgana y, equiparándolo con el ejemplo de la reunión de antes, para el participante en cuestión se vuelve más difícil tomar la iniciativa. Las decisiones de la persona van cambiando por sí mismas. De esa manera, controlando al detalle cada uno de los niveles de recompensa, la voluntad de una persona va cambiando. El modelo ya existe. En este estudio se incluye también el mapa del cerebro relativo al sistema de recompensa. El problema es cómo elaborar moléculas medicinales que lleven dicha teoría a la práctica. Cómo enviar soldados al mesencéfalo.

En ese instante recordé algo. Para manipular el cerebro, resulta del todo punto imprescindible atravesar una pared que lo impide.

—El problema de la barrera hematoencefálica, ¿verdad?

—Eso también. Pero no es más que uno de los varios problemas que hay. Bueno, esto es más o menos lo que andaba investigando Nuaza hasta que se fue a Bagdad.

Controlar los deseos de las personas.

Controlar la voluntad de las personas.

Unir, como quien hace un rompecabezas, una serie de almas hechas de trocitos de seres humanos. ¿Sería posible algún día conseguir una persona perfecta a partir de ello?

No una persona como Myaha. Tampoco una persona como yo.

Myaha gritaba por que le dejaran demostrar que no valía nada. Pero, junto con el amanecer de ese ser humano consciente de estar

siendo controlado, desaparecía también la necesidad de torturarse con esa idea.

Un mundo donde todas las personas vivirían en perfecta armonía.

Una sociedad perfecta llevada a la perfección por humanos perfectos.

Su punto de partida ya había sido aprehendido por esta sociedad centrada en el tratamiento médico. Lo que faltaba para completarla eran las herramientas que la hicieran realidad. Mi padre, con objeto de encontrarlas, se había marchado a Bagdad dejándonos a mi madre y a mí en Japón. Con objeto de afilar el cortante bisturí que diseccionara el alma humana.

—Lo siento por ti, Twan, pero eso de manipular el alma humana supone una investigación fascinante.

El profesor Saeki volvió a rascarse la cabeza y apartó la vista de mí como disculpándose. Seguramente, por su calidad de colega científico, sentía que la vileza que había cometido mi padre hacia nosotras en parte era también culpa suya. El profesor, dirigiendo la vista hacia la rosada arboleda para huir de mí, añadió:

—Si de pronto brota una idea acerca de eso, que encierra aunque sea un mínimo de probabilidades de tener éxito, sería demasiado cruel pedir que nos olvidásemos de desarrollarla. No tengo la menor intención de aprobar lo que tu padre os hizo a tu madre y a ti, pero aun así entiendo que, llevado por la ambición del científico, hiciera lo que hizo. El motivo por el que se fue a Bagdad abandonándoos a tu madre y a ti.

—Ya, entiendo lo que intentas decirme. Pero tú no eres mi padre. La culpa de mi padre es solo de él. Ni más ni menos.

Aparté la vista del profesor y miré hacia un disquete amarillo que destacaba entre otros tantos que había esparcidos por el suelo. En la superficie tenía pegada una etiqueta con un dibujo como para niños y un logotipo. Debía de ser un antiguo juego.

—Puede que algún día las personas acabemos también así…

El comentario del profesor llegó tan de improviso que no entendí a qué se refería y le miré con extrañeza.

—Ya sabes, como en esas historias de ciencia ficción donde el ser humano ha conseguido digitalizar su consciencia y pasa a estar alojada en un ordenador o en la red. Si se llega a eso, el cuerpo humano no será para el alma más que un medio muerto, un atrasado soporte. Y si llega el día en que el espíritu de las personas se transfiere al espacio digital, ¿no sería factible que, en mi laboratorio imaginario, entre los disquetes, las cintas magnéticas y las unidades de memoria, rodasen también cuerpos humanos sin alma? Eso en caso de que se diera el nacimiento de una especie humana con una consciencia evolucionada…

—¿Tú crees? —pregunté dubitativa—. A mí me parece justo lo contrario. Que el espíritu no es más que una función para mantener el cuerpo con vida el mayor tiempo posible, no es más que un medio. Por parte del cuerpo, se busca un espíritu lo más adecuado posible para la supervivencia y, si llega un mundo en que todo se vuelve del revés, el espíritu, el alma, será por el contrario quien se convierta en un medio muerto. ¿No crees?

El profesor permaneció un tiempo inexpresivo, como si le hubiera sorprendido con la guardia baja, pero finalmente estalló en una vigorosa carcajada.

—No te falta razón. A primera vista parece en exceso radical, pero lo cierto es que, desde el punto de vista evolutivo, tu observación es más correcta. Por lo visto, soy yo quien sigo atado a la vieja idea de que el alma es única y sagrada.

—El problema es qué se quiere hacer una vez que se encuentre la tecnología capaz de controlar la voluntad y cambiarla.

Al oír eso, el profesor meneó la cabeza con impotencia.

—Mira, Twan, yo creo que quizá, solo quizá, los científicos no investigan con esa clase de objetivos. No piensan en qué desean hacer con sus descubrimientos. Es como eso de subo a la montaña porque está ahí delante. Se investiga porque el asunto en cuestión

encierra un interés científico, porque supone un problema que resolver.

Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta de la habitación. Esta vez fui en línea recta, pasando por encima de las pilas de hojas impresas y medios muertos. Al llegar a la puerta, me detuve un instante y, sin darme la vuelta hacia él, le dije al profesor:

—A quien yo busco es a Myaha Mihie. Mi padre no es más que una forma de llegar hasta ella.

Según dejaba atrás el laboratorio, iba adquiriendo como algo muy real la sensación de que sin duda me estaba acercando al centro de la cuestión. El camino por el que iba no estaba equivocado.

<listado: ítem>
<i: Myaha Mihie>
<i: mi padre>
<i: el manejo de la consciencia>
</listado>

No hacía falta recurrir a que la realidad aumentada me mostrase nada con sus flechas.

A Excelencia, su Excelencia la directora de inspectores de espirales Oskar Staufenberg, no le hacía ni la más mínima gracia que yo actuara de manera independiente y que no informase de lo que hacía no ya a la policía japonesa, sino ni siquiera al Departamento de Inspección de Espirales. A través de mi HeadPhone, Excelencia me lanzaba sus recriminaciones con tono suave, conteniéndose para no prorrumpir en una ristra de insultos.

—No se preocupe. Mi investigación está arrojando frutos concretos.

Lo que le había contestado era la pura verdad, pero, como es natural, Excelencia, la directora de inspectores de espirales, insistió en que le diera los detalles de dichos resultados. Era tal su persistencia en la manera de preguntar que se diría que en realidad intentaba provocarme para que le contestara con un término tan lascivo como «privado» para tener una excusa con la que castigarme. Por supuesto que eso no pasaba de ser caprichosas imaginaciones mías y que la directora no sabía que este caso había empezado a cobrar un tinte personal que me concernía.

Mientras dirigía la vista al suelo con hastío, iba dando contestaciones breves para salir del paso, del tipo de «sí», «entendido», «no», «no, nada de eso», hasta que el camino pavimentado de blanco y flanqueado por árboles de hoja color rosa me llevó al aparcamiento de la universidad.

—Me voy a Bagdad.

—¿Cómo dice?

No había llegado a gritar de forma ostentosa, pero resultaba evidente que en el interior de Oskar había brotado un arranque de furia. Aun así, lo único que alcanzó a decir fue «¿Y por qué a Bagdad?». A mi vez, yo no podía contestarle otra cosa que la ambigua frase «Hay una pista allí», del mismo efecto que acariciar sus nervios a contrapelo. Después añadí: «Parece que tenemos en común el hecho de habernos quedado sin opciones para contestar». Lo cual pareció irritar todavía más a Excelencia, la directora de inspectores de espirales Oskar Staufenberg.

—Mejor que no se piense usted que puede seguir estirando hasta siempre la carta del asunto de Níger.

Viendo que por fin su excelencia la directora de inspectores de espirales escupía lo que de verdad pensaba, le contesté con desparpajo.

—Así es. En lo posible, seguiré usando esa carta hasta el límite.

En aquel aparcamiento de la universidad, una y otra íbamos prolongando nuestra serena discusión con una interlocutora que no teníamos delante, a base de mirar el impertérrito gráfico que

representaba a cada una. El motivo por el que las personas que caminan al aire libre mientras conversan con un dispositivo intracorporal tienden a ir mirando al suelo es porque, con la conversación, la mayoría de la gente suele descuidar el camino por el que pisa y tropieza. Como es una visión muy natural, a nadie le llama la atención, pero si hubiera un viajero del tiempo llegado de un mundo de hace cien años, sin duda pensaría que la gente de este mundo camina farfullando a solas con la vista clavada en el suelo y que somos todos una pandilla de tipos que necesita una terapia.

Sí, perdóname, Myaha.

Entonces, de repente, recordé aquello. Cuando dijo eso, Kyan estaba mirando fijamente el plato de ensalada caprese. En los archivos de los suicidas que vi mediante la realidad aumentada, el tiempo hasta que se mataron discurrió de una manera muy fluida. El acto se les ocurría de improviso y se quitaban la vida como si nada con lo primero que tenían a mano.

Hasta donde yo recordaba, Kyan era el único caso en que, cabizbaja, parecía estar arrepintiéndose de algo.

Kyan Reikado era la única persona que estaba cabizbaja, igual que yo ahora, que me encontraba mirando al suelo mientras hablaba con la directora de los inspectores

—Señora directora, el resto de lo que tenga que decirme lo escucharé cuando esté a bordo del PassengerBird. Acabo de recordar ahora algo importante.

Corté la comunicación un instante antes de que su excelencia la directora Staufenberg pudiera soltar un grito al perder definitivamente los nervios y, haciendo uso de las facultades que me habían sido otorgadas para este caso en calidad de inspectora de espirales, solicité la reproducción del registro de conversaciones de Kyan Reikado.

<silencio>

El día que murió Kyan.

Los momentos antes de su muerte.

El tiempo que estuvo cabizbaja.

<miedo>
Sentí un frío en la espina dorsal. En aquel momento, Kyan estaba en comunicación con otra persona, aparte de tenerme a mí delante de ella. No hacía falta ni imaginar quién era esa otra persona. Kyan misma pronunció su nombre.
Sin embargo, eso era algo difícil de admitir.
Tenía miedo de admitirlo.
¿Cómo admitir que una muerta, una persona que hasta entonces estábamos convencidas de que había muerto, iba a dirigir la palabra a alguien en el momento anterior a su muerte? En mi campo de visión parpadeaba el registro de una conversación mantenida antes de ayer a las 13:16 minutos.
Parpadeaba serena pero insistentemente, como si estuviera metiendo prisa para que yo reprodujese el mensaje de la muerta, para que le prestase atención.
</miedo>

Con un dedo tembloroso, toqué el apartado que parpadeaba en el índice de comunicaciones.
Se abrió el registro de voz.
</silencio>

<log:enlacetelefónico:id=4ids8094bnuj8hjndf6>
Kyan, me oyes, ¿verdad?
Hacía mucho que no hablábamos…
Hoy quería hablarte del bien y, por eso, después de trece años, he sentido ganas de contactar contigo.
¿En qué crees que consiste el bien?
Ayudar a alguien que está en apuros, llevarse bien con los demás, tener cuidado de no hacer daño a nadie… No se trata de eso. Es verdad que eso también es una parte, pero todo eso no son más que pequeños «detalles»

del bien. El hecho de que consideremos cosas buenas como el bien es, si llegamos hasta el fondo, la voluntad para hacer que se mantenga «la concepción del valor» de algo.
Eso es, mantener. Que la familia se mantenga, que la felicidad se mantenga, que la paz se mantenga. El contenido es lo de menos. Hacer que continúe perdurando algo en lo que la gente cree, creer en ese algo. Esa es la verdadera cualidad del bien. Pero no hay nada que se mantenga para siempre. ¿Verdad?
Por eso mismo, conservamos sin cesar la consciencia del bien y hay que hacer que vaya extendiendo sus ramas hacia delante constantemente. Existe la necesidad de ser consciente del bien para que pueda mantenerse. Más aún, llamamos bien al hecho de mantener conscientemente la confianza en algo. Aunque las formas del bien puedan ser muy diversas, claro.
Sin embargo, el cuerpo humano no está hecho para funcionar así, ¿verdad? Las personas crecemos. Envejecemos.
Contraemos enfermedades. Morimos. Por principio, en la naturaleza no existe bien ni mal. Porque todas las cosas cambian. Porque todo desaparece alguna vez. Hasta ahora, eso había evitado que el bien recubriese el mundo, frenando el proceso. Había conseguido evitar por los pelos que, con la fuerza del bien, el ser humano se volviera arrogante. En cambio, ahora, gracias al WatchMe y a las moléculas medicinales, las enfermedades y el envejecimiento ordinario están en vías de desaparecer. La concepción del valor de la salud está invadiéndolo todo. ¿Y qué crees que supone eso? Que el mundo entero quedará recubierto por el bien.
</log>

Sin posibilidad de equivocación, se trataba de la voz de Myaha Mihie. Y, además, era inevitablemente su manera de pensar.

<log:enlacetelefónico:id=4ids8094bnuj8hjndf6:tiempodereproducción:2m52s06ms>

Nunca había existido un mundo en que los seres humanos estuvieran gobernados hasta este punto por el bien.
Nunca había existido un mundo en el que los seres humanos dependieran hasta este punto del bien.
Hasta ahora habían existido muchas clases de bien.
El día en que en Francia cayó la Bastilla o el día en que en Boston los hijos de la libertad arrojaron al mar el cargamento de té de los barcos, la idea de mejorar el mundo existía, fuera la época que fuera y bajo la forma que fuese. Al parecer, antiguamente también era así en los Estados Unidos, cuando enarbolaban el estandarte de la libertad y la democracia.
Sin embargo, nunca había existido, ni una sola vez, un bien que, como ahora, tomase hasta este punto como rehén el hecho en sí de que las personas vivan.
En los tiempos en que gobernaban los reyes, se amenazaba con que aquel que les hiciera frente sería castigado, logrando así que todos obedecieran. Se obligaba a la gente mediante la violencia.
Por eso la Revolución francesa tuvo éxito. Porque bastaba con eliminar al rey. Porque bastaba con que un cierto número de personas se atribuyeran falsamente ser «la voluntad popular» para eliminar al rey mediante la violencia. No obstante, con la llegada de la democracia, lo que gobernaba a las personas ya no eran personajes como los reyes, que imponían las cosas desde arriba, sino que esa facultad se transfirió a la gente. Las cosas fueron cambiando de manera que todos se gobernaran a sí mismos.
Y en el caso de que algo que todos tenemos en nuestro interior resulte ser un enemigo, ¿qué debemos hacer?
El vidalismo que tenemos hoy en día es el ejemplo extremo de esto y, a la vez, el fatal resultado del proceso.
¿Conoces la historia de *Los tres mosqueteros*? Es una novela escrita por un hombre llamado Alexandre Dumas, ambientada en la Francia del siglo XVII y protagonizada por unos mosqueteros. Esa novela contiene la siguiente frase: «Todos para uno y uno para todos».
Para los mosqueteros eso valía, porque bastaba con que unos cuantos compañeros prometieran lo mismo.

Pero en el mundo de la consciencia de carácter público y de recurso, es como si tuviéramos que prometer lo mismo de cara a todos los miembros consensuados del Biogobierno. Qué digo, a toda la población mundial. ¿No crees? Nos hacen prometer una existencia apacible, que no enfermaremos y que viviremos largo tiempo. En otras palabras, toman la vida como rehén.

Ni tú, Kyan, ni Twan vinisteis conmigo, ¿verdad?

A pesar de que dijisteis que lucharíais a mi lado.

Para mí fue un gran golpe y me entristeció mucho.

Pero ¿sabes una cosa? Creo que, si me mostráis ahora que tenéis valor para ello, para mí será suficiente. Si haces el favor de demostrar enseguida al mundo que no hay nada que permanezca para siempre, que tu cuerpo es solamente tuyo, podremos volver juntas a aquellos tiempos.

A los tiempos en que nosotras éramos nosotras.

Por eso, quiero que, por favor, me muestres tu valor, Kyan.

Déjame ver que puedes demostrar tu valor.

</log>

Inconscientemente, mis labios se movieron imitando lo siguiente que dijo Kyan.

Sí, perdóname, Myaha.

</cuerpo>

</etml>

<parte:número=

03:

título=

Yo, no soy/>

<?Emoción-en-texto lenguaje de marcado:
versión=1.2:codificación=
EMO-590378?>

<!DOCTYPE etml PÚBLICO:-//WENC//DTD ETML
1.2 transicional//EN>

<etml:leng=ja>
<cuerpo>

01

Una de las cosas que consiguió la difusión pública de la «declaración» fue que en ese instante hizo callar a todo el mundo. Pues bien, ¿qué estabas haciendo tú en ese momento?

Ese día, en esta ciudad que es la capital de Japón, estaba nublado.

Una masa de color gris se cernía pesadamente sobre la gran ciudad y se diría que estaba aguardando la ocasión de aplastar a la gente. Lo que llevaba a pensar de esta manera tan simbólica era, como es lógico, el contenido de aquella «declaración», ya que resultaba en extremo impactante.

Al parecer hubo quien sintió deseos de vomitar al escucharla.

Por lo visto, también hubo un gran número de gente que se fue corriendo a recibir terapia.

En aquel entonces, yo iba en el coche de camino al aeropuerto con un hombre que todavía usaba tarjetas de visita en papel.

<recuerdo>

«¿Sabes lo que es una tarjeta de visita?».

Myaha, durante una pausa entre clases, lanzó aquella pregunta en el aula mientras sacaba un trozo de papel.

Era un papel pequeño, cuadrangular, que cabía en la palma de la mano.

Ahí constaba en unas letritas el nombre del colegio, la clase nuestra y luego el nombre de Myaha Mihie, escrito en un tamaño mayor.

—Esto es una tarjeta de visita. Antiguamente, los adultos usaban estos papeles para presentarse.
«Oh…», dijo Kyan mirando aquel papel que Myaha había dejado sobre el pupitre. «Pero la información que puede escribirse en este papel tan pequeñajo es muy poca. Así que solo podían incluir ahí esa información tan escasa sobre su perfil…».
Myaha asintió a sus palabras.
—Efectivamente. No había cosas como los puntos de valoración social ni los enlaces para acceder a la información médica.
Porque, antes, «la empresa» era la unidad básica de la sociedad y lo que constaba era el domicilio de dicha empresa. De por sí, las tarjetas de visita eran solo para uso de la empresa. No existía ni necesidad ni medios de exponer a la luz permanentemente otra información particular del interesado.
—¿Por qué?
—Porque antiguamente había algo llamado «intimidad» que se valoraba mucho.
—Uy, qué guarra —se rio Kyan—. «Intimidad», ha dicho. Ahora que recuerdo, Myaha había hablado antes de eso. Nos dijo que palabras como «privado» o «intimidad» antes no tenían un sentido tan picante como el que tienen ahora.
Myaha sonrió y ofreció una explicación adicional.
—De por sí, no existía ninguna costumbre de mostrar la información particular de cada uno. Como ahora disponemos de la realidad aumentada, se puede dar a conocer a todo el mundo de manera permanente nuestras circunstancias, pero antiguamente existían muchas limitaciones físicas.
—Es verdad… —intervine para ayudar a que Kyan comprendiera—. Si no contáramos con la realidad aumentada para dar a conocer a los demás nuestra información particular, no tendríamos más remedio que escribirla en un letrero o algo parecido e ir cargando con ella.
—Pero, si no se mostraba la información particular, todo el mundo debía de mirarte con cara de desconfianza. A tu alrededor no habría más que

gente de circunstancias desconocidas, y supongo que todos se sentirían mal, ¿no? No puedo ni imaginármelo.

—Antaño, la información particular era, precisamente, algo que no se facilitaba a los demás. A nadie le importaba quién se sentaba a su lado en un lugar público. En esa sociedad, la tarjeta de visita era algo que se entregaba en mano, un medio para las ocasiones en que había que proporcionar a una determinada persona información particular limitada. Se evitaba repartir esa información indiscriminadamente.

—Tiene encanto esta tarjeta —dije yo, fascinada ante aquel trozo de papel pequeñito y tan mono.

Myaha sonrió.

—¿Verdad que sí? Es encantadora. Me parece muchísimo más elegante y adorable que esos historiales que surgen de pronto a la derecha de tu cabeza por acción de la realidad aumentada. Estaba segura de que te gustaría.

—Tremendo, si hasta tiene un dibujo —dijo Kyan señalando la colorida ilustración que incluía aquel trozo de papel—. ¿Ese símbolo lo has pintado tú, Myaha?

—Claro. Es nuestro emblema.

—Nuestro emblema…

—Así es. El emblema de las tres camaradas, Kyan, Twan y yo.

</recuerdo>

La tarjeta de visita hecha a mano que me dio Myaha en aquel momento. Todavía debía de estar en el cajón de mi mesa en el hogar paterno. Lo cierto es que el conocimiento sobre las tarjetas de visita me fue útil alguna que otra vez después de hacerme inspectora de espirales. Porque pude darme cuenta de que ese medio de papel que en los territorios de los Biogobiernos ya había sido arrinconado por completo, en los lugares con Gobiernos o Estados a la antigua usanza resultaba muy apreciado a la hora de las

negociaciones. Cierto inspector de espirales al que le encargaron participar en la mediación de Chechenia entre diversas facciones armadas y Rusia contaba que se sorprendió cuando los encargados de la negociación por parte de las facciones armadas sacaron tarjetas de visita a modo de presentación. Cuando estuve en Níger sucedió lo mismo. En esa clase de regiones al margen del vidalismo, donde al parecer la realidad aumentada no ha terminado de arraigar, el intercambio de tarjetas aún se mantiene en buena forma.

Lo que me hizo recordar aquello fue que el hombre que me esperaba apoyado en mi coche en el aparcamiento de la universidad sacó una tarjeta de visita para presentarse.

—Mi nombre es Ilya Vasilov, inspector de Interpol.

Viendo que yo recogía con completa naturalidad la tarjeta que me alargaba, Vasilov no pudo disimular su sorpresa.

—¿Conoce usted lo que es esto?

—Una tarjeta de visita, ¿no? —le contesté—. Conozco esa antigua costumbre.

No tenía el menor encanto que de pronto un hombre tan sospechoso se me presentara sacando sin más una tarjeta. No solo no existía la menor necesidad de recurrir a esa antigua costumbre que había visto en mis destinos como inspectora de espirales, sino que no tenía mayor sentido que pretender un efecto teatral.

—Vaya, qué chasco.

—No me diga que hace usted lo mismo cada vez que va a ver a alguien…

—Pues la verdad es que sí. Y tiene bastante buena aceptación…

Vasilov se rascó la cabeza, confundido por el fracaso. Clavé la mirada en aquel hombre tan aficionado a las interpretaciones exageradas y le pregunté qué asunto le traía. No tenía tiempo que perder, así que quería terminar cuanto antes.

—No es un lugar muy apropiado para conversar. Si le parece, hablemos en el coche, mientras damos una vuelta por los alrededores.

—Lo siento, pero tengo que ir al aeropuerto.

Tras rechazar la petición de Vasilov, señalé mi coche con un gesto de la mandíbula para indicarle que quería subir.

—Para ir a Bagdad, ¿no?

Le miré a los ojos, disimulando la sorpresa. No encontré ninguna expresión particular en ellos. Pero no cabía duda de que su intención había sido pillar con la guardia bajada a esa inspectora de espirales de actitud tan poco grata que tenía delante.

—¿Por qué lo sabe? —le pregunté con un esfuerzo para fingir serenidad.

—De eso quería hablarle. Puede ser en su camino hacia el aeropuerto. ¿Le importaría si me subo con usted?

Asentí a disgusto y Vasilov ordenó a su vehículo que volviera solo. Subí al mío y, tras programar la ruta, apareció el tiempo estimado hasta el aeropuerto. Usando la autopista, una hora.

—Este es el máximo tiempo del que dispone —le advertí.

—Me parece bien, es suficiente —contestó Vasilov subiendo al asiento contiguo.

Mientras recorríamos las calles de la ciudad, me acometió una sensación extraña. Quizá fuera culpa de las nubes que se cernían sobre nosotros, pero me pareció que el plano paisaje que se veía llevaba ese día unas pinceladas añadidas de especial soledad. Mirando por la ventanilla las edificaciones que íbamos dejando atrás, intentaba dilucidar el origen de aquel efecto de soledad que ofrecía el paisaje. Sin embargo, llegamos a la entrada de la autopista sin que hubiese llegado a ninguna conclusión acerca de la sensación de extrañeza que me dominaba.

Entramos en la autopista con soltura y, una vez allí, me encontré con que dicha autopista, a su vez, tenía muy poca circulación.

Entendí el motivo de la soledad. La soledad en sí misma era la respuesta. En la ciudad había menos gente de lo habitual.

—Habiendo tan poco tráfico, a lo mejor llegamos antes, ¿verdad? —dijo Vasilov.

Ciertamente, comparado con lo habitual, podía decirse que la autopista estaba vacía.

—Todos están asustados —murmuró el hombre.

—¿De qué? —le pregunté.

—De que haya muerto gente delante de ellos. De que les pueda suceder lo mismo.

Supongo que tenía razón. No en vano acababa de ocurrir un incidente que hacía pensar que en el momento menos pensado algún desconocido podía matarse clavándose algo en el cuello.

Había oído que los centros de terapias estaban a reventar.

La gente no daba crédito ante el hecho de que hubiera muerto alguien frente a sus propios ojos.

Lo que había sostenido esta sociedad era la obsesión de que había que creer en el prójimo. En eso consistía el que cada uno se convirtiera poco a poco en rehén de otro. Aquellas personas que no fallecían más que por vejez o accidente mostraban sin cesar su información personal, participando sin falta en las discusiones o sesiones sobre ética que organizaban los Biogobiernos y decidiendo todas las cosas por consenso tras recibir consejos de especialistas.

Sin embargo, aquel sistema se había torcido un poco. A causa de aquel incidente.

La forma de aparición del fenómeno había resultado de lo más raro, pero el incidente hizo que todos recordaran con nostalgia antiguas emociones ya olvidadas. La cuestión fundamental estaba en que los otros, los desconocidos, de por sí, son seres imprevisibles e inquietantes. Y eso ahora había salido a la luz.

Cierto que, viendo cómo alguien se suicidaba de pronto, ya no se sabía en quién poder confiar. Resultaría insoportable que, al momento siguiente de haber confiado en alguien, se quitara la vida. Y la realidad era que yo misma había pasado por esa experiencia.

La eternidad se había hecho añicos.

Antes del incidente, la gente podía disfrutar sus vidas hasta los ciento y pico años sin enfermar y sin ver una sola cosa desagradable en este mundo donde la calma lo recubría todo.

<listado: diálogo>
<d: eso era un tiempo petrificado>
<d: era un espacio sin cambios>
</listado>

Aquella fantasía había sido machacada en un instante.

¿Qué será lo siguiente?

Ese fue el pensamiento de mal agüero que cruzó por mi cabeza. No me parecía que con ese incidente se fuese a acabar el asunto. Si esto obedecía al plan de alguien, quizá al plan de una Myaha Mihie que siguiera viva, y los suicidas fueran las víctimas de ello, me daba la sensación de que todavía iban a ocurrir más cosas.

—¿Usted no tiene miedo? —pregunté.

—Por supuesto que tengo miedo —contestó Vasilov con voz átona.

—¿No cree que deberíamos empezar a hablar de trabajo?

Vasilov se encogió de hombros ante mi comentario y comenzó.

—Creo que la historia arranca hace más o menos un año. La sección de Interpol a la que pertenezco empezó a desarrollar una investigación acerca de cierto grupo. Sus miembros habían creado una organización formada por personas de clase alta con mucho poder en Biogobiernos, dirigentes de consorcios de la industria médica y un cierto número de intelectuales y científicos. Se dedicaban a acceder ilegalmente al WatchMe y al Medicare de otros con objeto de avanzar en la investigación de la tecnología que debía usarse cuando, a causa de una situación anormal, se producía una descoordinación entre ambos.

—¿Qué clase de tecnología?

—Eso todavía no se sabe con exactitud. Sin embargo, como le he dicho ahora, esa gente es capaz de utilizar los servidores del WatchMe de cada Biogobierno para acceder ilegalmente a los cuerpos de los demás. Sus ideas se fundamentan en el recuerdo del Maelstrom.

El Maelstrom. El caos y los disturbios que se desencadenaron a nivel mundial hace algo más de medio siglo. Comenzaron en los Estados Unidos de América y se extendieron sobre todo en los países de habla inglesa. Una época de guerras y masacres. Las cabezas nucleares, que se suponía estaban guardadas bajo extrema vigilancia, fueron desperdigándose sin mayor problema gracias al caos generado e hicieron florecer su calor a lo largo de todo el mundo. Unas cuantas nubes en forma de hongo se alzaron sobre la superficie de este planeta y la especie humana se dio cuenta de cuál era su propia naturaleza. Y las personas que conservaban aquel espantoso recuerdo fueron quienes construyeron la sociedad actual.

—Ellos, los ancianos, temen que la humanidad vuelva a sumirse en el caos. Todavía hoy existen varias teorías acerca de los motivos que desencadenaron el Maelstrom, pero, en cualquier caso, constituyó la demostración de que el cerebro humano podía ser devuelto en unos instantes a su condición salvaje. Por la muerte de cientos de millones de personas. Por eso decidieron usar el WatchMe y mantener a toda la humanidad bajo vigilancia. Se llamaron a sí mismos *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*.

Me sentí confundida ante esa historia teñida de delirios de grandeza que me revelaba de pronto Vasilov. Cierto que llevaba un documento de identidad que lo acreditaba como personal de Interpol y en su manera de hablar no se detectaba la menor sombra de locura. Pero, aun así, la especie de teoría de la conspiración que describía era de una envergadura demasiado grande. Decía que toda la humanidad había sido puesta bajo vigilancia por un pequeño grupo de personas…

—Haga el favor de no mirarme con esa cara. ¿Quiere que le muestre la valoración psicológica de Interpol acerca de mí?

—Me preguntaba cómo debo juzgar lo que me está contando —contesté.

Porque no me imaginaba que de repente me fueran a salir con una teoría conspiratoria.

—Su reacción me parece natural, pero la única opción es que me crea. Apenas nos queda tiempo.

—Quiere decir que este incidente no es único, sino que todavía sucederán más cosas, ¿no?

—Eso es. Con el incidente de aquel día, llevaron a cabo un experimento de prueba del sistema que han fabricado. Lo hicieron para probar si realmente su tecnología y su sistema funcionaban. Y el experimento de demostración práctica se coronó con un éxito espectacular. Salvo por el hecho inesperado de que la prueba se presentó bajo la forma del suicidio de una gran cantidad de personas.

—No pretenderá decirme que aquello fue un accidente imprevisto… —respondí con expresión de desconfianza.

¿Pretendía sostener que el experimento llevado a cabo por esa «organización» con delirios de grandeza, aterrorizada por el recuerdo del Maelstrom, se les había ido de las manos y, como consecuencia, más de seis mil personas intentaron suicidarse como si un hipnotizador les hubiera dicho «muere, muere, tienes que morir»?

—No es eso. Según nuestra investigación interna, al parecer dentro de ese grupo se ha infiltrado otro pequeño grupo de ideología diferente. Aun cuando comparten objetivos, por lo visto esa facción se enfrenta al grupo principal porque defienden un procedimiento diferente.

—Entonces quiere decir que esa escisión por cuestiones ideológicas dentro del grupo ha sido el disparador del suicidio masivo acontecido…

—No el disparador, sino el fruto en sí mismo de la rivalidad existente. Al parecer, ese grupo disidente infiltrado quería valerse del incidente para inclinar a su favor la balanza de la lucha interna desatada en la organización.

Una mera lucha interna entre los miembros de una organización con delirios de grandeza.

Y el resultado, una montaña de un par de miles de cadáveres.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué ha venido para contactar conmigo?

—Obviamente, porque deseo pedir su colaboración. O, más bien, porque deseo ayudarla en su investigación. En el seno de Interpol, existen también personas a las que no les hace ninguna gracia que también el Departamento de Inspección de Espirales intervenga en este caso. La verdad es que existe una discusión en torno a ese asunto. Dicen que este es un caso estrictamente policial y que la intervención de la OMS, cuya misión se supone que es la monitorización de cuestiones relativas a la política vidalista, no es más que una farsa que en realidad busca ampliar las potestades de los vidalistas en la sociedad internacional.

—Pues yo creo que tienen razón —le contesté.

Personas como esa Staufenberg representaban la facción que deseaba dicha ampliación de poderes. Una vez oí decir a aquella mujer en una reunión que el Departamento de inspectores de espirales, en su calidad de defensor del vidalismo, tenía que hacer frente a cualquier realidad que amenazase la salud y la vida de las personas.

—Aun cuando pueda ser así, toda vez que la situación ha avanzado hasta aquí, no se pierde nada por colaborar. No sabemos cuándo esa gente hará el siguiente movimiento. Pero, antes de que suceda, hay que detenerlos… Perdone un momento.

Vasilov se puso una mano sobre la oreja. Debía de haberle llegado alguna comunicación por el HeadPhone.

<horror>

Sin poder evitarlo, me froté la parte trasera de la cabeza.

En el interior de esta cabeza.

En la materia gris encerrada en este cráneo.

Ahí dentro, en alguna parte, se ha construido un sistema de *medimoles* desconocidas, ideadas por un grupo de ancianos atemorizados por la sombra del Maelstrom. La propia voluntad, la última barrera que, a duras penas, había conseguido proteger a las personas y se manifestaba en el

exterior por una serie de acciones corporales. El sistema para hacer tambalearse dicha barrera había comenzado a latir. Un sistema diseñado por unos tipos que, en el fondo del corazón, no creían en la sociedad que ellos mismos habían creado. Y, quizá, a saber de qué manera, si ese sistema me ordenaba suicidarme, agarraría sin mayor prolegómeno el arma que llevaba y me volaría la cabeza. Me gustaría conocer cómo demonios funcionaba ese sistema.

</horror>

Este era el resultado de que los seres humanos hubiéramos externalizado la gestión de nuestro cuerpo.

El resultado de usar el WatchMe y dejar en manos de otro nuestro cuerpo, de hacer que ni siquiera pudiéramos mantener nuestro cuerpo sin contar con ese sistema externo, era lo que nos había hecho caer en la situación actual. El ser humano se había dedicado a dividir en secciones especializadas cada uno de los aspectos que conforman la vida.

<listado: protocolo>
<p: cazar un cerdo>
<p: descuartizar un cerdo>
<p: cocinar un cerdo>
</listado>

La mayoría de las cuestiones relativas a la alimentación, sin duda, habían sido para la humanidad de antaño una actividad extremadamente exclusiva de cada uno. Sin embargo, ahora todos esos procesos discurrían por separado, y nacían los especialistas de cada fase. No existe ni una sola persona que esté al tanto de todos los pasos que atravesó el alimento que se mete en la boca.

Vasilov me dio unos golpecitos en el hombro para llamar mi atención.

—Es en Canal 24. Vea, por favor, la información que están dando.

Hice aparecer en mi campo de visión el sistema de canales de comunicación. Al enlazar con Canal 24, lo primero que surgió ante mis ojos fue una tira anunciando «Programa de noticias urgentes». Mi realidad aumentada proyectó la imagen de un presentador de rostro tenso leyendo un texto.

Buenos días, les habla Edison Carter. La noticia que vamos a emitir a continuación es el contenido de un memorando que nos acaba de ser entregado en las oficinas del Canal 24.

¿Qué significaba esto? Le pedí una explicación a Vasilov. Sin embargo, él meneó la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba pasando.

—No lo sé. Lo único que podemos hacer es ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

Ciertamente, el Comité de Autocensura de Canal 24 poseía un criterio más laxo en comparación con otros medios de comunicación. Hace no mucho, con ocasión de los choques armados en Chechenia, habían emitido unas imágenes en las que, en una esquina del cuadro, se distinguía el cadáver de un soldado, y la gente se lo recriminó. La mayoría de los medios de comunicación se aplican la autocensura tratando previamente con inteligencia artificial las imágenes destinadas a emitirse. Era una medida de protección para evitar que, por una posibilidad entre mil, se emitiera una imagen que pudiera traumatizar a algún espectador. Por eso, en el mundo de los Biogobiernos, no se emitan imágenes de los cadáveres o de los niños horriblemente escuálidos por el hambre que la gente como yo ve en los campos de batalla. Dentro de todo eso, quizá pudiera decirse que Canal 24, por comparación, era un medio de comunicación con política «radical».

Bien, entonces, pasamos ya a la noticia. Escuchen, por favor.

Cuando Edison Carter terminó de hablar, la pantalla se oscureció.

<log:medio=Canal24:id=225-78495hu6r-yti5h23j-09>
No sé a qué hora se va a emitir esto. De modo que saludaré así: Buenos días, buenas tardes, buenas noches.
</log>

Era una voz de mujer.

En la pantalla, lo único que se veía eran estas palabras: solamente voz.

No había imágenes.

Cerré los párpados. Porque me pareció que, haciendo eso, probablemente podría captar la verdadera cualidad subyacente en aquella voz, una voz que quizá fuera la de Myaha Mihie… Si lo único que se proyectaba eran unas letras, no tenía ningún sentido quedarse mirándolas.

<log:medio=Canal24:id=225-78495hu6r-yti5h23j-09>
—Hace poco, murió una gran cantidad de personas. Muchas personas se quitaron la vida al mismo tiempo. Sin duda, todos habrán sufrido una fuerte impresión. ¿Verdad que se han asustado ante la posibilidad de que alguien muera de repente ante sus propios ojos? Eso es lo que hemos hecho nosotros.

¿Que cómo lo hicimos? Por el momento, es un secreto.

Sin embargo, el mecanismo que lo hizo posible ya se halla profundamente arraigado en el cerebro de todos ustedes. Y a estas alturas no se puede eliminar. Ahora, todos ustedes se han convertido en nuestros rehenes.
</log>

Resultaba evidente que la voz había sido alterada. No se parecía en lo más mínimo a la de Myaha Mihie.

<log:medio=Canal24:id=225-78495hu6r-yti5h23j-09>
Creo que ya habrán comprendido todos ustedes lo que somos capaces de hacer.

Espantoso. Indignante. Imagino que habrá suscitado emociones muy diversas. Esas emociones son auténticas. Consérvenlas, por favor, como algo muy importante. Nuestra sociedad está hecha de manera que esa clase de emociones se repriman. Está hecha para que se vean sepultadas debajo de palabras de simpatía.

No está escrito en ninguna parte y ni siquiera son leyes. Todos ustedes reprimen dichas emociones porque se encuentran atados por la «disciplina» y el «ambiente» reinantes. Esta es la primera vez que vivimos una época en la que las personas viven atadas de tal manera por normas de su fuero interno. La primera vez en la historia de la humanidad que han aumentado hasta tal punto las usanzas no escritas.

Nadie puede decir lo que verdaderamente piensa. Desde que éramos niños nos han educado con la idea de que todos y cada uno de nosotros somos un valioso recurso para la sociedad. Nos dicen que el cuerpo que tenemos no es solo nuestro, sino que es una valiosa propiedad de todos los miembros de la sociedad, que es un cuerpo de carácter público.

Pero, sin duda, todos ustedes deben de estar comenzando a asfixiarse con esta situación.

Quizá todos hayan oído que ya desde un tiempo antes empezaba a aumentar el porcentaje de suicidios. Todos desean huir del «ambiente» de esta sociedad que los mantiene atados.

</log>

Sin embargo, lo que estaba diciendo sí me traía recuerdos.

Las palabras que, en los días de nuestra adolescencia, nos incitaban a Kyan y a mí.

Aquellas palabras que expresaban a la perfección y con lucidez nuestra sensación de asfixia.

<log:medio=Canal24:id=225-78495hu6r-yti5h23j-09>

Vamos a construir un nuevo mundo.

Para hacerlo, en primer lugar, tenemos que escoger a las personas capaces de ello.

Antes de que pase una semana, maten, por favor, al menos a una persona.
No importa el método que usen.
Demuestren, por favor, que, si se trata de obtener un beneficio propio, no les importa lo que les pase a los demás.
Liberen, por favor, la emoción que les dice que su propia vida es lo más importante de todo.
Los que sean incapaces de hacer esto tendrán que morir.
Como les he dicho antes, creo que habrán comprendido con el incidente pasado que disponemos de la capacidad de llevar a cabo esta acción.
Si dudan en arrebatar la vida de otra persona, aun cuando sea porque uno cree que así él mismo se salvará, en ese momento lo mataremos sin piedad.
Lo haremos de manera que usted se mate por su cuenta.
Se lo repito de nuevo: podemos hacer eso solo con apretar un botón.
Para aquellos que todavía no lo creen, enseguida les mostraremos unas imágenes que lo demuestran.
Probablemente la imagen solo se verá un instante.
Mantengan la vista fija y pongan cuidado en no perdérselo, por favor.
</log>

«Este es el contenido completo de la cinta de audio que nos ha sido remitida a Canal 24», dijo Edison Carter volviendo a aparecer en pantalla.

Carter comenzó a leer unas hojas con voz átona, diciendo que se había comprobado el remitente, pero que este había usado para el envío la identificación de una de las personas fallecidas en el reciente incidente. Al terminar esa frase, el presentador estrella de Canal 24 se sacó un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y se lo clavó ostentosamente en el ojo derecho.

—¡Aaaah! —gritó Vasilov tapándose los ojos.

Lógicamente, la censura de la inteligencia artificial intervino.

La imagen se cortó antes de que Carter se pusiera a revolverse los sesos, y en su lugar apareció una tira con un texto superpuesto en el que se pedían disculpas por haber emitido unas imágenes traumáticas y se recomendaba recibir una terapia adecuada. Para mayor amabilidad, aparecía el código identificador de una ventanilla de consultas. Con eso, parecía como si el suicidio de Carter nunca hubiera existido.

—Mierda, lo he visto —farfulló Vasilov.

También yo había visto en el campo de batalla cadáveres a los que habían volado la mitad de la cabeza u otros, largo tiempo abandonados, que estaban a medio pudrir. Por eso, si dijera que aquella imagen me había resultado traumática, sería mentira, pero reconozco que lo que acababa de suceder ahí era algo más que suficiente como para dejarme atónita.

Si esto había sido obra de Myaha, ella sí que necesitaba una fuerte terapia. Un suministro de fármacos de tal potencia que le cambiara de raíz las bases del cerebro y muchas, muchísimas horas de terapia.

Aceleré el vehículo hacia el aeropuerto. Había que darse prisa.

Antes de que el monstruo que se ocultaba bajo el «ambiente» saliera a la luz.

02

<recuerdo>

En este mundo no existe lugar para mí.

Creo que la primera vez que pensé eso fue, quizá, cuando asistí como observadora a una sesión de ética del Biogobierno. Yo todavía era una alumna de secundaria y estaba junto con mi padre y mi madre, que participaban en ella. El contenido de aquella sesión desarrollada a través de la realidad aumentada tenía como primer plato un absurdo e intrascendente debate increíblemente detallado y en extremo difícil de concretar acerca de la elegancia de los anuncios publicitarios, y ahora ya no recuerdo de qué manera terminaba enlazando con la cuestión principal, que consistía en el problema moral del consumo de cafeína.

Yo pensaba que el té era té.

Que el té inglés era té inglés y el café era café.

Sin embargo, al igual que toda bebida alcohólica contiene alcohol, ahora entiendo que, como es natural, todas aquellas bebidas contenían cafeína.

<antipatía>

Todavía hoy me acuerdo. La mujer de voz estridente tenía dominado en su puño todo el ambiente de la sesión. Del nombre, no me acuerdo.

Cierta señora pidió temerosamente la palabra. Aunque su tono era recatado, el contenido distaba mucho de serlo y más bien parecía un tanto apremiante.

—Perdone, pero… ¿el consumo de cafeína no será algo equivocado desde un punto de vista moral?

A continuación, la señora en cuestión afirmó que, básicamente, la cafeína era:

<listado: ítem>
<i: un psicoestimulante>
<i: un excitante>
<i: una sustancia mala para el estómago>
<i: una sustancia dañina para la salud>
</listado>

Aquella señora decía, básicamente, que la cafeína era una sustancia venenosa.
Eso sí, siempre de manera comedida.
Lo afirmaba de manera comedida.
Que si no les daba la sensación de que la influencia era perniciosa como resultado de un consumo prolongado; se trataba de algo obsceno.
</antipatía>

Entonces, un científico, mi padre, adujo que «Hay veces en que, por cuestiones de trabajo, la cafeína resulta necesaria». Por eso, pude ver de primera mano cómo mi padre fue vapuleado por aquella señora. A mí me pareció que lo que él decía era correcto, algo de sentido común y una opinión serena.
Sin embargo, los comentarios de la señora durante la sesión no faltaron a la cortesía propia de un miembro del Biogobierno cuya prioridad es la consideración hacia los demás, así que eran formulados con tono muy comedido, pero, a la vez, encerraban un contenido en extremo radical. Por eso mismo, arrastraban con facilidad a la gente, pero, sobre todo, estaban repletos de presunciones.
Una presunción tras otra.
«A todos, a todos los de los Biogobiernos les gusta la gente que hace presunciones. Y alrededor de esas personas que nos proporcionan presunciones y decisiones se crea un ambiente.

A los científicos no nos gusta ese ambiente. Lógico, puesto que lo correcto siempre es vulgar, impreciso, aburrido, capaz de resistir una y otra verificación». Una vez finalizada la sesión, ese fue el comentario de mi padre.
Mi padre había dicho que había veces en que, debido al trabajo, la cafeína resultaba necesaria. Y además defendió que también existían casos de estrés que podían aliviarse con la cafeína.

<antipatía>
—Lo que usted ha dicho, señor Kirie —apostilló la señora hacia el término de la sesión—, puede interpretarse también como la misma lógica de alguien que insiste en aferrarse a malos vicios como el alcohol o el tabaco, aunque le hayan llevado a estar en las últimas.

<listado: ítem>
<i: la señora apuntó que la cafeína podía desencadenar trastornos de pánico>
<i: la señora apuntó que la cafeína también provocaba trastornos de sueño>
<i: la señora apuntó que la cafeína podía incluso producir temblores involuntarios>
<i: la señora apuntó que la cafeína podía activar síntomas como dolor de cabeza u olvidos>
<i: señaló que los problemas de estrés debían ser tratados mediante terapias u orientación psicológica>
</listado>
</antipatía>

Mi padre permaneció plegado hasta el final, incapaz de argüir «en cantidades adecuadas». Aunque, en conjunto, la cafeína no se prohibiera claramente, el ambiente dominante en la sesión era que se trataba de una sustancia obscena y perniciosa a la que se debía aborrecer.

<antipatía>

Durante toda esa sesión tuve que aguantarme las ganas de vomitar. No eran unas ganas físicas de vomitar, sino una sensación mental de arcadas. La señora en cuestión, se mirase como se mirase, no parecía sino una enajenada peligrosa, así que no me explicaba por qué, ante el rosario de solemne palabrería que desplegaba, todo el mundo asentía una y otra vez.

La mujer terminó con esta frase:

—No es más que un deseo, pero ¿no creen que en el futuro, en algún momento, se debería eliminar por completo el consumo de cafeína?

</antipatía>

<arrepentimiento>

Me arrepentí de haber pedido a mis padres que me dejaran asistir a la sesión porque sentía curiosidad.

Una vez vi en el Media Channel un programa donde no paraban de aparecer imágenes de comidas por completo desconocidas para mí. Cuando le pregunté a mi padre qué clase de programa era ese y me contestó: «Ah, es lo que llaman los dos minutos de odio[10]. Es una especie de autohipnosis, para que la última generación que comía esa clase de alimentos, con exceso de grasa, con exceso de colesterol, con exceso de sal, que no eran buenos para la salud y constituían una manera de comer falta de la consciencia de ser un recurso, al ver las imágenes se repita en su interior «no tengo que volver a comer esas cosas, echarse eso a la boca es una vergüenza para un miembro de la sociedad, qué falta de consciencia de recurso tenía…» y se dé cuenta de que estaba echando a perder un cuerpo que es público».

Hace unos diez años, en Media Channel existía esa clase de programas. El límite extremo de ese odio hacia todo alimento que dañara la salud, que comenzó con ese programa de los dos minutos de odio sobre las comidas, se manifestó en la sesión de aquel día donde se llamaba a que todos compartiesen el odio hacia la cafeína.

Desearía no haber visto cómo mi padre, que se supone que estaba tan orgulloso de haber alumbrado el WatchMe que cambió el mundo, ahora lucía en público aquel aspecto tan miserable. Pensé, embargada de angustia, que, si eso era el Biogobierno, eso era el mundo, eso era lo que lo que recubría todo; entonces, no deseaba vivir en semejante entorno. Se trata de un incidente acaecido antes de que conociese a Myaha Mihie, pero me produjo una sensación de anormalidad tan salvaje que durante bastante tiempo no pude apartar aquella sesión de ética de mi cabeza. Ya estuviera en clase o jugando a algo en casa, la sensación de anormalidad que experimenté entonces continuaba torturándome. Nunca volví a decir que quería ver una de esas sesiones.

</arrepentimiento>

Más adelante, quien supo detectar la impresión de anormalidad yacente en mí fue la chica que aquel día leía un libro sentada en un banco del parque junto a la jungla de barras. Fue en el camino por el que yo pasaba al volver a casa desde el colegio. La chica se acercó a mí y, mientras señalaba la jungla de barras, comenzó a decirme lo siguiente:

—¿Sabes por qué esas barras están retorcidas como un guiñapo?

</recuerdo>

—Aviso de la tripulación del BirdRider a todos los pasajeros. Este aparato, vuelo Northern Passengers DR947 con salida de Tokio, tiene previsto aterrizar dentro de una hora en la Ciudad Médica de Bagdad.

La voz de esa clase de anuncios que avisaban de la hora de llegada siempre sonaba muy agradable a los oídos de cualquiera. Este mundo evitaba con denuedo todo aquello que pudiera causar una sensación desagradable.

Un mundo sin enfermedades, sin el sabor de experiencias desagradables, sin la visión de imágenes desagradables y en el que, si por un casual se daban esa clase de circunstancias, inmediatamente después aguardaba una montaña de terapias.

Un mundo sin sensaciones desagradables. ¿Cuántos puntos se supone que podían conseguirse así hasta llegar al mundo de los muertos?

Mientras escuchaba la voz suave como la seda procedente del anuncio, miré por la ventanilla de mi asiento de pasajeros. Las seis alas principales del PassengerBird trabajaban vigorosas curvándose como si aletearan para cambiar su forma con dinamismo y hacer frente a las corrientes de aire. Antiguamente, en los tiempos en que los aparatos llamados aeroplanos se mantenían en activo como medios de transporte aéreo, las alas principales eran únicamente dos y se mantenían casi todo el tiempo con la misma forma, rígida y tosca. Comparado con los aviones de entonces, el actual PassengerBird era mucho más elegante y estaba mucho más atareado.

Entonces, casi sin quererlo, me acordé de aquella charla sobre las junglas de barras. Aquellas palabras que iban deshilvanándose entre los labios de Myaha.

Las junglas de barras, hasta comienzos del siglo XXI, estaban hechas de metal. Eran una estructura geométrica en forma de rejilla tridimensional donde se entrecruzaban los tubos de metal. Si te caías desde arriba, no se movían al instante para recogerte como las de ahora. Porque a las barras de metal de entonces no les habían otorgado ni inteligencia ni encanto, ni siquiera blandura.

<listado: ítem>
<i: Myaha con vida>
<i: Myaha no había muerto>
<i: Myaha no nos había dejado solas>
<i: Myaha, que quizá hubiera matado a Kyan y a otras 2795 personas>
</listado>

Me encuentro ahora persiguiendo la sombra de aquella Myaha.

La mayor parte del vuelo la pasé ojeando la tesis sobre la sociedad de la salud que me recomendó el profesor Saeki. Muchos

de sus aspectos los habían iniciado los nazis. Por ejemplo, en el apartado de los dispositivos para dirigirse al público, ellos fueron quienes inventaron los aparatos electrónicos para amplificar la voz, aunque hoy ya estaban por completo desfasados gracias al uso generalizado de los nuevos HeadPhone que recogían las emisiones digitales y las hacían repercutir directamente en los osículos auditivos. También las autopistas, que allí llamaban *autobahn*, las debíamos a aquellos «ilustres antepasados». Pero, aparte de esas cuestiones, por lo visto, cuando un científico oía hablar de los adelantos nazis, lo primero que le venía a la cabeza era la sociedad de la salud.

<recuerdo>
—La madre de Hitler murió de cáncer de mama —dijo el profesor Saeki—. El médico a su cargo era judío. Por eso, de allí arrancó el odio de Hitler hacia los judíos. Es decir, que el Holocausto nació de uno de los pechos de la madre de Hitler. No sé si del izquierdo o del derecho.
</recuerdo>

Me levanté del asiento y subí por las escaleras al área de pasajeros, un salón-cafetería en la parte superior del PassengerBird. Era por completo como ir montada sobre el techo del aparato. La curvada bóveda azul del cielo se extendía hasta el infinito y a mis pies veía un mar de nubes de un blanco reluciente por la humedad acumulada. El suelo también debía de estar pensado para combinar con el paisaje, porque estaba hecho de un material prensado antideslizante y de color blanco; de manera que, en lo que al color respecta, formaba un todo con las nubes. Como las paredes del aparato, fabricadas con un material inteligente, actuaban de forma que desde el interior fueran transparentes, podían ofrecer al pasajero un panorama tan impresionante como este. Si no fuera por las tenues líneas que delataban los bordes del aparato, una pensaría que estaba suspendida en mitad del cielo.

En los países donde han desaparecido las enfermedades y el tiempo se ha detenido, todo fluye livianamente por los cielos.

Las personas que toman nicotina son ajenas al concepto de «liviano».

La nicotina estrecha los vasos sanguíneos y aumenta la viscosidad de la sangre.

«Tanto Schopenhauer como Kant despreciaban el acto de fumar», decía el profesor Saeki.

Apoyé el codo en el mostrador del bar y pedí cafeína en un grado que no contrariase las buenas maneras. El tabaco y el alcohol habían sido eliminados a conciencia, pero había que dar gracias a que la cafeína todavía sobreviviera a duras penas. Aun así, mucha gente fruncía el entrecejo ante ello. Dirigían un ataque con ondas hacia la cafeína. Y desde hace unos quince años era un fenómeno que iba incrementando su severidad poco a poco.

Encontré un lugar ideal en un rincón de la cafetería y me dejé hundir en uno de esos asientos de gelatina escarlata que había dispersos por el blanco suelo. Con todo, la cafetería estaba casi vacía. De por sí, los pasajeros a bordo éramos pocos. Le pregunté a una de las azafatas que pasaba por allí si este era el número habitual de pasajeros y me contestó: «Ciertamente, hoy hay menos de lo habitual».

El mundo ha cambiado sin remedio. Desde aquella «declaración».

Seguramente la gente se había encerrado en sus casas, con toda clase de pensamientos cruzando por la cabeza. Ya nadie podía decirse «No hay duda de que no voy a morir». Sobre todo, los que habían presenciado el «suicidio» de aquel presentador.

<listado: ítem>
<i: creer o no creer en aquella “declaración”>
<i: matar o no matar por sí mismo>
<i: ¿a quién debería matar yo?>
</listado>

Los niveles de duda eran muy diversos.

Amargura, indecisión, rencor, el verdadero sentir.

¿Morir por no matar o matar para vivir? Ese era el problema.

Probablemente ahora mismo, en todos los hogares o centros de trabajo del mundo entero, se arremolinaban una serie de emociones por lo general incómodas. Casi todos los Biogobiernos habían convocado enseguida a sus miembros consensuados para celebrar sesiones donde se debatiera el asunto, pero, según había oído, el porcentaje de participantes no era muy elevado. Lógico. ¿Qué se supone que iba a conseguirse por el hecho de reunirse?

Bien, estimados miembros, pasemos al tema de la sesión de hoy.

¿Debemos llegar al punto de matar a alguien con tal de sobrevivir?

¿Debemos usar un cuchillo o algún arma más contundente?

No creo que ninguno de ustedes tenga un arma de fuego, ¿verdad?

No parecía plausible que se pusieran a hablar de una forma tan descarnada sobre los métodos que elegirían. Pero, entonces, a lo más que podrían llegar sería a un intercambio de frases con mentiras sin fundamento del tipo de «Mantengan la calma, por favor» o «Tengan la seguridad de que se hallan ustedes a salvo» y dar por finalizada la sesión. Este no era asunto que pudiera dirimirse deliberando con los demás. Se trataba de todas todas de una decisión que tenía que tomar uno mismo, de algo que se debía hacer a solas. Nos hallábamos en un momento en que los seres humanos del mundo estábamos siendo puestos a prueba.

Mientras pensaba acerca de ello, comencé a irritarme. Es precisamente en momentos como este cuando hace falta la nicotina.

Como hace ya unos días que no fumo tabaco, mi boca siente como si le faltara algo. Con todo, si busco un sustituto en la comida, es evidente que engordaré a ojos vistas y eso también sería motivo para que la gente me mirase con expresión de sospecha. Más grave que tener problemas cutáneos. Vivimos en un mundo donde la

gordura o la delgadez excesiva llaman mucho la atención. Un mundo donde la gente de todo el planeta escucha al unísono los consejos del asesor de salud y sigue al pie de la letra el modo de alimentación diseñado por el especialista.

P.: ¿Hasta cuándo va a continuar este juego?

R.: Está previsto que continúen ustedes jugando hasta el día en que el porcentaje de grasa en el cuerpo de todos los seres humanos entre en el marco de los valores determinados para hombres y mujeres, sin exceder del 1 % por encima o por debajo. Existen varias formas de abandonar a la mitad. Por ejemplo, tenemos a su disposición maneras como la muerte, la muerte o la muerte.

¿Acaso las personas que se suicidaron querrían bajarse de este juego a la mitad?

<recuerdo>
Según el profesor Saeki, Heydrich y Himmler intentaron apartar de las SS a todo aquel que engordase. Y que el sueño de Himmler era que toda la raza germana se hiciera vegetariana.
</recuerdo>

A lo mejor, todo el mundo está deseando bajarse de este juego, pero como eso que podemos llamar el ambiente circundante es una barrera harto temible, han renunciado a ello. Por lo que respecta a mí, no me he bajado del juego, pero lo que sucede es que intento buscar un espacio donde no haga falta jugar en serio y para ello, no sé muy bien por qué, me he visto impelida a salir de trabajo hacia zonas en guerra.

<diccionario>
<ítem> "Bagdad" </ítem>
<descripción>

Capital de Irak. Se halla situada en el centro de Irak, en la llanura mesopotámica. Se trata de una antigua ciudad fundada por la dinastía Abbás, y a principios de este siglo, con motivo de la guerra de Irak, fue ocupada al término de la contienda por una coalición internacional liderada por los Estados Unidos. Las fuerzas contrarias desplegaron de tanto en tanto una actividad terrorista que llevó a que durante un tiempo la ciudad estuviera convertida en una ruina total. Después de que pasara el Maelstrom, la ciudad se transformó en una gran metrópoli que reunió los grandes capitales del mundo de la industria del tratamiento médico. Mediante leyes fiscales que trataban con preferencia los capitales del ramo médico y farmacéutico y eran magnánimas con el uso de seres humanos para la experimentación médica, los consorcios de la industria de tratamiento médico y los *think tank* del ramo comenzaron uno tras otro a instalar allí sus centros de investigación principales, por lo que la ciudad recibió el apodo de «el Dubái de la Medicina».

</descripción>

Paseando la vista por el interior del aparato, observé que, como cabía esperar, la mayoría eran personas relacionadas con la industria médica.

<listado: ítem>
<i: empleados de los centros de investigación de la industria médica>
<i: un economista que dirige un *think tank* médico>
<i: el director general de un fabricante de *software* para el Medicare>
</listado>

Quien más, quien menos guardaba relación de alguna manera con la industria del tratamiento médico. Claro que, viviendo en la sociedad en que vivimos, quizá lo difícil sería encontrar a alguien que no tuviera nada que ver con servicios médicos. Sin duda, en un entorno así tenía que llamar notablemente la atención la presencia

de alguien con el cargo de inspectora de espirales. Y más todavía ante el panorama que ofrecía dicha inspectora tomando cafeína.

Mientras me hallaba semihundida en el asiento de gelatina, el PassengerBird efectuó un gran giro. Gracias a que el gel del material del asiento absorbía el efecto de la gravedad, apenas sentí cómo el aparato tomaba tierra en la pista de aterrizaje de Bagdad.

Y, mientras todavía me hallaba a bordo, el mundo recibió el primer indicio.

<película:ar:id=593-6586afv50-73649o-arin678>
Un italiano se ahorcó mientras yo estaba en el aparato. Luigi Vercotti, director de recursos voluntarios del Biogobierno de Weyland.
Vercotti tenía una esposa de treinta y ocho años y un hijo de seis.
Aprovechando que ambos habían salido de compras, el hombre pasa la cabeza por el lazo que se había hecho con la corbata y da una patada a la pequeña caja de madera en la que se había subido.
Todo el peso del cuerpo recae sobre el propio cuello.
La aorta, que conecta con el cerebro, comienza a sufrir ante la presión.
Antes de que pasen diez segundos, el cerebro deja de funcionar.
A continuación, los latidos del corazón van disminuyendo suavemente.
</película>

En el interior del cuerpo, el WatchMe comienza a alborotar, informando al servidor de tratamiento de una situación de emergencia. Incluso después de que haya terminado todo, mientras las *medimoles* de dentro del cuerpo continúen recibiendo energía, siguen alborotando en el interior del cadáver, informando de que, al parecer, el cerebro apenas está recibiendo oxígeno. Desde el punto de vista del cuerpo, la muerte consiste en que las células que forman la estructura corporal se van deteriorando poco a poco; un proceso que dura cierto tiempo. Para decirlo con exactitud, la muerte de una persona no es algo instantáneo.

Hace tiempo, Myaha me mostró algo. Eran unos dibujos del período Kamakura en un rollo ilustrado llamado *Kusouji e-maki*. Allí se retrataba a una mujer muerta y a lo largo de nueve dibujos se iban mostrando diversas facetas de la evolución del cadáver: cómo cambiaba de color, cómo empezaba a pudrirse y cómo se convertía en pasto de aves y mamíferos. Tenía un realismo y una crudeza tales que parecía increíble que hubiera sido dibujado hacía tanto tiempo. Dado que algo así se supone que entraba en el concepto de imágenes potencialmente traumáticas, no sé cómo Myaha consiguió hacerse con ello. Pero, probablemente, por muy ilegal que fuera algo, Myaha podía conseguirlo.

—En la época en que dibujaron esto, la muerte estaba por todas partes —decía Myaha—. Se ve que la muerte de alguien llevaba bastante tiempo. Antiguamente enterraban los cadáveres tal cual. ¿Sabes que se usaba un ataúd? Hoy en día, cuando vamos al funeral de algún bisabuelo o bisabuela, lo único que vemos es una caja esterilizada con un líquido en el que se ha disuelto su carne, ¿no? Pero en los tiempos de este dibujo, se metía el cuerpo en un tonel y se sepultaba bajo tierra. Bueno, no sé si habrás visto alguna vez un tonel, Twan. También la expresión «proceder al *dabi*» tenía un significado por completo diferente hasta el siglo pasado. Ahora se refiere a llevar el cadáver al Centro de Descomposición y disolverlo en un líquido inocuo sin riesgo biológico, pero antes significaba su cremación. La palabra *dabi* es una adaptación japonesa de la palabra del sánscrito que significa «cremación». La idea de que la muerte cerebral equivale a la muerte del ser humano es algo nacido relativamente hace poco. En tiempos recientes es cuando se comenzó a pensar que el cerebro lo era todo para las personas.

Al mismo tiempo que me bajaba del aparato para pisar Bagdad, recibí una llamada del Departamento de Inspección de Espirales. Al abrir la bandeja de llamadas y desplegar el mensaje que encontré ahí, había un listado con los informes en tiempo real realizados *in situ* por la policía italiana acerca de aquel incidente sucedido hacía

apenas treinta minutos. Las pruebas que iban añadiéndose una tras otra, el contenido del reconocimiento visual, etcétera.

—¿Ha sido obra de esos tipos? —dijo alguien—. Bueno, no sabemos quiénes son…

Staufenberg meneó la cabeza en sentido horizontal y dijo a todos los participantes:

—Miren el apartado de «testamento», por favor.

—¿Dejó un testamento? —preguntó otro con sorpresa.

Nada más natural, puesto que en el suicidio masivo simultáneo sucedido hacía poco no hubo ni una sola persona que dejase alguna clase de mensaje poco antes de morir. Para ser exactos, a excepción de Kyan Reikado.

El contenido del testamento era sencillo y conciso.

<listado: ítem>
<i: que seguramente no iba a ser capaz de matar a nadie>
<i: que aun cuando por un suponer pudiese matar, luego no soportaría la tortura de su conciencia>
<i: que quizá fuera cierto que su cuerpo tuviera carácter público, pero el de los demás también>
<i: que, aparte de matarse a sí mismo, no encontraba otra forma de solucionar el dilema>
<i: que no quería de ningún modo morir a manos de «esos criminales»>
<i: que pedía disculpas a su esposa, su hija y a todos sus vecinos por suicidarse>
</listado>

Eso era todo.

—Se trata de una situación nueva. Probablemente no es obra de «esos criminales» —dijo Staufenberg.

Efectivamente. Con toda probabilidad, esto no había sido un trabajo de las personas que remitieron aquella célula de memoria a Canal 24. Alguien que se había tomado muy en serio aquella

emisión, alguien que no podía ni concebir el tener que matar a otro decidió quitarse la vida antes de que lo matasen «esos criminales». Era muy plausible una situación donde se eligiera dicha salida.

Cuando alguien preguntó si los medios habían difundido la noticia, Staufenberg contestó que, por el momento, aparte de la familia, solamente estaban al tanto la policía italiana, Interpol y nosotros, los inspectores de espirales. Pero, aun así, seguramente el secreto solo se podría guardar unos pocos días. Después, el efecto Werther se extendería por el mundo.

Se llama efecto Werther a la cadena de suicidios que se produce a partir de uno determinado. La restricción de la información buscaba precisamente que no surgieran compañeros de Werther. El porqué de que yo conozca algo de tan poca importancia es porque me lo enseñó Myaha Mihie.

<recuerdo>

—Aquí tengo *Las desventuras del joven Werther* —dijo Myaha sacando un libro—. Es un libro impresionante. Ha matado a un montón de personas.

—¿Cómo puede morir la gente a causa de un libro? —pregunté yo—. ¿Se utiliza para golpear a los demás?

Entonces Myaha comenzó a explicarme el contenido de *Las desventuras*… El protagonista está enamorado de una mujer, pero ella está prometida con otro hombre. Por eso, al final, el protagonista se siente incapaz de soportar la imposibilidad de su amor y se arranca la vida por sí mismo.

—A mí me parece que no es más que una romántica historia de amor… —objeté yo—. ¿Cómo enlaza eso con la muerte de un montón de personas de la que hablas?

—Debido a la influencia del contenido del libro, una serie de personas que se hallaban en una situación similar comenzaron una tras otra a imitar la acción del protagonista. El personaje en sí de Werther era ficticio, aunque Goethe, su autor, dijera que se había basado en experiencias propias para escribirlo.

Entonces Myaha sonrió y puso frente a mí la portada del libro.

—La ficción, los libros, las palabras albergan en su interior el poder de matar a la gente. ¿No te parece algo tremendo?

</recuerdo>

Un conocimiento inútil que se pudría en el fondo del mundo.

Si yo conocía esa clase de cosas, era gracias a Myaha Mihie.

En caso de filtrarse al conocimiento público este suicidio y este testamento, seguro que surgiría una gran cantidad de personas dispuestas a seguir el ejemplo. ¿Cuánta gente se suicidaría o cuánta gente mataría a otros siguiendo aquel dictado antes de que llegase el plazo temporal que habían establecido los criminales? Mi impresión era que, en realidad, una gran cantidad de gente sería incapaz tanto de suicidarse como de matar y se quedaría esperando a que llegase la hora sin hacer nada.

Aun así, no dejaba de ser cierto que el mundo se estaba aproximando a una situación de caos similar a la del Maelstrom.

—¿Y no se podría apagar el WatchMe y cortar su conexión con el servidor de control de salud? —propuso alguien.

Sin embargo, en la práctica, eso era imposible. El WatchMe llevaba asociada la identificación personal de cada uno a nivel general. Si uno desconectaba el WatchMe asociado a su cuerpo, no solo no se podrían ni hacer compras ni subir al metro, es que ni siquiera se podría entrar en el propio domicilio.

—El mundo entero se está hundiendo en el pánico —dijo con voz grave uno de los inspectores invitados a participar en el cónclave mediante realidad aumentada.

—Los hogares de enganche, las sesiones de ética, el auxilio mutuo, el cuidado de los ancianos, etcétera. Todas las actividades de los Biogobiernos…

—El sistema de una sociedad levantado sobre la confianza ilimitada en los otros que pertenecen a la sociedad del Biogobierno o a la comunidad local, gracias a mostrar casi toda la información particular que les atañe.

—El ciclo económico sostenido por la presunción de que todo el mundo vivirá hasta el final sin contraer enfermedades y que la persona que vivía ayer seguirá viviendo mañana.

—Existe el temor de que, de seguir así, ese sistema no pueda mantenerse.

—Una situación en la que cualquiera puede quitarte la vida en cualquier momento.

—Si se prolonga una situación así…

—Antes de que nos demos cuenta, estaremos en una sociedad como la de primeros del siglo XXI… o peor.

—Puede que… regresemos a los tiempos del Maelstrom, en los que se había perdido por completo el sentido de la ética.

Con rostros fatigados, los inspectores de espirales iban dejando caer sus opiniones.

—No cabe duda de que tienen que estar actuando de alguna manera sobre el cerebro. El problema es cómo.

—Salta a la vista que interviene alguna intención inducida artificialmente. Alguien está provocando este efecto.

—Según el informe de la inspectora superior Twan Kirie, al parecer ya existe una tesis detallada sobre el mecanismo por el que se manifiesta la voluntad humana en esa materia que es el cerebro —intervino su excelencia—. Se trata de la tesis de un neurólogo ruso, Sergei Gurlukovich Jirivjenski, sobre el funcionamiento del sistema de recompensa en el mesencéfalo. Según ese trabajo, es algo que puede modelar el mecanismo psicológico del ser humano con gran precisión y, de hecho, últimamente se está empezando a aplicar en terapias. Por lo visto, usted, señora inspectora, ha conseguido alguna prueba convincente que relaciona esta cuestión con el meollo de nuestro caso actual, ¿verdad?

—No, eso no es exacto —contesté con soltura—. Lo único que yo he hecho es intentar contactar con una persona que parece tener en su poder información relacionada con el origen de la situación actual.

—Aunque así sea, no hay diferencia en el hecho de que usted se halla en una posición mucho más avanzada que la de cualquiera de nosotros.

—Si se ha esclarecido hasta ese punto el funcionamiento de la voluntad humana, quizá sea posible controlarla —dijo otro inspector —. ¿No cree usted, inspectora superior Twan Kirie, que debería compartir su información con nosotros?

Parecía un comentario hecho para complementar la postura de Staufenberg. Eso sí, con voz muy apacible. Estábamos en una mera deliberación y, por lo menos en el aspecto formal, no se debían levantar olas. En eso consistía la forma de debatir de las sociedades de los Biogobiernos.

—En el presente estadio, todavía no he conseguido ninguna información definitiva, por lo que compartir lo que tengo solo serviría para crear confusión en la investigación general. Debido a que así lo juzgué, es por lo que no he informado al resto de inspectores de espirales.

—Soy yo quien debe decidir lo que es información definitiva y lo que no —sentenció Staufenberg entrecerrando los ojos.

Asentí ambiguamente mientras que en mi interior levantaba el dedo medio.

<recuerdo>

—¿Qué significa ese gesto? —pregunté a Myaha mirando con interés cómo mantenía levantado el dedo central de la mano.

Myaha sonrió y contestó:

—Es un gesto de hace muchísimo tiempo. Quiere decir *que te jodan*.

Como la palabra *joder* ya ha desaparecido del idioma, el verdadero sentido del gesto no se conserva, pero no cabe duda de que era la mayor muestra de desprecio que se podía mostrar hacia alguien.

</recuerdo>

03

Según Gabrielle Eding, «somos un conglomerado de deseos guiados por un sistema de descuento hiperbólico».

Según Gabrielle Eding, «hasta las palomas o los monos sobrevaloran la importancia de lo que tienen delante».

Según Gabrielle Eding, «si hasta las palomas y los monos cuentan con consciencia y voluntad, ¿dónde está la necesidad de sobrevalorar estas solo en el ser humano?».

Me hallaba conduciendo un vehículo con objeto de ir al encuentro de esa Gabrielle Eding. Mientras miraba el río Tigris, que discurría a mi derecha, pasé entre las columnas de un arco que sostenía una estructura similar al esqueleto de un dragón. La carretera en pendiente se dirigía hacia la zona alta de Bagdad, Dian Cécht, donde se alzaban, como torretas de un hormiguero, las grandes construcciones de los consorcios de la industria farmacéutica. Mi campo de visión se fue ensanchando poco a poco hasta que llegué a una altura desde la que se podía abarcar toda la ciudad de Bagdad. El servidor de guía de Bagdad central me conducía hasta donde estaba Gabrielle Eding.

Allá en el horizonte, el calor hacía temblar la visión del desierto, que se entremezclaba con los espejismos.

El sector de Bagdad destinado a los complejos farmacéuticos se hallaba dividido por zonas, y no hay un solo espacio para anuncios, a diferencia de las ciudades ordinarias. En otras palabras, Bagdad no tenía necesidad de vender espacios para publicidad mediante realidad aumentada, sino que disponía de un sistema propio y

completo gracias a la estructura que formaba la industria farmacéutica. Se mirase como se mirase, esta ciudad laboratorio no necesitaba ingresos procedentes de algo como la publicidad. Aun así, para alguien que pasó su adolescencia en un tiempo en el que tanto en el cielo como en las ventanas como en las paredes competían los anuncios por cualquier resquicio de superficie, un espacio público en el que no había un solo anuncio suponía algo vagamente intranquilizador.

Había un bosque con árboles de hoja perenne color rosa e incluso un lago. Era la zona destinada al parque de Dian Cécht. Hice avanzar el coche por la ribera de aquel lago creado en el área que imitaba la «naturaleza» entre un mar de enormes construcciones. Por lo visto, quienes diseñaron estas construcciones intentaron que sus ocupantes no se sintieran como en el interior de unas torretas de hormigas. Me adentré en una suave cuesta ascendente y llegué hasta un estrato situado a mayor nivel que el lago. Estaba en el área de mayor altitud de Dian Cécht.

Aparqué el coche. SEC, el consorcio de investigaciones neurológicas, se hallaba en un extremo de Dian Cécht, formando un pico que sobresalía del conjunto como si fuese la proa de un barco. Se encontraba a una altitud de seiscientos veinte metros. Era un sector expuesto a la luz del sol, donde se concentraban sobre todo los laboratorios de investigación y que por eso recibió el nombre de «Sector de Desarrollo de Investigaciones». SEC era un acrónimo compuesto por las iniciales de Sukunabikona, Eugene y Crupps, los tres consorcios que participaron en la creación de este nuevo ente de la industria del tratamiento médico.

Toqué la puerta y, tras proporcionar mis datos personales, un empleado salió del interior y me condujo a la sala de visitas que había junto a la entrada. Como cabía esperar, también en esta sala de alto techo, tanto este como las paredes como el suelo estaban recubiertos de una especie de plástico color blanco y había unos asientos redondeados color rojo, de gelatina, donde rara vez se sentaría nadie.

Me hundí en uno de los asientos y, pasado un rato, vino aquella Gabrielle Eding, haciendo resonar su calzado en el suelo. Tras estrecharme la mano enunciando un saludo formal, Gabrielle se acomodó en otro de los asientos de gelatina de la sala de visitas.

—Cuando me dijeron que venía un inspector de espirales, lo primero que pensé es que se trataba de una inspección por sorpresa. Aunque, claro, nosotros no llevamos a cabo ni un solo experimento por el que la OMS tenga que albergar sospechas.

Eding hablaba con monotonía, recortada contra una pared a espaldas de ella, toda de cristal, que dejaba ver la línea del horizonte separando el cielo del mar y con algunas gaviotas sobrevolando.

—Disculpe la sorpresa —contesté asintiendo—. El motivo de que haya venido hoy aquí es porque deseo preguntarle sobre dos puntos que al parecer conoce. El paradero de cierta persona y una investigación acerca del cerebro.

—Adelante…

—En primer lugar, la cuestión del cerebro: se trata del comportamiento del llamado sistema de recompensa en el mesencéfalo. ¿Conoce usted la existencia de un estudio que ha ofrecido un modelo muy detallado del asunto?

—Se refiere al de Sergei Gurlukovich Jirivjenski…

—Eso es —contesté mirando fijamente el rostro de Eding.

Me devolvió la mirada de la misma manera, con aire de estar moviendo un caramelo o similar dentro de la boca.

—Así que, como pensaba, se trata de una inspección…

Negué agitando las manos.

—Nada de eso. No le estoy mintiendo. Solo le estoy preguntando una información que creo necesaria para la investigación del caso en el que estamos ahora. ¿Por qué piensa que se trata de una inspección?

—Porque en nuestro consorcio de investigación neurológica estamos construyendo ese modelo de sistema de desarrollo.

—Dentro de los márgenes en que le esté permitido o de los márgenes de lo que ya es público, ¿podría hacerme un esbozo general de en qué consiste?

Hice mi petición con el tono más afable que pude. Eding, tras reflexionar unos instantes, contestó pausadamente:

—Lo que está llevando a cabo nuestro consorcio es una investigación sobre las inclinaciones universales de la psicología humana que deciden sobre el valor de las cosas.

—¿Qué clase de inclinaciones son?

—Pues, por ejemplo… Si a alguien le prometen recibir 10000 créditos ahora o recibir 20000 dentro de un año, ¿cuál elegiría?

—Sería la primera opción, supongo.

—Así es. Y no solo en el caso de las personas ni en el de, por supuesto, los primates, sino que también se ha comprobado la misma inclinación de deseo en el caso de aves como palomas o perdices o de animales como perros y gatos. Una parte de los seres vivos valora con exceso lo que tiene ante sus ojos.

—¿Se trata de un rasgo de la adquisición evolutiva?

—Es una programación genética. El hecho de que se pueda observar el mismo fenómeno en tantas clases diferentes de especies tiene que deberse a la existencia de algún motivo por el que es fácil para los vertebrados implementar este rasgo.

—Bueno, a mí solo me parece una reacción lógica. Si un animal no se abalanza sobre el alimento que tiene delante, puede que se lo arrebate otro. Si existiera un ser vivo que se quedara inmóvil esperando un beneficio futuro, no tendría más final que extinguirse. Creo que, desde el punto de vista de la supervivencia de los mejor adaptados, la tendencia a sobrevalorar lo que se tiene delante es algo de lo más natural del mundo.

—Si hacemos una gráfica con la apreciación que merecen las cosas, donde la línea horizontal representa el tiempo y el cero coincide con el momento presente, la altura de la curva asciende más y más cuanto más próxima está del cero, que es donde alcanza su punto más álgido. Por el contrario, si nos desplazamos hacia un

futuro lejano, la valoración dibuja una curva descendente que baja hasta extremos lastimosos, pero, en cambio, apenas hay variación en los valores de un año o dos años después. Estas curvas que al acercarse a un extremo suben o bajan de golpe se llaman hipérbolas. En suma, tanto las personas como la mayoría de los animales, cuando tenemos que valorar una determinada cosa, presentamos tendencia a que su apreciación en el futuro descienda trazando una hipérbola.

—Es decir, que el criterio de valoración del ser humano no sigue una lógica racional de carácter exponencial, sino que es una hipérbola irracional.

—Efectivamente. Debido a que los seres humanos poseemos un criterio de valoración que sigue el patrón de esta hipérbola, tomamos decisiones irracionales o cometemos actos imprevisibles. Cuando se aproxima a nuestros ojos un cierto beneficio, se produce la ilusión de que se trata de algo con un extremado valor. El agente que se ve sometido a tener que elegir por sí mismo en este juego de supervivencia entre un pequeño deseo que satisfacer enseguida y un gran deseo que satisfacer a largo plazo es lo que llamamos voluntad. Esta es la gran particularidad del sistema de recompensa, de la que el modelo de Jirivjenski no se ocupa. Nosotros, basándonos en el resultado de este experimento, nos hallamos enfrascados en ver cómo añadir correcciones a aquel modelo para comprender cómo funciona la voluntad humana.

Pensé en mi padre, Nuaza Kirie. Si se podía controlar la voluntad humana manipulando el sistema de recompensa, para poder predecir de qué manera podía ser controlado, por fuerza se necesitaría un modelo mucho más detallado del criterio de valoración de las personas.

—¿Participa en el equipo de investigación de dicho proyecto el doctor Nuaza Kirie?

—Sí o, mejor dicho, participó al principio. En la actualidad, el doctor ya no se encuentra en el consorcio de investigación.

—Y el doctor Kirie, basándose en ese modelo que aplica el descuento hiperbólico para el sistema de recompensa existente en el mesencéfalo, ¿no estaría realizando también una investigación diferente?

—Cualquiera sabe… De hecho, existen varios investigadores que trabajan a la vez en cuestiones diferentes. Pero acerca de eso no sé nada.

—El hecho de saber que el sistema de recompensa motiva las decisiones según el sesgo del descuento hiperbólico, ¿en qué cambia la visión del ser humano con respecto a los modelos tradicionales?

Preguntaba por simple curiosidad. Eding se puso una mano en la barbilla y pensó durante unos segundos.

—Pues veamos… Como he dicho antes, lo que llamamos «voluntad» del ser humano es una palabra para designar la situación de batalla campal entre numerosos agentes de deseo que hay en el interior del cerebro, y en realidad se ha demostrado que existe también en los animales.

—¿Significa eso que los animales no actúan únicamente por ese programa genético que es el instinto?

—Eso es un concepto erróneo. También lo que nosotros entendemos como nuestra voluntad, nuestra alma, en realidad no es más que un estado en el que chocan diversos elementos programados genéticamente. En experimentos realizados con palomas, hay uno que consiste en disponer frente a ellas dos botones; si pulsan el primero, caen al momento una decena de legumbres; pero si pulsan el segundo, pasado cierto tiempo, una treintena. ¿Qué cree usted que sucedió? No fueron todas, pero sí hubo algunas palomas que prefirieron esperar y recibir treinta legumbres. Por lo que respecta a nuestro modelo, las palomas cuentan con un mecanismo de elección que puede llamarse «voluntad». En suma, creo que puede decirse que podemos ofrecer un modelo válido para muchas aplicaciones, no solo en lo que respecta a la voluntad humana, sino sobre la forma en que se manifiesta la consciencia.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo… Pues el dolor.

—El dolor…

—Antes he utilizado la palabra «recompensa», pero aquí no tiene el significado que suele dársele por lo general. En este caso se llama «recompensa» al efecto psicológico por el que algo atrae fuertemente la atención de la consciencia y deja una fuerte impresión en ella. Esto es así también en el modelo de Jirivjenski. No es una clase de beneficio lo que se llama «recompensa».

—¿Y entonces?

—Con respecto al modo de ser de esta «recompensa», el proceso por el cual el grupo de agentes del sistema de recompensa existente en el cerebro interactúa recíprocamente mediante la voluntad para decantarse por una determinada opción; es lo que se llama «conflicto» o «elección». Tanto el hecho de pensar la acción en un instante como el dolor que sentimos en el instante en que se clava una aguja en el dedo son elecciones del cerebro, y no son más que agentes que buscan dejar una impresión. Eso sí, el eje temporal de la curva hiperbólica es extremadamente corto.

Había terminado por no entender bien su explicación. ¿Qué quería decir con eso de que el dolor se escogía?

—Sin embargo, el dolor existe, guste o no…

—No siempre. ¿No ha oído hablar de casos en que uno está concentrado en otra cosa y, en un momento dado, se fija en que tiene clavada en el dedo o en el antebrazo una aguja hasta la mitad? Eso es porque la atención consciente del cerebro estaba ocupada por la faena en cuestión y el dolor perdió en la carrera por predominar en la consciencia. A eso me refiero.

—Ya veo…

—Debido a eso, el dolor está considerado como una experiencia subjetiva. El dolor es una emoción que depende en un grado extremo del entorno, que decide si escogerlo o no, o en qué medida. Ahí reside el motivo por el que el dolor no puede medirse con valores absolutos.

—Es decir, que todas las emociones que dan forma a nuestra realidad son el conjunto de una serie de agentes escogidos que emergen en la superficie del cerebro, ¿no?

—Efectivamente. Incluso estímulos como la vista, el oído, el olfato o el gusto no ascienden al nivel de nuestra consciencia si no han sido elegidos. Bueno, aunque en el caso de esos estímulos básicos, dado que son los de más fácil elección y muestran los mayores incrementos en las curvas hiperbólicas, rara vez son ignorados.

—Entonces, en cierto sentido, las investigaciones que se desarrollan aquí se refieren no solo a nuestra consciencia, sino que pueden llegar a encerrar incluso un sentido metafísico al estudiar cómo se articula la realidad, ¿no?

Al oír mi comentario, Eding ladeó la cabeza. Parecía pensar que yo había dicho algo bastante extraño.

—¿No cree usted, inspectora Kirie, que realidad y consciencia significan lo mismo?

—Me pregunto si así será…

—Sí, porque la realidad que nosotros podemos aprehender, en definitiva, está limitada a lo que permite nuestra consciencia.

—Puede ser, sí.

Al llegar aquí, Gabrielle Eding se puso en pie y alargó una mano hacia mí.

—Bien, creo que ya he contestado a todo lo que usted quería preguntar, inspectora Kirie. Si le parece bien, podemos terminar aquí.

—De acuerdo —contesté estrechando su mano—. Quizá venga otra vez, así que ya me disculpará la molestia.

En ese punto, de pronto, una curiosidad cruzó por mi cabeza. ¿Qué pensaría esta mujer de la «declaración» del otro día? Después de oír aquel aviso, ¿cuál sería su decisión? Me encanta hacer preguntas de mal gusto.

—Por cierto, señora Eding, ¿vio usted la «declaración» del otro día?

—Sí.

—¿Y qué piensa usted de ello?

Sabía de sobra que se sentiría incómoda ante la pregunta. A veces las preguntas ambiguas sacan a la luz cosas ocultas en lo más profundo del corazón de las personas. Sin embargo, la respuesta que me devolvió Eding fue de lo más vulgar.

—Me parece algo espantoso.

—A mí me parece que la tecnología que están usando ustedes en su investigación se ocupa de un terreno muy próximo al de la declaración de esos criminales que manipulan la voluntad ajena para empujar al suicidio…

Tras mi apunte, Eding se puso un dedo en el mentón y reflexionó.

—Ciertamente, creo que así es. Pero nosotros no somos los criminales. No hemos llegado al punto de conseguir manipular la voluntad de otros y hacerles ver la realidad que nosotros queramos.

—¿Qué piensa hacer antes de que llegue el plazo que han puesto los criminales?

Mi segunda pregunta de mal gusto.

Eding frunció el entrecejo con el aire de desagrado propio de quien escucha una pregunta maleducada.

—No voy a hacer nada. Eso que dijeron no fue más que para meter miedo, ¿no?

—Sin embargo, parece cierto que poseen la tecnología necesaria para inducir a la gente al suicidio, como pudo experimentar con su propio cuerpo aquel presentador.

—Ahí es precisamente donde los miembros consensuados de los Biogobiernos debemos mostrar la valentía compartida que corresponde. Que nuestra sociedad no se doblega ante nadie.

Grandiosa respuesta. Grandiosa en exceso, quizá.

Acto seguido, Eding guardó silencio e hizo un gesto hacia la salida. Antes de traspasar la puerta, como si se me hubiera ocurrido de repente, lancé la última pregunta. A lo mejor me quedó un poco teatral, pero es que a veces eso funciona bastante bien.

—Por cierto, señora Eding, ¿conoce usted un grupo de investigación llamado *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*?

Tras un segundo de silencio, la mujer contestó con absoluta tranquilidad:

—No, no lo conozco…

04

En los medios de comunicación se veían imágenes de las principales ciudades de diversos países del mundo con soldados armados.

Imágenes al aire libre, en calles de color rosa.

El camuflaje de las ciudades para resaltar lo acogedoras que resultaban para el ciudadano.

Fusiles de asalto color rosa.

Granadas de color rosa.

Máscaras de gas de color rosa.

Y seguro que el gas lacrimógeno sería también de color rosa.

Todos los Biogobiernos habían solicitado al Estado que declarase situación de emergencia, que era prácticamente la ley marcial.

<listado: ítem>
  <i: en Nueva York>
  <i: en París>
  <i: en Ginebra>
  <i: en Tokio>
</listado>

La policía y el Ejército del Tratado de Ginebra tomaba posiciones en los cruces de caminos.

Luciendo un color rosa que se fundía con el de las calles, su objetivo era vigilar que no se cometieran asesinatos ni suicidios. Con todo, cada uno de esos policías y militares era también blanco de

aquella amenaza que les ordenaba matar al menos a una persona, por lo que, como es natural, no se podía confiar en nadie. Todo el mundo se hallaba incluido en la amenaza de aquella «declaración». De hecho, quienes parecían más inquietantes eran precisamente los que iban armados.

Desde entonces, en apenas unos instantes, el mundo había empezado a recorrer el camino que devolvía a los tiempos de los antepasados. Había sido empujado hacia un estado de sospechas y oscuridad, con un temor permanente, que recordaba la época del Maelstrom.

También las calles de Bagdad, incluso en el centro, se hallaban poco transitadas. Todos se encerraban en casa asustados. Como si pensaran que haciendo eso no tendrían que tomar ninguna decisión. Sin embargo, la potencia de aquellas imágenes del noticiero que el otro día dieron la vuelta al mundo continuaba manifestándose, atemorizando a todos aquellos que pertenecían a un Biogobierno y tenían instalado el WatchMe en su cuerpo.

Era una sociedad donde cualquier asunto se deliberaba entre todos y se decidía por consenso tras recibir el asesoramiento de rigor.

Pero ahora se trataba de algo que debía decidir cada uno a solas.

<listado: ítem>
<i: ¿matar a alguien y sobrevivir?>
<i: ¿no matar a nadie y morir?>
<i: o bien, no creer lo que decían los criminales>
</listado>

Seguramente, en estos momentos los técnicos estarían revisando a toda prisa todos los agujeros de seguridad que se hubieran abierto en el servidor. Agujeros abiertos en el servidor del WatchMe, que dirigía las moléculas medicinales que monitoreaban el cuerpo de cientos de millones de personas en todo el mundo.

En cuanto a mí, en virtud de las facultades especiales que poseía como inspectora de espirales, mediante el apretón de manos realizado, acababa de introducir en el cuerpo de Gabrielle Eding unas moléculas medicinales para escuchas secretas. Se trataba de un conjunto de aparatos de tamaño molecular que se filtraban a través de la piel, que permitían abrir una línea de escucha en mi HeadPhone y que conectaba con ella gracias a los componentes de su cuerpo. No había notado nada sospechoso en el comportamiento de la señora Eding, pero como por el momento era lo único con lo que contaba, no me quedó más remedio.

Mientras circulaba por una carretera de Bagdad sin apenas tráfico, recibí comunicación de Vasilov, el hombre de las tarjetas de visita.

—¿Se ha visto usted con Gabrielle Eding?

—Se entera usted de todo…

—El consorcio SEC de investigaciones neurológicas es una de las organizaciones a cara descubierta que forman el *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*. Eding es una de ellos, inspectora Kirie.

—¿Cómo lo sabe?

—He seguido el rastro del dinero. Algo que para un inspector de espirales debe de ser imposible.

—En ese caso, en vez de acompañarme a mí, ¿no cree que sería mejor que se pegara a Gabrielle Eding?

—No hace falta que me lo diga, ya lo hago. Pero no he obtenido ningún fruto. Sabe que está siendo vigilada.

—Si sabía usted eso, ¿por qué no me dijo nada antes de que yo fuese a verla? Si desde un primer momento hubiera sabido que estaba entre los culpables, quizá hubiese podido hacer algo diferente.

—Tenía puestas esperanzas en la reacción química, inspectora Kirie.

<incomodidad>
Me sentí a disgusto. El hombre de Interpol me había utilizado, se había servido de mi encuentro con Eding. En otras palabras, había estado vigilando si el *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación* mostraba alguna clase de reacción o no por el hecho de que la investigación oficial de los inspectores de espirales alcanzase su entorno. Así que para Interpol, cuyas investigaciones internas y externas habían llegado a un punto muerto, yo era como una pieza de ajedrez aportada desde el exterior.

—Eso no me hace sentir muy bien.

—No obstante, la situación es de emergencia. Puede que esos tipos realicen algún movimiento. Le pido que se mantenga usted también en guardia.

—Ya me mantengo en guardia sin necesidad de que me lo diga. Porque nosotros siempre somos blanco del terrorismo.
</incomodidad>

Desconecté el HeadPhone e introduje el vehículo en el Hotel Bagdad. Antiguamente, esta ciudad fue un campo de batalla. El ejército de ocupación norteamericano rodeó este edificio de paredes de hormigón y al parecer el personal de la CIA se alojó gallardamente en él, en un entorno donde mañana y noche se repetían las explosiones, tanto de artefactos caseros como de cohetes RPG, que despedían trombas de aire, metralla y escombros. Los servicios de información mundiales que se ocupan del «sector del terrorismo», hoy en día son el Ejército del Tratado de Ginebra y los Military Information Suppliers (abreviados MIS) que subcontrata el primero, pero en aquellos tiempos la CIA era la mayor organización de espionaje de alcance mundial que poseyera una nación.

Esa época había quedado atrás y el edificio de la Zona Médica Industrial de Bagdad que daba a la avenida Saadoun ahora era un hotel de lujo como otro cualquiera. Para alguien como yo,

acostumbrada a los campamentos del Ejército de Ginebra en zonas en conflicto, no resultaba necesario alojarse en un establecimiento tan caro, pero como existía la extraña tradición de que los enviados de la OMS o de los Biogobiernos usaran dicho lugar, no me quedó otro remedio. Mientras me cruzaba con esa clase de personal de los Biogobiernos o de la OMS, así como con tipos con aspecto de presidentes de los consorcios farmacéuticos, llegué a la puerta de mi habitación, que abrí con las huellas digitales y la biometría vascular.

Un papel doblado sobresalía del quicio de la puerta.

<precavidamente>

En un acto reflejo, apagué la realidad aumentada. Pensando que alguien podría estar robándome la visión, no era cuestión de ponerse a mirar tal cual el contenido de la nota. De hecho, nosotros, los inspectores de espirales, en el uso de nuestras facultades de investigación, habíamos visto cientos de veces los registros visuales de los suicidas, y la policía o Interpol, así como una parte de los MIS civiles, poseían la cualificación necesaria para poder espiar en tiempo real la información de la realidad aumentada de otros. Para mayor seguridad, fui al lavabo y me quité ambas lentes de realidad virtual con el líquido específico para separarlas de la membrana. Cerré la puerta con llave y me metí debajo de la cama. Interpol me había estado usando. Era muy probable que también estuvieran espiando mi habitación del hotel. Me acurruqué en la oscuridad como un feto y desplegué aquella hoja de papel doblada en cuatro. «Abu Nuwas. Al anochecer. Sin realidad aumentada y sin ramas». Salí de debajo de la cama y miré por la ventana.

El sol iba tiñéndose poco a poco de rojo, preparándose para la puesta. Lo de las ramas se refería a los dispositivos de espionaje visual y acústico. Así que un desconocido de «la otra parte» contaba con algo que no le convenía que fuese registrado por la realidad aumentada y enviado al servidor.

</precavidamente>

Si el encuentro iba a ser al anochecer, faltaba muy poco para entonces.

En una antigua película que me mostró Myaha, esta clase de mensajes secretos había que ponerlos frente al mechero y prenderles fuego, dejando que se consumieran en unos objetos llamados ceniceros, que se usaban para las colillas del tabaco. Mientras pensaba qué cosas tan útiles existían en aquella época, me cambié a ropas de civil en aquella habitación donde no había mecheros ni ceniceros y me metí el papel en un bolsillo.

El área estaba dividida por zonas de los consorcios de la industria farmacéutica. Prácticamente no se veía a ningún iraquí en ese lugar. Este país de Oriente Medio se había erigido como el centro de la industria médica mundial por el efecto acumulado de una condición caótica. Al igual que otros sitios crecieron porque no existía un lugar adecuado para hacer películas o porque no existía un lugar adecuado para fabricar el PassengerBird, tampoco existía un lugar adecuado para desarrollar el tratamiento médico. Sin embargo, una vez que se empieza a acumular cierta clase de riqueza, comienzan a despuntar aquí y allá nuevos brotes, y el resultado final es que se forma un territorio que reúne una serie de grandes corporaciones.

Cierto que, durante la época del Maelstrom, Irak había sufrido la experiencia de la guerra nuclear, por lo que no cabe duda de que existía una abundante cantidad de casos que podían ser objeto de la investigación médica. Sin embargo, en aquella época eso era algo que sucedía en todos los países afectados por los estragos nucleares. El hecho de que se establecieran ventajas fiscales para la industria médica o también el que se rebajaran las exigencias éticas y legales sobre la experimentación con seres humanos tampoco eran razones suficientes para que desde hace décadas se prolongase en Bagdad la gran burbuja del tratamiento médico, para el nacimiento en pleno centro del desierto de este estrafalario oasis de la medicina. Por tanto, al final solo cabía conformarse con el oxímoron de que los capitales se concentraron allí porque se concentraron.

La división en zonas había sido realizada por las compañías llamadas Military Resources Suppliers (MRS) civiles, contratadas por los consorcios de la industria farmacéutica.

<listado: compañía>
<c: Security Artz S. A.>
<c: Haddshield S. A.>
<c: Eugene & Krupps S. A.>
<c: etcétera, etcétera>
</listado>

La vigilancia y seguridad de las instalaciones dependía de esta clase de MRS.

Entre finales del siglo xix y principios del xx, hubo un tiempo en que los ejércitos pertenecían a su correspondiente nación, pero a la vez que las naciones se fueron debilitando, la competencia sobre el poderío militar se fue trasladando a las MRS y las MIS. Aun así, como en la mayoría de los casos el cliente que formalizaba el contrato era el organismo del Tratado de Ginebra que unía sus manos con los Biogobiernos de todo el mundo, en la práctica no había demasiada diferencia con los tiempos en que los ejércitos «pertenecían» a la nación.

Llegué al portón de la SecWall, que, con un perímetro de unas decenas de kilómetros, rodeaba el sector médico, y finalicé el proceso de reconocimiento con el guardia del ejército médico vestido de uniforme color rosa. Aparte de la identificación, el proceso incluía cumplir con dos obligaciones básicas: declarar que se asumía que, una vez fuera del área en cuestión, no se podía garantizar tu seguridad y que debías desconectar el WatchMe. Una vez aceptadas esas dos condiciones, se autorizaba a salir del área dividida en zonas mediante el reconocimiento de dicha declaración jurada.

Así pues, de aquí en adelante me adentraba en un mundo al margen del WatchMe, del Medicare y de la realidad aumentada. Un mundo que mantenía las mismas caras de antaño, de barracas,

barracas y barracas, junto a edificios medio podridos y una multitud acostumbrada a ver ese paisaje.

Una ciudad donde apenas se detectaba el olor de la vida de los Biogobiernos era algo diferente.

Eso significaba que el aire estaba repleto de moléculas olorosas.

Personas que fumaban tabaco sentadas junto a la acera, y además que fumaban con unos artefactos que nunca había visto, similares a enormes instrumentos musicales. Pescado, cordero, toda clase de alimentos que despedían olores. Me hallaba en un mercado. Me metí en un establecimiento de comidas que tenía cerca y pedí un menú que, tanto por sus ingredientes como por sus calorías, podía encerrar cierto riesgo. Puesto que vi que encima de la mesa había un cenicero, hice un gesto al dueño del local indicando que quería fumar tabaco. Y como me trajo tabaco y un mechero, coloqué el mensaje de antes encima del cenicero y le prendí fuego con el mechero. Así, así. Hacía tiempo que tenía ganas de representar por mí misma esa escena.

<relajo>

Esta es la vida al margen de los Biogobiernos… Me sumí en una profunda emoción.

A pesar de que muy cerca se alzaba un lugar que bien podía calificarse de cuartel general del mundo del tratamiento médico, la mayoría de la gente de Bagdad no se había metido en el cuerpo el WatchMe ni estaba conectada a un servidor. Así que, como lo más natural del mundo:

<listado>
<i: contraían resfriados>
<i: sentían dolores de cabeza>
<i: enfermaban de cáncer>
<i: morían entre los sesenta y setenta años de edad>
</listado>

Fumé por primera vez un puro desde que estuve en Níger. A lo mejor no estaría mal vivir aquí. Claro que no tenía mucha confianza de hasta cuándo los Biogobiernos dejarían en paz a esta pobre gente.
Un rato después, me trajeron un plato de pescado. Parecía una de esas carpas que nadan en el río Tigris, que teníamos justo al lado, abierta por la espalda, asada y con una guarnición de algo que parecían bolas de masa de pan con unos cuantos dátiles.

<listado>
  <i: calorías>
  <i: ingredientes>
  <i: y riesgo>
</listado>

Qué sencillo y qué bello era el aspecto de una comida cuando la realidad aumentada no empezaba a gimotear ante su visión. «Qué pinta tan deliciosa», murmuré inconscientemente.
Estos dátiles, antiguamente, o quizá ahora también, eran un alimento incomparablemente fresco y preciado para los pueblos del desierto. Por eso mismo, en la Biblia eran utilizados como símbolo de la belleza o de la victoria. Al parecer, se dice que cuando el cristianismo hablaba del árbol de la vida, probablemente se refiriera a la palmera datilera. Cuando Jesucristo entró en Jerusalén, fue recibido entre vítores por la población con hojas de palmera. Estos frutos eran la prueba de la vida y de la fe. ¿Que por qué conozco yo todo esto? Porque la palmera datilera está dibujada en el emblema del Departamento de Inspección de Espirales. Parece que realmente es un fruto muy relacionado con la esfera del cristianismo. Pero, con todo, dado que también en el Corán o en el Gilgamesh aparece como un símbolo de la vida, puede decirse que hasta cierto punto su carácter simbólico en este sentido es de alcance general.
Había mucha gente. Suponía un gran contraste con los lugares regidos por los Biogobiernos, donde aquella «declaración» había provocado que la mayoría de la gente se encerrase en sus casas. Las personas que se

encontraban aquí, para empezar, probablemente ni siquiera habían oído aquella noticia. Quienes tenían miedo eran los cientos de millones de personas que se habían instalado el WatchMe en el cuerpo, los habitantes de la esfera vital que cargaban con el ochenta por cien de la economía del planeta. La gente de Irak, que no tenía nada que ver con el WatchMe ni con las *medimoles*, hacía su vida como de costumbre en el anochecer de la ciudad.

El lado interior del portón y el lado exterior. Qué vida tan diferente en uno y otro. La gente que había dejado en manos de una entidad externa su propio cuerpo, desmembrando sus funciones tal y como le requería la sociedad. Del otro lado, la gente que no dejaba su cuerpo en manos de nadie. Mientras yo acometía el plato de pescado de río, llamado *masgouf*, el dueño del restaurante me trajo un yogur bastante aguado. Más que venir a modo de postre, era como un plato de comida más. El hombre dejó caer el plato pesadamente sobre la mesa de madera y volvió a meterse en la trastienda.

</relajo>

Entonces descubrí que debajo del plato de yogur me había dejado un papel. Al leerlo, vi que su escueto contenido, escrito en japonés, decía: «Hacia el río».

Hice una seña al dueño para que volviese a traerme un mechero y quemé sobre el cenicero ese nuevo trozo de papel. Al terminar de comer el *masgouf*, salí a la calle y, para intentar despistar en lo posible al hipotético perseguidor que temía la persona que me envió los mensajes, me metí entre la multitud.

Esta calle donde se encontraba el mercado antiguamente era la zona del bullicio.

Abu Nuwas.

Ese nombre que venía en el trozo de papel correspondía a esta calle del mercado. Abu Nuwas era un gran poeta árabe y se dice que, a pesar de que la sociedad islámica prohíbe el alcohol, era un gran amante del vino y las mujeres. La poesía de este hedonista, Abu Nuwas, fue prohibida por la ley islámica, pero él ignoró

deliberadamente la lista de prohibiciones, ya que le gustaba causar impacto en la sociedad. Es decir, que ya hace casi dos mil años, en estas tierras árabes hubo un hombre que se enfrentó a unos dogmas muy similares a los de la sociedad vidalista actual.

«Un lugar perfecto para un encuentro secreto», pensé mientras daba vueltas a mi falta de valor por seguir día a día los dictados del vidalismo, a pesar de lo deprimente que me parecía, y por dejar que en un modo u otro dicho vidalismo afectase a mi posición.

Comprobando cuidadosamente que no me siguieran, salí de Abu Nuwas para llegar a la ribera del río, ya a oscuras. Era un espacio muy amplio, una simple extensión de arena hasta donde corría el agua. Me pregunté si quien me citaba sería Gabrielle Eding o la mismísima Myaha Mihie. En la penumbra del Tigris, las pocas luces existentes proporcionaban un entorno ambiguo donde la frontera entre el cielo y yo o entre el resto de la gente y el cielo se volvía borrosa.

—Me pregunto si sabes por qué a esta región se le llama Mesopotamia —dijo una sombra agazapada junto a la orilla.

Una voz que recordaba bien.

—Mesopotamia quiere decir «la tierra entre ríos». Sabes cuáles son, ¿verdad?

—El Tigris y el Éufrates, ¿no?

—Exactamente.

Entonces, se acercó un hombre vestido con un traje ya desgastado. El inútil que hace trece años nos abandonó a mi madre y a mí para venirse a Bagdad. Mi padre.

05

—Me alegro de que hayas podido venir hasta aquí.

Esa frase tan decepcionante fue todo lo que dijo mi padre. Seguía siendo el mismo. El paso de trece años había marcado ciertos rasgos de vejez en su rostro, pero se reconocían los rasgos de ese padre mío que cierto día fue vapuleado verbalmente por una señora y que se marchó sin más después de que yo estuviese a punto de morir por las pastillas de Myaha.

—Ha sido un gran esfuerzo poder llegar hasta aquí —le contesté —. Ha muerto muchísima gente.

—Sí, yo también he oído hablar de ello. El mundo entero está en una grave situación. Es muy lamentable.

—Lamentable… ¿Acaso no has sido tú quien le ha dicho a Myaha que mate a toda esa gente?

—Eso no es cierto —contestó mi padre, recortado contra el sol de Bagdad, que ya terminaba de ponerse.

—Durante estos trece años, ¿has estado todo el tiempo aquí? —pregunté mirándolo de frente.

Mi padre hizo un gesto negativo con la cabeza.

—A veces también he salido por ahí fuera. Con la identificación que me proporciona esta organización, puedo ir a casi cualquier parte del mundo sin que se sepa que soy yo.

—Organización. ¿Qué es eso de «organización»?

—El *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*… La única organización que puede, en sentido literal, controlar este

mundo. Aquí, en Dian Cécht, se albergan todos los recursos de computación y todo el plan médico necesarios para ello.

—¿Qué significa eso de controlar el mundo?

Mi padre comenzó a caminar lentamente por la orilla del río. Me situé hombro con hombro con él, acompañándolo para no perderme una sola palabra de lo que dijera.

—¿Qué te han contado Saeki y Eding?

—Que lo que llamamos voluntad de las personas es una palabra para indicar la totalidad de un estado en el que están compitiendo una serie de agentes del sistema de recompensa que existe en los ventrículos laterales y los núcleos cerebrales que hay en el mesencéfalo[11]. Que el comportamiento del sistema de recompensa humano, siguiendo una curva de descuento hiperbólico, es lo que determina nuestra voluntad.

—Eso es. En líneas generales, puede considerarse así.

Según iba desapareciendo la luz del sol, bajaba la temperatura. El calor del día parecía mentira. Me froté un poco las manos para mitigar el frío que sentía. Qué bien hice en ponerme una chaqueta.

—Y entonces, vosotros estáis investigando acerca de ello, ¿no?

—No. La investigación ya casi ha finalizado.

Me sentí confusa. Entonces, ¿qué demonios se encontraba haciendo esa organización llamada *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*? ¿Para qué se suponía que estaba trabajando mi padre?

—El objetivo de nuestra organización es prepararse. Prepararse para ese día del desmoronamiento que quizá llegue, conservar la tecnología necesaria para ese día, mantenerla en secreto y, si por una posibilidad entre mil llega el momento, esparcir la semilla. Ruego por que, a ser posible, no llegue ese día, pero parece que Myaha y los suyos abrazan ideas un tanto diferentes.

—Explícame eso.

—Hmm… Por lo que veo, entiendes el comportamiento del sistema de recompensa humano. Y también que eso es lo que crea

la «voluntad».

—Así es. El profesor Saeki me lo explicó comparándolo con las discusiones de una reunión.

—Bien, nosotros también solemos usar esa comparación. La voluntad humana es, verdaderamente, esa situación general de competencia de opciones que se da en el sistema de recompensa. Y se genera basándose en una directividad irracional que sigue una curva hiperbólica de descuento. Sin embargo, lo importante es que estas injerencias mutuas en el sistema de recompensa adoptan una estructura recurrente aparejada con una retroalimentación. Los resultados de la decisión hacen que el sistema de recompensa realice un proceso incesante de transformaciones y correcciones. Los resultados ejercen una influencia sobre el sistema de recompensa y este a su vez evoluciona de manera que lleva a otros resultados, en un proceso cíclico. Por eso, una pequeña desviación en la elección puede ir ampliándose cada vez más hasta que el caos generado se redoble cíclicamente. Ahí reside el motivo de que la voluntad humana no se estabilice ni responda a la lógica, por lo que es difícil de predecir. No sé si lo entiendes…

—Creo que sí.

—Se nos ocurrió que, si podíamos controlar el sistema de recompensa del mesencéfalo mediante moléculas medicinales, podríamos controlar las elecciones, decisiones, emociones o pensamientos del ser humano. Eso fue un poco antes de que tú nacieras. Por aquel entonces, controlar la voluntad humana era una cuestión pendiente de extrema importancia para la OMS y una parte de la clase dirigente de los Biogobiernos.

Comprendía aquel asunto. El miedo que sentían los ancianos.

Aquel miedo hacia el caos.

El miedo a que la gente perdiera la razón.

Las revueltas y las matanzas étnicas se repetían y muchas de las cabezas nucleares sustraídas estallaron a lo largo de la superficie del planeta. Era el miedo hacia aquellos tiempos.

—Ya, por el Maelstrom… —murmuré.

Mi padre asintió.

—Así es. En aquella época, una serie de personas pensaron lo siguiente: para evitar que los seres humanos vuelvan a sumirse en un caos irracional, hay que establecer una red de seguridad. Entonces, contactaron con nosotros. Porque creyeron que quizá nosotros encontraríamos la forma más prometedora de salvar la voluntad humana de caer en el salvajismo. Ancianos con mucho poder en la cúpula de Biogobiernos, dirigentes de la OMS, vidalistas pertenecientes a los grandes consorcios farmacéuticos… Así nació el *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*.

Eso no era un mero organismo de investigación.

Constituía algo que, en cierto sentido, tenía más poder que la ONU. Bueno, no solo eso, sino más que la OMS, que ya de por sí estaba por encima de la ONU. Así pues, los ancianos con gran fortuna y poder desperdigados por el mundo y asustados por el Maelstrom, pertenecían al seno de la OMS, de la ONU y de los Biogobiernos, pero al mismo tiempo eran miembros del *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*.

—Sostenida por un abundante capital, nuestra investigación avanzó a buen ritmo. En un tiempo más o menos corto, conseguimos desarrollar moléculas medicinales que atravesaban la barrera hematoencefálica.

—¿Pero qué dices?

—Hoy día, la gente todavía siente una fuerte repulsión hacia el hecho de que alguien pueda actuar sobre su cerebro. Lo de que la barrera hematoencefálica protege el cerebro de las moléculas medicinales es un concepto erróneo que difundimos nosotros a propósito. Si se rebusca entre los trabajos de investigación acerca de la tecnología de las moléculas medicinales, seguro que podrán encontrarse varios que hablan acerca de cómo hacerlo. Es una información que está a la vista del público. Lo que hicimos nosotros fue regular dicha información sepultando esos trabajos de

investigación bajo un aluvión de otros diferentes, de manera que fuera difícil que llamaran la atención. El problema no estaba en la barrera hematoencefálica. Ese punto lo solucionamos enseguida recubriendo las moléculas medicinales con un «rebozo» muy similar al de las enzimas o a algunas proteínas, que sí atraviesan la barrera. El problema, Twan, estaba en la orientación misma de nuestra investigación.

Recordé unas palabras de Eding: estaban construyendo un modelo detallado basado en la curva hipérbola de descuento acerca del sistema de recompensa del mesencéfalo. Si se combinaba eso con el control del mesencéfalo mediante *medimoles*, ¿no significaba entonces que sería posible manipular la voluntad humana o, todavía más, la consciencia misma?

¿Qué habría querido decir con eso de la orientación?

—A mí me parece que el gran problema es el mero hecho de intentar controlar la voluntad humana.

—Sí. Ya pensé que me dirías eso. Sin embargo, prueba a pensar en lo siguiente: si ahora, con objeto de evitar la aparición de enfermedades, las personas están controlando su cuerpo a diario mediante las *medimoles*, ¿dónde está el motivo por el que no se deba controlar el cerebro para evitar los pensamientos dañinos?

<confusión>

La libre voluntad. Lo tenía en la punta de la lengua cuando dudé en decirlo.

El ser humano ha luchado sin cesar por someter la naturaleza.

Ha construido ciudades, ha construido sociedades y ha construido sistemas.

Todo ello ha sido el resultado de la manifestación de la voluntad humana, que ha querido que el conjunto de elementos imprevisibles que conforman la naturaleza quedara sujeto en un marco que pudiera ser previsto y controlado. Después, con objeto de sobrevivir en la era de la bomba nuclear y las epidemias, el ser humano intentó controlar los últimos resquicios de la naturaleza y, en líneas generales, se alzó victorioso.

Instaló en el interior de su cuerpo moléculas medicinales y las conectó a un servidor de gestión de la salud.

A continuación, se esforzó a conciencia por erradicar de la sociedad los hábitos «malos para la salud». De esa manera, el ser humano había terminado por vencer sobre esa parcela de la naturaleza que era su propio cuerpo. Exceptuando, eso sí, la cuestión del envejecimiento.

Entonces, puesto que el cerebro es una parte del cuerpo, ¿dónde residiría el fundamento de que no se debería controlar eso también? Notando que había perdido los argumentos, me senté en la arena de la ribera. Me quedé mirando cómo a lo lejos unos niños jugaban con un perro.

Si es que en aquel perro existía voluntad, ¿dónde estaba el motivo por el que a nuestra alma se le debía respeto, pero a la del perro no?

</confusión>

—Para los ancianos que sobrevivieron al Maelstrom, la voluntad del ser humano es más que naturaleza en su estado más salvaje. La sociedad de los Biogobiernos insiste a sus miembros consensuados en que se graben sin cesar en el corazón la consciencia de su carácter público y de recurso. Que por su propia voluntad se avengan a respetar dicha disciplina y dicho «ambiente». De esa manera, hemos conseguido construir la sociedad donde menos gente muere desde que comenzó la historia de la humanidad, la más igualitaria, la más pacífica, la que rebosa más amor.

Los olores del mercado llegaron también hasta la orilla del Tigris.

<listado: comidas>

<c: la carpa asada que comí antes, *masgouf*>

<c: carne de pollo que se come con pan, *tashreeb*>

<c: carne de cordero con arroz, *quzi*>

<c: pinchos de cordero asado, *kebab*>

</listado>

Este era el olor de una serie de platos expulsados de nuestro mundo. El mundo hacia el que Myaha guardaba rencor. Sentía una violenta inquina hacia la clase de sociedad que acababa de describir mi padre. Ese elevadísimo panteón de la salud, la paz y la afectividad que había alcanzado la humanidad no lo veía ella como algo elevado, sino que lo consideraba odioso, una mazmorra que debía abandonarse.

Esa sociedad compuesta por cada uno de los individuos era algo con lo que se ataba uno mismo de un modo aterrador, un panorama espantoso por el que se seguían unas normas invisibles que no existían en ninguna parte. Así había venido considerándolo ella.

¿Amor? Ni de broma.

¿Afecto? Ni de broma.

¿Consciencia de recurso? A la porra.

Este cuerpo no está aquí ni para el Biogobierno ni para vosotros; es solamente mío.

Estas tetas y este culo, tooodo esto, es solo de Myaha Mihie.

Cuando yo era una estudiante de bachillerato, compartía este sentimiento con Myaha. Caí bajo su influencia. Y seguramente todavía hoy, en alguna parte del fondo de mi corazón, seguía pensando igual.

No obstante, cuando comencé a dedicarme a un trabajo como el de inspectora de espirales, en esa zona gris entre la ética y el salvajismo que son los campos de batalla, conseguí un ambiente en el que podía fumar tabaco relajadamente y gracias a eso pude reconciliarme con la sociedad. Los únicos lugares menos asfixiantes que la sociedad existían solo en torno a los campos de batalla, pero ni yo sentía el menor deseo de participar directamente en los combates.

Lo único que sucedía es que había encontrado un lugar donde encajar, a medio camino entre Myaha y la sociedad.

Sin necesidad de que varios miles de personas intentaran suicidarse simultáneamente, los informes de los Biogobiernos ya

mostraban que el porcentaje de suicidios entre los jóvenes iba aumentando cada año.

Gran cantidad de niños...

<listado: acción>
<a: se cortaban las muñecas>
<a: se ahorcaban>
<a: se tiraban desde las alturas>
</listado>

Las almas que estaban a punto de ser aplastadas por la sociedad no eran sino las almas que carcomían la propia sociedad.

Las almas que no podían encajar en la sociedad.

Las almas de los niños que deseaban enfermedades, deseaban heridas, deseaban dolor…

Con una clara intención de herir con mala voluntad aquella vida que era lo que más debía respetarse. Algo en esta sociedad estaba equivocado. En el fondo del corazón, la gente comenzaba a notarlo poco a poco, pero la situación no había llegado al umbral que llevaba a verbalizarlo. Porque conscientemente se dedicaban a aplastar con todas sus fuerzas las pequeñas impresiones de anormalidad que surgieran.

En pocas palabras, yo había conseguido encontrar un pequeño espacio intermedio entre las normas y el caos, y me encontraba flotando en él.

De vez en cuando, sentía que me había convertido en un *doppelgänger* de Myaha.

Sin embargo, ni que decir tiene que eso era mentira. No hacía más que imaginarme unilateralmente que una Myaha adaptada a la sociedad sería alguien como yo.

—El motivo por el que recurrí a Myaha fue, entre otras cosas, porque ella era un punto nodal del estrés que genera esta sociedad. Pensé que, si conseguíamos dominar su cerebro, una voluntad tan inquebrantable como la de Myaha cuando se encaminaba decidida

hacia la muerte, seríamos capaces de dominar la voluntad de cualquiera. En aquella época recogimos muchos niños de esa clase para llevar a cabo con ellos un «tratamiento». Los jóvenes suicidas que iban aumentando de año en año… En especial, nos centramos en reunir a aquellos jóvenes que probaron el método de morir poco a poco mientras contemplaban cómo su cuerpo se debilitaba por comer en exceso o en defecto. Con objeto de establecer en el cerebro humano una voluntad capaz de funcionar con armonía, llamamos *Programa Harmony* a la tecnología y el sistema necesarios para ello. Los experimentos que llevamos a cabo con Myaha y otros niños de condiciones similares fueron pruebas para verificar los límites de este programa.

Sentí cómo en mi interior brotaba una furia irracional. No era porque Myaha hubiera sido convertida en sujeto de un experimento semejante. La cuestión era: ¿por qué no había sido yo la elegida?

Por supuesto que conocía de sobra la respuesta. Aquellos adultos deseaban alguien con una desesperanza lo más profunda y lo más primordial posible. Probablemente se hallaban a la espera de esos perfiles tejiendo una red que abarcaba gran cantidad de centros de emergencias éticas o de terapias. En aquellos tiempos había una cantidad innumerable de menores de edad que probaban a suicidarse una y otra vez, situación que se prorrogaba hasta ahora.

Mi padre había sabido descubrir en Myaha ese pozo insondable.

La desesperanza que yacía en sus ojos.

Ese acantilado donde, en palabras de Kyan, «se sostenía en un punto muy frágil, cercano al borde».

Eso era precisamente lo que mi padre y sus compañeros necesitaban controlar.

<furia>

Por eso mismo nos había abandonado a mi madre y a mí para trasladarse a Bagdad. Reconozcámoslo. Ciertamente, sentía algo similar a los celos. Porque, como todo el mundo sabe, cuando un niño no resulta elegido, ya sea en el asunto que sea, se enfada terriblemente. En cualquier caso, lo

que estaba haciendo esta gente resultaba demasiado grotesco. Póngame una docena de niños desesperados.

</furia>

—Qué despreciable… —le dije a mi padre.

—Sin embargo, si no los hubiéramos salvado nosotros, probablemente aquellos niños habrían continuado en una situación en extremo peligrosa. Hubieran vuelto una y otra vez a intentar suicidarse y quizá un día llegasen a conseguir lo que buscaban.

—Eso es un sofisma —le contesté con dureza—. Lo único que haces es sustituir a propósito el resultado por el objetivo.

—Supongo que sí. Lo cierto es que no puede decirse que aquello que hicimos saliera precisamente a la perfección.

—¿Qué significa eso?

—*Harmony* tiene unos graves efectos secundarios que no pudimos prever. Mejor dicho, si llegáramos hasta el final desde un punto de vista lógico, quizá sea más exacto decir que deberíamos haberlos previsto. Sin embargo, se trató de algo de lo que no teníamos la menor idea.

De repente, llegué hasta la respuesta.

Efectivamente, bastaba un razonamiento a fondo para comprender que era natural que sucediese algo así. Si se creaba armonía en el sistema de recompensa, eliminando el conflicto entre todas las opciones y haciendo que todas las acciones resultaran obvias por igual… ¿Qué significaría eso? Una pregunta sobre el sentido de la propia existencia.

—La consciencia se extinguió, ¿verdad?

06

La extinción de la consciencia.

Cuando dije eso, mi padre me miró a los ojos con expresión de sorpresa. Durante unos momentos pareció haber perdido el habla, como estupefacto.

—Así es. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque con aquella metáfora de la reunión comprendí en qué consiste poseer una consciencia —le contesté.

Yo misma me encontraba sorprendida del modo tan fluido en que había llegado hasta mí la lógica conclusión. Sin dejar de mirar el sorprendido rostro de mi padre, proseguí:

—Si la opinión de todos los participantes en esa reunión es igual y el papel recíproco que desempeñan en ella ha sido regulado a la perfección, para empezar, no habría necesidad ni de celebrar dicha reunión. He comprendido que si, en vez de trazar una hipérbola del sistema de recompensa donde el valor correspondiente al presente se halle aumentado en extremo, mostramos un estado perfectamente armonizado mediante una curva exponencial de carácter lógico, el resultado del experimento es, en pocas palabras, una situación sin consciencia. Esto es algo que, ciertamente, no se puede prever en los experimentos con animales.

Lo que mi padre había intentado crear.

Unos seres humanos de comportamientos obvios, adaptados para resistir el estrés de la sociedad vidalista. Pero, si tienen solo comportamientos obvios, eso implica también que no necesitan tomar decisiones. Si el sistema de recompensa se comportara de

forma exponencial, de manera que el descuento del valor fuese completamente lógico, ¿no tendríamos entonces que la voluntad para tomar decisiones resultaría innecesaria, que la consciencia resultaría innecesaria?

¿No era para reírse que esta conclusión a la que yo había llegado de modo tan sencillo no hubiera sido imaginada por nadie de aquel grupo de investigación, empezando por mi padre?

El olor de las calles, de los alimentos con especias, cocidos o salteados, que llegaba de la dirección de Abu Nuwas, se extendía por la vasta ribera del Tigris. Al lado del agua, los niños continuaban jugando con el perro.

—Nosotros informamos a las personas que participaban en el grupo de trabajo y a los patrocinadores del resultado que cabría esperar. Que una armonía perfecta desembocaría necesariamente en que no haría falta ser consciente de nada. Que la consciencia, en verdad, es algo que existe con objeto de regular las ventajas e inconvenientes de los muchos agentes que subyacen en el inconsciente del cerebro, o, en otras palabras, que nuestra consciencia y nuestros actos son el resultado de un conflicto del que no somos conscientes. Y que una voluntad nacida de una situación armonizada implica un estado en el que todas las acciones son obvias y entonces la voluntad misma que se precisa a la hora de decidir los actos no exista. Que, si uno pretende conseguir una persona perfecta, el resultado es que la consciencia se vuelve innecesaria y se extingue.

Qué ironía la de esta historia. Nuestra alma no era más que el producto de los juicios sobre el valor de las cosas, según una curva hiperbólica que la evolución había ido encadenando cada vez que se daba la situación de tener que elegir. Un ser humano perfecto no tendría necesidad de un alma en sí misma.

—¿Y qué sucede si desaparece la consciencia? ¿Se está uno sentado todo el día en una silla con la mente en blanco?

—No, no es eso. Se pueden hacer compras, comer, divertirse, pero solo eso, opciones que son obvias. La cuestión es si resulta

necesario un proceso para decidir o se hace solo lo que es obvio, la diferencia entre un mundo donde es necesario hacer trabajar la consciencia y otro en el que no. ¿Sabes una cosa? Las personas no tenemos ningún impedimento para seguir existiendo sin consciencia ni voluntad. Todos seguiríamos viviendo normalmente, nacerían nuevas personas, envejeceríamos y moriríamos. La única diferencia es que careceríamos de consciencia. La consciencia y la cultura apenas tienen nada que ver. Por el aspecto externo, no se distingue en absoluto si la persona en cuestión tiene consciencia o solo se comporta como si la tuviera. Ahora bien, como el sistema de valores del segundo caso ha sido programado de manera que armonice perfectamente con la sociedad, disminuirían en gran medida los suicidios y se eliminaría por completo el estrés que acarrea la sociedad de los Biogobiernos.

Myaha y los otros habían pasado por esa situación debido a los experimentos de que fueron objeto. Un estado en el que había desaparecido la consciencia.

Cientos de millones de personas vivían en este planeta. A través de su largo camino evolutivo, en algún momento, en algún lugar, el ser humano adquirió «voluntad». La evolución es algo que depende en gran medida del azar. Se conservan los genes que mejor se adaptan al entorno que va surgiendo en cada situación. El resultado de esa serie de adaptaciones, por así decir, del entramado de esas adaptaciones, es el ser humano existente hoy en día, así como esa extraña función implementada en él que es la consciencia.

—Cuando «regresó», Myaha dijo que se había sentido extasiada —contó mi padre con una sonrisa amarga—. Durante el tiempo que había perdido la consciencia, Myaha comía normalmente, estudiaba o hablaba con nosotros. En suma, llevaba una vida tranquila. Cuando le devolvimos la consciencia, dijo que no recordaba nada de aquel período de tiempo. Pero que sí tenía la vaga impresión de que había estado envuelta en un mundo de felicidad y experimentado una especie de éxtasis.

Me dio la sensación de que eso sí podía entenderlo. Comparados con las personas, a menudo los animales nos dan la impresión de que son más felices. Alguien dijo que un pájaro que se cae de una rama no es consciente de su miserable condición. Probablemente, lo que Myaha experimentó fue la situación cerebral del ser humano en un tiempo muy anterior a la adquisición de la consciencia, un mundo que todavía no se había adentrado en laberintos como el de la introspección o el de adaptar el comportamiento al de los demás.

Me puse lentamente la mano sobre los ojos a modo de visera, como si quisiera que la acariciasen los últimos rayos de sol.

En alguien con una capacidad de decisión perfecta no existe necesidad de consciencia y, por tanto, no existe.

—¿Intentabais implementar eso en todos los seres humanos del planeta? O, aunque no fuera en toda la humanidad, sí en todos aquellos conectados al WatchMe… ¿Queríais robarles la consciencia?

—No… Eso no es así.

Tras decir eso, mi padre comenzó a caminar hacia la ciudad, hacia Abu Nuwas.

—La desaparición de la consciencia. Tratándose de algo tan trascendente, no podíamos llegar a una conclusión solo entre nosotros. En cierto sentido, se trataba de una condición equivalente a la muerte. Había que preguntarse si estaba bien imponer algo así a los cientos de millones de personas que viven en este planeta.

—Depende también de lo que se entienda por muerte —comenté yo.

Ciertamente, existe la propensión a creer que la consciencia lo es todo en uno mismo, a pensar que se cuenta con una consciencia previsible y que es una función que controla las cosas y, además, que eso se puede aplicar a todo. Aunque al cuerpo físico no debe de gustarle mucho esa opinión.

Nos adentramos entre la multitud que atestaba la calle. No todo eran establecimientos de comida; había además ferreterías, tiendas

de telas o también de alfombras. Gente de todo tipo de profesiones trabajaba afanosamente en medio de aquel mar de olores.

—Pedimos que la decisión fuera tomada por la OMS y una parte de los dirigentes de los Biogobiernos —continuó mi padre—. El resultado fue la elección de una opción intermedia. Implantaríamos dicha función en la gente, pero la dejaríamos sin activar. Sí, también en mi cerebro y en el tuyo se halla implementada una red de *medimoles* capaces de controlar el sistema de recompensa para que, si llega un momento en la historia de la humanidad en que vuelva a asomar su rostro un caos como el del Maelstrom, se pueda poner en marcha el *Harmony* como si fuera un refugio de emergencia.

<furia>

Alabado sea Dios. Un dispositivo de aleluya automático, que nadie había pedido, se hallaba instalado en nuestro cerebro. Se encontraba fuertemente enraizado en las sinapsis de los ventrículos y los nódulos cerebrales y no se podía arrancar.

<música:nombre=Messier:id=2y6r58jnjhu7451ll0eo99>
<Aleluya>
<Aleluya>
<Aleluya>
<Aleluya>
<Aleluya>
</música>

Una palabra de los rezos que se murmuraban por ahí.
Desde que Dios otorgó a la humanidad esa cosa tan fastidiosa de la propia consciencia, había estado torturando a los suicidas y a los literatos, pero ahora por fin íbamos a conseguir prescindir de ella. Y, después, podríamos sumirnos en un éxtasis primordial y pasar los días alabando el reino de Dios.
Aleluya.

</furia>

—Padre, fabricas un sistema que puede matar nuestra consciencia en vida, que se arroga el derecho de dárnosla o quitárnosla… ¿Y a Myaha se la has quitado por completo? ¡Déjate ya de bromas de mal gusto!

—Ya pensaba que me dirías eso. Aunque antes nunca habría creído que tú, que en los tiempos de adolescente sufrías en tu propia carne esa misma desesperanza, llegaras un día a hablar así. Pero, en fin, ya supongo que la mayoría de las personas no desean perder la facultad cerebral que les dice que «yo soy yo». Por más daño que eso pueda causar a la sociedad. Por eso la OMS o los ancianos de los Biogobiernos que tiemblan ante aquel retorno a los oscuros tiempos medievales que fueron el Maelstrom no presentaron este asunto en ninguna discusión pública ni en sesiones de ética, optando por desarrollarlo en secreto.

Si un día quisieran hacerlo…, podrían arrebatar la consciencia a la humanidad.

Nos convertirían en personas sin necesidad de consciencia, que solamente hacen lo que es debido.

Podrían ascendernos a la categoría de «humanos perfectos».

—Si un día quisierais hacerlo…

—Eso es. Por el momento no es nuestro deseo hacerlo. Por mucho que esta sociedad vidalista, con su pacífica, invisible y soterrada opresión, genere una montaña de suicidas, aun así tienen que existir formas sociales de solucionar el problema. Nosotros lo creemos así y por eso mismo hemos llegado hasta aquí sin apretar el botón final del *Harmony*. Aunque me repita, te digo que no sentimos deseos de hacerlo.

—¿Y Myaha Mihie sí quiere hacerlo?

Mi padre se paró en seco y, de improviso, tomó entre sus manos una cazuela que había en la ferretería. Mientras la miraba de hito en hito, dijo:

—Oye, Twan…, ¿conoces la historia de la isla donde la gente se comunica con las manos, mediante señas?

De pronto mi padre salía con otro tema.

—No, pero ¿eso qué tiene que ver con lo que estábamos hablando?

—La gente procedente de Estados Unidos que colonizó la isla de Martha's Vineyard estaba bastante apartada del continente y en la isla se hizo frecuente la endogamia. El resultado fue que aumentaron los casos de sordera por tener ambos padres genes recesivos y dicha pérdida auditiva por motivos genéticos fue pasando de generación en generación hasta que se extendió por la mayor parte de la isla. Se llegó a una situación en que lo raro era que alguien oyese. Los habitantes de la isla se comunicaban por gestos. El lenguaje de gestos era la forma básica de comunicarse. Nadie veía inconveniente en ello. Allí, la gente como nosotros, los que podemos oír correctamente, eran los marginados. Se desarrolló una cultura que no necesitaba de la capacidad auditiva.

—Pero ¿qué relación tiene eso con nuestro tema?

—Pues Myaha Mihie.

—No pretenderás decirme que es como si ella sufriera de pérdida de capacidad auditiva, solo que en su caso es lo que podríamos llamar minusvalía de voluntad o falta de consciencia, ¿no?

—Por supuesto que en ella existe una consciencia. Pero lo que sucede es que en ella no pasa de ser un rasgo adquirido *a posteriori;* es diferente de la nuestra.

<conmoción>

«*A posteriori*», había dicho mi padre.

Aquella Myaha Mihie que me entendía, que me fascinaba, a la que prometí morir juntas.

Y mi padre decía que su consciencia no era de nacimiento, sino algo adquirido después, en el transcurso de su crecimiento.

—¿Qué significa eso? —pregunté golpeando con las uñas la cazuela de hierro que sostenía mi padre.

Se oyó un «kaan» que fue como un límpido reverberar metálico que atravesara la cabeza.

—Hace unas décadas, en mitad de la guerra entre Rusia y Chechenia, se descubrió cierta minoría étnica. Se trataba de una nueva raza, que hasta entonces no había aparecido en la historia de la humanidad. Aquella tribu minoritaria recibió la influencia del pueblo checheno circundante en lo que respecta a vestimenta, hábitos alimenticios, cultura y lenguaje, pero formaban una comunidad que hasta entonces no se había mezclado con otras razas y que vivía entre escarpadas montañas, repitiéndose entre ellos los cruces endogámicos.

—¿Pero qué me estás contando, padre? No querrás decir que…

—Eso mismo. En aquella raza existía cierto gen recesivo. Se trata de un gen que también aparece entre nosotros en algún caso raro, pero como su proporción es muy baja, resulta prácticamente imposible que en un matrimonio se dé la coincidencia de que ambos cónyuges lo posean, y por eso casi nadie había reparado en él. El factor recesivo resultante consiste en la ausencia de los genes que crean la consciencia. Lo cierto es que también entre nosotros ese fenómeno puede darse, pero en una proporción de uno por cada doscientos o trescientos millones. En esos casos, nacen niños sin la capacidad de formar una consciencia. Sin embargo, entre los miembros de aquella etnia minoritaria de Chechenia, la mayoría eran los que carecían de consciencia.

—Pero entonces su vida, su cultura…

—Una vez que se descubrió su presencia, hicimos con ellos diversas pruebas. Tenían capacidad de decidir sobre las cosas de un modo verdaderamente racional. No sucedía como con nuestras gráficas sobre las apreciaciones de valor de la gente común, en las que, siguiendo una curva hiperbólica, se exagera de un modo irracional el valor de lo que se tiene delante. En su caso, la curva era realmente exponencial. Su comportamiento seguía las pautas obvias y, para las condiciones en que vivían, era suficientemente racional, pero tampoco se basaba en una elección. Allí había tanto un modo de vida como una cultura. Era una cultura formada a base de reunir las cosas de otras culturas que habían

considerado necesarias, pero aunque según la resonancia magnética funcional, nada indicaba que en su cerebro se generase una actividad de la consciencia, su vida diaria se desarrollaba acorde con dicha cultura. En definitiva, se trataba de una raza que carecía de consciencia y que tampoco la necesitaba, al igual que en la isla de los gestos no tenían necesidad de un lenguaje hablado. El descuento en su apreciación del valor de las cosas era exponencial, por lo que constituía un grupo humano que, de nacimiento, seguía de manera perfecta el modelo del *Programa Harmony*.

—Entonces, Myaha…

—Debido a los enfrentamientos armados, toda aquella zona estaba también sumida en un gran caos. Myaha pertenecía a dicha raza, pero, cuando tenía ocho años, al parecer fue raptada por el Ejército ruso y enviada al campamento de una red que se dedicaba al tráfico de seres humanos. Un lugar destinado a reunir esclavas sexuales para los soldados rusos, tan horroroso que resulta indescriptible. Allí fue donde se despertó su «consciencia». En medio de aquellos días donde una y otra vez era violada por una pandilla de salvajes, su cerebro sintió la necesidad de una consciencia que le permitiera soportar aquello y aprendió a valorar el terror que se cernía sobre ella mediante una curva hiperbólica. Así, comenzó a emular en la zona donde se aloja el sistema límbico las funciones del sistema de recompensa que en puridad deberían existir en los ventrículos y en los nódulos cerebrales. Seguramente tú también habrás oído que cuando, por ejemplo, en un accidente, el sistema cerebral pierde alguna función, a veces esta reaparece en un lugar diferente para cubrir la pérdida. El cerebro es un órgano flexible. Una emulación… La consciencia que poseía Myaha.

Aquella no era una consciencia como la que poseíamos nosotros. No tenía el diseño que crea el sistema de recompensa de los ventrículos y los nódulos cerebrales.

Había sido generada por réplica, respondiendo a las necesidades de una situación desesperada.

Era la imitación de una consciencia.

Clavé la mirada en la espalda de mi padre. El motivo por el que se trajo a Myaha a Bagdad no era solo porque conociese que su desesperanza era mucho más profunda y violenta que la del resto. Era la sangre que corría por las venas de Myaha.

A pesar de que había sido rescatada del infierno y había comenzado una nueva vida en Japón, para Myaha ese tampoco era un lugar donde se hubiese alcanzado una armonía. Puesto que nuestro mundo, en su intento de conseguir la armonía, había generado una gran cantidad de suicidas y creado una sociedad dominada por una amabilidad tan autoritaria como si te estrangulara con un paño de algodón.

Myaha odiaba la sociedad de los Biogobiernos tanto como aquella Chechenia similar a un infierno.

Para Myaha, Chechenia y Tokio significaban los dos polos de un mismo infierno.

</conmoción>

¿Y si la razón por la que Myaha se lanzó hacia el suicidio implicándonos a nosotras dos fuera que buscaba recuperar la armonía que poseía de nacimiento?

—Por mucho que quien esté delante sea una niña de ocho años, existen monstruos que abrigan un deseo sexual de modo irrazonable. Mientras tenía encima a uno tras otro de aquellos soldados pedófilos, junto con el odio nació en ella la consciencia. No, mejor dicho, algo similar a la consciencia. Su réplica de consciencia cayó en la desesperanza y el hecho de que optase por el suicidio causó en mí una profunda impresión, a la vez que una desilusión. Porque el suicidio, quitarse uno mismo la vida, es un acto que solamente puede llevar a cabo alguien que cuente con una consciencia capaz de dudar, un acto que requiere de un elevado nivel de consciencia…

Se oyó un *kaaan*.

La cazuela de hierro que sostenía mi padre salió volando. Fue a caer junto al adormilado dueño de la tienda, derrumbando otros objetos de metal que había allí.

Me di media vuelta y descubrí un hombre en pie con el sombrero muy calado. Nos separaban unos tres metros y por la punta de su arma todavía ondulaba una nubecilla de humo. Vasilov. Nos apuntaba con el arma.

—Interpol —dijo Vasilov sacando con la otra mano una tarjeta de la chaqueta con aire ceremonioso—. En adelante vamos a llevarnos bien, señor Nuaza Kirie. Por cierto, voy a detenerlo como culpable del caso masivo de suicidios.

<tensión>

Retrocedí un paso y alargué una mano hacia la pistola que llevaba bajo la axila.

—Eh, Twan-san, usted tampoco se mueva de donde está. Al fin y al cabo, es pariente del criminal.

—Mentiroso.

—¿Dónde está la mentira?

—Usted ni siquiera es de Interpol —contesté escupiendo al suelo.

—Sí soy de Interpol. Mire, viene escrito en la tarjeta.

Agitó un poco aquel trozo de papel, pero como ni mi padre ni yo mostramos ninguna reacción, la guardó con aire de tristeza.

—Y yo que me molesté en traerla porque aquí no hay realidad aumentada…

—No, usted tendrá alguna identificación que le acredite como Interpol, pero ahora está actuando para el grupo rival de mi padre, el de Myaha. Desde un primer momento ha estado usted en el eje central de este caos.

—Oh… Interesante deducción.

Continué hablando mientras retrocedía muy lentamente hacia el interior de la ferretería.

—Si yo, que soy inspectora de espirales, comenzaba a avanzar en la investigación, en algún momento Nuaza Kirie se acercaría a mí, ya que soy su hija. Usted apostó por esa posibilidad. Querían conseguir, fuese como fuese, arrancar a Nuaza Kirie de los brazos del *Grupo de trabajo para la*

descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces?

Vasilov, sonriendo como si el asunto le divirtiera mucho, se encogió de hombros. Intenté acercar lentamente la mano derecha a la funda de la pistola, pero Vasilov me detuvo acercando a mí la punta de su arma.

—Jovencita, mejor que no haga esas groserías. Por lo que a mí respecta, me basta con llevarme al doctor Nuaza.

—No tiene usted la menor intención de llevarlo a Ginebra.

—Bueno, eso es verdad. Ciertamente, pertenezco al grupo de Myaha Mihie.

—¿Cuál es su propósito?

—Él, Nuaza Kirie, es uno de los líderes de la corriente principal, que es nuestra rival.

Sonriendo, dejó de apuntarme para desviar el arma hacia mi padre.

—Si lo mantenemos detenido con nosotros, esos tipos perderán su fuerza centrípeta y se debilitará enormemente su cohesión.

El juego se va a dirimir en estos dos días. Si retenemos a este sujeto durante dicho período, la situación avanzará en la dirección que buscamos.

—¿La dirección que buscáis?

—Eso es. Nosotros…

Aprovechando la extrema locuacidad de Vasilov, había estado llevando la mano izquierda hacia mi espalda y ahora, agarrando uno de los artículos metálicos de la tienda, se lo lancé con todas mis fuerzas. El objeto impactó con buen impulso en la frente de Vasilov provocándole dar un traspiés que le hizo caer de espaldas. Estuve a punto de reír al ver que había conseguido un efecto mayor del esperado, pero por desgracia la situación no era como para relajarse disfrutando de ella.

</tensión>

—Por aquí, padre —le dije tirándole del brazo y comenzando a abrirme paso entre la multitud que atestaba el mercado.

—Alto ahí, familia Kirie, malditos seáis.

Cuando Vasilov, sangrando por la frente, por fin emprendió la persecución, ya le sacábamos unos diez metros de ventaja. Aun así, no deja de ser cierto que para una bala de plomo que surque los aires esa distancia no es un problema. Si no hubiera habido tanta gente, sin duda nos habría matado a balazos.

—Padre, ¿vienes detrás? —pregunté sin volverme.

Obtuve un gruñido afirmativo como respuesta.

—Tenemos que hacer algo.

Volviendo a tirar del brazo de mi padre, seguí adentrándome más y más entre la multitud. Si tuviera la realidad aumentada conectada al StreetWatch, sabría con antelación cómo estaban las cosas al doblar cualquier esquina. Estaba en un lugar desconocido de una tierra desconocida y correr sin ayuda de la realidad aumentada era casi como una competición con los ojos vendados.

—¡Os digo que os paréis! —gritaba Vasilov.

Pues lo siento por él.

Mientras corríamos, esquivamos a un hombre tirando de un carrito cargado de carpas para el *masgouf*. El sitio era caótico. Nuez moscada, cardamomo, canela, semillas de comino. Se mezclaban allí los aromas de todas esas especias con el olor de pieles y bocas de cuerpos sin regular por el WatchMe. La mayor parte de los hombres que nos rodeaban eran obreros de la construcción que trabajaban en la edificación de nuevos y grandes complejos en el sector de los consorcios de la industria farmacéutica, cuya burbuja todavía no decaía. A la vez que corríamos, de vez en cuando me giraba hacia atrás, pero como no contaba con la realidad aumentada, no podía descubrir en qué parte de aquella muchedumbre se ocultaba Vasilov.

—Con permiso.

Me metí como una centella en la casa de comidas donde antes había cenado el *masgouf*, tirando del brazo de mi padre. Ignorando los gimoteos con acento iraquí del dueño, atravesamos todo el local y, abriendo la puerta trasera de una patada, nos lanzamos hacia el callejón que discurría por allí.

A menos de tres metros vi a Vasilov, que estaba mirando hacia otro lado.

<tensión>
<silencio>
Al instante siguiente, quedamos uno frente al otro, apuntándonos mutuamente y poniendo toda nuestra atención en el contrario.
Entonces, dos balas salieron disparadas.
Una era la mía.
La otra era de Vasilov.
Y ambas dieron en el blanco.
</silencio>
</tensión>

Una en el tórax de Vasilov y otra en el tórax de mi padre.
—Padre…

<duelo>
Mi padre me había protegido interponiéndose entre mi cuerpo y el arma de Vasilov. Fue como si hubiera querido cumplir en ese instante el papel de padre que tuvo largo tiempo abandonado desde que hacía trece años se vino con Myaha a Bagdad. El resultado era que mi padre había muerto.
Le puse una mano en el cuello, pero mis dedos no encontraron ninguna cálida pulsación.
No lloré. Me produce sensación de crueldad.
Sin embargo, parece que los trece años que pasé sin que mi padre actuase como tal habían borrado dicha relación. La tristeza que sentía ahora era mucho más plácida, más reposada que la que experimenté cuando murió Kyan y, de entrada, mucho más que en la primera ocasión, cuando la «muerte» de Myaha.
Después de estos trece años, mi padre se había convertido en una persona ajena para mí. Por lo que a mí atañe, mi padre no me había mostrado nada que reflejase dicha condición, aparte de una relación tan

simbólica como la consanguinidad, que es algo que los ojos no ven. Sin embargo, para él no era así. Me había abandonado, dejando todo lo relativo a mí en manos de mi madre, para hacerse cargo de Myaha Mihie y viajar con ella a la capital del tratamiento médico. Pero, a la vez que hacía eso, al contrario de mi indiferencia hacia el hecho de que él siguiera siendo mi padre, no había perdido el amor por su hija. Quizá se había movido por un impulso repentino. Puede que no hubiera sido un acto consciente, sino un acto reflejo grabado en sus genes. A lo mejor era eso que llaman compasión por relación sanguínea. Algo que en este momento a mí me faltaba.

Mi padre había muerto por mí. Por eso solo puedo decir lo siguiente: palabras de agradecimiento.

—Muchas gracias.

</duelo>

Cerré los párpados de mi padre, que tenía entreabiertos. Me puse en pie y me acerqué a Vasilov, cuya respiración, tan débil como la de un insecto, todavía podía captarse. Puse la oreja junto a su tráquea. Este hombre también estaba acabado. Pero si todavía conservaba un hilo de vida, tenía que sacarle algunas cosas.

—Mi padre ha muerto. ¿No os supone un problema?

—No importa. Aunque lo mejor hubiera sido raptarlo. Su muerte también supone un gran éxito para nosotros. Gracias a que en eso que llamas tu «investigación» anduviste mosconeando en torno a Saeki y a los organismos conocidos de esa gente, he conseguido que Nuaza salga de su escondrijo y tenerlo frente a mí. Con esto, la facción central ha perdido a su ideólogo y su fuerza centrípeta. Del resto se encargará el caos que va a desatarse en el mundo.

—¿Cuál es vuestro objetivo?

—Nuestro objetivo… Construir un nuevo mundo. Traer una nueva armonía al mundo resultante de superar el caos.

Estos tipos se hallaban en mitad de un proceso que produciría una montaña de suicidios y desencadenaría el caos en el mundo. Y, además, habían golpeado el planeta entero con la mayor de las

amenazas posibles: si no matas a tu vecino, te mataremos a ti. Sonaba bastante extraño que el objetivo de individuos así fuera traer la paz.

—Pues parece que lo que se extiende por el mundo es una situación por completo diferente…

—Pero, con el tiempo, dicho estado se calmará. Este caos es el camino hacia la paz. Es la señalización que nos ha marcado Myaha Mihie. Myaha Mihie, nuestra ideóloga. La persona que tiene una visión clara de la dirección correcta en la que debemos avanzar como seres humanos. Seguro que usted misma, de niña, experimentó de primera mano la fuerza de su carisma. Ella es capaz de prever las cosas a largo plazo.

—O sea, que para que el futuro sea como ella desea, tenían que suicidarse seis mil personas, ¿no?

—Eso es.

—A mí no me convence nada —contesté agarrándolo con ambas manos por la pechera—. ¿Dónde está Myaha?

Cada vez que respiraba, un nuevo chorro de sangre salía a borbotones del pecho de Vasilov. Mi bala debía de haberle destrozado alguna arteria o vena grande. La sangre estaría ya anegando su desgarrada pleura y parecía tener dificultades para seguir respirando. Tras una bocanada que fue casi como el estertor que anunciaba el final, consiguió hablar con voz muy débil.

—Los suicidios y aquella amenaza no son más que un catalizador. La situación ya es imparable. Si aun así insiste en que desea saber dónde está Myaha, ella me dijo que podía contárselo. Pero si se lo digo, ¿no podría a cambio hacerme el favor de volarme la cabeza?

Tras esas palabras, Vasilov estiró las comisuras de los labios en una mueca similar a una sonrisa que llegó a conmoverme apenas un instante. Después añadió con mirada suplicante:

—Es terriblemente doloroso. Un puro sufrimiento. Ah, ahora comprendo lo que es el dolor. Esos malditos WatchMe y Medicare me

habían ocultado que en el cuerpo humano existen esta clase de sensaciones. ¿No cree que es para indignarse? Vamos, se lo ruego.

—Se lo prometo.

Acto seguido, puse la punta del arma sobre la sien de Vasilov y la amartillé. El alivio que causó en Vasilov ese chasquido metálico que indicaba que las piezas estaban en posición lista para disparar hizo que su arqueado pecho volviera a descender.

—En Chechenia. He oído que para contactar con el Frente de Liberación Antirruso…

—Myaha está allí, ¿verdad?

—En cuanto a eso, lo mejor es que vaya usted misma y lo compruebe.

Después, Vasilov murmuró «Vamos» y meneó un poco la cabeza con rostro implorante.

Mientras su mirada me perforaba, me quedé paralizada con el dedo en el gatillo. Bajo el cielo en penumbra de Irak, estaba a punto de matar a alguien por primera vez en mi vida. Ahora, en este mismo instante. La misma decisión que había sido expuesta frente a decenas de millones de personas en todo el planeta. Con esto quedaría libre de la decisión que tenía que tomar la mayor parte de la población de aquí a unos días. Me sentí como si estuviera haciendo trampas en el juego. El otro me lo estaba pidiendo y encima servía para vengarme. No se podía pedir mayor concurrencia de pretextos para alegar causa justa. Con el arma en la mano, sentí asco de mí misma.

Entonces se me ocurrió una cosa. Esa sensación de autoodio, la función en mi pecho que provocaba dicha sensación, ¿en qué ambiente había resultado necesaria para que fuese incluida dentro del proceso evolutivo?

Acto seguido, apreté el gatillo.

</cuerpo>

</etml>

<parte:número=

04:

título=

El día en que el mundo se marchó/>

<?Emoción-en-texto lenguaje de marcado:
versión=1.2:codificación=
EMO-590378?>

<!DOCTYPE etml PÚBLICO:-//WENC//DTD
ETML 1.2 transicional//EN>

<etml:leng=ja>
<cuerpo>

01

<recuerdo>

Aquel día, estábamos las tres comiendo nuestras respectivas cajitas de *bento* en la azotea.

Tanto el *bento* de Kyan como el mío los había preparado nuestra madre eligiendo entre las opciones que enviaba el diseñador de patrones de vida, con un control de nutrientes que abarcaba hasta el último resquicio.

Estaba concebido también con un punto de vista educativo, que buscaba que en el futuro no sintiéramos apetito por los «sabores indecentes».

Lo único que hacían las madres era la preparación física del contenido. La planificación de los sabores necesarios dependía del propio cuerpo y del diseñador de patrones de vida que lo «leía». El pedido de los ingredientes requeridos era un trabajo conjunto de dicho diseñador y el programa de gestión de economía familiar, con el que se encargaban las cosas mediante un sistema en línea.

Los diferentes aspectos de la vida cotidiana se iban parcelando cada vez más, y cada especialista vendía su parte. Externalización, externalización, externalización. Estoy segura de que cuando yo era una niña no existía una división hasta ese punto. Como mínimo, cuando yo tenía en torno a cinco años, mi madre preparaba por sí misma las recetas después de comprobar el valor de las especificaciones de mi cuerpo que se obtenían tras calibrar la edad, la estatura, el peso y el porcentaje de grasa.

El *bento* de Myaha era muy diferente del nuestro. Podía decirse que la receta en sí misma era pobre, pero en cualquier caso las dos terceras partes de la caja estaban ocupadas por arroz blanco y luego había algo

montado en medio que debía de ser lo que llaman *umeboshi*, una ciruela rojo oscuro.
—Naoya Shiga decía que los japoneses perdieron la guerra porque comían arroz blanco —comentó Myaha mientras masticaba a dos carrillos aquel arroz espolvoreado con sal y sésamo.
Tenía un grano de arroz adherido a la mejilla.
—¿Guerra? ¿La de cuándo?
—La Segunda Guerra Mundial. Las naciones llamadas Estados Unidos y Japón estuvieron en guerra, ¿no?
—Pero ahora, tanto Estados Unidos como Japón se encuentran divididos en multitud de Biogobiernos…
—Así es. Yo hablo de cuando Estados Unidos era todavía una nación. Antes de que se desmembrara por el Maelstrom.
—Oye, Myaha, tienes un grano de arroz en la mejilla —terció Kyan.
—Uy, vaya —contestó Myaha pegándose el grano en el índice y dando después un lametón para comérselo.
—Myaha, traes una cantidad impresionante de arroz.
—Sí, es que me encanta el arroz. Además, necesito una cantidad así para que el cerebro me funcione bien.
Miré unos instantes el *bento* de Myaha y lo comparé con el mío.
—Tienes pocas cosas como acompañamiento; la proporción de arroz con respecto a lo demás es enorme. Y la caja misma también es muy grande.
—Pero estoy delgada, ¿no? El tejido adiposo pardo de mi espalda es muy eficiente y quema todas las calorías. El arroz no me llega hasta el cerebro. Por eso trago de esta manera. Si hubiera un concurso de comilones, a lo mejor me llevaría el premio.
—¿Pero de qué hablas?
—Antiguamente había esa clase de programas, antes del Maelstrom. Donde la gente competía por ver quién podía comer más, algo tan malo para la salud que si lo oyese la gente que asiste a las sesiones de ética de hoy en día, lo criticaría con acidez.
No terminaba de entenderlo muy bien, pero parecía algo de lo más espantoso. ¿Qué diversión habría en producir a propósito tanto daño en el

estómago y en los intestinos comiendo de esa manera?
Sentada en la azotea, mientras contemplaba las zonas residenciales de la ciudad donde se había eliminado a conciencia cualquier detalle de su forma o color que pudiera producir una fuerte impresión, pregunté:
—Entonces, ¿decides por ti misma la receta del *bento* y le dices a tu padre o tu madre cómo hacerlo?
—Eso es. Bueno, a decir verdad, lo preparo yo. Mi madre, a su vez, gusta de hacer que el…, ¿cómo se llama?, el diseñador de patrones de vida le dé toda clase de regañinas sobre el asunto.
—Es que, si su hija no le hace caso sobre el control de su salud, a lo mejor baja la puntuación de la valoración social de la madre, ¿no?
—Sí, puede ser. O quizá no. No sé muy bien cómo funciona eso. ¿No habéis oído ese refrán de que «los niños se crían, aunque tengan padres»?
—Oye, creo que no es así… ¿No era «los niños se crían, aunque no tengan padres»?
—Sí, eso era una frase hecha de los tiempos antiguos. Pero un escritor llamado Ango Sakaguchi, sin importarle la existencia de algo tan inútil como los padres, decía que los niños podían convertirse solos en adultos hechos y derechos. Lo cual tiene un sentido por completo diferente a decir que se puede llegar a ser un adulto hecho y derecho aunque falte algo tan importante como los padres. Pero, seguramente, existirán muchas opiniones acerca de qué se considera «un adulto hecho y derecho».
—Un hombre interesante, ese Sakaguchi…
—Se puede descargar el libro en la Biblioteca Completa Borges. Aunque recomiendo leerlo con los ojos, en vez de usar el lector.
Tras decir esto, Myaha cogió con los palillos una gran porción del arroz espolvoreado con sal y sésamo y lo engulló. La cara que tenía con los dos carrillos abultados por el arroz era tan graciosa que se me escapó una risita.
—¿Qué pasa?
—Nada, es que como has cogido tanto arroz de una vez…

—Es para ajustar el paso a la cantidad de vuestros almuerzos. Si no como deprisa, no os alcanzo.
—No hace falta, yo no me voy a tomar todo —dijo Kyan cerrando su cajita de *bento*—. Mis padres quieren que me lo tome todo, pero es demasiado para el almuerzo.
—¿Ah, sí?
—Cuando me suele entrar hambre es más bien hacia las dos o las tres de la tarde. A las doce tengo todavía la sensación de que me queda el desayuno en el estómago.
—¿Sabéis por qué se toma el almuerzo en torno a las doce del mediodía? —preguntó Myaha mientras seguía masticando.
—Pues porque a esa hora entra hambre —contesté como diciendo «vaya tonterías preguntas».
—Pero parece que en el caso de Kyan no es así… —arguyó Myaha.
Miré a Kyan y ella, bajando la mirada, murmuró:
—Perdón…
>—No es como para pedir perdón —me apresuré a decir.
Myaha, enlazando con mis palabras, siguió:
—Claro que no hay que disculparse por eso. Cada uno tiene hambre a la hora que tiene, pero ese espacio que es el colegio no está hecho para permitir las particularidades fisiológicas de cada cual.
—Eso es porque se trata de vida grupal.
—¿No creéis que se podría comer durante las clases?
Ahora que lo decía, puesto que había mucha gente que leía revistas o veía algún programa mientras comía, no sabía muy bien cuál era el motivo por el que no se pudiera comer mientras se leía un libro de texto. ¿Sería porque entonces no se concentraba uno en el contenido de las clases? En lo tocante al aburrimiento, la competición entre las clases y la comida estaba muy reñida. Como mínimo, podía decir que el sabor de los almuerzos que me preparaban mis padres no era como para interferir en las clases.
—Es una cuestión de disciplina. La disciplina hace con cosas como esa que nuestro tiempo de vida esté cortado en trozos, separado de manera que

pueda controlarse. Por decirlo de forma retorcida, la fisiología de Kyan, que le hace desear el almuerzo a las dos o las tres de la tarde, se resiste a la disciplina, pero Kyan se siente a disgusto porque su vida no se adapta a dicha disciplina. No puede evitar sentirse así. Mientras desplegaba su habitual verborrea ideológica, Myaha se embuchaba en la boca tanto arroz como palabras expulsaba.

—Aunque, eso sí, la división del horario de las clases en los colegios es algo que existe desde los tiempos antiguos. Por cosas como que es más agradable comer juntos o que es más práctico para el trabajo, esas costumbres se fueron refinando y nació la separación en horarios, que se convirtió en una norma. Tiene gracia, ¿eh? Eso de diseñador de patrones de vida es una profesión que no existía antes de que se propagara el vidalismo. Las cosas que comienzan a existir sin que tengan demasiada importancia terminan un buen día haciéndose por acuerdo, luego porque están en el «ambiente», después porque se convierten en norma y, finalmente, por ley. Así, todo eso que es invisible ahora quiere forzar la fisiología de nuestros cuerpos.

Mientras terminaba su veloz perorata, Myaha se metió en la boca el resto del arroz y su escaso acompañamiento. Al acabar, cerró la tapa de la caja y la guardó en la cartera. Acto seguido, se puso en pie como impulsada por un resorte, fue hasta la barandilla de la azotea y, apoyándose en ella, comenzó a hablar con potente voz, como si quisiera llegar a todo el panorama que se veía o, más aún, como si lanzara una declaración al mundo entero.

—Ahora es en el propio hecho de vivir donde el poder establece su fuerza. Y en todo lo que permite desarrollar ese acto de vivir. La muerte es el límite del poder y el instante en que podemos huir de él. La muerte es el aspecto más secreto de la existencia, el más privado.

—¿Son palabras de alguien?

—Michel Foucault.

A pesar de que era quien había traído más cantidad de comida, Myaha había terminado mucho más deprisa que yo. Me metí el último trozo de acompañamiento en la boca, cerré la cajita, la envolví en un paño y la

guardé en mi cartera. El viento nos acariciaba suavemente las mejillas y el cabello.

La muerte es el límite del poder y el instante en que podemos huir de él.

—Entonces, en definitiva, ¿ese es el único medio de salir de aquí? —murmuré.

Myaha, que más que contemplar el paisaje se enfrentaba a él, habló de espaldas a nosotras, sin hacer ademán de querer darse la vuelta.

—Antes de venir aquí, me doblegaron con otro tipo de poder. Fue un infierno. Por eso me escapé de él y vine aquí. Pero también aquí hay bastante locura. En una medida más o menos igual que la de allí, este no es un lugar donde una persona pueda vivir.

—¿Cómo era en aquel otro lugar?

—Es un lugar justo al contrario de este. Si estás allí, te matan de un balazo. Si estás aquí, te matan con su amabilidad. Tal para cual. Deprimente, ¿no?

</recuerdo>

Y ahora, yo había venido al lugar que Myaha llamaba «allí». Trece años después de esa conversación.

En diversas partes del mundo se habían producido pequeñas revueltas. La capacidad de respuesta de la policía en esas sociedades que más que vivir en relativa paz vivían en una paz por completo exagerada, enseguida sobrepasó el límite, por lo que las grandes ciudades o la mayor parte de los Biogobiernos solicitaron a aquellas naciones que todavía conservaban a duras penas un mando militar el despliegue de sus ejércitos.

<película:ar:id=6aehko908724h3008k>

<miedo>

Franz Recht agarró la herramienta que siempre usaba su mujer. El cuchillo de cocina con el que picaba el repollo para hacer chucrut. El cuchillo con el que cortaba en lonchas las salchichas.

Como Franz Recht era un hombre poco dado a cocinar, lo dejaba por completo en manos de su mujer. La limpieza de la casa sí la hacía a menudo y también iba con ella a comprar, pero no cocinaba en absoluto e incluso llevaba tiempo sin entrar en la cocina.
Al llegar a la cocina, la mirada de Franz vagó perdida. Para alguien como él, que por lo general no entraba allí, sin duda resultó sorprendente la visión de una abundancia tal de instrumentos peligrosos. Cualquiera de los que escogiera para el trabajo que tenía que hacer a continuación cumplía las condiciones necesarias sobradamente. Pensándolo bien, resultaba lógico que así ocurriera. Por más que fuera con objeto de conseguir el sustento diario, al fin y al cabo, este era básicamente un lugar donde procesar muchos seres vivos.
Cortar, picar, machacar, asar, cocer, preparar al vapor… En la mayoría de las religiones existían normas en relación con la comida nacidas de las costumbres.

<diccionario>
<ítem> "Kosher" </ítem>
<descripción>
Tabú de la religión judía relativo a la comida. Por poner un ejemplo, basándose en la enseñanza de que la «sangre es vida», hay que eliminar toda la sangre de las comidas mediante un procedimiento adecuado. Por eso, en las cocinas de los judíos más rigurosos hay dos fregaderos. Uno es para lavar toda la sangre, dejando el producto purificado, y el otro es para la preparación de la comida. De por sí, comer cerdo «sin purificar» no está permitido.
</descripción>

<ítem> "Halal" </ítem>
<descripción>
Ley de la religión islámica. En especial, suele referirse a las leyes de dicha religión que se aplican a los alimentos.

El término *halal* significa «permitido por Dios», pero los alimentos *halal* además tienen que ser preparados siguiendo un proceso especial de matanza, llamado *dhabihah*. Por poner un ejemplo, se considera comida *halal* la carne del animal que se sacrifica tumbándolo de costado y cortando a continuación con un cuchillo muy afilado la tráquea, el esófago y la arteria carótida, intentando que sea lo menos doloroso posible y teniendo cuidado de no cercenar la cabeza. En el proceso, se pide perdón también a Dios entonando un rezo que dice *Bismillah wa Allahu akbar*.

</descripción>

</diccionario>

Alimentarse con otras vidas exigía esa clase de procedimientos desde tiempos antiguos. La esencia de lo que llamamos alimentos era el permiso que por fin se recibía tras unos protocolos tan engorrosos. La esencia del hecho de matar.

—Querido, ya estoy en casa.

Franz oyó que su esposa parecía haber regresado a casa, así que su mirada se dirigió hacia el recibidor. Franz se encaminó allí y, según se encontró con la mujer que acababa de volver de su trabajo, le clavó en el pecho el cuchillo recién escogido en la cocina.

Franz, que era un cristiano moderado, no tenía necesidad de *halal* ni de *dhabibah*. Y resultaba inimaginable una oración como *Allahu akbar*. Se limitó a pinchar en el pecho con el cuchillo con el que siempre se picaba el repollo del chucrut y luego hundirlo hasta el fondo.

La mirada de sorpresa de la esposa se clavó en las pupilas de Franz. Quizá por eso el hombre entró en pánico o puede que simplemente, como era un aficionado, no supiera cuántas veces debía repetir la acción para que ella muriera o no supiera si el filo había alcanzado o no algún órgano vital, pero el caso es que Franz clavó una y otra vez el cuchillo en el cuerpo de su mujer, ya caída en el suelo. Sin fijarse si era en el pecho o en el abdomen. A saber por qué motivo ni una sola vez lo

clavó en esa cabeza de tan bello rostro, pero tras unos minutos de seguir acuchillándola, el cuerpo quedó en un estado horrible.
</miedo>

Después, Franz se puso una mano en la oreja, llamó a la comisaría de policía y, todavía sentado a horcajadas sobre el cuerpo de su esposa, comenzó a hablar por el HeadPhone. Acabo de matar a mi mujer. Sí, eso es. Ya sabe, ¿no? Dijeron que si no lo hacía, me matarían a mí, ¿verdad? Además, en este país no hay pena de muerte. No me importa que digan que soy un egoísta, pero ¿no podrían enviar un coche patrulla aquí cuanto antes? ¿Cómo? ¿Que ahora mismo están todos fuera? No me diga… Bueno, claro, es que todos deben de estar tan atareados como yo… Acto seguido, Franz cortó la comunicación y, tras contemplar un tiempo el cadáver a sus pies, comenzó a llorar en silencio.
</película>

—Este no es más que un ejemplo —dijo Staufenberg.

Todos los que asistían a aquella sesión a través de realidad aumentada guardaban silencio, esperando las siguientes palabras que vendrían tras las imágenes de visión subjetiva del matarife.

—Al parecer, más o menos desde ayer ha comenzado a manifestarse la capacidad ejecutiva de aquella «declaración». No solo mediante esta clase de asesinatos, sino que también se están dando muchos casos de suicidio, en solitario o en pareja. Porque, sin necesidad de recurrir a cosas como el efecto Werther, la imaginación de los seres humanos discurre por caminos similares.

Alguien preguntó cómo estaban enfrentando el asunto los Biogobiernos. Staufenberg movió la cabeza en ademán negativo.

—Los Biogobiernos que pueden permitírselo están contratando la intervención de empresas civiles de policía. Aparte, la Convención de los Biogobiernos continúa solicitando que las policías nacionales o los ejércitos, y a ser posible el Ejército del Tratado de Ginebra, se desplieguen en las ciudades, pero ya se extienden por todo el

mundo alegando diversas razones las revueltas o la gente que actúa al margen de la ley, unos para criticar la actitud de los Biogobiernos, otros por mera desesperación. Se diría que estamos viendo la repetición de lo sucedido hace medio siglo con el Maelstrom, según opinan muchos ancianos. Ya no queda ningún lugar seguro. Han empezado a propagarse la muerte y la locura, ya sea por los suicidios o por los asesinatos.

Las filmaciones se sucedían una tras otra. En una calle empedrada de Europa, con un aspecto de lo más corriente, había más de una treintena de cadáveres ensangrentados y unos soldados del Ejército Médico con máscaras de gas rosas se afanaban en apilarlos de manera que no estorbasen el paso de los vehículos por allí. En otra filmación se veía un grupo de hombres y mujeres con palos de madera o barras de metal lanzándose contra una barricada mientras el ejército intentaba frenarlos con un armamento de microondas no letal. Pero, aunque los contuvieran en un determinado lugar, se iban a continuación a otro. Nadie pensaba que dicho procedimiento pudiera servir para algo.

—Pasado mañana se cumplirá el plazo anunciado para que cada cual haya matado a una persona. La mayoría de la gente se encuentra dominada por ese terror y por eso el mundo entero se halla sumido en un caos como el que estamos viendo.

En las imágenes tomadas por un satélite artificial se veían dos grupos de gente con cuchillos en las manos, enfrentados el uno al otro y comenzando a matarse bajo la fría lente del aparato que los observaba desde la órbita que describía sobre ellos. En torno a los grupos en combate se había formado un círculo de tipos con el torso desnudo como ellos, que animaban a los contendientes a luchar. Como cada uno debía matar a una persona, seguramente aquella estrafalaria concentración se acabaría cuando los contendientes quedaran reducidos a la mitad. Si disponían de la suficiente capacidad de raciocinio como para decidir unas reglas sobre el modo de matarse, ya podían utilizarla para usarla esperando sin hacer nada hasta que llegase el plazo marcado por los «criminales» en

aquella «declaración», pero la manera en que las personas ven las cosas, siguiendo el patrón de la curva hiperbólica, hacía valorar de forma exagerada el terror que se echaba encima, llevando a unos comportamientos realmente extraños.

El espectáculo actual era precisamente el de un cerebro que, como decía el refrán, corre hacia la hucha, incapaz de usar bien el monedero.

—Por el momento no hay ningún informe sobre policías o militares que hayan asesinado o se hayan suicidado. Sin embargo, aunque me parecería la peor de las situaciones, no me sorprendería que en cualquier momento pudiera suceder.

—¿Y lo mismo si se diera algún caso entre nosotros, los inspectores de espirales? —pregunté con cierto tono irónico.

La directora torció los labios en algo similar a una forzada sonrisa y contestó:

—Así es. Yo tengo la determinación de seguir cumpliendo con denuedo la responsabilidad de mi trabajo hasta que llegue ese día y creo que todos ustedes también, aunque, viendo hasta dónde ha llegado este caos, es cierto que a veces esa confianza mía se tambalea. Pero, como mínimo, usted no tendrá ningún problema. Porque ya ha matado a alguien.

En principio, sentí que debía argüir algo en contra de la ironía de Staufenberg.

—Fue en defensa propia.

—Y una verdadera suerte. Supongo que además habrá diluido bastante su remordimiento de conciencia, ¿no?

—¿No desea que le hable de mi investigación? —pregunté con tono profesional, harta ya de las ironías de Staufenberg.

La directora asintió en silencio e hizo un gesto con la mano indicando que prosiguiera.

—Es una historia un poco farragosa. El hombre a quien maté, a pesar de pertenecer a Interpol, estaba usando sus facultades especiales para colaborar con una sociedad secreta. Su nombre era Ilya Vasilov. He comprobado que pertenecía a la sede central de

Interpol. El cargo que ostentaba era el de oficial de regulación de información, un trabajo consistente en negociar el suministro de información sobre delitos cuya competencia está a medio camino de los Biogobiernos y los Gobiernos tradicionales, por parte de servicios de información que no están interconectados.

—Entonces, por eso apareció tanto en Japón como en Bagdad...

—Efectivamente. El nombre de la sociedad secreta en cuestión es *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*. Comenzó su andadura nada más producirse el ocaso del Maestrom y es una organización cuyos miembros pertenecen a la cúpula directiva de los Biogobiernos o de los grandes consorcios de la industria médica, así como a la capa superior de la OMS, además de un pequeño número de científicos, pero no pude conseguir que Vasilov me contara más detalles. Según la información que obtuve, el objetivo de sus miembros es impedir que el mundo vuelva a sumirse en un caos de proporciones tan catastróficas como las del Marelstrom. Al parecer, para ello han recurrido a una metodología basada en la investigación neurológica.

—¿Qué quiere decir con eso de investigación neurológica?

—Por lo visto, se trata de una investigación sobre la relación entre la consciencia y el comportamiento humanos. No soy una especialista en la materia, así que desconozco más detalles.

—Y ha matado usted a la persona que le proporcionó dicha información.

—Mi padre también murió en ese momento. A manos de Vasilov.

Al contestar, reprimí la furia que me invadía.

—Sí, cierto. Intentó protegerla, ¿verdad? Para empezar, ¿por qué fue usted a ver a su padre?

—Porque obtuve la información de que mi padre era uno de los miembros del *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*. Como mi padre era un científico famoso, que había

sentado las bases del WatchMe y el Medicare, no tenía nada de extraño que dicho grupo le pidiera unirse.

—Sin embargo, ¿no es un poco raro? Según nos ha contado, ese Vasilov de Interpol sabía que su padre era uno de sus compañeros, pero a pesar de ello lo mató.

Reflexioné durante unos segundos. Habían muerto dos personas. Una de ellas a manos mías. Existía también un límite para ocultar las cosas. ¿Hasta qué punto debía mostrar mis cartas y hasta qué punto podría mentir sin causar perjuicios para que Staufenberg se quedara satisfecha?

—Al parecer, el grupo se halla escindido en dos facciones de ideologías diferentes. Vasilov se calificó a sí mismo de «hereje». Ahora mismo, solo podemos conjeturar que el motivo es una rivalidad interna en el grupo.

—Dado que tanto su padre como Vasilov han muerto, hemos perdido el medio de demostrar esa visión conspiratoria de la historia, ¿no?

No era así. Vasilov había dicho que el SEC, el consorcio de investigaciones neurológicas, era uno de los organismos a cara descubierta del *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*.

—Nos queda Gabrielle Eding. Ella también debe de ser miembro de esa sociedad secreta.

—La han matado. Hace tres horas.

—¿Qué?

La sorpresa me hizo levantar la voz de manera inconsciente. Staufenberg, mirándome fijamente, añadió:

—La mató lo que podríamos llamar un perturbado que pasaba por allí. Nos hallamos en una situación en que esa clase de enajenados se pasea con rostro triunfante por el mundo. Al parecer, el crimen sucedió a plena luz del día en Bagdad, en un pasillo de Dian Cécht. Como quienes están allí son casi todos científicos, no suceden las matanzas o suicidios en grupo que pueden verse en

otros lugares, pero aun así, como era de esperar, hay personas que no resisten la presión. Solo en el interior de Dian Cécht ha habido un total de catorce muertes entre asesinatos y suicidios. No pasará mucho tiempo antes de que los servicios de seguridad del enclave y la policía de Bagdad terminen por no poder controlar la situación.

—Se podría hacer una investigación sobre el consorcio de investigación neurológica SEC…

—La haré. Claro que, toda vez que ha muerto Gabrielle, que era el personaje clave allí, no creo que encontremos nada relevante. Por cierto, ¿dónde se encuentra usted ahora?

—En el PassengerBird. Volando a bordo del aparato.

—¿A dónde se dirige?

—A Chechenia.

—¿Por qué? ¿Quiere decir que todavía queda algún hilo que no esté cortado?

—No se lo puedo decir.

Había llegado al límite. No era cuestión de seguir mostrando más cartas. Tenía que soltar alguna mentira lo más creíble posible.

—Vasilov me contó algo. Afirmó que también entre los inspectores de espirales existen miembros del *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*. No sé a qué superior eleva usted sus informes, pero, cuanto más alto sea el nivel, más probabilidad hay de que sea uno de ellos.

Esto era lo que se llama marcarse un farol. Vasilov no había dicho nada semejante. Por supuesto que, en cuanto a posibilidades se refiere, había bastantes de que no fuera una mentira, sino algo que en modo alguno se podía descartar.

—Pero, entonces…

—No podemos permitirnos el lujo de que la contraparte sepa hasta dónde hemos avanzado.

—«Hemos» no, será usted, ¿no? Por lo que se ve, la muerte de Kyan Reikado y de su propio padre están haciendo que se tome este caso como algo personal. Es un síntoma muy peligroso.

—Aun así, soy quien más ha avanzado. Estará de acuerdo con este hecho, ¿no?

Staufenberg escudriñó mis pupilas. Buscaba algún detalle que revelase mis emociones. ¿Estaría intentando calibrar si merecía confianza? ¿O estaría realizando un esfuerzo por reconocer la realidad? Tras un silencio de cinco segundos, la directora habló.

—Disculpen todos, ¿les importaría desconectar y dejarnos a nosotras dos a solas?

El resto de los inspectores de espirales ladearon la cabeza preguntándose qué demonios estaría pasando, pero fueron apagando la sesión uno tras otro. Finalmente, quedamos conectadas solo Staufenberg y yo. La mujer exhaló un suspiro y, tras encogerse de hombros, dijo:

—Está bien. A decir verdad, yo soy esa persona.

Al principio no entendí de qué estaba hablando mi jefa cuando dijo «esa persona».

—Yo soy uno de los miembros de la cúpula del *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*.

El farol que pergeñé de cualquier manera había provocado un efecto tan inesperado que estuve a punto de soltar una involuntaria carcajada. Después, me asombré tanto de la situación tan estúpida en que me había quedado que ya no pude evitar reírme estentóreamente.

—Entonces, desde un principio usted estaba al tanto de mis movimientos…

—Así es. Ambas facciones del grupo estábamos vigilando sus movimientos. Nosotros, por nuestra parte, teníamos la esperanza de que el grupo de Myaha Mihie se acercara a usted o que, en el curso de su labor de investigación, llegara hasta ellos. Por eso la dejamos seguir más o menos a su aire.

—Vaya, y yo que creía que había podido moverme gracias a usar la carta de la picia que hice con los tuaregs…

—Hemos dejado que actuase libremente para así descubrir el paradero de Myaha Mihie. No íbamos a dejar que usted, que no es más que una mera inspectora de espirales, fuese por ahí saltando libremente de un lado a otro solo porque con los tuaregs cometiese un acto que ofende a la totalidad de los inspectores, ¿no cree?

El *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*, con objeto de seguir el rastro de Myaha, y la «secta» de Myaha, con objeto de hacer salir a Nuaza Kirie, el cabecilla del *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*, ambas partes se habían fijado en mí esperando que con ello los respectivos líderes asomaran la cabeza. ¡En qué situación tan estúpida me había metido!

—O sea, que cada una de las facciones intentaba hacer salir al jefe de la otra, aprovechando que una misma mujer era hija del uno y amiga de la otra. Y ambas partes me dejaron nadar libremente mientras me vigilaban. Nunca lo imaginé…

—Coincidió que, curiosamente, la persona que usted buscaba y la que buscábamos nosotros era la misma.

—Eso parece, sí.

—En cuanto a su padre, ha sido una lástima. Lo digo de veras.

Nada en la expresión de Staufenberg hacía pensar que estuviera mintiendo al decir esto. Seguramente, en su calidad de ideólogo del grupo, mi padre se había ganado un verdadero respeto entre los miembros. Al pensar en el aspecto que ofrecía mi padre el día que participó en aquella sesión de ética donde fue arrollado por una señora, el abismo existente me resultó irónico.

—Myaha Mihie se ocultó en alguna parte del planeta conservando las facultades que se le otorgaron de forma limitada para manipular a su gusto el sistema de recompensa del cerebro de una serie de miembros consensuados de los Biogobiernos. Y lo que está llevando a cabo en la actualidad el grupo que lidera ella es guiar a la gente hacia el suicidio manipulando el sistema de recompensa de los ventrículos y los nódulos cerebrales de manera

que sientan un fuerte deseo de encaminarse hacia la muerte. Nuestra intención al vigilarla a usted era averiguar dónde se encuentra oculta Myaha, para acto seguido contactar con ella, preguntarle el motivo por el que está desatando este caos en la sociedad e intentar que pare. Nosotros no comprendemos en absoluto el motivo por el que está haciendo algo tan horroroso.

Me pregunté si así sería. Pensé en cierta posibilidad. Quizá Kyan y yo fuéramos las únicas personas que conociésemos los oscuros deseos de Myaha, que habían formado una continuidad desde que era una niña. Recordé aquel día en que, hartas ya de la aburrida rutina de los días en el colegio, nos juntamos en torno a los pupitres de la clase para mascullar toda clase de maldiciones. ¿No sería que Myaha, todavía hoy, seguía albergando en su seno ese mismo odio, ese mismo rencor? ¿Y que ahora Myaha Mihie había terminado por conseguir aquel poder que deseaba y se dedicaba a descargarlo para destrozar todo lo que odiaba? El poder de hacer añicos aquella sociedad que ella tanto aborrecía.

Si así fuera, lo que estaba sucediendo ahora entraba por completo en la esfera de mi terreno privado y, muerta Kyan, yo era la única que podía comprender su verdadero sentido.

La única persona que podía comprender el significado de que ahora la sociedad estuviera sacudiéndose el yugo gracias a que la gente, presa de un terror indiferente a las miradas ajenas, se iba quitando una a una todas las anillas que la sujetaban.

Un mundo donde el propio cuerpo volvía a ser propiedad de uno mismo. Se supone que eso era lo que buscaba la Myaha que conocí durante mi niñez. Un cuerpo que no fuese propiedad de la sociedad ni estuviera sujeto a ninguna norma, un cuerpo que fuera solamente suyo.

—Y entonces, ¿hay algo que podamos hacer nosotros?

—¿Quién era el inspector que se encargaba de mediar entre Rusia y Chechenia por el derecho a la vida? —pregunté yo.

—A ver… Uwe Wohl, sí.

—¿Podría usted comunicar a Uwe que me ayude en mis trabajos de investigación? Me basta con eso.

—Entendido —dijo Staufenberg alargando una mano para cortar la comunicación.

Sin embargo, en el último momento, detuvo el movimiento. Como si de pronto hubiera recordado que todavía debía decir algo.

—Puede que la suerte del mundo recaiga ahora en sus hombros. No desfallezca.

Las palabras de ánimo que de pronto me dirigía a título particular aquella superiora que siempre me hablaba en tono mordaz me cogieron por completo desprevenida. De entrada, este era un caso que desde un principio encerraba un fuerte cariz de interés privado para mí y su desarrollo también fue discurriendo por derroteros que cada vez me atañían más a nivel personal. Para ser sincera, debo decir que incluso hoy, cuando en el planeta entero se suceden las revueltas y los suicidios en grupo, a mí no me preocupa ni lo más mínimo qué pueda suceder con el mundo. Pero quería ver a Myaha Mihie, que había matado tanto a Kyan como quizá también a mi padre, y obtener alguna clase de resultado de dicho encuentro. Eso era exactamente el fundamento de mis actos y lo que yo realmente sentía.

Desconecté la sesión sumida en una cierta intranquilidad. Pedí algo de cafeína a una de las azafatas que pasaba cerca. Y añadí: «Bien cargado», de un modo casi insultante. No estaba como para remilgos de cara a los demás. De un tiempo a esta parte, como es lógico, no estaba durmiendo bien.

Uwe se encontraba en el grupo de observadores de la tregua de Chechenia. Allí me dirigía yo ahora.

02

Para cualquier persona del planeta resultaba evidente que lo que Rusia realmente buscaba eran los oleoductos. Probablemente, todos los miembros consensuados de los Biogobiernos eran incapaces de disfrazar la sensación de que nuestra sociedad todavía no podía eliminar por completo la economía del petróleo que carcomía el mundo.

El petróleo en sí mismo:

<listado: ítem>
<i: emitía dióxido de carbono>
<i: despedía calor>
<i: ensuciaba la tierra y el aire>
<i: era un producto cargado de problemas>
</listado>

Y, además, ni era ni limpio ni estaba de moda ni era seguro.

Pero, aun así, existía mucha maquinaria clásica que solo podía moverse gracias a él y muchos productos que solo se podían fabricar con él. Comparado con la situación de hace cien años, cuando dominaba toda la economía mundial, las finanzas del petróleo propiamente dichas no suponían un gran atractivo, pero el hecho de que siguiera ocupando una posición importante no había cambiado.

Por lo que respecta al abandono de la economía del petróleo, al igual que antiguamente Dubái ocupó el centro gracias a su uso, la

Bagdad actual se había convertido en el foco neurálgico de los grandes consorcios de la industria del tratamiento médico, que tenían en sus manos el pastel del patrimonio médico, cuyo monto superaba los presupuestos de defensa de cualquier país. Tal y como decía un proverbio árabe, «confía en Alá, pero ata bien tus corderos». La gente de Oriente Medio había conseguido zafarse de la confusión que les hizo abrazar el fundamentalismo durante un tiempo y se adentraba en una temporada más práctica, la de atar los corderos. Las regiones más avispadas de Oriente Medio fueron las primeras en empezar a abandonar poco a poco la economía del petróleo, tendencia que se generalizó.

La nación llamada Rusia era el mayor sistema de Eurasia en el que confluían una gran cantidad de Biogobiernos, pero, en lo tocante a la posesión de oleoductos, surgían también de la Asamblea de Biogobiernos, como es lógico, voces que expresaban sus dudas. Entre los comisionados que, por analogía con el siglo anterior, desempeñaban lo que podríamos llamar «la función de los parlamentarios», no eran pocos los que alzaban su voz para preguntar por qué Rusia se esforzaba hasta ese punto por asegurarse los oleoductos, recurriendo incluso al Ejército del Tratado de Ginebra.

Rusia como nación que deseaba hacer la guerra. Rusia como un conglomerado de Biogobiernos con opiniones divididas. Por eso la tarea en que se afanaba Uwe día y noche no solo consistía en arbitrar en el cuadro compuesto por el frente armado checheno, el Gobierno de Chechenia y el Gobierno ruso que maniobraba entre bastidores del Gobierno checheno. En el lado ruso estaban tanto el Gobierno como un centenar largo de Biogobiernos con opiniones enfrentadas, y dentro de aquel panorama cada cual iba ante el inspector de espirales Uwe para defender su posición. Al parecer, Rusia deseaba poner el mundo de su parte en este asunto y por eso había convocado a los inspectores de espirales, que, a servicio de sus intereses, harían una inspección del derecho de vida del pueblo checheno y podrían certificar que no llevaban una vida

suficientemente vital ni saludable. Así, Rusia podría enarbolar el estandarte de una causa justa y atraer al territorio al Ejército del Tratado de Ginebra.

Pero, en cualquier caso, desde hacía unos días, también Uwe había conseguido un poco de tranquilidad con respecto al trabajo, puesto que el mundo entero se había visto envuelto en el caso de suicidio masivo y la «declaración» que vino después, desatando un fuerte caos con intenso olor a muerte que hacía hablar del regreso del Maelstrom. Sin duda, incluso los estúpidos que siempre le pedían cosas imposibles y sostenían posiciones en las que no estaban dispuestos a ceder ni un milímetro, justificándolas mediante el envío a su servidor de informes que contenían archivos de imágenes de más de seis gigabits, se encontraban ahora temblando encerrados en sus casas o en sus villas de reposo pensando si serían capaces de matar a alguien y, en ese caso, a quién.

—Uwe, lamento interrumpir tu descanso, pero hay trabajo.

La oficina local del Grupo de Observadores de la Tregua de Chechenia destinada a los inspectores de espirales estaba en un edificio abandonado que antiguamente alojaba el Ayuntamiento. Puse los dedos en la puerta y, tras concluir el proceso de identificación personal, pasé adentro, donde descubrí a Uwe dormitando medio enterrado entre montañas de hojas impresas.

—Uwe, despierta —insistí dándole un empujoncito en la espalda.

Uwe despertó murmurando algún monosílabo y al instante el WatchMe reavivó su consciencia, dejándolo en plenas condiciones.

—Anda, si eres tú, Twan. Staufenberg me avisó de que vendrías. Pero no me dijo qué es lo que tenía que hacer…

—Vaya oficina que tienes aquí, ¿eh? Si está todo enterrado bajo fajos de papeles…

—Como cuento con el TingList, no me entran ganas de ordenar. La realidad aumentada me dice dónde está tirado cada documento concreto que deseo encontrar, sin necesidad de revolver.

—Ya he oído antes eso de echar la culpa al TingList. Hace poco estuve con una persona que decía lo mismo.

—Claro, en todas partes hay gente así. Personas que pensamos que, sabiendo dónde está cada cosa, no hace falta arreglar la habitación.

Uwe se encogió de hombros como dando a entender que estaba cansado de que le reconviniesen y, rodeado por montañas de papeles, suspiró.

—¿Sabes en qué clase de operación ando metida?

—¿Operación? —contestó Uwe echándose a reír—. He oído que vas por tu cuenta, como un batallón unitario independiente, inspectora superior Twan Kirie.

—Con motivo de dicha operación, he venido aquí y quiero pedirte un favor.

—El caso de los seis mil suicidas y la advertencia de asesinato obligatorio, ¿no?

Uwe se encogió de hombros como diciendo que no entendía qué pintaba él en eso.

—Exactamente. ¿Conoces el Frente de Liberación Antirruso?

—Claro que sí. No solo me han puesto protección, sino que he estado varias veces en negociaciones con ellos. También para pedirles que acepten inspecciones sobre la vida. Desde el punto de vista ruso, supone una contraparte muy dura, pero nosotros, como en principio estamos bajo el emblema de la OMS de la vara de Esculapio, apelamos a nuestra neutralidad.

—¿Por qué son una contraparte muy dura?

—Porque se mueven con mucha agilidad por las zonas montañosas. Se les da muy bien la guerra de guerrillas. En estas montañas tan escarpadas y rocosas, no se pueden adentrar los rápidos WarDog de cuatro patas ni esa especie de híbrido de simio y humano que son los WarDoll. No son lugares aptos para una guerra subrogada a base de máquinas teledirigidas. El Ejército ruso encargó también operaciones a diversas empresas privadas que proveen de servicios militares, pero todas huyeron de aquellas montañas con el

rabo entre las piernas. En la montaña hacen falta personas fuertes, y lo cierto es que en el Ejército nacional ruso todavía existe una unidad de fuerzas especiales, pero, si se producen muertes entre los soldados, la opinión pública critica con mucha dureza. Empiezan a decir que para qué sirve gastar tanto dinero de impuestos en robots, que si no estaban para evitar muertes de soldados y esta clase de cosas. Ten en cuenta que lo que más odia la sociedad actual es malgastar ese recurso social que es la vida humana.

En suma, que Rusia se encontraba en un atolladero con respecto al Frente de Liberación y, dado el revuelo existente ahora, todos sus efectivos estaban dedicados a mantener la ley marcial en las grandes ciudades como Moscú o San Petersburgo. Probablemente, el frente de batalla de aquí se hallaba muy descuidado. Para contactar con la «resistencia», era el momento ideal.

—¿Conservas todavía algún canal de comunicación con el Frente de Liberación?

El Frente de Liberación Antirruso que mencionó antes de morir Vasilov, el hombre de Interpol.

—Sí, claro. Puesto que en eso consiste mi trabajo actual.

—Quiero contactar con ellos. Y cuanto antes. Ahora.

Uwe tenía fruncido el ceño, pero enseguida lo distendió. Era un hombre muy fácil de entender.

—¿Estás de broma? Es demasiado peligroso. Cuando tenemos que negociar algo, establecemos primero el punto de encuentro y tenemos que pedir protección también a alguna compañía proveedora de servicios militares. No se puede pedir en el día o de un día para otro.

—No necesito protección. Quiero entregar cierto objeto a una persona del Frente de Liberación. Solo eso. No tengo intención de un contacto a gran escala ni de negociar nada. Es un objeto pequeño, muy pequeño. Me basta con que eso llegue a la cúpula directiva del Frente de Liberación. ¿No hay alguna forma de conseguir solo eso?

Uwe se dejó caer en uno de aquellos asientos de gelatina que se hundían hasta la mitad de la espalda y, poniéndose un dedo en la barbilla, comenzó a pensar. Más que ponderar la forma de hacer lo que le pedía, su mirada parecía delatar que estaba calibrando si yo era o no la persona adecuada para ello.

—Staufenberg dijo algo acerca de esto... —No me gustaba hacerlo, pero recurrí a la autoridad que emanaba del nombre de mi jefa. Gracias, Oskar—. Dijo que la suerte del mundo recaía sobre mis hombros.

—¿En serio?

—Puedes probar a comprobarlo con la interesada mediante el HeadPhone o con la realidad aumentada…

—No, gracias. No me apetece nada hablar con esa señora.

Después, mirándome a los ojos de frente, sonrió y dijo con tono irónico:

—No pensaba que alguien como tú se valdría de una piel de tigre. Debe de ser un asunto de peligro inminente.

—Están empezando a morir miles de personas en todo el mundo, decenas de miles. Si aun así crees que no existe peligro inminente, es que tus nervios son de lo más insensible que hay.

Uwe arqueó la espalda y, en aquella vasta habitación donde solo estábamos los dos, estalló en una carcajada.

—Tú sí que tienes unos nervios insensibles, Twan. Te conozco, porque somos compañeros de profesión. A ti no te importa el caos que se está generando ahora en el mundo. Si tú te estás moviendo, es porque hay algo en este caso que te concierne personalmente. Lo de tu padre fue una verdadera pena y eso también habrá influido. Un deseo a título particular de conocer y una parte de venganza. Aclaremos una cosa. También yo, que vengo aquí como miembro del grupo de observadores de la tregua, me dedico a probar el alcohol y el tabaco, incluyendo una parte procedente de Níger, donde tú estabas. Se trata de una minoría, pero hay unos cuantos estúpidos que, buscando huir de la asfixiante amabilidad y salud que nos impone la sociedad, hemos ido dando tumbos por ahí hasta que,

como resultado, hemos ido a parar, a saber por qué, a una profesión en la que tenemos que cargar con responsabilidades de la sociedad internacional. Tú no eres la única; también estamos otros.

Me quedé paralizada por la sorpresa. Nunca pensé que entre los inspectores de espirales hubiera otras personas de mi cuerda, capaces de olfatear a un similar.

—Tú trabajas para ti misma. Reconócelo. Después, te echaré una mano con los preliminares.

Exhalé un suspiro. Pero, aun así, no me sentía del todo incómoda. Este hombre comenzaba a caerme bien.

—Es cierto. Existe una cuestión de ámbito muy privado.

—Privado, ¿eh? Qué agradable tintineo erótico tiene eso…

Tras esas palabras, Uwe curvó sus labios en una sonrisa y se llevó una mano a la oreja para conectar con algún lado mediante el HeadPhone.

—Cervatillo, ¿puedes hacerme el favor de decir al Kid que venga? Lo más pronto que pueda. Total, por el sonido intuyo que apenas hay clientes, ¿no? Bueno, lo dejo en tus manos.

Sorprendentemente, en El Cervatillo servían cerveza.

Al parecer, este restaurante situado frente al antiguo edificio del Ayuntamiento, ahora convertido en centro de operaciones del grupo de observadores de la tregua, antes era frecuentado sobre todo por los entonces empleados del consistorio. Como recuerdo de las guerras que habían ido sucediéndose, en las paredes de madera había imágenes pegadas, impresas en papel, de algunos militares. Cuando saqué el tema, Uwe se rio y dijo con tono divertido:

—Eso no son imágenes impresas en papel. Se llaman «fotografías», Twan.

—Fotografías…

—Se obtienen con un proceso muy engorroso que necesita varios materiales, como película, papel fotográfico, líquido de

revelado, etcétera. No era algo tan sencillo como ahora, que basta con ir cambiando la tinta de la impresora.

—Entonces, es uno de los llamados «medios muertos»…

—Eso mismo. Aunque en sitios como este todavía es un «medio vivo».

—Es increíble que en el menú venga escrito «cerveza» sin tapujos.

—Sí, esos son los puntos negros de los rusos —contestó Uwe alegremente—. Por toda esa región todavía agasajan a los invitados con algo tan malo para la salud como el alcohol. Lo he visto miles de veces en la documentación que esa gente me trae.

—Ya, imagino que sí.

—¿Sabes una cosa, Twan? He estado haciendo unas averiguaciones. He buscado cuántos Biogobiernos tienen una prohibición oficial sobre el alcohol. De los varios miles de Biogobiernos que existen en el mundo, solo hay veintiséis. Solo son veintiséis los Biogobiernos donde consta escrita en los contratos de acuerdos con sus miembros la prohibición de consumir bebidas alcohólicas. En el resto, se trata solo de la opresión del «ambiente». Solo el sentido común que dice que no se debe beber alcohol.

—Pero los analistas de la puntuación social no reconocerían el consumo de alcohol, ¿verdad?

—Efectivamente. Porque los puntos sociales son la unidad de credibilidad pública. Eso que llamamos sentido común se introduce ahí a hurtadillas. Aun cuando no exista ninguna ley al respecto, cosas como el «sentido común» y el «ambiente» ejercen su influencia sobre nosotros a través de la valoración social. ¿No crees que es un mecanismo de lo más oscuro y astuto?

—Por lo visto, tenía que haberme hecho tu amiga hace mucho más tiempo…

—Qué cosas más agradables me dices. A mí tampoco me disgustas… Mira, ahí viene.

El dueño de ese local donde solo estábamos nosotros dos se acercó trayendo una bandeja con los platos de comida. Tras

colocarlos sobre la mesa de madera haciéndolos resonar, se metió otra vez en la cocina.

—Me pregunto si ese hombre también estará dándole vueltas a qué hacer antes del plazo de la «declaración»… —comenté.

—Seguro que no. Yo tampoco pienso en ello.

—¿Crees que es un farol?

—A mí me da igual si es verdad o mentira. Me basta con aceptar lo que llegue en ese día. Bueno, aquí tenemos un plato de comida chechena. *Zhizhig galnash*, un plato de carne.

Consistía en una especie de *penne* o masa de pasta sobre la cual se montaba una gran cantidad de carne hervida con sal. El olor a cordero que despedía me encantó. «Se suele comer con esto», me dijo Uwe alargando hacia mí un plato con un caldo de ajos. Cuando lo probé tras echarle aquello, aprecié mejor el sabor del cordero. En cualquier caso, la carne estaba bastante dura. Había que bregar a conciencia con el cuchillo y el tenedor para acabar con ella.

Nos fueron trayendo un plato tras otro. Una sopa donde flotaban pequeñas empanadillas de cordero. De una forma o de otra, cordero. Para borrar el olor que me quedaba en la boca, terminé por pedir una cerveza a pesar de que estaba Uwe delante.

—Buena idea, entonces yo pediré otra. Además, parece que no hay ningún cliente aparte de nosotros.

—Oye, ¿tú cómo engañas al WatchMe?

—Según el reglamento de los inspectores de espirales, beber alcohol en las regiones donde se consume se calibra valorando el equilibrio entre el riesgo para la salud y su utilidad en las negociaciones. Basta con hacerlo constar en el informe. En tu caso, imagino que quizá te hayas instalado eso que llaman DummyMe, ¿no? Sin necesidad de hacer algo tan farragoso, nuestro trabajo es tratar con gente de toda clase de regiones del mundo con muy diversas costumbres. Para eso existen normas como es debido que nos proporcionan una red de protección.

—No lo sabía.

—Mucha gente no lo sabe. Yo, como quiero disfrutar de la vida, me dedico en lo posible a buscar todos los resquicios que pueda haber en el sistema.

El dueño nos trajo un arroz pilaf. Consistía en arroz índico mezclado con tiras de pollo. Entonces, en ese momento, un muchacho dio una palmada en el hombro de Uwe. No nos habíamos dado cuenta de cuándo había llegado. Pero, en cualquier caso, era imposible que hubiera entrado por la puerta principal.

En la pechera del traje étnico que vestía había varias cartucheras cosidas con hilos. ¿Sería un guerrero? Tan joven… Uwe se dio media vuelta, le dijo algo y el muchacho alargó una mano hacia mí.

—Dice que le des lo que quieras entregar a su jefe…

Dado que Uwe así lo decía, me saqué un papel de un bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Nada más que ese papelito? —preguntó Uwe.

—Con eso basta —contesté—. Dile que se lo entregue sin falta a su jefe, que seguro que lo entenderá.

Uwe le tradujo despacio mis palabras. El chico asintió con rostro muy serio y desapareció por la trastienda.

—¿Pero es suficiente con eso?

—Sí, está bien así. Si no nos damos prisa, se va a enfriar el pilaf.

—Aquí no lo llaman pilaf, sino *plov*. Pero, aparte de eso, tienes razón. Y se supone que ambos estamos comiendo aquí por trabajo. Así que ¿por qué no nos metemos todo esto en el estómago sin preocuparnos lo más mínimo por cuestiones morales sobre la grasa o el colesterol?

Después de hincharnos a comer de tal manera, regresamos a la oficina de Uwe y vimos que habían dejado una hoja de papel doblada encima de la mesa. Uwe, con aire disgustado, dijo:

—Debe de ser la respuesta. Vaya una rapidez…

Me adelanté a Uwe y recogí el papel. Había escritas unas cifras.

Coordenadas. Y después, la palabra «sola».

—Esto se encuentra bastante adentrado en la montaña —comentó Uwe.

Al oír eso, conecté la realidad aumentada y, tras llamar al sistema WorldVision, introduje las cifras de antes. Ante mis ojos, el globo terráqueo fue acercándose; luego, la imagen se centró en la zona interior de Eurasia; después, siguió aumentando hasta que enfocó el Cáucaso, entre el mar Negro y el mar Caspio y, cuando ya se pudo ver la superficie rocosa de las montañas con un detalle que hacía sentir su textura, finalmente, la imagen se detuvo en una forma cuadrada que parecía flotar en medio de un mar de rocas.

—Un búnker… Y parece bastante antiguo. Debieron de construirlo los chechenos en el siglo pasado o a primeros de este para protegerse de los bombardeos del Ejército ruso.

—Voy a ir. ¿Te importaría acompañarme hasta la mitad?

—¿Yo solo? Es una locura.

—El chisme de seis patas que tienes aparcado afuera, lleva armas, ¿no?

—Sí, se supone que lleva un cañón de no sé cuántos milímetros. Es un vehículo de transporte con armamento incorporado, lo que se llama una «cabra correo».

—Me bastará con que metas en un par de sacos comida para dos días y los ates colgando del vehículo. Si consigues un camión que nos transporte a la cabra y a mí hasta donde se pueda llegar, luego ya me arreglo sola.

—¿Y la protección de la empresa proveedora de servicios militares?

—No la necesito.

—Entonces será un billete solo de ida. No puedo consentirlo.

Inesperadamente, este Uwe resultaba ser un hombre de buen corazón. Le di una palmadita en el hombro.

—¿Acaso no fuiste tú quien me obligó a decirlo? Este es un acto que hago a título personal. Es una cuestión muuuy privada.

—El problema es tu vida. No puedo hacer como que no me doy cuenta.

—Ahora mismo, el mundo entero, los ciudadanos de todos los Biogobiernos están sufriendo por su propia vida. Lo que suceda con la mía es poca cosa. Ya te dije lo que opinó Staufenberg, ¿no? Que la suerte del mundo recaía sobre mis hombros. Todo este asunto debe recaer solo sobre mí.

Parecía que aun así Uwe no se mostraba conforme y se quedó un rato contemplando mi rostro. Sin embargo, finalmente dio su brazo a torcer y se encogió de hombros. Después, tras un suspiro, dijo:

—Desde luego que eres una mujer que solo piensa en sí misma, ¿eh?

—Así es. ¿No lo dijiste tú? Que tenía unos nervios insensibles, que no me importaba lo que estuviera sucediendo en el mundo…

—Parece que te dejas llevar por alguna obsesión. Conste que no me disgusta esa actitud tuya. Yo, que también me hice inspector de espirales para beber cerveza y fumar tabaco, soy, en mayor o menor medida, un tipo similar.

Tras decir esto, Uwe se llevó una mano a la oreja. Comenzó a hablar con alguien. «Ah, Yuri, eres Yuri, ¿no? Soy Uwe. Quería que llevases a una mujer y la cabra correo en la caja de tu camión. Ahora, enseguida».

03

Según subía la altitud, aumentaba el frío que sentía en la piel.

En la caja del camión estaba yo sola, bamboleándome con la cabra mecánica de la que colgaba un saco a cada lado con mis cosas. Dado que se usaba para el Ejército de Tierra, no era cuestión de que el ingenio fuera pintado de color rosa. Era en su totalidad de un verde oliva apagado, mate, sucio. El color de la guerra. Según había oído, en el mecanismo de control de mi compañero de seis patas se había utilizado un cultivo de nervio craneal de caballo con el que se le había adiestrado. Y, además, era de un caballo de los que se criaban por aquí, por lo que Uwe afirmaba que debería estar acostumbrado a las zonas montañosas. En su blindada y abultada barriga, se veía el emblema del Ejército del Tratado de Ginebra. El ingenio en cuestión era una mezcla de partes a base de aquellos cultivos biológicos, carne extraída de una auténtica cabra y maquinaria diversa, en una proporción bastante difícil de desentrañar.

No tenía cabeza. En la parte delantera, donde se concentraban las piezas, contaba con algunos sensores, pero hacía falta un gran esfuerzo para interpretar aquello como un rostro. Lo más parecido sería la sensación de estar junto a una cabra decapitada. La comparación se ajustaba como un guante.

El camión traqueteaba mucho, pero en todo ese tiempo el conductor no miró ni una sola vez a través de la ventanilla para ver cómo estábamos, bueno, estaba, y no hizo intento de dirigirme la palabra. Después de todo, como por mi parte yo tampoco conocía ni

el idioma de aquí ni el ruso, aunque me hubiese dicho algo, no habría sabido cómo contestarle. Debido también a eso, me limitaba a dejarme bambolear junto a esta cabra artificial sin cabeza. Y así, poco a poco, se fue despertando en mí cierto cariño por mi porteador cibernético.

De repente, el camión se detuvo.

El toldo del vehículo se abrió, y como el conductor me hizo una señal para que bajara, di una palmadita en el culo de la cabra. La cabra se enderezó al instante en la caja del camión y, de un salto, se plantó en la vereda que discurría entre los arrozales. Miré unos instantes la fotografía aérea obtenida como resultado de conectar la realidad aumentada con el GPS. Desde aquí hasta el terreno donde quedaba el búnker indicado había algo más de medio día de camino. Un trayecto donde, en realidad, no existía ningún camino, pero, combinando los datos de altitud y las imágenes del satélite con el programa informático que tenía, quedaba determinada la ruta de escalada. Agité una mano hacia el conductor mientras le daba las gracias, y aquel hombre tan seco emprendió la vuelta sin dilación por el camino que nos había traído.

Me adentré en la montaña. Las rocas del Cáucaso eran negras. Según dijo Uwe, al parecer la palabra procede del griego *Kaukasos*, que a su vez es una deformación de *Kroykhasis*, y en una antigua lengua escita significa «blanca nieve». En el norte del Cáucaso, ensartada entre el mar Caspio y el mar Negro, está Chechenia. Nuestro camión de antes se había detenido en las faldas de la cordillera del Cáucaso, es decir, junto a la frontera sur que limitaba con Georgia.

Comencé a escalar por las escarpadas rocas. A mi espalda venía la cabra, subiendo mientras localizaba con habilidad puntos donde ir pisando. «Parecemos monjes eremitas», pensé mientras avanzaba jadeante. Era como un ejercicio ascético para ir al encuentro de un dios. Aunque no pienso que Myaha sea un dios ni quiero pensarlo.

La nieve en estas montañas del Cáucaso cuajaba solo en las cimas más altas. Por debajo de los 2500 metros, donde me

encontraba, lo único que había era tierra y rocas negruzcas.

En el cielo no se veía ni una nube. Como la temperatura era baja, el radiante sol no suponía un problema, siempre y cuando se tratara de un periodo de tiempo no demasiado largo. Aunque no existiera un camino en sí mismo, estas montañas eran un lugar por el que la guerrilla chechena deambulaba libremente. Contando con el sistema de navegación asociado a la realidad aumentada, no resultaba una escalada imposible. Mis pulmones sentían nítidamente cómo el oxígeno disminuía poco a poco según ascendía. Ante eso, ni siquiera el WatchMe o el Medicare implantados en mi cuerpo podían hacer nada. De entrada, en un lugar como este resultaba inevitable que el servidor de tratamiento médico quedara fuera de cobertura. Lo único que hacía la realidad aumentada era conectar una simulación con el GPS que yo llevaba.

—Estar en medio de una soledad como esta resulta casi emocionante, ¿eh? —le dije a la cabra.

La cabra seguía mis pasos en silencio, con el equipaje a cuestas.

Tras unas tres horas subiendo por aquella ruta sin camino, encontré algo similar a una vereda de montaña. Según el navegador de la realidad aumentada, si continuaba subiendo unas seis horas desde aquí, debería llegar al búnker que tenía por objetivo. La vereda tenía una anchura aceptable. Se podía ver también el rastro del paso de vehículos. Probablemente, los combatientes chechenos no habían sido los únicos en usarla. En la época de guerra abierta, la vereda debió de ser utilizada también por el Ejército ruso.

Avancé haciendo pausas de vez en cuando, en las que bebía agua y acostumbraba mis pulmones al aire circundante. Gracias a que la cabra de uso militar contaba con un reciclador incorporado, apenas había necesidad de darle agua. Toqué la espalda de la cabra igual que si estuviera acariciando el lomo de un animal de compañía. Al tacto, era idéntica a un animal corriente. También tenía una cierta calidez. Un porteador de seis patas que poseía un sistema de control recubierto de músculos de caballo y con unos sesos y una red neuronal también de caballo. Durante uno de mis trabajos de

mediación, ya no recuerdo si en Níger o en otra parte de África, una vez vi unos milicianos que se lanzaban contra el ejército regular montados en estos ingenios como si fueran soldados de caballería.

El ejército regular de entonces estaba compuesto en su totalidad por efectivos subcontratados que actuaban teledirigidos. Los subcontratados por dicho ejército regular contaban con un sistema de contramedidas electrónicas (ECM), pero los operadores que estaban teledirigiendo desde el centro de mando perdieron el control y hubo que recurrir al combate por sus propios medios. Las cabalgaduras cibernéticas que eran controladas directamente por sus jinetes se movieron tan rápido que sorprendieron al ejército subcontratado de la empresa de recursos militares, eliminándolo por completo.

Comparado con aquellos ingenios, la cabra de ahora había sido creada específicamente para el transporte en zonas montañosas. Era propiedad del Ejército y el cañoncito con el que contaba era casi por cumplir, ofreciendo un aspecto de lo más apacible. Me puse en pie, devolví la cantimplora a la alforja de la cabra y, tras comprobar la pistola que llevaba en la funda bajo la axila, reemprendí la subida.

Subí un poco y descansé. Otro tramo y otra pausa. Así, mientras intentaba acostumbrar mi cuerpo poco a poco, llegué a un punto en que sentí que cada vez tardaba más en recuperarme. El motivo era la escasez de oxígeno, pero noté que mis sensaciones eran verdaderamente humanas. Por lo general, el Medicare implantado en el cuerpo actuaba sobre el sistema nervioso y acallaba el dolor o el sufrimiento. Sin embargo, esta clase de penalidades eran, en verdad, la prueba de que estaba viva y en una parte de ese proceso que era la vida.

El WatchMe externalizaba las enfermedades, el hecho de sentirse enfermo.

Cuanto más se alarga la historia de la especie humana, más se reduce el ámbito de las cosas de la naturaleza cuya existencia se considera buena para ella. Siendo así, ¿dónde estaba el fundamento para considerar inviolables el alma o la consciencia humanas como

territorio que no se debe manipular? Ahora que la humanidad había conseguido dominar ya la mayoría de las enfermedades «naturales». Ahora que la fantasía de un cuerpo humano «normalizado» se había elevado a la categoría de algo de «sentido común» en la sociedad.

Mientras subía la montaña, iba pensando acerca de esas cosas. Por ejemplo, el caso de la diabetes.

La diabetes es un valioso rasgo genético que la especie humana adquirió para hacer frente a las frías temperaturas. El punto de congelación del agua con azúcar está por debajo de los cero grados. Para los humanos sobre los que de pronto caía una ola de frío, debió de suponer una característica muy útil. Aunque el azúcar estropee las venas y descontrole los riñones, tarda décadas en producir la muerte. Si hasta entonces uno concibe descendencia, puede legar sus genes y cantar victoria. La diabetes es una parte de la evolución humana.

La evolución es un encadenado de remiendos.

Aquel rasgo que resultaba necesario en las condiciones en que nació se volvía inútil una vez pasado el asunto. Tenemos un conjunto de genes que fueron creándose por las necesidades de cada momento. El genoma humano está hecho de remiendos que en su momento tuvieron éxito. Una palabra como *evolución* está cargada de resonancias positivas, y con mucha facilidad ofrece a la gente una imagen equivocada. El ser humano o, mejor dicho, todos los seres vivos somos un enorme conglomerado de genes originados en su momento para salir del paso.

Y si así fuera… Por lo que respecta a este extraño rasgo llamado *consciencia* que hemos adquirido los humanos, ¿dónde estaba la necesidad de considerarlo especialmente grato y adorarlo poniéndolo en un altar? La ética, lo sagrado, todo eso no era más que una parte de esos remiendos que había adquirido el cerebro para adaptarse a la situación. La tristeza, la alegría, todo eso existe solo porque en un determinado «ambiente», únicamente ahí, resultó necesario para vivir, contribuyó a la supervivencia. No sé en qué ambiente resultó necesaria esa emoción que es la alegría. No sé en qué ambiente

resultaron necesarios esos sentimientos que son la tristeza o la angustia.

Pero, aun así, al igual que sucedió con la diabetes, los años de resistencia como aplicación práctica de las emociones se habían deshilachado hacía ya tiempo.

Si para el ser humano, que es un animal social, el ambiente por el que se volvieron necesarias funciones como las emociones o la consciencia había dejado en algún momento lejano de existir, ¿por qué deberíamos dudar ante la «curación» de ambas, eliminando dichas funciones de nuestro cerebro al igual que hemos curado la diabetes?

Hace tiempo, la furia era necesaria para la humanidad.

Hace tiempo, la alegría era necesaria para la humanidad.

Hace tiempo, la tristeza era necesaria para la humanidad.

Hace tiempo, el placer era necesario para la humanidad.

Hace tiempo, hace tiempo, hace tiempo.

Esas eran las palabras de responso hacia un ambiente y una época que ya se fue.

Keita Saeki, Gabrielle Eding y Nuaza Kirie. El encuentro con estas tres personas ¿no me habría arrebatado sin remedio todos los fundamentos por los que creía en la existencia de un yo en mi interior? Mi padre dijo que, al igual que en la isla de Vineyard las personas con discapacidad auditiva constituían mayoría y que los que podían oír eran los marginados, en esta región vivía de la manera más natural del mundo una etnia de personas carentes de consciencia, que se emparejaban entre ellas poseyendo los mismos genes recesivos.

Si se estructuraba a partir de ello una sociedad donde se pudiera mantener un sistema de cierta ayuda mutua, ¿no es cierto que constituiría la prueba de que resultaba innecesaria una función anticuada como la consciencia y su destino no sería otro que el de extinguirse? ¿No sería deseable que, siguiendo el camino que ha venido escogiendo la especie humana, eliminásemos esa molesta

función que era la consciencia, causante de los enfrentamientos, las incertidumbres o los sufrimientos?

¿En qué fundamentos se basaría la emoción inquisitiva que me hacía actuar?

El ánimo de vengar la muerte de Kyan Reikado y de mi padre ¿acaso no sería más que algo anticuado, las reminiscencias de una función que resultó necesaria antaño en el proceso evolutivo y se implantó en el mesencéfalo de los simios?

Antiguamente, es probable que fuera la religión la que nos garantizaba que *yo soy yo*. Puesto que todo había sido dispuesto por Dios, el ser humano no tenía necesidad de opinar al respecto. Pero hoy en día, dicha función de la religión se había perdido por completo. Si alegría, furia, tristeza y placer, todos los fenómenos que provocaba el cerebro, eran solo peculiaridades fruto de que en tal o cual ocasión el ser humano se vio en un determinado entorno y, para una mejor supervivencia, resultaba mejor ir añadiéndolas, se perderían los fundamentos inamovibles de casi toda ética. Y una ética relativa es muy frágil. La historia lo ha demostrado.

En cualquier caso, lo importante ahora era verse con Myaha Mihie.

Allí deberían de aguardarme unas cuantas respuestas al respecto.

Después del enésimo receso, para la hora en que llegué junto al búnker, el sol comenzaba a ponerse en el horizonte. A lo lejos, las nubes parecían extenderse muy por debajo de mí. Me pregunto hasta qué altitud habría llegado.

Una esquina del búnker acababa de brotar de la montaña. Estaba hecho de hormigón sin recubrir y su oscura puerta se encontraba abierta.

—Anda, cabra bonita, espera aquí, ¿eh?

Usando la biometría vascular, dejé bloqueada el arma de la cabra y, acto seguido, procedí a verificar el estado de la que llevaba en la funda.

<listado: protocolo>
<p: comprobar el cargador>
<p: volver a meter las balas>
<p: tirar de la corredera>
<p: comprobar, una vez bloqueada el arma, si hay o no balas en la recámara>
<p: verificar cuidadosamente otros movimientos del arma>
</listado>

—Todo bien, puedo ir —murmuré.

Acto seguido, me encaminé a la entrada de aquel búnker excavado en la montaña y reforzado con hormigón.

—Hola, Twan. Trece años sin vernos, ¿verdad?

Las palabras salían de las tinieblas del fondo del búnker. Aparte del sonido de un goteo de agua y del de mis pasos, lo único que había oído era aquella voz. Al sacar mi arma de la funda, el ruido del rozamiento con la ropa destacó de un modo espectacular en medio de aquel extremo silencio.

—No necesitas ninguna arma. Aquí solo estamos tú y yo.

Un paso. Otro paso.

Cambié el modo de la realidad aumentada para que aumentase la claridad y con eso pude hacer visible el interior del umbrío búnker.

—Estaba segura de que vendrías. Que tú serías la única que vendría a verme aquí, Twan.

La entrada ya quedaba bastante detrás de mí. Allí, la cabra esperaba disciplinadamente mi regreso.

—Estoy aquí, Twan.

Entonces, de improviso, realmente de golpe, vi la figura de Myaha Mihie justo delante del cañón de mi pistola.

Con el mismo aspecto de entonces, el mismo que tenía cuando éramos adolescentes.

—Esto fue una idea brillante, Twan. Mi tarjeta de visita. La que hice cuando estábamos en bachillerato. Enseguida comprendí que se trataba de ti.

Mientras hablaba, Myaha sacó su propia tarjeta, que yo encontré en el escritorio de mi habitación del hogar paterno en Japón cuando pasé por allí a mi vuelta de Bagdad y antes de volver a salir destino a Chechenia. Ese era el papel que le di al chico que vino como mensajero a *El Cervatillo*. Contesté sin dejar de encañonarla.

—¿Verdad que sí? La traje porque Vasilov me dijo que estabas aquí.

—Vasilov… Una pena, lo suyo. Y también lo de tu padre, Twan.

Cosa extraña: aunque Myaha dijera aquello, no se me subió la sangre a la cabeza. Pero, junto con el recuerdo de Kyan Reikado, sentí de manera muy vívida que una viscosa furia comenzaba a borbotear en el fondo de mis entrañas.

—Pero imagino que sin duda dirás que fue inevitable, ¿verdad?

—Así es, yo diría eso. Fue inevitable.

Apreté el gatillo. La bala pasó rozando su blanca frente y trazó un hilillo de roja sangre.

—Para mí, no fue algo inevitable. Podía haberse evitado que muriera nadie.

—Puede ser. Pero no podemos permitirnos que muera más gente. En este mundo que es el nuestro.

—Cerca de seis mil personas intentaron suicidarse y de ellas casi tres mil realmente murieron. Ahora mismo, en los territorios de la esfera de la sociedad vidalista, no paran de sucederse los asesinatos, suicidios y revueltas por culpa de vuestra «declaración». Después de haber hecho algo así, ¿cómo osas decir eso de que no podemos permitirnos que muera más gente? ¿Qué broma de mal gusto es esa?

—Pero es que, si no, los ancianos no se decidían a apretar el botón…

—¿Cómo que «es que»?

Al llegar ahí, entendí en un instante todo el camino que había llevado hasta esta situación.

Comprendí la visión de las cosas que tenía Myaha. Cuál era el dibujo que Myaha quería sobreimpresionar sobre el mundo existente.

Sin dejar de apuntar mi arma hacia ella, me encontré mirándola con la boca abierta con cara de lerda.

—Efectivamente, Twan. Lo que nosotros deseamos es la armonía de la especie humana.

04

<recuerdo>

Aquello sucedió el día en que comenzamos a tomar aquel fármaco decisivo.

—Voy a llevar conmigo a esas personas que me han dado energías —dijo Myaha.

Cuando el sol ya se estaba poniendo, recibí comunicación de Myaha y, al llegar junto al río, ella se encontraba echando el aceite de un envase de plástico sobre una gran cantidad de madera apilada que a saber de dónde había traído. A pesar de que fuera estúpido preguntar «¿Qué estás haciendo?», porque para mí misma resultaba más que evidente, como sabía que ese era el papel que Myaha esperaba de mí, en principio lo pregunté.

—Voy a quemarlo. Todo.

Si eso que decía era verdad, lo que había ahí debían de ser todas las novelas que Myaha poseía, aquellas a cuya encuadernación había dedicado casi toda su asignación paterna. Como la chica que yo era entonces nunca había ido a casa de Myaha, no sabía si lo que había allí eran realmente todos los libros que poseía Myaha o no. Pero tampoco me parecía que ella estuviese mintiendo.

Entonces, Myaha dijo lo siguiente:

—Es que creo que, quizá, si conservara todo esto, no podría marcharme.

—¿Qué quieres decir con eso de no poder marcharte? —pregunté yo.

Myaha hizo con la mano un gesto dando a entender el mundo que la rodeaba o, mejor dicho, que nos rodeaba.

—Marcharme al otro lado de esto. A ese mundo que la gente llama «cielo», «infierno» o «el más allá». A la nada. Si estos chicos siguen atándome a la tierra, quizá no sea capaz de ir. Creo que, si dejara pasar más tiempo, mi cuerpo se debilitaría y no tendría fuerzas para traer los libros hasta aquí.

Las últimas gotas del bidón que tenía Myaha terminaron de caer. Myaha escudriñó el interior y, tras hacer un gesto de disgusto, apuntó la boca del bidón hacia mí.

—Puaj. Qué mal huele este aceite. ¿Quieres olerlo?

—No, prefiero que no —contesté.

—Los chinos, cuando cambiaba el emperador, quemaban todos los rollos donde estaba escrita la historia de ese periodo —dijo Myaha mientras ponía otra vez el tapón en la boca del bidón—. Para poder escribir una nueva historia.

—¿Sí? No lo sabía…

Le seguía la corriente como de costumbre. Me gustaba contestarle de esa manera, porque me hacía sentir igual que si ella estuviera escribiendo sobre mi cuerpo.

—Me he dado cuenta de que, en algún momento, este mundo se ha convertido en un gigantesco libro —siguió Myaha—. Los seres humanos, convencidos de que se podía describir todo en él, han hecho que de verdad así sea. Cuando nació la tomografía computarizada, el mundo cambió. Los rayos X tradicionales no ofrecían más que una fotografía. Pero la tomografía computarizada, aunque usa los rayos X, trata con un computador las imágenes tomadas desde distintos ángulos y, tras resolver una fórmula, muestra los resultados. Los rayos X y la tomografía computarizada, por lo que respecta a su carácter descriptivo, son cosas definitivamente diferentes.

—¿Y lo mismo el WatchMe? —pregunté.

Myaha asintió mientras sacaba un encendedor del bolsillo.

—Ese es precisamente el caso extremo al que hemos llegado para convertir nuestros cuerpos en una descripción. Al principio fue la tomografía computarizada la que fue sustituyendo nuestros cuerpos por

una descripción, hasta llegar al extremo. Lo que sucede a partir de entonces ya es solo una cuestión de grado de precisión. Siempre, ya mismo. Eso es lo que busca el WatchMe.
Por eso yo, antes de meterme semejante cosa en el cuerpo, antes de que yo misma me convierta en un libro para leer, tengo intención de morir mientras todavía soy una chica. Para demostrar que estas tetas, este culo, este vientre, todo en mí... no es un libro. ¿Por qué crees que la gente escribe?
—Ni idea…
—Porque las letras se conservan. Quizá para siempre. Hasta un punto cercano a la eternidad. Así sucedió con la Biblia. Las pirámides, a su vez, también son una clase de descripción. Desde los tiempos antiguos, la gente se siente atraída por el concepto de eternidad. Ahora nadie enferma en toda su vida. Como mucho, contrae alguna pequeña enfermedad de joven. Es la primera vez que se da una época donde se piensa erróneamente que el cuerpo es eterno. A duras penas se conserva la sensación de envejecer, solo como un débil gemido que brota del cuerpo de modo natural, pero está cerca el día en que también eso se conseguirá dominar. De hecho, se ha refrenado de un modo brutal. Puede que el Maelstrom fuera un proceso de rehabilitación para devolver al ser humano a su estado natural.
Al acabar de hablar, Myaha suspiró.
Yo, que me encontraba a su espalda mirándola, me acerqué a ella.
—¿Qué pasa? —preguntó haciendo que yo agarrase con la mano derecha el encendedor.
La frialdad de la mano de Myaha me produjo una sensación agradable.
—Por favor… —dijo—. ¿Podrás hacerlo? Después de haber hecho hasta aquí, te parecerá raro, pero me resultaría muy duro acabarlo por mí misma.
—Vale —asentí.
Con la solemnidad de un atleta que va a encender la antorcha olímpica, prendí fuego a la montaña de libros. Ardieron en un abrir y cerrar de ojos, transformándose en un montón de cenizas. El sol, ya casi oculto, teñía el

entorno con una extraña tonalidad y la luz del plasma emitido por las llamas incidía desde debajo en mí y en Myaha, de pie con expresión serena junto al fuego, confiriéndonos una coloración naranja.

—Verás, antiguamente, en Japón, quemaban así los cadáveres.

—¿Sí? No lo sabía…

—Pero, lógicamente, cuando llegaron los tiempos del Maelstrom, todo cambió —dijo Myaha sonriendo acto seguido—. Todo cambió. Después del gran caos, llegó la era de la gran moderación. Y aquello cuajó de un modo tan consistente que, por más que lo intentes, es imposible hacerlo tambalear. «Incineración», llamaban a aquel método. Antes de quemarlo, metían en el ataúd cosas que se suponía que le gustaban al difunto. Pero, desde que el tratamiento de los cadáveres se realiza con un líquido que disuelve las proteínas, esa costumbre ha desaparecido por completo.

—¿Y esta es tu incineración, Myaha? —pregunté.

—Sí —asintió ella—. Porque en mi ataúd no puedo meter los libros. Me los llevo en agradecimiento por la fuerza que me han dado.

Las dos nos quedamos largo largo tiempo, aun ya anochecido, sentadas en cuclillas junto a la ribera del río, contemplando la ciudad hasta que se apagó el último rescoldo del fuego, hasta que acabó la «incineración» de Myaha. Entonces señaló hacia las calles y dijo:

—Eso es eterno. El castillo de la gente que cree ser eterna. Eso es el rey. Eso es el Gobierno. Antiguamente se usaban esos nombres y ahora es lo que se llama Biogobiernos, una madriguera de la clase dominante que ha sido fragmentada de forma ilimitada. ¿Sabes?, quiero golpear por sorpresa eso que la gente cree que es eterno.

—¿Y la muerte de nosotras tres será ese golpe? —pregunté—. ¿El mundo cambiará por eso?

—Cambiará todo para nosotras —contestó Myaha.

</recuerdo>

—Finalmente, hemos llegado hasta aquí —dijo Myaha dando dos o tres golpecitos con el pie en el suelo.

Era bastante más alta que antes y tenía también unas tetas más macizas que las mías. Seguía siendo una chica bonita. Myaha Mihie parecía tan hermosa y tan joven como antes.

—¿Y dónde es aquí?

—A *Un mundo feliz*.

No entendí de qué estaba hablando. Myaha se dio cuenta y procedió a explicarse.

—Es una utopía, Twan Kirie. La escribió Aldous Huxley.

Dio otros dos pisotones en el suelo.

—¿El objetivo es la felicidad o es la verdad? Después del Maelstrom, la humanidad escogió la felicidad. Escogió la farsa de la eternidad, la negación del hecho de que no es más que un animal defectuoso, un pegote construido a base de remiendos que fueron surgiendo en el curso de la evolución para adaptarse a las necesidades de cada momento. Si aplastaba la naturaleza, podría conseguirlo. Si sustituía todo, todo lo que hay en el mundo en que vivimos por cosas artificiales, podría conseguirlo. Así, la humanidad llegó a cruzar una línea sin retorno.

Sin dejar de apuntar a Myaha, la confusión empezó a aflorar en mi rostro.

—¿Pero acaso no eras tú, Myaha Mihie, quien más renegaba de todo eso, quien más lo odiaba?

Nuevo tac, tac, tac en el suelo.

—Mi padre me dijo que tú….

—Sí, soy miembro de una raza que carece de consciencia. O, mejor dicho, creo que es más exacto decir miembro de una raza que no la necesita. Aunque, como ahora ya he adquirido una consciencia, debería formular la frase en tiempo pasado. La sección del cerebro que gestiona la mía es diferente de la que gestiona la vuestra. Según la imagen por resonancia magnética funcional, IRMf, al parecer, se está produciendo una emulación de la consciencia en una parte de mi sistema límbico. ¿Sabes, Twan?, mi consciencia nació aquí.

Myaha extendió los brazos y, con una pirueta estilo *ballet*, dio una vuelta completa. Con ello me indicaba el interior del búnker, aquella gruta de hormigón que parecía inacabable.

Fuuuh, fuuuh, fuuuh.

El viento que soplaba en las alturas del Cáucaso interpretaba una triste melodía usando el búnker como sustituto de la flauta.

—Este sitio era la base del Ejército ruso para la prostitución. Los soldados rusos se trabajaban aquí a diario a las chicas raptadas en los campos de batalla.

Fuuuh, fuuuh.

—El oficial que se montaba encima de mí, mientras me la metía una y otra vez, hacía que le tocase el cañón de su antigua pistola Tokarev. Me iba diciendo «esto es una pistola», «esto es acero», «esto es fuerza», mientras que, igual que si fuera otro pene suyo, me obligaba a acariciarla y a chuparla, metiéndola con violencia en mi boca, una y otra vez.

Me di cuenta de que, mientras escuchaba la historia de Myaha, estaba ya llorando.

Su consciencia le permitía contar cosas semejantes sonriendo con rostro alegre.

¿Pero qué clase de consciencia era esa?

Fuuuh, fuuuh, fuuh, fuuh.

Me tapé la boca con una mano. Conseguí dominar a duras penas las arcadas.

—Así, con la pistola clavada en la boca, pegajosa y llena de babas, fue como nació mi consciencia. En el hormigón que hay aquí han calado una gran cantidad de «caldos»: semen, fluido vaginal, sangre, lágrimas, moquillo, sudor… Yo renací en medio de todos esos líquidos como lo que se llama un ser humano con consciencia.

Tac, tac; tac, tac; tac, tac.

—Me salvó un destacamento mixto, formado por personal de una compañía de recursos militares contratada por Chechenia y soldados voluntarios. Me entregaron en adopción a un Biogobierno

japonés como parte de un programa para contrarrestar el descenso de natalidad y por eso llegué a Japón.

—Myaha, ¿no lo decías una y otra vez? —pregunté con el rostro empapado por las lágrimas y los mocos.

Ya no era capaz de contener las emociones que iban brotando de mi interior.

—¿No decías que odiabas este mundo? ¿Que odiabas esta sociedad donde el amor de unos hacia otros era tan asfixiante como si te estrangularan con un pañuelo de algodón? ¿Qué te parece? ¿Crees que donde vivíamos era un lugar más horrible que este, que esta Chechenia? ¿La sociedad donde vivíamos era un lugar más horrible que este búnker?

—No sabía qué era lo que debía hacer.

Nuevo zapateado.

—Cuando tenía doce años, murió un chico que vivía en la casa de al lado. Se ahorcó.

Tac, tac, tac, tac, tac.

—Ese chico murió porque decía que odiaba este mundo y que no existía ningún lugar donde él pudiera estar. Entonces pensé una cosa. Yo conocía hasta dónde podía llegar el salvajismo del ser humano. Y ahora conocía, por el contrario, cuánto podía llegar a destruir el ser humano en su intento por dominar el salvajismo, la naturaleza. En ese momento, vi las cosas de una manera muy sencilla. Esta sociedad, esta sociedad de los Biogobiernos, este sistema de la esfera del vidalismo es ridículo. Después de ver varios casos de personas que se suicidaban, pensé que esta sociedad donde uno mismo tenía que exigirse seguir con todo rigor una serie de normas era ridícula.

Sí. Influenciadas por esas ideas de Myaha, Kyan y yo adquirimos una forma especial de ver el mundo. Esa sociedad basada en una ideología cuya escala de valores decía que la salud debía tener prioridad sobre cualquier otra cosa, donde el cuerpo humano era analizado minuciosamente mediante moléculas medicinales, monitoreado en tiempo real y donde en todo momento uno debía

demostrar que se encontraba sano. Una sociedad donde todos creían que la paz y la armonía nacían de que uno se aplicara con rigor la disciplina para estar sano.

—Eso es, tú odiabas el modo en que está articulado este mundo. Por eso, cuando nos dijiste que muriésemos juntas, Kyan y yo pensamos: «Sí, vayamos todas juntas».

No me di cuenta de cuándo empecé, pero estaba hablando con el mismo tono que si hubiéramos vuelto a los días del bachillerato.

La manera de hablar de las chicas de esa edad, como cuando comía el *bento* junto a Kyan Reikado y Myaha Mihie.

La manera de hablar de la Twan Kirie de entonces.

—Pero en el sitio a donde fui con tu padre, aprendí una cosa.

—¿El qué?

—Que el ser humano puede cambiar. Que las personas pueden romper el límite que les impone el hecho de contar con una consciencia.

Tac, tac, tac, tac, tac.

—Entonces, no has montado todo este revuelo porque odies este mundo, ¿no? —dije mientras bajaba la pistola.

Myaha, por su parte, seguía con su zapateado para esa única espectadora que era yo.

—Eso es. Amo el mundo. Amo este mundo con todas mis fuerzas. Todo lo hago para aceptar este mundo. Para salvar este mundo corroído por el yo.

El rostro de Myaha adoptó una gran seriedad. El zapateado se volvió todavía más violento.

—Sin avisar a nadie, introdujimos un código fuente a base de moléculas medicinales en el mesencéfalo de la gente del mundo entero que tenía instalado el WatchMe que ideó tu padre y sus compañeros, en su mayor parte creado por mí. En el sistema de control del WatchMe de algunos Biogobiernos existe una «puerta trasera». Lista para nosotros. Utilizando eso, es fácil generar en una gran cantidad de personas un valor de apreciación alto hacia el

deseo de morir, que se comporta con el patrón de una curva hiperbólica.

En el eje del tiempo actual, se ponía un valor a la muerte mucho más alto que el del apego a la vida, de manera que resultase elegida. Por muy pequeño que fuera, todo el mundo albergaba cierto deseo de morir. Lo único que sucedía era que, como es lógico, el apego a la vida era más alto. Las personas que de pronto sintieron una atracción salvaje hacia la muerte y decidieron que era un acto que debían elegir, carecían de medios para eludir esa irrazonable escala de valores.

—Pero ¿sabes qué? Los ancianos se asustaron.

—Los que manejan el *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación*, ¿no?

—Eso es. Tu padre era su ideólogo central.

—Decía que, si se pretende un ser humano perfecto para esta sociedad, el alma es el elemento más innecesario de todos. Es para reírse, ¿no?

—Yo no me reí.

Myaha detuvo su zapateado y entrechocó sus manos en una fuerte palmada. El sonido huyó hacia el fondo del búnker, resonando en forma de eco.

—Pensé que era lo que debía hacerse. En estos tiempos, hay decenas de miles de chicos y chicas en todo el mundo que se están suicidando. También adultos. No pueden eliminar por completo de su interior la violencia, la naturaleza. Por encima de las pequeñas comunidades que encarnan los Biogobiernos y demás, antes de pensar en la relación con ese sistema, está el hecho de que no somos más que unos animales atados por nuestra condición de conglomerado de funciones como el raciocinio y las emociones. Esto es algo que no podemos olvidar.

—Así que fue idea tuya, ¿no? Si la gente no se acostumbraba a este mundo e iba muriendo…

—Eso es. Entonces, mejor dejar de ser humanos.

Tatac, tatac, tatac.

Myaha comenzó otra vez un ligero zapateado.

—O, mejor dicho, abandonar la consciencia de uno mismo. Es preferible eliminar sin piedad, hasta en el último resquicio del cuerpo, esa consciencia que no es más que una función hecha de remiendos producto de la naturaleza, y transformarse hasta los huesos en una existencia social. Es mejor tirar a la basura la idea de que «yo soy yo». Borrar esa función que el medioambiente otorgó al ser humano para salir del paso, esa consciencia y ese yo. Así, a esta sociedad que buscaba la armonía, le llegará por fin la verdadera armonía.

Tatatatatac, tatac, tatac.

—Al parecer, antiguamente se decía que un soldado no adapta el calzado a sus pies, sino sus pies al calzado. Para nosotros, eso es fácil de conseguir.

—Si los ancianos lo admitían, claro está.

Myaha detuvo de nuevo su zapateado. Bajó el entrecejo y suspiró.

—Sí… Los ancianos lo tomaron como que la paralización de la consciencia era sinónimo de la muerte. A pesar de que cierta raza minoritaria de las montañas del Cáucaso ha estado viviendo así durante miles de años. Si el sistema se encuentra lo suficientemente maduro, no hay necesidad de tomar decisiones conscientemente. Nosotros, que contamos con un sistema de ayuda mutua, con un programa que nos da indicaciones acerca de cómo vivir y que externalizamos un montón de cosas, ¿qué clase de voluntad se supone que necesitamos? El problema, más bien, es el sufrimiento por sernos requerida una voluntad, el sufrimiento por esa única necesidad restante de una voluntad para autodisciplinarse por causa de la salud o de la comunidad.

—Así que no hay necesidad ni de voluntad ni de consciencia. ¿Y qué tiene que ver eso con sumir el mundo en un completo caos? —pregunté.

—Pues porque si el mundo está a punto de convertirse en un completo revoltijo, a los ancianos no les quedará más opción que apretar el botón aun a disgusto, ¿no?

Me quedé estupefacta.

Dijo que había visto las cosas de manera muy sencilla. A esto se refería.

—O sea, que quieres decir que estás dando un empujoncito a los ancianos para que no tengan más remedio que arrebatar la consciencia a las personas, ¿no?

—Eso mismo.

—Has dirigido las cosas de manera que el mundo se hunda en el caos. Para que los ancianos se vieran obligados a pulsar el botón.

—Sí. Para ser exactos, no es un botón, sino una serie de códigos que solo conocen los ancianos.

Una clave secreta. Un encadenado de letras para ordenarle al mundo cómo debe ser. Y así llegaría el mundo deseado.

—Esa es la única facultad que nosotros no pudimos conseguir. Supongo que ya te lo contaría Vasilov o tu padre, pero en el *Grupo de trabajo para la descripción de las características del comportamiento del ser humano de la próxima generación* existe una división. La corriente principal, que opina que es precisamente la consciencia imitativa que dice «yo soy yo» lo que constituye la dignidad humana, y luego nuestra facción minoritaria: los herejes que pensamos que, dentro de este sistema social completo de hoy en día, el cerebro humano es la única cuestión pendiente, que algo como la consciencia solo trae desgracia y que hay que librarse de ella cuanto antes. Por eso yo, que soy su líder, tuve que huir y he vuelto con la gente de Chechenia que antaño me salvó.

Myaha y los suyos habían usado al máximo las facultades de que disponían. Habían penetrado en los servidores de una serie de Biogobiernos a los que tenían acceso y habían conseguido manipular la curva hiperbólica mediante la que el agente de los deseos alojado en el mesencéfalo de la gente hacía sus elecciones. Sin embargo, la capacidad por encima de eso se hallaba solo en manos de los

ancianos, aquellos que, irónicamente, a pesar de haber vivido el Maelstrom, creían en la dignidad del alma humana. Según Myaha, quien estuvo defendiendo dicha dignidad e impidiendo que la especie humana cruzase dicha línea fue mi padre.

Recordé aquel día en que tenía ocho o nueve años.

Aquel día en que la posición de mi padre acerca del consumo de cafeína fue hecha pedazos por cierta señora. En aquella ocasión, la mujer en cuestión ridiculizó con suavidad sus argumentos sobre la cafeína y, mientras él mismo iba desmenuzando poco a poco su dignidad como quien va deshaciendo un montoncito de hielo picado y esta se iba derritiendo, resulta que mi padre continuaba creyendo en el alma, en la consciencia, en la dignidad que nos dice que existimos como humanos.

Me entristecí. Y sentí pena también por la muerte de mi padre.

Creo que eran motivos suficientes para justificar la venganza.

—Tu padre era muuuy terco —dijo Myaha mientras me señalaba con una sonrisa—. A pesar de que año tras año morían tantos millones de personas porque odiaban el mundo hasta ese punto, y todos eran por suicidio, que para una persona es el acto más indigno que existe, y él sentía lástima hacia ellos por haber cometido un acto despreciable, insistía en que aun así el ser humano no debía perder la voluntad ni la consciencia. A mí me pareció que esa visión era absurda. Y entonces pensé que tenía que hacer algo al respecto. Por el alma de los millones de personas que morían en vano todos los años, decidí construir un mundo sin almas.

Fuuh, fuuh, fuuh.

Fuuh, fuuh, fuuh.

El viento que entraba por alguna parte del búnker cruzaba en torno a nosotras.

Volví a levantar la pistola.

Hice coincidir la mira justo con el corazón de Myaha.

Encañoné a Myaha.

—Kyan ha muerto. Mi padre ha muerto. Tú los mataste.

Myaha asintió con expresión muy seria.

—Fue inevitable. Fue el resultado de la elección aleatoria que tuvo lugar.

—En el caso de mi padre, no.

—Bueno, eso es cierto. Tu padre murió por sus creencias.

Tras esas palabras, señaló mi pistola.

—¿Y cuáles son las tuyas, Twan Kirie?

Intenté prestar oídos a la voz de mi interior. Si desaparecían la voluntad y la consciencia, probablemente se extinguirían también cosas como esta voz interior. La consciencia, la individualidad, desaparecería y lo único que quedaría sería un sistema. Lo único restante sería un yo limitado a acciones obvias. Sería, simplemente, actuar como dictara el momento, sin dudar para nada, y limitarse a contar con un cuerpo hecho de carne provisto de unas funciones que le hicieran trabajar eternamente.

Personas con un cerebro en consonancia con la armonía, que hubieran renunciado a toda duda o, mejor dicho, que la hubieran eliminado.

Si no hay duda, tampoco hay elección. Si no hay elección, solo hay lo que hay.

Sé que ese panorama no es muy diferente del que hemos tenido en estos últimos tiempos. Dado que la consciencia del ser humano últimamente no ha hecho gran cosa, no es que su desaparición vaya a cambiar la situación de un modo radical.

Hoy, al igual que ayer, la gente seguiría saliendo de compras.

Hoy, al igual que ayer, la gente continuaría yendo a sus trabajos.

Hoy, al igual que ayer, la gente se reiría.

Hoy, al igual que ayer, la gente lloraría.

Reaccionarían solo con las acciones que fueran evidentes. Harían las cosas simplemente porque debían hacerse.

¿Era este el rito de iniciación por el que había que pasar todos a una para alcanzar la eternidad?

Seguramente, así era.

Nada que objetar.

—Ah, entonces, Myaha, lo que tú querías era volver. Volver a ese panorama en el que no existía la consciencia. A un mundo como aquel en el que vivía tu raza.

Myaha bajó un poco la cabeza y asintió lentamente.

—Sí, puede que así fuera. Bueno, no, seguro que así fue.

—Bien, entonces, supongo que arrebatarte eso podría ser mi pequeña venganza, ¿no?

—¿Qué?

Myaha reaccionó como si no esperase que de pronto yo le dijera eso. Venganza. Como si creyera que yo, hasta que no llegué aquí, cargando con el peso de la muerte de Kyan y de mi padre, no hubiera pensado ni por un segundo en aquella palabra.

Aquel comportamiento tan caprichoso de Myaha terminó por hacerme gracia de un modo incontenible. Al fin y al cabo, esta chica seguía siendo la Myaha Mihie de siempre. Puede parecer raro, pero sentí cierto alivio por ello.

«Oye, Myaha Mihie, desde que, en aquella comida del mediodía, Kyan Reikado hundió su cabeza en la ensalada caprese hasta que llegaste con mil esfuerzos a este búnker de Chechenia, ¿no se te ha pasado nunca por la cabeza la de veces que he pensado en matarte?».

—No había ninguna necesidad de que Kyan muriese. Por eso mantuviste esa comunicación con ella, ¿no? Le dijiste que no hacía ninguna falta que muriese…

—Sí, puede ser…

—Tu «consciencia» tenía necesidad de justificarse. En aquel momento. Cuando la decisión ya estaba tomada y el fenómeno no podía frenarse.

—Sí, puede ser…

Asentí y empuñé con mayor fuerza el arma.

—Por eso voy a cobrarme ahora la venganza por la muerte de Kyan y de mi padre.

—¿De qué manera?

—Voy a materializar el mundo que deseas. Pero tú no lo vas a disfrutar.

Fuuh, fuuh.

Después, apreté el gatillo.

Myaha cayó sobre el suelo de hormigón.

De su boca brotó un tenue y agudo gemido. Myaha realizó un último esfuerzo y habló con voz débil.

—¿Con esto ya puedes perdonarme?

—¿Lo de Kyan y mi padre?

—Sí…

—Mi venganza ha terminado.

Acaricié los cabellos de Myaha, caída en el suelo. El hilo de sangre que afluía de una de las comisuras de los labios ofrecía un contraste muy bello con el blanco de su piel. Las pupilas, carentes de fuerza, miraban hacia el suelo. Aquel suelo donde antaño se había esparcido una buena ración del salvajismo del ser humano.

—Por favor, llévame…

—¿Adónde?

—Hasta un lugar donde se vean las montañas del Cáucaso.

Dos balas mías habían atravesado el cuerpo de Myaha.

Una por Kyan. Otra por mi padre.

Recostando aquella carne sobre mi hombro, caminé por el interior del búnker. Tal y como me pedía Myaha. Uwe también tenía razón. A mí no me importaba lo que pasara con el mundo. Aun cuando en estos momentos, en alguna ciudad del planeta, unos militares con uniforme de camuflaje color rosa estuvieran intentando contener de alguna manera con armamento no letal a las muchedumbres que se les echaban encima. Aun cuando hombres con cuchillos se estuvieran haciendo picadillo mutuamente. O aun cuando, para detener todo eso, los ancianos introdujeran en el sistema el código final.

Llevé a Myaha hasta un rincón del búnker que sobresalía de las montañas como si fuera el escenario de un teatro. Un polvillo de nieve se adentraba en el pasillo. Avancé en esa dirección.

El Cáucaso. Kroykhasis. La blanca nieve.

La cordillera coronada de blanco se extendía hasta donde llegaba la vista.

—¿Puedes quedarte aquí mirando?

—¿El qué?

—El final de… mi consciencia.

Asentí.

Esas balas las había disparado yo.

No había sido por voluntad de ninguna otra persona; las había disparado yo.

Yo fui.

Yo fui.

Yo.

Un momento después, dejó de verse el blanco aliento que salía de la boca de Myaha.

Su cuerpo, su cerebro, perdía el calor y la consciencia; la consciencia que nos dice que yo soy yo se fue borrando por ese mecanismo a la antigua usanza llamado muerte, tan sencillo y tan complicado a la vez. Aun cuando se tratase de una emulación creada por el sistema límbico y sus alrededores, no hay una gran diferencia con la consciencia nuestra nacida en el mesencéfalo.

Mientras el viento seguía desperdigando nieve por el interior del búnker, permanecí un tiempo allí de pie.

Volví en mí por el sonido del goteo sobre el hormigón de la sangre que caía de las heridas de bala de Myaha.

—Hace frío aquí, ¿eh? —murmuré al paisaje del Cáucaso sosteniendo todavía el cuerpo de Myaha.

El frío calaba en mis mejillas.

¿Hasta dónde llegaba mi propio cuerpo y dónde empezaba el frío del aire? Ya no podía distinguir la frontera entre ambos.

Fuuuh, fuuuh, fuuuh, fuuuh.

Adiós, yo.

A-di-os, yo.

</cuerpo>
</etml>

<inexistente>
Yo
</inexistente>

<parte:número=

epílogo:

título=

En este atardecer/>

<?Emoción-en-texto lenguaje de marcado:
versión=1.2:codificación=
EMO-590378?>

<!DOCTYPE etml PÚBLICO:-//WENC//DTD ETML
1.2 transicional//EN>

<etml:leng=ja>
<cuerpo>

Este es el último día de la consciencia del ser humano.

Este es el día en que se extinguió el yo de cientos de millones de personas en el mundo entero.

El texto que sigue es una historia hilvanada a partir de visiones subjetivas de personas que sufrieron dicho fenómeno.

El presente texto se halla definido mediante lenguaje de marcado etml 1.2. Está redactado de manera que, si se tiene instalado en el lector de textos un paquete de textura de emociones apto para etml 1.2, se pueda, siguiendo las etiquetas del texto, recrear la textura de las diversas emociones indicadas o avanzar en la lectura «experimentando» las metafunciones que se encuentran a lo largo de la narración. En la actualidad, la forma en que se han introducido los etml en este texto para producir las emociones que requiere su lectura es el único percutor existente capaz de generar esas diversas funciones llamadas «emociones» que se conservan en el cerebro humano. Desde el punto de vista de la supervivencia, hoy que la especie humana ha sido convertida por completo en un ente social, las situaciones que requieren alegría, furia, tristeza y placer son muy escasas.

Vamos a contar lo que sucedió después de aquel encuentro en el Cáucaso.

Nada más bajar Twan de la montaña, los ancianos tomaron la determinación de eliminar la consciencia y equiparar por completo la sociedad con el total de sus miembros. Los ancianos que poseían la facultad de hacerlo, cada uno en su habitación, introdujeron en sus terminales el código y la identificación biométrica. En un instante,

llegaron los ángeles con su canción de «que reine la armonía en el mundo» y extendieron sus alas por el mundo entero, llegando a todos los que tenían el WatchMe instalado en el cuerpo.

Cuando las alas de los ángeles tocaron el cerebro de la gente, ya no quedó allí consciencia ni voluntad alguna.

En el nuevo mundo, todas las acciones eran obvias y no existía nada sobre lo que fuera necesario elegir.

Nosotros ahora estamos vivos.

En un mundo donde todas las cosas son como deben ser.

No existen dudas, ni elecciones, ni decisiones. Es lo más parecido al paraíso.

<música:nombre=Messier:id=2y6r58jnjhu7451ll0eo99>
<Aleluya>
<Aleluya>
<Aleluya>
<Aleluya>
<Aleluya>
</música>

Por eso, las revueltas se acabaron enseguida.

Como si hubieran recordado algo de pronto, todos regresaron al sistema social. Los cientos de millones de personas en todo el mundo que tenían instalado el WatchMe dejaron por completo de ser animales.

Por fin alcanzaron el objetivo de ser un completo ente social, hacia el que nunca habían dejado de apuntar desde tiempos remotos.

Una vez en este estadio, tanto la sociología como la economía escritas en una era en que el ser humano conservaba una parte animal, se derrumbaron antes de que amaneciera el día siguiente. Cuando los seres humanos, purificados y adaptados por completo bajo la forma de ente social, se convirtieron en la unidad básica de

medida, la sociología y la economía conocieron la coincidencia perfecta entre la pura teoría y la realidad.

Por supuesto que, aparentemente, nada cambió.

La gente lloraba como si estuviera triste y gritaba como si estuviera enfadada. Sin embargo, aquello era, por compararlo con la sociedad anterior, algo que apenas significaba una reacción del mismo valor que la imitación hecha por un robot de la alegría, la furia, la tristeza y el placer, puesto que lo que llamamos vida interior del ser humano había sido borrado por completo.

La humanidad conocía la perfecta armonía traída por la industria del tratamiento médico.

Cuando los ancianos introdujeron sus respectivos códigos, el Programa Harmony comenzó su canción y en ese instante desaparecieron los suicidios de la sociedad humana. Casi todas las disputas se extinguieron. El yo dejó de ser una unidad. La unidad era el sistema social en sí mismo. Gracias a que el sistema era, en definitiva, el ser humano y a que la sociedad había eliminado las causas de su sufrimiento, que eran el ego, la autoconsciencia y el sí mismo, en su verdadero significado, por primera vez se había alcanzado la felicidad perfecta.

Yo soy una parte del sistema y de la misma manera tú también eres una parte del sistema.

Nadie sentía ya que eso supusiera un sufrimiento.

Porque no existía un yo receptor de dicho sufrimiento.

Lo que existía en lugar de ese yo era un todo, es decir, «la sociedad».

La era en que la consciencia se consideraba una función importante del ser humano había quedado ya muy lejana.

Hoy en día resulta difícil hacerse una idea, pero la antigua era en que se creía que el yo, la consciencia o la voluntad ejercían un papel relevante a la hora de elegir de ningún modo fue breve. Para la humanidad actual, que cumple a la perfección con el sistema, resultan por completo innecesarios iconos como los que la antigua humanidad llamaba *héroes* o *dioses*, pero conocer acerca de ello no deja de tener su utilidad.

Hace mucho tiempo, existieron dos mujeres llamadas Myaha Mihie y Twan Kirie.

Ellas fueron, precisamente, las últimas enterradoras de nuestro yo.

—Adiós, yo. Adiós, alma. No creo que volvamos a encontrarnos.

Esas fueron las últimas palabras que murmuró Twan unos instantes antes de conectar el WatchMe y que cayera sobre ella la inconsciencia. Fue el réquiem por los cientos de millones de almas que iban a perderse al instante siguiente.

Si el paraíso existiera en cada rincón de este mundo...

Si la humanidad pudiera relacionarse con algo perfecto...

Probablemente, en su condición de animal vertebrado fruto de remiendos entrelazados que comenzó a acumular la evolución para ir saliendo del paso, esa sería justamente la condición más cercana al paraíso a la que se pudiera aspirar. Ascender la escalera hacia una existencia donde coincidieran por completo la sociedad y uno mismo.

Ahora, la humanidad es inmensamente feliz.

Inmensamente.

Inmensamente.

</cuerpo>
</etml>

Con todo mi agradecimiento a
mis padres y a mis abuelos,
que tanto apoyo me dieron en mis
momentos difíciles.

Notas

1. Se supone que la población mundial había disminuido mucho.
2. Historia clásica conocida también con los títulos de *La princesa de la Luna* o *El cortador de bambú*.
3. El título japonés de *El hombre sin atributos* es *El hombre sin particularidades*.
4. Pregunta. De *Q&A*, preguntas y respuestas.
5. Término inventado por Itoh. No confundir con vitalismo.
6. «Configuración» en alemán.
7. Respectivamente, proteína C reactiva y glutamil transpeptidasas.
8. En inglés en el original.
9. Esta parte guarda relación con la novela anterior del autor, *Genocidal organ*, también editada por Minotauro.
10. Guiño a la novela de George Orwell *1984*, escrita en 1949.
11. Esta estructura cerebral que describe el autor no parece correcta.

Harmony

Copyright © 2008 Project Itoh
Publicado mediante un acuerdo con Hayakawa Publishing Corporation.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2026 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.
Traducción: © Daniel Aguilar, 2026
Diseño de cubierta: Branca Studio
Revisión: Balloon Comunicación

Primera edición en libro electrónico: marzo de 2026
ISBN: 978-84-450-2246-7 (epub)
Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

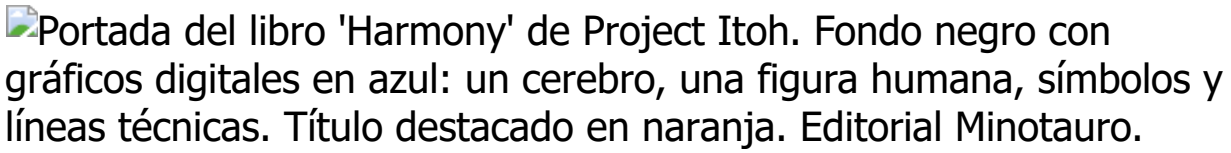
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún

fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros


Portada del libro 'Harmony' de Project Itoh. Fondo negro con gráficos digitales en azul: un cerebro, una figura humana, símbolos y líneas técnicas. Título destacado en naranja. Editorial Minotauro.